



Robles, Horacio Baltazar

Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los '70: La juventud peronista [JP] y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata

Tesis presentada para la obtención del grado de Magíster en Ciencias Sociales

Director: Tortti, María Cristina

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Robles, H. B. (2011) Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los '70: La juventud peronista [JP] y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata [en línea]. Tesis de Posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.437/te.437.pdf>

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE POSGRADO

MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES

Título de la Tesis:

Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los '70. La juventud peronista (JP) y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata

Maestrando: Horacio Baltazar Robles
Correo electrónico: hrobles@ed.gba.gov.ar
Directora: Dra. María Cristina Tortti
Fecha: Junio 2011

En homenaje a Jorge Julio López, entrevistado por el autor el 20 de julio de 2006 en su casa de Los Hornos, a dos meses de su desaparición ocurrida en setiembre de ese año

Índice general

Introducción.....	4
Capítulo 1 Orígenes de la juventud peronista platense y las primeras experiencias barriales (1957/69).....	16
I Héroes y traidores. La JP platense y un relato fundante	17
II Primeros pasos: entre los sindicatos, los “comandos” y los grupos de la Capital ..	21
III Aires de renovación. La cárcel, los libros y Cuba.....	27
IV Definiciones	32
A) Con el movimiento peronista (el MRP) y con el movimiento estudiantil (la FURN)	32
B) Madurando: perspectiva local (el barrio), nacional (congresos y programas) e internacional (DeGaulle-Perón).....	37
VI Un nuevo actor	39
Capítulo 2 “FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros”. Masificación y radicalización política de la JP platense y articulación con Montoneros (1970-72)	42
I El escenario. Los barrios platenses en las vísperas	42
A) Barrios de “laburantes” y condiciones “objetivas”	43
B) La primacía de la política y las “condiciones subjetivas”	46
C) Del centro al barrio	49
II La dinámica política. Participación política/partidaria y activismo político/revolucionario	51
A) La participación política/partidaria	52
1) La normalización partidaria	52
2) “Luche y vuelve”	58
3) “La columna de La Plata”: La JP platense y la vuelta de Perón.	60
B) El activismo revolucionario.....	62
1) Entre la política y la guerra	62
2) “...son nuestros compañeros”: La Articulación con Montoneros.....	64
Capítulo 3: Los barrios Montoneros (1973-74): actores, prácticas y representaciones..	70
I Los actores barriales.....	71
A) Los militantes	72
1) La militancia orientada hacia el barrio	72
2) La militancia orientada desde el barrio	76

B) Las Unidades Básicas	93
1) De Perón a Montoneros.....	94
2) Modalidades de surgimiento de las UB/M.....	97
3) Cantidad y funcionamiento	100
II Prácticas y representaciones	108
A) La “acción social”: políticas públicas y sistema de prestaciones.....	110
B) La “acción política”: De la movilización al “encuadramiento”	117
1) Las movilizaciones, los actos y las “tomas”	118
2) Ezeiza y los cambios en la <i>politización barrial</i> : las “charlas políticas”, los campamentos y la formación del “militante integral”	125
C) La “acción ideológica”: peronismo, socialismo y lucha armada.....	130
1) La crítica al peronismo	131
2) El socialismo: teoría y práctica	138
3) La Lucha armada: del “partisano” al combatiente	142
Conclusiones.....	152
Mapa de las Unidades Básicas	161
Entrevistas del autor	162
Diarios y revistas	163
Publicaciones oficiales	164
Bibliografía.....	164

Introducción

Fundamentos y objetivos

En términos generales, es posible afirmar la existencia de un amplio consenso que permite definir lo que Argentina vivió entre los golpes de estado de 1955 y 1976 – magro desempeño económico, proscripciones políticas, grandes movilizaciones populares y emergencia de organizaciones armadas-, como la expresión de una “crisis de dominación” o “crisis orgánica” (O’Donnell, 1977; Portantiero, 1989), que en su escalda final tomo la forma de un proceso de protesta y radicalización político/social¹, y para algunos de una “situación revolucionaria”². El propósito del presente trabajo es explorar, a través del estudio de un “caso”, el alcance de estos hechos entre los sectores populares.

Diferentes interpretaciones han contribuido a comprender el fenómeno de la radicalización en sus aspectos, que de manera un tanto imperfecta, pueden denominarse *macro*. Algunas han subrayado que, desde fines de los ’50, la implementación de nuevas formas de racionalidad capitalista agregaron a las recurrentes crisis económicas, la pérdida del poder adquisitivo de los salarios y el aumento de la explotación laboral (Braun, 1973; Peralta Ramos, 1978). Otras, centradas en el sistema político, destacan las consecuencias conflictivas de la proscripción del peronismo en términos de la “desarticulación de la comunidad política” (Cavarozzi, 1992) y de la instalación de un conflicto de legitimidades entre actores políticos que se impugnaban mutuamente (Amaral, 2003). Paralelamente, lo anterior produjo el crecimiento de la intervención de las Fuerzas Armadas en la vida política, un aumento del descreimiento en la democracia formal/electoral y un alto grado de activación política no institucionalizada, propia del “pretorianismo de masas” (Rouquié, 1984). Analizando desde otro ángulo el fenómeno de la movilización popular, otros autores han considerado que fenómenos tales como el incremento de la protesta social y el surgimiento de organizaciones

¹ Entendemos a los procesos de radicalización política como una serie de prácticas, discursos y formas organizativas, orientados a la implementación de transformaciones político/sociales profundas – en particular la constitución del socialismo- mediante la “lucha armada”.

² El acuerdo involucra algunos de los rasgos clásicos de las situaciones revolucionarias, presentes en nuestro país en esos años. Centralmente, la crisis de dirección política de las clases dominantes y el aumento del descontento y activismo de amplios sectores de la población, orientados hacia un cambio generalizado de sus condiciones de vida. Las coincidencias son menores si se trata de identificar estos fenómenos con “disputas por la soberanía entre dos o más grupos”(Aya, 2005; Skocpol, 2005). En este sentido, muchos prefieren hablar de “amenaza” a la soberanía o a la dominación. Una amplia bibliografía

político militares formaron parte de un amplio movimiento social y político, caracterizado como “nueva oposición” o “nueva izquierda” (Anzorena, 1988; Tortti, 1999). Distintos trabajos han mostrado la magnitud de los acontecimientos y procesos que dictaron, hacia fines de los '60 y comienzo de los '70, la dinámica de este activismo de masas: desde el Cordobazo y las “puebladas” hasta el surgimiento del clasismo en el movimiento obrero (Brennan y Gordillo, 1994; Brennan, 1996) la creación de la CGT de los Argentinos (Bossa, 2005).

Por otra parte, pueden consignarse las interpretaciones que se ocupan de las transformaciones de la cultura política producidas en dicho período. En el ámbito del peronismo, la novedad habría radicado en la constitución de una línea “revolucionaria”, ligada en una primera etapa con la experiencia de la “resistencia” (Plotkin, 2004; Salas, 2006; Bossa, 2006). En relación con los sectores medios se han subrayado especialmente los cambios operados en sus franjas intelectuales y de izquierda, en tanto que, después de 1955, habrían emprendido un camino de acercamiento a los sectores populares y de revalorización del fenómeno peronista. Ese movimiento se vio potenciado cuando la Revolución Cubana, a contramano de los postulados de la izquierda tradicional, pareció brindar un modelo de posible articulación entre nacionalismo y socialismo (Terán, 1991; Sigal, 1991). De esa manera, no sólo se complejizaría la cultura política de la izquierda, sino también la del peronismo. Sin duda, otro de los grandes espacios de renovación político/cultural fue el movimiento católico: en él se consolidó un tipo de militancia radical que transitó desde la “opción por los pobres” hasta la adopción de la lucha armada, tal como lo ilustra la trayectoria de Montoneros, uno de sus productos más reconocidos (Altamirano, 2001b; Gillespie, 1987; Lanusse, 2005; Donatello, 2010)³

Resulta más difícil encontrar trabajos dedicados expresamente a estudiar las formas que el mentado proceso de protesta y radicalización político/social adquirió entre las clases trabajadoras o, más ampliamente, en los sectores populares. En efecto, el amplio y consolidado campo de estudios sobre el movimiento obrero en nuestro país -una de las

sobre los aspectos teóricos, metodológicos y estudios históricos/comparativos sobre situaciones revolucionarias, puede consultarse en: (Ansaldi, W y Funes, P., comps., 2005)

³ El cuadro debe completarse indicando que, en casi todos los casos, la bibliografía otorga importancia a la influencia del contexto internacional. Sin embargo, debe decirse que las características y los alcances de dicha influencia, sobre todo debido al éxito alcanzado por algunos movimientos políticos

vías de exploración sobre la intervención política popular-, tomó como núcleo casi exclusivo de reflexión a la “clase” y a su importante tradición organizativa en el plano sindical. Si bien, teniendo en cuenta las duras condiciones impuestas por el golpe del ’55, existen significativas reconstrucciones sobre las prácticas, políticas, culturales y “cotidianas”, de los trabajadores en un amplio registro que va de la “resistencia” a “integración” (James, 1990), puede afirmarse que el análisis se focalizó en los ambientes fabriles, sindicales o partidarios⁴.

Debemos decir, no obstante, que investigaciones recientes fueron extendiendo la mirada sobre las experiencias de la radicalización y politización más allá de la fábrica y el sindicato, rastreando las repercusiones en los ámbitos barriales, familiares y personales⁵. En el plano de la producción académica, es posible mencionar tres trabajos con estas características. Alejandro Schneider (Schneider, 2006), encuentra los fundamentos de la creciente radicalización en amplios sectores de las clases trabajadoras del período que se inicia en 1955, en la existencia de una cultura política obrera, confrontativa y clasista. En el exhaustivo registro que emprende sobre esta “herencia inmaterial”, los lugares de trabajo aparecen como centrales en su gestación, pero también se destacan los barrios y los hogares de los trabajadores como ámbitos decisivos para su difusión y trasmisión. A su vez, Ernesto Salas (Salas, 2006), sostiene que con el cierre de las actividades legales y organizaciones formales del peronismo, el barrio y los hogares fueron el núcleo de la formación de “organizaciones informales” que apuntalaron la “cultura antagónica y clandestina de los sectores populares”. Salas, explicita parte de este “pasaje” en la reconstrucción que hace del acontecimiento mítico de la resistencia peronista: la toma del Frigorífico Lisandro de La Torre y la huelga semi insurreccional que lo acompañó a comienzos del ’59. Por último, el trabajo de F. Lorenz (Lorenz, 2006) tiene como propósito describir los lazos entre trabajadores y

revolucionarios, tanto regionales como el caso de la Revolución Cubana (Altamirano, 2001a), como internacionales, no han tenido un tratamiento unitario.

⁴ En el período, y simplificando un tanto, creemos que los estudios sobre el Cordobazo también tuvieron estas características. Sin embargo, entre la variada y reconocida cantidad de trabajos que han abordado el fenómeno (Agulla, 1969; Delich, 1970; Balvé, 1973; Balvé, 1989), algunos de ellos exploraron de manera más exhaustiva la participación de otros sectores, además de los obreros, como los estudiantes y la militancia barrial. (Brennan y Gordillo, 1994; Brenna, 1996; Gordillo, 1996; Torre, 1994). A la vez, el abordaje del “clasismo”, fenómeno emergente del Corodobazo pero con un importante desarrollo previo, impulsó la reconstrucción de nuevas prácticas reivindicativas y políticas al interior de las grandes plantas fabriles, centralmente la automotrices radicadas en la ciudad de Córdoba. (Brennan y Gordillo, 1994; Brennan, 1996)

⁵ En este último aspecto fue decisivo, desde los años ’90, el auge de los trabajos testimoniales. Entre los más conocidos se puede mencionar (Mattini, 1990; Anguita y Caparrós, 1997; Jauretche, 1997; Diana, 2006)

organizaciones armadas. Más precisamente, reconstruye la incorporación de una agrupación gremial de obreros navales a Montoneros. A partir de allí, va hilvanando el impacto que dicha incorporación tuvo en las prácticas cotidianas de una agrupación en la que prevalecían fuertes componentes de amistad y conocimiento personal entre los miembros, además del vínculo con la “organización”. Lorenz concluye que si bien los horizontes políticos de los integrantes del grupo se ampliaron y cobraron una dimensión radicalizada al articularse con el “frente sindical” de Montoneros (La Juventud Trabajadora Peronista), por otro lado comenzaron a ser patentes las contradicciones entre una práctica militante – que exigía a corto o mediano plazo el “pasaje a la clandestinidad” – y las condiciones de vida reales del grupo: su trayectoria como trabajadores, el ser jefes de familia y habitantes conocidos de un barrio.

Consideramos que estas líneas de investigación constituyen relevantes aportes en torno del alcance de la radicalización en las clases trabajadoras. No obstante, aparece como necesaria la producción de más y mejores aproximaciones alrededor de los nexos entre las grandes movilizaciones sociales de la época, con su fuerte componente popular, y el activismo político radical. Más aún si tenemos en cuenta que los escasos trabajos conocidos, como los mencionados, orientaron sus análisis de manera preferencial a la clase obrera “en sentido estricto”. En ese contexto, cobran importancia las descripciones empíricas sobre los lazos que lograron establecer las organizaciones armadas con amplios sectores de la sociedad argentina, más precisamente los sectores populares, a través de su programa político revolucionario y sus nuevas formas organizativas.

En ese sentido, la tesis pretende avanzar con un objetivo central: la descripción y comprensión de los actores, prácticas y representaciones que se desarrollaron a partir de la interacción entre las organizaciones que impulsaron los procesos de radicalización y los sectores populares. Con ese propósito, a través de un estudio de “caso”, elegimos reconstruir las experiencias que la Juventud Peronista (JP) articulada con la línea política de “masas” de la organización Montoneros, implementó en los barrios populares de la periferia de la ciudad de La Plata a través de la constitución de una amplio sistema de unidades básicas (UB), desde fines del '72 hasta comienzos de 1975 – momento en que el activismo barrial pierde su carácter público y expresivo, así como su capacidad de convocatoria.

Al hacerlo, apareció como un dato insoslayable la larga trayectoria de la JP platense, muy anterior al momento de su articulación con Montoneros. Por esta razón, la tesis también se ocupa de describir tramos relevantes de la historia de la JP platense desde su constitución a fines los años '50 - con su temprana experiencia de trabajo barrial-, así como la etapa de su “refundación” a mediados de los '60, con la incorporación de los contingentes estudiantiles a sus filas. Dicha reconstrucción nos permitió constatar la existencia de una vía de radicalización desarrollada tempranamente en el interior del peronismo y diferenciable de aquella más conocida que, originada en los sectores medios optaría por adherir e incorporarse al peronismo – cuyas expresiones más conocidas serían Montoneros y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). En consecuencia, la tesis traza la historia de la fracción que se radicaliza del peronismo juvenil platense. En un una primer etapa, dicha radicalización está ligada a la emergencia de la “resistencia” y el peronismo revolucionario y a su carácter popular y barrial, para más adelante, converger con el programa político/organizativo de Montoneros y desarrollarse masivamente en los barrios de la periferia de la ciudad La Plata.

En muchos aspectos veremos cómo, la temprana inserción y trabajo en los barrios, ayuda a entender por qué en la década del '70, el ámbito barrial fue más receptivo a las propuestas radicalizadas que el sindical. Sin embargo en relación a este último, consolidado y con una larga trayectoria organizativa e institucional, la investigación muestra también una precoz y fuerte vinculación con los jóvenes, a quienes los dirigentes de la CGT local protegieron y ayudaron con recursos y espacios para sus actividades. Pero, a la vez, se hace manifiesto a lo largo del trabajo que en la medida en que las posiciones juveniles se radicalizaban y la articulación con Montoneros se formalizó, la CGT platense, comenzó a mostrarse refractaria a la línea montonera y fue el núcleo del posterior enfrentamiento.

Bajo estas precisiones, creemos que la tesis se desmarca de las estrategias que, como señala C. Tortti (Tortti, 1999), han tendido a establecer un “doble recorte” en los estudios sobre la radicalización: uno de ellos reduce los acontecimientos a los producidos a partir de las grandes movilizaciones iniciadas en el '69, el otro, referido a los actores, focaliza casi exclusivamente en las organizaciones armadas. En efecto, nuestra estrategia se “remonta” hacia los años previos del golpe de Onganía y se sitúa en el nivel de las *interacciones*: las que se establecieron entre la organización Montoneros y los habitantes de los barrios de periferia platense. Con lo cual se busca

identificar el tipo de nexo que se construyó entre los actores emergentes, las prácticas más significativas y el conjunto relevante de ideas que articuló los debates, en el seno de las unidades básicas, en torno al programa montonero.

Organización de la tesis

La tesis está organizada en tres capítulos. En el primero se aborda una reconstrucción histórica sobre el origen y desarrollo de la JP platense, en un período que se extienden desde fines de los '50 a fines de los '60. Allí se constata su inicial y casi absoluta composición trabajadora, se identifica su temprana tendencia hacia el activismo barrial y también algunos núcleos de su precoz radicalización, como su posterior renovación y “refundación” con la incorporación de los contingentes estudiantiles desde mediados de los '60.

Comenzamos con su origen en 1957 cuando aparecen ya sus rasgos combativos y sus vínculos con los grupos de la “resistencia” local. Luego analizamos cómo, durante los '60, los jóvenes fueron experimentando influencias y estableciendo variadas relaciones con otras formas de radicalización que se estaban produciendo: con la izquierda “revolucionaria”, el movimiento obrero “antiburocrático” y el movimiento estudiantil. Finalmente, reconstruimos los primeros pasos que la agrupación dio tendientes a la consolidación de una estrategia basada en el “trabajo barrial”, sobre todo impulsada por el nuevo componente estudiantil que se incorporó desde mediados de los años sesenta '60. Veremos cómo, esta estrategia, les permitió la acumulación de fuerzas propias, decisivas para las grandes movilizaciones por venir y para sostener una posición relevante dentro del espectro de las corrientes peronistas locales. Intentaremos destacar, por último, el carácter distintivo que tuvo esta “vía” de radicalización aportada desde el interior del peronismo juvenil - previa a su vínculo con montoneros.

Entendemos que a comienzos de los '70, una nueva etapa se abre, más breve que la anterior, signada por una serie de acontecimientos que terminaron con la articulación de la JP platense a Montoneros en los últimos meses del '72. Para el abordaje de este último tramo del proceso, en el capítulo dos, comenzamos con la enumeración de algunas características sociales y demográficas de la sociedad y los barrios platenses a comienzos de la década. Luego, nos concentramos en ciertos aspectos del intenso período abierto por la reapertura electoral y la “primera vuelta” de Perón, que ocupó a

los jóvenes peronistas de la ciudad. El objetivo es doble. Primero, componer el “escenario platense” de la radicalización y, segundo, describir los antecedentes inmediatos de la articulación de la JP local con Montoneros. Se enumeran, así, ciertos componentes “objetivos” y “subjetivos” que ayudan a comprender el nuevo despertar del activismo barrial, a partir de la preexistencia de una cultura política peronista basada en los vínculos personales y familiares. A su vez, se intenta una reconstrucción del accionar de los jóvenes, tanto en el campo partidario (su participación en las internas del Partido Justicialista de La Plata) como en el radicalizado (su apoyo a la actuación de las organizaciones armadas). Veremos cómo, finalmente, este accionar juvenil motorizado por el afán de convertir a la JP platense en un actor significativo en el escenario político local y nacional, convergió en la articulación con Montoneros a fines del '72.

En el tercer y último capítulo, ya concretada la articulación, reconstruimos el accionar de la JP/Montoneros (JP/M) en los barrios platenses en el período que se extiende desde comienzos de 1973 hasta fines de 1974, con referencias que llegan hasta los primeros meses del '76. Con este propósito presentamos un mapa de las unidades básicas (UB) bajo el control de la JP/M y una enumeración de las principales actividades que esta organización intentó impulsar de acuerdo a su programa definido como de “reconstrucción nacional” y que preveía, a largo plazo, la implantación del “socialismo nacional”. El mapa muestra la localización de las treinta y dos UB, que según nuestras fuentes, constituyeron la estructura barrial dirigida por Montoneros en la periferia platense. Con la intención de acercarnos al funcionamiento global de este conjunto organizamos el capítulo en base a la descripción de los *actores, sus prácticas y representaciones*.

Respecto de los *actores*, ensayamos una doble caracterización: por un lado la de la militancia, sus perfiles y comportamientos y, por otro, la de las unidades básicas (UB), en tanto actores semi institucionalizados y colectivos de la radicalización barrial. En torno de las *prácticas*, establecemos una diferencia entre las que denominamos como de “acción social”, basada en la satisfacción de las demandas barriales, y las de “acción política”, tendientes a la captación, producción y protección de recursos, humanos y materiales para el programa “revolucionario”. En cuanto a las *representaciones*, buscamos indagar en las formas que tomó la articulación entre la tradición peronista y los nuevos discursos y prácticas radicalizados. Enfocados en los militantes y habitantes de los barrios, nos esforzamos por caracterizar la recepción que éstos hicieron de

algunas de las ideas centrales que impulsaban los jóvenes montoneros, tales como las de socialismo y lucha armada, que más de una vez entraron en tensión con las que formaban parte de la tradición peronista, y que a partir de cierto momento implicaron revisar críticamente las posiciones asumidas por el mismo Perón.

Metodología y fuentes

Teniendo en cuenta que la investigación se localiza en algunos de los barrios más populosos de la ciudad de La Plata y que intenta reconstruir el funcionamiento del sistema de unidades básicas (UB) controladas por la JP y Montoneros, hemos adoptado la perspectiva que se centra en los llamados “sectores populares”⁶. La consideramos como la más adecuada para hacer inteligible algunas de las especificidades de nuestro objeto, pues permite captar aspectos tales como la llamada cultura política de la “resistencia”, la importancia política de las redes familiares de intercambios y las variadas expresiones de una militancia radicalizada que operó preferentemente en el “territorio”, en tanto espacio diferenciado de otros ámbitos tales como los sindicales y estudiantiles, más conocidos y estudiados.

Por otra parte, y al tratarse como hemos dicho, de una *mirada* al fenómeno de la radicalización a partir de los sectores populares, en los cuales las formas de la vida y el activismo barrial transcurrían en zonas con una vieja y consolidada tradición movimientista del peronismo, se ha revelado útil el recurso a ciertas categorías provistas por la antropología de la política. Entre aquellas a las que hemos apelado figuran las nociones de “relaciones políticas personalizadas” (Evans Pritchard, 77; Fortes y Evans

⁶ Entendemos que dicha perspectiva busca comprender las experiencias, sociales, culturales y políticas, de las *clases subalternas*; un término genérico, que abarca a la clase obrera industrial, a los trabajadores no industriales, a los autónomos, los semiocupados y desocupados, al género, a las etnias, la edad y la orientación sexual. Por otro lado, para esta perspectiva, dichas experiencias deben ser abordadas en una variedad de ámbitos en las que transcurren: la fábrica, el sindicato, el partido, el barrio y otros espacios de socialización como el club, el bar, el hogar y las relaciones interpersonales. Por último, puede afirmarse, que en esta visión, que pone el acento en el carácter subalterno de los sectores populares, ha prevalecido una dinámica conflictiva y antagónica, aunque ha permitido poner de relieve aspecto conformistas e integrativos de las clases dominadas. Desde este punto de vista, una influencia teórica central, y mayoritariamente reconocida, es la de A. Gramsci, a partir de sus desarrollos sobre las clases hegemónicas y las clases contrahegemónicas o subalternas. Entre los trabajos empíricos que han utilizado esta perspectiva, contribuyendo también a su análisis teórico/metodológico, se encuentran los producidos por representantes de los llamados Estudios Culturales (Hoggart, 1990), los Estudios Poscoloniales o Subalternos (Moraña, 1998) y la historiografía social francesa (Guinzburg, 1991). Ahora bien, en nuestro medio, la noción de “sectores populares urbanos” tuvo una particular utilización y está asociada a una polémica (Gutierrez, L. y Romero, L. A., 1995). Una serie de críticas, que destacan no obstante su enfoque novedoso, subrayan que su uso buscó quitar protagonismo a la clase obrera y reducir el carácter antagónico que la relación de clase encierra (Camarero, 2007)

Pritchard, 1979) y “sistema de prestaciones totales”(Mauss, 1979). Dichas nociones nos ayudaron a captar aspectos de la estructuración del fenómeno político de la “radicalización barrial”, indagado por nosotros a través de los testimonios de los actores y sus “categorías nativas” (Soprano, 2007), y caracterizado en muchos de sus tramos, por lazos personales y afectivos, así como por fuertes expectativas de reciprocidad e intercambios materiales y simbólicos.

La porción del universo barrial que analizamos surge, en casi su totalidad, de una serie de treinta entrevistas focalizadas, complementadas por charlas y encuentros posteriores de ajuste de datos y reconocimiento de los espacios barriales donde transcurrieron los hechos. En lo que hace a las entrevistas, veintisiete fueron individuales y tres grupales, de una hora treinta a dos de duración, todas realizadas por el autor. En total, fueron entrevistados veintiséis hombres y cinco mujeres, cuyas edades iban de los dieciséis a los cuarenta años durante el período bajo indagación, con predominio absoluto de los menores de treinta. Mas del ochenta por ciento de estos testimonios corresponden a militantes con una trayectoria barrial preponderante, el resto repartió su activismo entre el barrio y otros ámbitos de militancia, tales como el partidario, el estudiantil, el gremial y el de la propia organización Montoneros. Todo este material fue organizado y analizado con el programa informático *Atlas-ti*.

También fue utilizada, como fuente secundaria, una variada literatura testimonial. Como es conocido, por razones que van desde el constante accionar de los organismos de derechos humanos, las políticas estatales sobre la memoria y la envergadura que tuvo el proceso de radicalización en la ciudad La Plata, han ido apareciendo desde fines de los años '90, una serie de publicaciones cuya temática se centra en el relato de las experiencias de la militancia, sobre todo estudiantil y, en menor medida, barrial. En el caso de la militancia platense también la producción es variada y abarca diferentes trabajos que buscan reconstruir hechos históricos puntuales, trayectoria políticas personales e incluso acontecimiento locales en clave de ficción ⁷

⁷ La lista ha crecido en los últimos tiempos, los utilizados en este trabajo son: Asuaje, Jorge Pastor. *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*. Buenos Aires: Nuestra América; 2004.; Chaves, Gonzalo Leonidas y Lewinger, Jorge Omar. *Los del 73. Memoria Montonera*. Buenos Aires: De la Campana; 1999.; Falcone, Jorge. *Memorial de guerralarga. Un pibe entre cientos de miles*. La Plata: De La Campana; 2001.; Flaskamp, Carlos. *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Lanús. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos; 2002.; García Lombardi (h), Miguel A. *Imberbes*. La Plata: La Comuna; 2005.; Godoy, Eduardo. *La historia de ATULP*. La Plata: Editorial Universitaria de La Plata; 1995.; Massari, Romina, Martín Peña, Fernando y Vallina Carlos. *Escuela de Cine. Universidad Nacional de La Plata. Creación, rescate y memoria*. La Plata: Editorial de

Por otro lado, la investigación apeló al material periodístico de la época. Centralmente, al órgano de prensa tradicional de La Plata, el diario *El Día*, que reflejó en un *crescendo* actividades, hechos y personas, nacionales y locales, ligados a nuestro grupo. Y, el diario *El Argentino*, cuya cobertura aparece como de inspiración peronista, pero muy reducida en el tiempo, debido a que esta publicación platense sufrió diferentes cierres durante el período. Finalmente, y de forma más indirecta, se trabajó con algunas de las revistas político- culturales de la época, que volcaron en sus páginas variadas referencias al activismo barrial a nivel nacional, subrayando su masividad, alcance y componentes contestatarios⁸.

Aspiramos a que la tesis cumpla con los requisitos de una “descripción densa” en torno de la forma que tomó la ligazón, en nuestro caso enfocados en Montoneros, entre las organizaciones armadas - y su programa revolucionario- y los sectores populares. La localización y el funcionamiento de las unidades básicas montoneras (UB/M) en La Plata, permite mostrar la fuerte penetración y masividad alcanzada por dicha organización. Así, veremos cómo el impulso inicial y el arraigo se explican en gran parte por la incorporación a Montoneros de dirigentes locales con una vasta trayectoria previa en la JP y fuertemente motivados por la vuelta del Perón al poder. Asimismo, la tesis muestra que la posterior expansión fue motorizada por el entusiasmo de los jóvenes de extracción estudiantil y trabajadora, en su mayoría ingresados a la militancia a comienzos de los '70. De manera que la acción conjunta de los “viejos” y los “jóvenes”, permitió establecer lazos duraderos con los vecinos de los barrios, a partir del proyecto radicalizado en el que se referenciaban.

Simultáneamente, la reconstrucción de la dinámica de la acción barrial bajo la gestión montonera muestra el “círculo virtuoso” del reclamo, la movilización y la obtención de reivindicaciones. Dicho de otra manera, se visualiza el mecanismo

la UNLP; 2006.; Pollastri, Sergio. *Las violetas del paraíso. Una historia montonera*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto; 2004.; Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian. *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*. Buenos Aires: Sudamericana; 2008

Menciono por otro lado dos trabajos académicos que tiene como foco la militancia platense en los 70: Maneiro, María. *Como el árbol talado. Memoria del Genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada*. La Plata: Al Margen; 2005.; Simonetti, María Fernanda. *Tocar el cielo con las manos. La actividad política de la FURN en la UNLP durante 1966-1973*. La Plata: Dto. de Sociología (FaHCE/UNLP) en CD; 2002.

⁸ Por otra parte revistas como *El Descamisado*, *Militancia*, *Crisis y Cristianismo* y *Revolución* - a ellas nos referimos- , son mencionadas por la mayoría de los entrevistados como una de las fuentes principales de su información y formación política.

implementado desde las UB/M, consistente en impulsar a la organización y movilización para el logro de objetivos concretos vinculándolos a los de carácter político. Entendemos que ello explica, tanto el fuerte activismo barrial como la capacidad de acumulación política de las UB/M.

Desde otro ángulo, se harán visibles las contradicciones y limitaciones que generó la implementación del programa montonero. Aparecerán, por un lado, los esfuerzos realizados por la militancia estudiantil para insertarse en el universo barrial y las “imposturas” a las que recurrió para superar la *distancia* social y política con los vecinos. Por otro, con las primeras víctimas de la represión y el avance de la “estrategia militarista” de Montoneros, se harán patentes las contrariedades que implicaban para los jóvenes naturales del barrio -militantes o “allegados”- adaptarse a las exigentes reglas del “combatiente urbano”.

Finalmente, también se harán visibles las dificultades y tensiones que supuso la difusión de un conjunto de ideas no “naturales” a la cultura política del peronismo, como las referidas a la concepción socialista de la sociedad y a la noción de “violencia revolucionaria”. En la medida en que, si bien para muchos existían claras vinculaciones con nociones propias de la tradición peronista como “justicia social”, “socialismo nacional”, o las derivadas de las prácticas de la “resistencia”, la conversión y reelaboración, en gran parte, se mostró inviable. Así, las tareas de difusión y propaganda, generalmente a cargo de los pequeños grupos que dirigían las unidades básicas, aparecerán como especialmente difíciles a partir del regreso del líder al país y del comienzo de su enfrentamiento con la llamada “tendencia revolucionaria” – que por otra parte se volvía crecientemente crítica a la figura de Perón.

Esperamos, por último, que la presente reconstrucción de la estructuración del fenómeno de la radicalización política en los barrios populares montoneros de la ciudad de La Plata durante los '70, permita dar cuenta de los objetivos que nos hemos propuesto, entre ellos: visibilizar las características que tuvieron los nexos entre una de las organizaciones políticas/militares más grande y amplios sectores de la población trabajadora de los ámbitos barriales; identificar la variedad de actores y de prácticas en las que se expresaron dichos nexos y destacar la continuidad y amplitud, así como los límites, del fenómeno de la radicalización sin restringirlo a los años '70 ni las a acciones armadas de Montoneros. Siguiendo esta línea de interrogación será de interés abordar los ámbitos gremiales, estudiantiles y políticos- institucionales, para así conformar una comprensión más amplia sobre el alcance de las prácticas políticas radicalizadas en la

ciudad de La Plata, probablemente uno de los centros urbanos más aptos para ese tipo de estudios⁹.

⁹ Como dijimos, diferentes trabajos testimoniales, periodísticos y, en menor medida, académicos vienen dando prueba del impacto y la magnitud del los procesos de radicalización ciudad de La Plata. Un estudio académico que aporta a la cuantificación del proceso es el de M. Maneiro. La autora, en base a la cantidad de víctimas de la represión que tuvo el partido de La Plata, tomando a los detenidos-desaparecidos con datos de año de desaparición, muestra la magnitud del fenómeno local en comparación con el total de país. (Maneiro, 2005).

Capítulo 1 Orígenes de la juventud peronista platense y las primeras experiencias barriales (1957/69)

El estudio del extenso trayecto de la juventud peronista, desde el golpe del '55, con sus procesos de renovación, radicalización y masificación, tiene una despareja producción, escasa en lo académico más profusa en lo testimonial. Tal vez sea posible describirlo como la búsqueda de un canal o herramienta de intervención política que sintetizaran sus primeras experiencias de resistencia obrera y barrial, su dispar receptividad a las ideas surgidas de las rupturas ocurridas en el campo de la izquierda y el influjo mayor de una sociedad contestataria. Podemos afirmar que Montoneros modeló esa herramienta y que la incorporación de los jóvenes, fue una especie de corolario histórico. Por supuesto, nuestro trabajo trata de las características de esta incorporación, específicamente en el universo barrial platense, y creemos, muestra, varios aspectos que poco tienen que ver con una necesidad histórica

En este capítulo analizamos el origen, influencias y renovación de la JP platense abarcando una etapa amplia; desde su creación en 1957 hasta fines de la década del '60. El objetivo de este recorrido histórico consiste en identificar algunos de los rasgos básicos de este actor, que juzgamos fundamentales, para entender las características que tuvo la posterior penetración del programa montonero entre los habitantes de los barrios de la periferia platense identificados con el peronismo.

Las fuentes que utilizamos son seis entrevistas realizadas por el autor, complementadas con la bibliografía corriente, preponderantemente testimonial, sobre el surgimiento de los grupos peronistas después del golpe del '55. La exposición busca establecer etapas, subrayar las influencias y renovaciones y resaltar aquellos aspectos del nuevo actor, relevantes para la comprensión del período siguiente.

Como ya afirmamos, no es intención de esta presentación restar especificidad al período amplio y formativo de la juventud peronista; el que se extendió desde la Revolución Libertadora al Gran Acuerdo Nacional. Dicho de otra manera, no se trata de explicarlo como un antecedente legitimante de la “creciente violencia popular organizada”, según la visión atribuida a la generación del '70¹⁰. El propósito es

¹⁰ Esta interpretación, presente en trabajos testimoniales de miembros de Montoneros, afirma que la generación del '70 resignificó a la resistencia peronista, y al peronismo en general, desde una perspectiva “revolucionaria”. Para los “setentistas”, la resistencia abarcaba los dieciocho años que mediaban entre la

establecer relaciones y afinidades entre los diferentes momentos y, sobre todo, destacar la importancia que tuvieron los rasgos peronistas y populares de los jóvenes platenses. Fueron éstos, entendemos, fundamentales para comprender la expansión, el alcance y los límites, en el escenario barrial, de una serie de actores y prácticas orientadas por los objetivos del programa de la radicalización.

Los Héroes y traidores. La JP platense y un relato fundante

“Había un clima peronista que se va rompiendo antes del '55. Por ejemplo, el clima en el colegio secundario. Me sancionaron, me pusieron de plantón por mi escudito de la UES. Cómo te diría, por una parte, que no era tan cierto el monopolio del poder por parte del peronismo de los medios y, por la otra, se estaban imponiendo bolsones de antiperonismo de manera casi oficial”¹¹

Los trabajos tanto académicos como testimoniales, coinciden en señalar el comienzo de las actividades políticas y de “resistencia” de los grupos juveniles peronistas casi inmediatamente después del golpe del '55 - incluso antes como sugiere el epígrafe. En un contexto marcado por un tipo de polarización social, peronismo/antiperonismo que, además de complejizar el clásico enfrentamiento clasista, parecía penetrar capilarmente la sociedad de esos años.

Bajo estas circunstancias, una forma organizativa que se menciona como respuesta inmediata a la caída del peronismo fueron los “comandos de la resistencia”. Pequeños grupos no necesariamente ligados a los sindicatos sino arraigados en familias y barrios obreros, liderados por activistas de segunda línea en los centros industriales de la Capital y el Gran Buenos Aires bajo condiciones de clandestinidad impulsando acciones directas; de manera característica el sabotaje en el ámbito de la producción. Su accionar, que según un estudio reciente influyó para que se consolidara en el exilio la construcción de un discurso de la resistencia y no a la inversa¹², fue perdiendo

caída y la vuelta de Perón al poder. Sin embargo, era claro que el “período heroico” inicial estuvo plagado de imperfecciones y espontaneísmo, y debía ser superado con la sistematización de la violencia popular bajo la dirección de las organizaciones armadas peronistas, a partir de los '70. Subraya Ernesto Salas que esta perspectiva, no permitió avanzar en el estudio de la complejidad y especificidad del período resistente, sobre todo el que iba del '55 al '60. (Salas, 2006, pág. 92). En ese sentido ya comienzan a aparecer trabajos académicos centrados en dilucidar las características que tuvieron los vínculos de los grupos de la resistencia con el conjunto del movimiento peronista en el contexto de la Revolución Libertadora, por ejemplo: (Melón Pirro, 2009).

¹¹ Fragmento de la entrevista a Jorge Rulli, uno de los fundadores de la JP de la Capital Federal, realizada por G. Antón. Archivo oral Dto. de Sociología FaHCE/UNLP

¹² El trabajo de Melón Pirro sostiene que en esta primera etapa la llegada de material en forma de discos grabados por Perón para crear una conciencia resistente es muy incierta, de manera que para el autor el proceso fue inverso. (Melón Pirro, 2009, pág. 61)

especificidad hacia el año 1957, cuando comenzó a consolidarse la estrategia de recuperación de los sindicatos. (Salas, 2006). La experiencia juvenil en sus orígenes estuvo influenciada por estos primeros ámbitos de activismo peronista post '55.

Buscando mayor precisión, es posible identificar en el movimiento cívico/militar filoperonista encabezado por el general Juan José Valle en junio de 1956 y la represión que lo acompañó, un momento inaugural. Al tratarse de una acción armada, si bien no masiva pero con la participación de componentes de los sectores sociales medios y bajos, representados por la suboficialidad, los conscriptos y grupos civiles de trabajadores, dio forma a un relato en cierto sentido fundacional. Sobre todo, para las agrupaciones políticas en construcción, que utilizaron para explicarlo una clave interpretativa con mucho arraigo entre los jóvenes: por un lado por la heroicidad de gran parte de sus protagonistas, pero, por otro, su derrota se explicaba por las traiciones de muchos de ellos¹³. Además, el fracaso contribuyó, para la nueva generación peronista que se disponía a entrar en el escenario de la política, a poner en duda el otro relato que hacían suyo los resistentes. El basado en la intervención de los “militares nacionalistas”, que, como en el '43, sabían interpretar y dar soluciones concretas a los reclamos populares; lo que llevó a los jóvenes a diferenciarse tempranamente de los líderes de la resistencia¹⁴.

La Plata, cabecera de unidades militares, fue uno de los epicentros del levantamiento que mostró más dinamismo. Los insurrectos pudieron consolidarse por medio de diferentes acciones como las tomas de guarniciones policiales. En los relatos de quienes se mantuvieron activos durante el amplio período de formación y consolidación de la juventud peronista platense, este hecho de armas resultó sustancial, y la apropiación del “espíritu de julio” fue decisiva en la formación de su capital simbólico¹⁵.

¹³ Los relatos también destacan el bombardeo a la plaza de Mayo de junio de 1955, por la gran cantidad de muertos civiles, entre ellos niños, como el más violento y cargado de resentimiento antiperonista. Un acto de guerra, con parámetros de terrorismo de Estado subrayan los entrevistados, que dio inicio y legitimidad a la opción armada por parte de la joven generación peronista. Sin embargo, también creo perplejidad y una persistente corriente crítica hacia la dirigencia, incluido Perón, por la débil respuesta represiva.

¹⁴ Para un análisis sobre los alcances de este levantamiento, donde se destaca el rechazo inicial y la posterior apropiación “forzada” de su memoria por parte de Perón, ver: (Melón Pirro, 2009, pag. 67 y ss)

¹⁵ Es P. Bourdieu quien destaca que ciertas posesiones económicas (bienes materiales), culturales (conocimiento y experiencia acumulados) o sociales (redes de vínculos personales) devienen en capital simbólico en la medida en que las determinaciones del “campo” (el contexto) y los agentes sociales involucrados, y dotados de “esquemas de percepción” apropiados, les confieren un valor. Para el

Es justamente a través de seis testimonios claves, cuatro de ellos con recuerdos directos sobre aquellos acontecimientos, que el capítulo busca reconstruir este tramo inicial del grupo juvenil platense.

Tal vez la figura de Gonzalo Chaves y su trayectoria en la militancia peronista platense, refleje de manera más clara la línea de continuidad que desembocó en el auge de la participación juvenil de los años '70. En su libro, *Los del '73. Memoria Montonera*, cuenta la revuelta del 9 de junio de 1956 en el Regimiento 7 de La Plata. La participación protagónica de su padre, el suboficial del ejército Horacio Irineo Chaves, estuvo enmarcada en una serie de conductas heroicas, reconociendo también algunas dignas de los encargados de reprimirlos¹⁶, que templaron el espíritu del futuro militante revolucionario del peronismo local.

En esta misma línea de conformación de una identidad política común, entendida aquí como “fijada” por la interacción de las experiencias personales y los procesos sociohistóricos (Lomnitz, 2008), se inscribe el testimonio del reconocido fundador de la JP platense - y uno de los tres futuros concejales platenses que en 1973 se identificaron con la línea montonera-, Babi Práxedes Molina. B. Molina, comenzó su activismo, con menos de veinte años, proveyendo recursos a las tropas leales a Perón en los primeros intentos golpistas. En medio de los acontecimientos de setiembre de 1955, desde el Hospital Melchor Romero de Abasto, organizó los envíos de sangre para los militares que combatían en el sur de la provincia de Buenos Aires respondiendo al gobierno constitucional.

Para Molina, el carácter irreversible de los sucesos de junio del '56, de los que estuvo al tanto pero se vio privado de participar acaso por fallas en la fibra militante de estos jóvenes iniciados¹⁷, significaron el comienzo de una serie de prevenciones: buscar

sociólogo francés, el capital simbólico se constituye a través de un acto de reconocimiento, que suscita entre quienes atribuyen valor simbólico a un hecho, “encantamiento y fascinación afectiva”. Lo simbólico es, entonces, fundamental para la integración y la imposición de la legitimidad (Bourdieu, 2000).

¹⁶ Chaves menciona en su libro a ciertos militares enemigos, “pero de palabra” (Chaves, G. y Lewinger, J. O, 1999, pág. 20). En una entrevista del autor, un fundador directo de la JP platense Babi Práxedes Molina, reconoce, aunque en carácter de excepción, una actitud valerosa en uno de los militares sublevados contra Perón, al quitarse la vida. Estas consideraciones sobre la “calidad” del enemigo variarán dramáticamente a lo largo del período y tal vez puedan tomarse como un indicador de la radicalización.

¹⁷ Como afirmamos, los acontecimientos de junio del '56 en La Plata, son interpretados en los testimonios, en gran parte, a través de la dinámica de héroes y traidores. Molina cuenta que probablemente por “celos profesionales” hacia su hermano, un suboficial de la marina, la información sobre cómo debían participar los Molina en el levantamiento del '56, no llegó en tiempo y forma (EA-Molina).

un nuevo trabajo y organizar la lucha contra las fuerzas antiperonistas. De estas decisiones, de las que participaron allegados y familiares, surgió hacia mediados del '57, primer momento de apertura política otorgada por la Revolución Libertadora, la JP platense.

Carlos Banegas, otro de los primeros integrantes de la JP y futuro oficial montonero en los '70, recuerda que el golpe del '55 empujó a su padre, un importante militante barrial del primer peronismo, a desplegar una intensa actividad agitativa. El objetivo era apoyar a las movilizaciones para que recrearan la fuerza fundacional de peronismo; esperando de la vecina localidad de Berisso una marcha que debía llegar hasta el corazón de la ciudad. Impulsado por actitudes más bien anarquistas que propias de un peronista del período clásico, “en ese momento estábamos contra el orden establecido” (EA-Banegas), el padre de Carlos, organizó una columna de apoyo en la zona lindante con Berisso que logró avanzar, pero que fue detenida por la policía, percibida como un enemigo leal; en este caso mostrando identificación política con los sublevados¹⁸.

Luego de “esta primera tarea militante” (EA-Banegas), los hechos de junio del '56 galvanizaron aún más al adolescente Carlos, que con dieciséis años vivió el proceso de manera activa. Nuevamente su padre logró organizar un contingente barrial que se trasladó a las zonas de enfrentamiento, siempre contando con el apoyo decidido de su hijo.

Ante la inoperancia y defección de las dirigencias y organizaciones del peronismo institucionalizado, en los tres casos mencionados, resulta importante destacar la trascendencia que tuvo el ámbito familiar. Oscilando entre el temor y el orgullo ante las decididas acciones de sus miembros, fue una referencia clave en la formación de esta “primera generación” de la juventud peronista platense. Características no tan presentes

¹⁸ Una significativa controversia se encuentra en esta caracterización que nuestro entrevistado hace sobre las fuerzas policiales. Algunas interpretaciones afirman que la represión desatada por la Revolución Libertadora, luego del momento conciliador de Lonardi, consistió en un “ajuste de cuentas” con la impertinencia peronista. El decreto 4161 de noviembre del '55, denominado por la militancia como “decreto mordaza”, prohibiendo nombrar a Perón y a Evita fue la prueba palpable de aquella “venganza de clase”. Sin embargo, los testimonios matizan el alcance de la represión y la actuación policial. Aunque puede suponerse que en los primeros años el antiperonismo no depuró el aparato represivo de partidarios del peronismo, sobre todo a nivel de la policía de la provincia, tampoco está muy claro hasta dónde llegó en este proceso. Por otro lado, la mayoría de nuestros entrevistados de este período, figuras centrales en la formación de la JP platense, tenían vínculos familiares y profesionales con las fuerzas policiales. Como tarea interpretativa me parece más significativo sostener que la represión en términos de exterminio de grupos políticos y la fuerza encargada de llevarla a cabo tendrá lugar posteriormente, en un contexto diferente y con actores con mayor grado de antagonismo.

en las próximas que se incorporaron hacia mediados de los '60, signadas por relaciones generacionales más heterogéneas.

Así, G. Chaves, a pesar de que su padre era un suboficial poco comunicativo y reservado, pudo construir un “diálogo político” que sería relevante para el futuro miembro de la organización Montoneros. En tanto, el padre de Carlos Banegas, un trabajador autónomo de profesión sastre con espíritu libertario, alentó no sólo el diálogo sino la acción directa de su impetuoso hijo. Comenzando con el padre de Babi, líder de una unidad básica en Lanús a fines de los '40, los Molina, a su vez, dieron a la militancia peronista, y luego peronista montonera de La Plata, una serie de relevantes miembros en base a una red de padres, hijos, tíos y sobrinos.¹⁹

Ahora bien, la agrupación juvenil creada en 1957, resultó parte de la estrategia más amplia del peronismo activo de esos años, cuyo objetivo principal era la recuperación de las organizaciones gremiales. En ese contexto, los jóvenes tuvieron una participación más signada por el aprendizaje; tal cual suponía el contacto directo con la fogueada dirigencia obrera. De esta manera, en el local donde funcionaba la seccional platense de la CGT de la calle 51, en el subsuelo y de manera clandestina, comenzaron una serie de reuniones que dieron como resultado la conformación, como dijimos, de la Juventud Peronista platense.

II Primeros pasos: entre los sindicatos, los “comandos” y los grupos de la Capital

La escasa producción académica y la más profusa de tipo testimonial sobre los primeros pasos de la JP, coinciden en señalar una serie de rasgos presentes en el caso platense. Jóvenes perplejos por la conducta entre pasiva y cómplice de la dirigencia partidaria ante el derrocamiento del gobierno de Perón²⁰ y que, además, no inscribirán a

¹⁹ En la serie de testimonios que presenta O. Anzorena en su libro sobre la Juventud Peronista, el de Carlos Villagra, también parte del grupo fundador platense, destaca estos rasgos que venimos mencionando. C. Villagra relata la importancia de los hechos de junio del '56, donde su padre tuvo un relevante papel, y cómo los primeros pasos en la formación de la juventud platense se dieron a través de los vínculos personales que se establecieron entre los familiares de las víctimas de los fusilamientos (Anzorena, 1989, pág. 57).

²⁰ La reacción del peronismo derrocado ante el golpe fue evaluada por estos jóvenes como inconsistente; crítica, que aunque menos audible, llegaba al propio Perón. Gran parte del carácter revolucionario que atribuyeron a su estrategia se basaba en la superación de esas vacilaciones. La desconfianza de los jóvenes alcanzaba a la mayoría de aquella dirigencia, incluyendo a quien se convertiría en el referente político de todas las fuerzas revolucionarias del peronismo triunfante en la elecciones del 73; Cámpora.

su nueva organización en la tradición de las organizaciones juveniles creada por el Partido Justicialista (PJ) durante el primer peronismo²¹. Sin embargo, contaron para el impulso inicial, en el caso de La Plata, con los recursos aportados por las dirigencias sindicales que se renovaban en pos de la recuperación de sus organizaciones; sobre todo con espacios cerrados e insumos de imprenta.

Por otro lado, los relatos revelan el carácter local, casi pueblerino de la JP platense, conformada por un grupo que creció rápidamente en los primeros meses hasta alcanzar el importante número de setenta integrantes. De estos, la mayoría eran trabajadores que no superaban los 25 años, muy pocos rondaban los 30 años; edad de egreso oficial. El componente universitario era escaso, 3 ó 4, y la participación de quienes provenían del peronismo derrocado, es decir con cierta experiencia, se reducía a 2 ó 3. Así, ante una estructura política partidaria inexistente, según un testimonio: “nos cobijamos en los primeros locales sindicales que se recuperaron” (EA-B. Molina). Los encuentros comenzaron en el local de la CGT regional de la calle 51 entre 3 y 4. Como lugar alternativo los jóvenes utilizaron el gremio de los trabajadores estatales, Asociación de Trabajadores de Estado (ATE), de donde provenía el sector más dinámico.²²

Bonasso recoge la anécdota, conocida entre algunos jóvenes, que Jorge Antonio cuenta en su libro *¿Y ahora qué?*, sobre el comportamiento carcelario del futuro presidente. Expuesto ambos al clima gélido de la cárcel de Ushuaia a la que fueron confinados después del golpe: “Cámpora exclamó: ‘¡Dios mío! Juro que nunca más actuaré en apolítica?’”(Bonasso, 2006, pág. 127). Jorge Rulli, líder de la JP Capital, otro de los grupos que se formó casi simultáneamente pero sin vínculos formales con la JP platense, explica así sus comienzos y su desprecio por la dirigencia: “Digamos, no hubo transferencia de conocimiento, por eso nosotros nacimos como un peronismo nuevo...Partimos de la nada, mi padre era peronista, me transmitió una herencia y una cultura, pero es fuerte la traición de vicepresidente, del jefe de la CGT cuando habla por radio. No me puedo olvidar nunca, estoy marcado por traiciones”. (Entrevista de Gladys Antón).

²¹ Según uno de nuestros entrevistados: “Eso era un sello” (EA-Banegas). Plotkin afirma que pese a sus esfuerzos, el Estado peronista de los ‘40 no pudo crear un sistema estructurado de organización de la juventud a diferencia de otras experiencias europeas de la entreguerras. Utilizando la noción de “consenso pasivo”, dicho autor, argumenta sobre la estrategia de Perón tendiente a politizar-peronizar a los sectores sociales no integrados a través de las estructuras formales de los sindicatos, como las mujeres, los niños y los jóvenes. Para el caso de las mujeres a través de la Fundación Eva Perón y la acción decidida de las activistas censales durante la implementación del voto femenino la estrategia fue consistente. En cambio para los jóvenes, tanto las experiencias de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), limitada a tareas burocráticas y festivas (Plotkin, 1998, pág 213), como la Confederación General Universitaria (CGU), controlada por grupos de derecha vinculados a la Alianza Libertadora Nacionalista, no pudieron aportar a la formación de cuadros políticos sólidos. Un antecedente fallido fue el de J. W. Cooke en 1954. Como interventor del PJ de la Capital Federal, intentó agrupar a jóvenes activistas para conformar la “primera JP”; convocando a figuras del revisionismo peronistas como J. M. Rosa y A. Jauretche. El golpe terminó con el proyecto. (SUR 23/4/1989). Nuestros testimonios subrayan que fue necesario esperar el planteo de Perón sobre el “trasvasamiento generacional”, en un contexto sustancialmente diferente, para que la apelación a la juventud tuvieran una recepción masiva y entusiasta. (EA, B. Molina).

²² En efecto, se puede afirmar que el grupo con mayor experiencia militante entre los fundadores fue el de los jóvenes sindicalistas de ATE. Entre ellos estaba el propio B. Molina, afiliado ATE en 1953 y

Esta estructura entusiasta y numerosa poseía una clara autonomía con relación al otro grupo convocante que se creó casi simultáneamente en la Capital Federal. La JP platense, prefirió mantenerse alejada de la organización porteña, debido a los conflictos internos que emergieron rápidamente con la consolidación de una línea pro burocracia partidaria y refractaria a las influencias no peronistas, representada por Alberto Brito Lima y su “Comando de Organización”²³.

La literatura sobre el intrincado mapa de los grupos juveniles peronistas que se van estructurando en el origen y evolución de la JP es escasa²⁴. Dentro de este incierto proceso, como dijimos, resulta relevante destacar que la JP platense, librada a su propia suerte política, contó con importantes grados autonomía. Una prueba de esto, fue el tardío impacto que tuvo el conflicto entre la línea intransigente con la dirigencia política y sindical complaciente con el golpe, que se extendía en sordina al propio Perón y que luego se abrió a la influencia de la “nueva izquierda” y las organizaciones armadas, y la adherida a la burocracia partidaria y sindical, refractaria a toda influencia de la izquierda, nueva o vieja. Los testimonios son bien claros sobre la convivencia local entre estas orientaciones. Un aspecto de larga duración y asociado al carácter limitado de los espacios de socialización populares de los jóvenes platenses fue, y acaso en parte explica la convivencia, las relaciones de amistad que mantenían los militantes de ambas orientaciones. Uno de estos espacios fue el de las actividades vinculadas al fútbol. Con mucha naturalidad, los jóvenes, podían asistir a la cancha de Gimnasia, Estudiantes o

secretario general con dieciocho años; Haroldo Logiurato, uno de los primeros “secretarios políticos” de la JP platense, asesinado en 1977 por la dictadura y Néstor “Pichila” Fonseca sobre cuya trayectoria volveremos para destacar su papel en el vínculo con los universitarios. Por otro lado, entre los estudiantes fundadores figuraba Diego Miranda, un mítico militante de La Plata que alcanzó relevancia nacional por una campaña que reclamaba su libertad. Fue asesinado por la Triple A en 1975 (Baschetti, 2007, pág. 55)

²³ A pesar de esto, existieron relaciones entre el grupo de Brito Lima y la JP platense que pasaron por diferentes momentos a lo largo del período. El jefe del “comando de organización” tuvo una destacada trayectoria en la JP de Buenos Aires, donde llegó a conducir la mesa ejecutiva en 1960, por recomendación de uno de sus líderes, Gustavo Rearte. (Sur, 11/06/89). Aunque fue posteriormente desplazado, con esos antecedentes, trató de influir en la organización juvenil platense. Por ejemplo, según nuestros testimonios, a mediados de los '60 intentó “copar” los congresos provinciales (EA-B. Molina) y en el definitorio año '72 buscó “manipular” algunos de los actos más significativos organizados en La Plata por la JP ; ya claramente orientada por la estrategia de Montoneros.

²⁴ Si la lista se limita a la historia de la JP y sus relaciones con grupos conexos es efectivamente muy reducida. Entre los trabajos que podemos mencionar: (Anzorena, 1989), basado en testimonios; (Bartoletti, 2003), en forma de ponencia; (Bonet, Carlos Alberto, s/f), un trabajo de tipo periodístico. En una serie de notas aparecidas en el suplemento del diario *Sur*, dirigido por Eduardo L. Duhalde, *Las palabras y la cosas*, del año 1989, se cuenta una historia de la JP construida en base a diferentes relatos de algunos de sus principales líderes, firmadas por Eduardo Guruchari y Shirley Pfaffen

trasladarse a estadios en la Capital, en compañía de un potencial “enemigo político/ideológico”, como hinchas del mismo equipo.²⁵

Hubo, además, una clara intención de mantener la unidad, y el creciente prestigio que acumularía la JP platense ayudó a preservarla. Esta ascendencia de los jóvenes peronistas platenses se forjó desde el comienzo. La rápida constitución le permitió organizar, en Plaza Italia, localizada en el centro de la ciudad y habitual escenario de sus encuentros políticos, tanto cerrados como abiertos, en una fecha tan temprana como 1958, su primer acto público después del golpe, contando con oradores propios e importante concurrencia.

Prontamente, las prácticas más sosegadas de producir documentos y volantes y pintar consignas en los paredones de los despoblados barrios de la ciudad, trasladándose con bicicletas, serían superadas. Surgirían así, acciones más acordes con el impulso juvenil de la agrupación platense, identificadas con la lucha callejera y con las actividades de los grupos de la resistencia que comenzaron a operar en La Plata, aunque sin un programa político claro:

“Se empieza a tomar contacto, algunos de los compañeros, entre ellos yo, con gente que ya estaba planteando otro tipo de cosas, además del volante. Empezamos a conseguir aprovisionamiento de explosivos, salíamos hacer cagada sin cuento, por nuestra cuenta, ‘sin orden, ni concierto’. Entonces hacíamos una bomba y salíamos, caminábamos La Plata para ver adónde mierda la íbamos a poner” (EA-Banegas).

Los entrevistados, tienden a considerar a la llamada resistencia peronista como única, extendida a lo largo del período de dieciocho años entre la caída de Perón y su retorno al país. Un proceso que creció cuantitativa y cualitativamente, pero con un núcleo reivindicativo que se mostró no negociable: la vuelta de Perón²⁶. Este mayor

²⁵ Especulando un poco más con estas interacciones, podemos afirmar que el fútbol, una de las prácticas de identificación más decisivas entre los sectores populares en la Argentina (Alabarces, P. y Rodríguez, M. G., 1996), entraba en tensión con las identidades políticas de los jóvenes peronistas. Un indicador, que los testimonios mencionan, fue dejar de concurrir juntos a la cancha; aunque la fuerza del vínculo construido en base a la “identidad futbolera” perduró, cuando el basado en la política perdió centralidad.

²⁶ La resistencia peronista tiene, no obstante, una especificidad analítica expuesta en diversos estudios académicos (Salas, 2006; Schneider, 2006). Un criterio explicativo para este controvertido fenómeno, que se extiende desde fines de 1955 hasta mediados de 1960, es decir desde las primeras acciones de hostigamiento al gobierno antiperonista y sus aliados, hasta el último intento de golpe militar peronista encabezado por Iñiguez y la represión estatal a través del plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), es el de S. Amaral. Desde su punto de vista, la resistencia, puede entenderse como parte de la estrategia de Perón, basada en la restauración de su poder y consistente en organizar la violencia espontánea de sus seguidores. En ese sentido, su ciclo terminó con “la aceptación del exilio” y el apoyo a Frondizi. (Amaral, 2003). Para Anzorena, fue en este “marco social” de la resistencia que surgieron los distintos grupos de la juventud peronista más ligadas a la lucha callejera y a los barrios, como dueños de una estrategia y unas prácticas específicas (Anzorena, 1989). En el caso platense, como afirman nuestros entrevistados, la

peso de las continuidades sobre las rupturas fue perfilando una corriente defendida por esta “primer generación” ante las interpretaciones rupturistas, sobre todo estudiantiles, que surgirán durante la masificación y radicalización y se afianzarán bajo la influencia de Montoneros, cuestión sobre la que volveremos. Según uno de sus defensores: “Para mi la resistencia es un sola. Cambiaron los tiempos, creció la organización. La gloriosa JP no nació en el ‘70, viene desde el ‘55” (EA-Babi Molina).

De todas maneras, los jóvenes platenses evolucionaron críticamente en relación a la estrategia resistente, pero sin embargo, los “comandos de la resistencia” tuvieron un prestigio reconocido por éstos, así como la más controvertida Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), de la cual algunos fueron miembros²⁷. La cuestión central fue, para los jóvenes, sentirse parte de lo que podríamos denominar como la “lucha cultural”, emprendida por los resistentes, para desprestigiar a la Revolución Libertadora y sus figuras más relevantes. Las “operaciones” de la resistencia, cuando su produjeron a nivel local con esos objetivos, contaron con la participación visceral de los nuevos militantes, acelerando su aprendizaje en la “acción directa”.

Un ejemplo de esta dinámica, aparece en el siguiente testimonio. Con motivo del tercer aniversario del golpe del setiembre de 1955, los comandos civiles

resistencia parece haber sido tarea casi exclusiva de quienes se reconocían como miembros de la juventud peronista. Un ejemplo más de esta circunstancia. Uno de los acontecimiento emblemático de la resistencia fue el paro y toma del frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959 acompañado por el apoyo popular de los barrios lindantes al establecimiento, con repercusión en los diferentes centros urbanos por la huelga nacional que lo acompañó. La CGT después de tres días levantó la medida, pero en La Plata, la sección local la sostuvo durante cinco días, ganándose la fama de combativa entre los jóvenes peronistas que se extendería en el tiempo. Durante esos cinco días, la novel JP platense, se puso a la cabeza de estos acontecimientos, ganando la calle, parando el transporte, impulsando paros regionales, estableciendo contactos con los grupos de la Capital y con los nuevos dirigentes gremiales surgidos de la toma y el movimiento huelguístico como Sebastián Borro y Armando Cabo. Este último, dirigente de activa participación en la jacobina acción de Eva Perón consisten en la compra de armas a Holanda para armar a la CGT, junto con su hijo Dardo, director del órgano de prensa de la JP encuadrada en Montoneros, *El Descamisado*, influenciaron con su decidido activismo a los fundadores platenses. (EA-Babi Molina)

²⁷ Como es sabido la ALN hunde sus raíces en el fallido programa nacionalista del general José Félix Uriburu, uno de cuyos pilares fue la formación de organizaciones civiles paraestatales con una definida formación militar (Devoto, 2002). Identificada inicialmente con el ala estudiantil del proyecto uriburista, tomó formalmente en nombre de ALN en 1943. Liderada por Juan Enrique Ramón Queraltó se identificó con ideas nacionalista, antiliberales y antisemitas constituyendo una especie de “fascismo criollo”. En 1953 por instrucciones de Perón, Guillermo Patricio Kelly desplazó a Queraltó y comenzó a dirigir la ALN (Bardini, 2002). Un hecho contribuyó a consolidar la fama aguerrida de la agrupación en el ideario de la militancia peronista, aunque tal vez de manera poco explícita. En un contexto de escasa o nula oposición de las organizaciones oficialistas mayores, las tropas golpistas en 1955, ante la manifiesta resistencia, volaron el edificio de la ALN, ubicado en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, ocasionando numerosas víctimas. Entre los entrevistados, el que se asume como miembros de la ALN destaca, sin embargo, que una clara postura autónoma y de rechazo al liderazgo de Kelly, evitó que éste controlara la seccional platense de la agrupación nacionalista. Estos acontecimientos también aportaron a la formación de una línea que buscaba diferenciarse del centro político residente en la Capital Federal. (EA-Babi Molina)

revolucionarios, con la presencia de uno de sus líderes Sánchez Zinny²⁸, iban a realizar un acto en el centro de la ciudad de La Plata. El objetivo de los grupos peronista era atentar contra el núcleo civil del antiperonismo, representado por Zinny, contando con la participación de los jóvenes platenses. La operación, concienzudamente planificada por los experimentados comandos, debió cancelarse, porque el acto conmemorativo, cargado de soberbia antiperonista en la percepción juvenil a realizarse en plena calle 7, se suspendió por mal tiempo. Buscando un plan alternativo fueron involucrados los jóvenes. Carlos nos cuenta este desenlace:

“Los de la resistencia estaban queriendo saber dónde se hacía la cena en lugar del acto suspendido. Yo te averiguo, les digo. Voy, pregunto y me lo dicen! Lo único que se hizo fue poner una bomba a los postres. La puso Clemente Saavedra, un pibe de la JP²⁹. Así fue la cosa, acá en La Plata por lo menos, los que llevaron todo el peso de la resistencia fueron los pendejos” (EA-Banegas).

El proceso represivo que desató el denominado Plan Conintes en marzo del '60 durante el gobierno de Frondizi, temido por la militancia porque ponía bajo jurisdicción militar la represión, el juzgamiento y la condena, desarticuló en varios centros las actividades de la juventud. El grupo platense, entró en una segunda etapa desde los primeros años de la década del '60, luego de que las consecuencias, en cierto sentido paradójicas de dicho plan, se fueron manifestando y que se incorporara una nueva camada de activos dirigentes. Entre otros, Gonzalo Chaves, quien junto con Néstor Narciso “Pichilla” Fonseca³⁰, participante de la primera experiencia, encabezarán una línea renovadora, influenciados ambos por un reciente viaje a Cuba.

²⁸ Los Sánchez Zinny fueron una especie de paradigma del antiperonismo civil. Eduardo Sánchez Zinny fue uno de los intelectuales que contribuyó a la construcción de la “leyenda negra” del primer peronismo. Escribió, con auspicio oficial, *El culto a la Infamia. Historia documentada la de segunda tiranía*, publicado en 1958. Su hijo Adolfo, funcionario de la Revolución Libertadora, denunció como “traición a la patria”, el pacto Perón-Frondizi.

²⁹ Clemente Saavedra, un obrero de la construcción que también se cuenta entre los fundadores de la JP platense y de los pocos civiles que participó en la toma del regimiento 7 de la ciudad de La Plata. (Sur, 1/4/98)

³⁰ Como ya lo mencionamos, Fonseca, fue otro de los militantes representativo del grupo platense. Formaba parte de un “subgrupo” muy dinámico de estos jóvenes que puede ser caracterizado como de tradición familiar peronista, trabajador con experiencia en el activismo gremial y estudiante de semi-dedicación, por lo general en escuelas secundarias nocturnas. Unas de las primeras acciones que llevaron a un acercamiento entre los jóvenes peronistas así caracterizados y el movimiento estudiantil fueron los actos y movilizaciones que tuvieron lugar en 1958 a propósito del enfrentamiento entre quienes apoyaban la creación de universidades privadas, agrupados bajo la consigna libre, impulsada por el gobierno de Frondizi, y quienes la rechazaban, bajo la consigna laica. En primera instancia, buena parte de la JP se consideró ajena al conflicto, pero la masividad y los alineamientos que tuvieron lugar hizo que muchos de sus miembros tomaran posición, impulsando vínculos e incorporaciones. Fonseca, activista clandestino de la JP platense en el ámbito estudiantil, enrolado en la consigna laica como estudiante del turno

III Aires de renovación. La cárcel, los libros y Cuba.

Otra fuente de renovación de esos años fue la reincorporación a la actividad política de aquellos que habían participado de otra inesperada e involuntaria experiencia formativa, producto del referido plan represivo: la cárcel. Si bien los procesos de renovación y modernización de los '60 abarcaron diferentes dimensiones, en el caso bajo análisis, las experiencias de Cuba y de las cárceles son subrayadas, por los entrevistados, como determinantes.

Desde su creación, la juventud platense no había previsto para sus integrantes actividades de formación teórica; ya sea a través de cursos internos o simplemente lecturas: "El que leía, leía por su cuenta, no era que la JP programaba, la mayoría de los compañeros leyó cuando estuvo preso" (EA-Banegas). Para muchos, la reclusión funcionó como un verdadero "congreso" donde miembros de distintas agrupaciones participaban de debates y discusiones. Los acercamientos, no siempre políticos/ideológicos³¹, favorecían el conocimiento personal y la confianza, paso previo para el intercambio de ideas. Uno de nuestro entrevistado, "preso Conintes", según una categoría nativa que prestigiaba a sus portadores, entre 1960/63, subraya la calidad intelectual y militante de sus compañeros de prisión en la Unidad 9 de La Plata. Ex miembros del "primer grito de guerrilla rural peronista"³², jóvenes abogados, futuros legisladores y autoridades universitarias.

Por otra parte, en las historias testimoniales sobre la JP, se insiste en los fuertes y perdurables lazos de "solidaridad" contruidos al interior de los grupos juveniles y en los círculos de familiares y de amistad a partir de la experiencia carcelaria que supuso el

nocturno del secundario en el Colegio Nacional logró captar la atención de su compañero de colegio, Hugo Bacci, iniciándolo en un militancia que incluyó la dirección de la JP platense y la incorporación crítica a la estrategia de Montoneros. (EA-Bacci).

³¹ En una evaluación más general, no sólo restringida al plan Conintes, los presos peronistas de la JP platenses establecieron contactos con militantes tanto del Partido Comunista (PC) como del Partido Socialista (PS). Muchos destacan cierta solidaridad carcelaria que entablaron con los presos del PC, con importantes excepciones debido al cerrado anticomunismo de algunos, pero también la imposibilidad de acercamiento político-ideológico. Con otros grupos de la izquierda tradicional: "nos resultó más fácil, sobre todo con el PS, eran más nacionales, los más nacionales de la izquierda" (EA-Banegas)

³² La referencia es al campamento guerrillero que se instaló al norte de la provincia de Tucumán en diciembre del 1959, denominado Uturuncos. Con aproximadamente veinte miembros que se identificaron con el peronismo bajo la conducción ideológica de J.W. Cooke. Su proyecto quedó sin apoyos tanto de parte del peronismo como de la izquierda. Uno de sus jefes reconocidos Enrique Manuel Mena fue detenido y condenado en el marco del Conintes (Baschetti, 2004). Sometidos a la justicia militar los presos Conintes, eran trasladados frecuentemente con la idea de romper posibles agrupamientos. Esto, sin

plan Conintes³³. Podemos destacar dos rasgos relevantes de este proceso. En primer lugar, de manera menos visible, a partir del joven encarcelado, se activaron pequeñas redes de ayuda familiar que en general estaban articuladas por la acción decidida de las mujeres. Madres, tías y hermanas que hacían las veces de “madrinas” de algún miembro de JP en problemas con la justicia. En segundo lugar, y en relación con lo anterior, como respuesta a la incierta situación procesal de los presos Conintes se creó la Comisión de Familiares de Detenidos (COFADE), que inauguró un ámbito de desarrolló para una nueva generación de abogados “defensistas y comprometidos” (Chama, 2006) y que puede inscribirse en una tradición de activismo de los familiares de los jóvenes volcados a la militancia política. El “responsable” de una de las unidades básicas montoneras más importante de Los Hornos durante el período de auge, nos cuenta:

“Cuando tenía 5 años se los llevan a mis dos tíos, fueron presos CONINTES, y mi viejo se salvó porque no estaba. Nos allanaron la casa y a partir de ahí fue una sucesión de visitas a cárceles con familiares, compañeros que venían de otras partes del país. Mi casa era un centro de recepción de mercaderías: yerba, ropa, etc. Venía gente y ponía lo que tenía “para los muchachos”. Esa frase me quedó de toda la vida. Eran prácticas de solidaridad que se desarrollaban también en el barrio” (EA-Marcelo M.)

En cuanto a las lecturas, es posible afirmar el hecho cierto de una actitud renovadora y de apertura hacia los nuevos materiales que comenzaba a circular en esos años, los testimonios valoran el potencial transformador que este ejercicio suponía:

“En los ‘60 con la vigencia del plan Conintes, la profundización de toda la lucha, trajo como consecuencia que nosotros sumáramos experiencia y habíamos cometido el terrible error de comenzar a leer otras cosas” (EA-Babi Molina).

Lo que resulta difícil es establecer un relevamiento preciso del material de cabecera. Existió, vigente incluso durante la etapa de masificación y radicalización, un precepto básico que dejaba liberado a la iniciativa de cada uno el ritmo y el tipo de lectura. Sin embargo, algunos relatos provenientes de militantes del ámbito estudiantil /universitario incorporados a partir de esta etapa, llaman la atención sobre la existencia de “cinco o seis libros de cabecera que el militante recién ingresado tenía que hacer”. Entre estas “lecturas obligatorias”, las más nombradas son las clásicas de Perón como

embargo, también posibilitaba el acercamiento temporario entre activistas de diferentes zonas del país. Este fue el caso de Babi P. Molina

³³ *Sur*, 28/5/89.

Conducción política, La comunidad organizada, La hora de los pueblos o La razón de mi vida y las producidas por los autores del revisionismo históricos, José María Rosa, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, Arturo Jauretche. Nuestros entrevistados mencionan también textos clásicos de literatura política “no peronista”, que llegaron a sus manos más como un indicador del proceso de modernización político-cultural que los abarcaba, que por un acto de formación militante: *Los condenados de la Tierra* de Frantz Fanon, *Argelia año ocho* de Carlos Aguirre, *La Revolución Rusa* de León Trotsky, *Diez días que estremecieron al mundo* de John Reed, *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* de Mao Tsetung.

Relacionado con estas lecturas formativas y los debates asociados, algunos de los intelectuales del revisionismo histórico, y su importante producción -los primeros tomos de la *Historia Argentina* de José María Rosa que circularon en la ciudad fueron introducidos por estos jóvenes- establecieron un fuerte vínculo con la juventud platense. Así, la juventud peronista, a medida que la influencia universitaria crecía, buscó mantenerse al día con las nuevas propuestas de uno de los popes de la historiografía revisionista y del combate de ideas a ella asociada: Arturo Jauretche. Fueron frecuentes sus visitas a diferentes locales partidarios o sedes gremiales.

Otro intelectual del revisionismo peronista, quien presentaba la extraordinaria novedad de poseer una sólida formación marxista, vinculado con los jóvenes peronistas platenses desde los primeros años de la década del '60, fue el futuro rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós. Algunas de sus ideas fueron ampliamente debatidas en un curso de historia argentina que brindó para un auditorio conformado por un gran número de universitarios peronistas. El contacto con un intelectual proveniente del Partido Comunista, que se iba incorporando al peronismo y lo interpretaba como una “fuerza antiimperialista”, reivindicando el papel revolucionario de los militares nacionalistas, fue parte de un debate renovador. De todas maneras, habría que esperar hasta los primeros '70, para que estos pasajes tomaran mayor significación y fueran reconocidos por la militancia³⁴

³⁴ Los jóvenes peronistas fundadores mantuvieron un recelo constante hacia la izquierda en general y al PC en particular. Desde su perspectiva, debieron superar un largo registro histórico plagado de desencuentros: “El 17 de octubre del '45 gente del PC estuvo con estudiantes en el bosque tiroteando obreros que venían de Berisso” (EA-Banegas). Este relato del enfrentamiento y traición fue muy poderoso y tal vez constituyó un obstáculo para reconocer la renovación: “Pero nosotros no supimos nunca que había una gran cantidad de compañeros del PC que se habían venido junto con Puiggrós al peronismo. Yo de eso me enteré mucho después” (EA-Banegas).

El otro mecanismo formativo y de renovación fue, como dijimos, el estructurado por la recepción local a la Revolución Cubana. Los jóvenes peronistas platenses con escasa información y rudimentarios elementos teóricos, según sus propias expresiones, hicieron una primera interpretación del proceso cubano y el liderazgo de Fidel, con los elementos políticos que les proveía el antagonismo interno en el que estaban inmersos:

“Cuando se viene el tema de la Revolución Cubana, para mi y para muchos de nosotros, al principio no lo veíamos con simpatía. Porque nosotros, como nos faltaba capacitación teórica, nos manejábamos con analogías. Entonces si Perón era el tirano y Aramburu y Rojas eran los libertadores. Batista era el tirano y Fidel el libertador. Entonces Fidel debe ser el hijo de puta” (EA-Banegas).³⁵

Sin embargo, como parte de la renovación, dos de nuestros entrevistados partieron hacia la isla durante los '60, iniciando una experiencia que influyó decisivamente en sus trayectorias. Tal vez sea posible afirmar la ausencia, en los estudios sobre la militancia sesentista, de un capítulo referido a la recepción local de la Revolución Cubana. Nosotros presentaremos aspectos de dicha recepción en base a diferentes testimonios de militantes de la JP platense activos a lo largo de todo el periodo abierto con el golpe del '55, buscando establecer algunos rasgos que permitan evaluar su impacto en el conjunto del grupo que analizamos.

Uno de los elementos más significativos del impacto de la revolución cubana en nuestro medio, fueron los contingentes de jóvenes que los patrocinadores locales organizaron, llevándolos a la única experiencia de “socialismo real” en América. En primer lugar, declara uno de nuestros entrevistado con la perspectiva de quien permaneció en el país, fue claro para todos, que quienes viajaban, a su vuelta, “ya tenían un pensamiento renovador”. Pero además, el propio viaje a una sociedad socialista en construcción implicaba, al interior de la heterogénea fuerza que conformaba la juventud peronista en esos años, una clara toma de posición ideológica.

Los grupos, en los que participaron nuestros entrevistados, fueron reclutados hacia mediados del '62, desde el exilio peronista en Uruguay a través de la gestión que realizaba Alicia Eguren, esposa de John William Cooke. Este, mientras tanto, permanecía en Cuba impulsando el programa revolucionario del peronismo. Según el testimonio de Banegas, el suyo fue el primer contingente formado por jóvenes que no

pertenecía al Partido Comunista. Las medidas de seguridad, las formas de organización y la selección de aspirantes fueron poco rigurosas: “En ese contingente viajó de todo. El problema era que ellos se desesperaron por mostrar que tenían gente; entonces engancharon a compañeros que quería aprender y otros que no”³⁶ (EA-Banegas). Para nuestro entrevistado, la experiencia se extendió a lo largo de seis meses. Durante el primer mes presencié, al interior del nutrido y heterogéneo contingente argentino, coincidiendo con la breve mención que Chaves hace en su libro sobre su experiencia cubana (Chaves, G. y Lewinger, J. O., 1999, pág 36), una larga serie de discusiones teóricas sobre aspectos del marxismo y las estrategias revolucionarias para América Latina de las que se mantuvo al margen. A pesar de cierta culpa retrospectiva, las evaluaba como innecesarias y en algún sentido extrañas.

Simultáneamente a lo largo de su estadía comprobó, tal vez superando prejuicios muy presentes en su grupo, la capacidad de los cubanos, producto de su creciente experiencia revolucionaria, para valorar no sólo la capacidad teórica sino la voluntad y convicción militante de los miembros del campamento argentino.

El entrenamiento básico consistió en capacitarse para la guerrilla rural, sustento práctico en esos años de la “teoría del foco”. El joven peronista oriundo de La Plata, en ese contexto, entabló relaciones con el grupo *Palabra Obrera* y uno de sus líderes Angel Bengochea. El carismático dirigente trotskista, lo impresionó tanto por su capacidad para superar las pruebas físicas que el entrenamiento exigía, sobre todo por una comparación imaginaria que Banegas hacía con la dirigencia de su propio partido, como por la sencillez de sus planteos teóricos. De esta manera, el acercamiento con quien lideró uno de los primeros intentos de establecer un foco guerrillero en Argentina y sus seguidores, aportó a Banegas, la convicción de utilizar en forma creciente medidas de seguridad para él y su grupo y un modelo de maestro/discípulo para la asimilación de la teoría revolucionaria.³⁷

³⁵ Esta interpretación, en cierto sentido, era la respuesta a la elaborada por uno de los voceros del antiperonismo más virulento. Isaac Rojas, había comparado a Batista con Perón y consideraba a la Revolución Cuba como equivalente a la Libertadora (Sur, 14/5/1989).

³⁶ Banegas se refiere a la pareja Cooke-Eguren, quienes como parte de su estrategia fundaron en 1964 la Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Los jóvenes que encomiaban la formación teórica de Cooke, criticaban, sin embargo, lo que consideraban su decisiva incapacidad organizativa.

³⁷ Banegas insiste a la largo de su testimonio, tanto en la escasa preparación teórica de los jóvenes peronistas, nunca superada del todo, como en la falta de una verdadera actitud militante, manifiesta en la ausencia de mecanismos de seguridad serios y confiables. En buena medida por estas críticas a la JP platense, su trayectoria, luego del retorno de Cuba, estuvo ligada a la experiencia que desarrolló el grupo trotskista *Palabra Obrera*, liderado en la zona de Berisso por Angel Bengochea, el “Vasco”. Bengochea, fue un dirigente trotskista local que logró un importante prestigio y predicamento entre el activismo

Durante estos años de renovación y “giro a la izquierda”, los jóvenes peronistas platenses incorporaron una práctica que sintetizaba todas estas experiencias. Los campamentos de fines de semana, muy desarrollados por los grupos juveniles católicos y de izquierda, se hacían con preferencia durante el verano, en el popular balneario platense de Punta Lara. Además de formativos, consolidaban los vínculos personales y permitían experimentar relaciones sociales que los jóvenes sentían como revolucionarias:

“En verano íbamos a Punta Lara, nos llevábamos, ollas, carpas y una parrilla. Nos metíamos por el fondo en Boca Cerrada, pasábamos, viernes, sábado y domingo. Leíamos, discutíamos de política. Sirvió mucho para el conocimiento y la comprensión personal. Hacer una amistad, un sentimiento de respeto por el compañero. Era una cosa infernal, yo lo veo a la distancia, pero nosotros estábamos locos. Estábamos como en Cuba o en Rusia, manejándonos de la misma manera, compartiendo y decidiendo. Lo central era que juntábamos material para leer, hasta las cartas de Perón. Eso ayudó mucho a la formación.” (EA-Babi Molina)

IV Definiciones

A) Con el movimiento peronista (el MRP) y con el movimiento estudiantil (la FURN)

Los testimonios evalúan como fallido el intento de Perón de agrupar las energías dispersas a través del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). Como las interpretaciones anteriormente mencionadas lo afirman, el jefe en el exilio impuso a su estrategia un “giro a la izquierda” (Amaral, S. y Plotkin, M., 2003) como respuesta al avance autónomo de una parte considerable de las fuerzas propias, tanto en el campo

peronista; sindical y estudiantil. Desde las prácticas del “entrismo”, consistente, según la formulación del propio Trotsky, en penetrar los “partidos reformistas” para impulsar las tendencias revolucionarias y antiburocráticas, hasta la organización de una de las primeras guerrillas en la Argentina, logró captar a muchos jóvenes peronistas locales. Este último proyecto, tomó cuerpo a fines del ‘63 y tuvo un final abrupto el 21 de julio de 1964 debido a la voladura accidental de su cuartel general en un departamento en la calle Posadas de la Capital Federal. Entre los que murieron figuraba el propio “Vasco” Bengochea. (Nicanoff, S. y Castellano, A., 2006, pag.23). La conexión de la JP platense con el “grupo de la calle Posadas”, no se redujo a Banegas, también su pareja Amanda Peralta y David Ramos, un referente del intento foquista de los Uturuncos en Taco Ralo, participaron proveyendo recursos organizativos. Estos hechos han sido interpretados como un ejemplo de las relaciones entre núcleos de izquierda y el activismo peronista radicalizado surgidos del contexto de la resistencia, anteriores a los '70 y deben tenerse en cuenta como génesis de la lucha armada (Nicanoff, S. y Castellano, A. 2006, pág. 133). Sin embargo, habría que indagar cuánto tuvo de excepción el “caso del Vasco”, sobre todo teniendo en cuenta el tipo de liderazgo que éste ejerció, muy presente en la relación con Banegas. En efecto, el Vasco, según nuestro informante, se destacaba por la llaneza de sus concepciones políticas, la fuerte identificación con la cultura peronista y el involucramiento físico, muy valorado por militancia peronista media. Tal vez por que lo vivieron como una excepción, se pueda comprender mejor, porque los jóvenes peronistas fueron reacios a inscribir sus acciones posteriores en estas primeras experiencias con la izquierda clásica.

sindical con la consolidación de “vandonismo”, como en el político con el “neoperonismo”

Por otra parte, las exigencias por programas y formas organizativas confrontativas eran cada vez más fuertes en consonancia con el rechazo por la vía electoral. La anulación de los comicios, en marzo del '62, que habían consagrado a Andrés Framini como gobernador de la provincia de Buenos Aires, funcionaba como un poderoso antecedente.

En esas circunstancias, en agosto de 1964, se creó el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). Rápidamente, captó a grupos de la juventud peronistas con mayor preponderancia en Córdoba, Capital Federal y el Gran Buenos Aires. En La Plata la juventud, en ese momento buscando “pasos superadores en la lucha”, intentó activar con la nueva propuesta. Pancho Gaitán, un dirigente muy convocante por su formación historiográfica, como conducción y referente nacional del MRP viajaba periódicamente a La Plata a dar charlas sobre las características de la nueva etapa “izquierdista” del movimiento peronista. No obstante, el debate que se abrió con la instalación del MRP, centrado sobre todo en la implementación de la lucha armada y la organización de una guerrilla, no pudo superar el marco teórico. Según los testimonios, en un contexto que comenzaba a revelarse como muy dinámico, particularmente por la incorporación en el seno de la juventud peronista platense, de los estudiantes universitarios.³⁸

De diferentes maneras los entrevistados hacen mención a los primeros contactos entre la JP platense y los estudiantes. El registro de este proceso, revelador de la especificidad platense y muy significativo para todo lo que vendrá, puede presentarse, en parte, a través de las vivencias de algunos de los dirigentes que conformaron una “segunda generación” de la militancia peronista platense. En los primeros años de la década del '60 el componente estudiantil era exiguo. B. Molina, en los grupos

³⁸ El MRP, además, fue rápidamente desautorizado por el propio Perón ante las posibilidades que la legalidad del gobierno radical ofrecía. (Bossa, 2006, pág 101). No obstante, G. Chaves y B. Molina, no concluyeron que la desautorización se extendía a toda la estrategia tendiente a pasar a “formas más avanzadas de lucha”. El propio líder en una carta dirigida a ellos les había recomendado que siguieran manteniendo “una posición de lealtad en rebeldía” (Bossa, 2006, pag. 102). En todo caso, parte de aquellas charlas teóricas con los referentes del MRP sobre la implementación de la organización armada, reaparecería en la insistencia de los jóvenes platenses en incorporarse a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), consideradas como producto indirecto de la corta trayectoria del MRP (Duhalde, E. y Pérez, E., 2003). Como es sabido la incorporación a las FAP no se produjo, esta organización durante los años de mayor insistencia, '71/'72, se había “cerrado” al ingreso de nuevos aspirantes, mientras llevaba adelante un proceso de reflexión interna.

originarios menciona la presencia de “tres universitarios” y G. Chaves, al ingresar a la JP platense en 1960, sólo contabilizaba un estudiante entre los miembros del grupo. Lo decisivo era que la presencia estudiantil, escasa como dijimos, no implicaba la introducción de su problemática en el horizonte político de grupo, sobre la que pesaba una fuerte condena. En efecto, la conducta del movimiento estudiantil era evaluada como antiperonista y antiobrera por los jóvenes peronistas de la “generación fundadora”:

“Puede ser que haya habido algunos compañeros universitarios adentro, pero no como agrupación universitaria. Compañero peronista suelto. No había agrupaciones universitarias porque los estudiantes cuando había una huelga en el 1962, salían a manejar los tranvías, a romper las huelgas. Era imposible” (EA-Banegas).

El proceso por el cual los estudiantes pasan del “campo del enemigo” al propio, en la percepción de estos jóvenes que se radicalizaban e izquierdizaban, presentó en La Plata un inmejorable ámbito de análisis. En lo que sigue se intentará mostrar aspectos de este acercamiento, referidos al universo juvenil peronista.³⁹

Los testimonios mencionan algunos contactos iniciales, que impresionaron a sus protagonistas, particularmente por la idealización que desde el campo estudiantil se hacía del militante barrial, obrero y peronista. Por otra parte, para este último, los encuentros suponían la superación de un desprecio clasista propio del mundo universitario. Un patrón de acciones conjuntas, que consolidaba la pertenencia del grupo, quebraba la inercia en la que recaía la ciudad universitaria y fogueaba a la novel militancia en el enfrentamiento directo, fueron las prácticas organizativas que rodearon a los actos conmemorativos: “Armábamos actos para las fechas conmemorativas: muerte de Evita, primero de mayo, 17 de octubre. Siempre un quilombo con la cana. Los actos casi nunca se hacían porque caía la policía, empezaban los piedrazos, las bombas de gases”. (EA-Banegas). Para los estudiantes de extracción peronista que

³⁹ Las calles platenses fueron un escenario continuo del encuentro obrero-estudiantil. En ellas tomó “visibilidad”, claramente a mediados de los ‘60, en diferentes manifestaciones, actos y conmemoraciones la “alianza obrero-estudiantil”, impulsando la fibra militante de nuestros protagonistas. Una experiencia de este tipo nos relató un entrevistado que abogará por la alianza. Como joven peronista del interior de la provincia de Buenos Aires, que comenzaba a asentarse en su carrera de abogacía y a tener una participación más activa en la vida universitaria luego de los primeros años de aislamiento donde no logró romper del todo con su vínculo de pertenencia familiar y local, será testigo de un hecho que lo impresionó. Integrando una movilización que se trasladaba desde el complejo universitario del bosque, en 1 y 50, hacía el centro de la ciudad, al llegar al edificio del mercado en 4 y 49, vio cómo desde las ventas los trabajadores transitorios que habitaban el edificio empezaron a tirar cajones de frutas contra las fuerzas policiales que reprimían; los estudiantes los usaron para hacer barricadas: “Fue preocupante para la dictadura porque parecía que se juntaban los dos extremos. Por un lado una manifestación estudiantil y por otro los laburantes que tiraban los cajones” (EA-Kunkel)

recién llegaban a La Plata podían ser una orientación de la pervivencia del peronismo y una manera de incorporación:

“Yo llegue en febrero del '64. Los primeros días no sabía bien que micro tomar, en que calle bajar. Pero sentí un bombo, era el 18 de marzo aniversario de las elecciones que había ganado Framini dos años antes. Donde me pareció baje, caminé varias cuadras, perdido, hasta que llegué a una plaza, agarré el discurso de Framini por la mitad. No me acuerdo de la gente ni la plaza, si que escuche el bombo” (EA-Kunkel).

Como puede suponerse, la formalización de los vínculos, es decir la concertación de actividades conjuntas entre organizaciones de uno y otro campo, comenzó a plasmarse en la medida que los estudiantes de origen peronista crearon sus primeras agrupaciones en los ámbitos universitarios. En este sentido la mención de los pasos iniciales de la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN)⁴⁰, por parte de algunos de sus protagonistas permite esbozar la evolución de este acercamiento⁴¹. Creada en 1966; “entre todas la facultades sumaríamos veinte o treinta compañeros, no más”, la conducción pasó a formar parte de la JP, manteniendo un importante grado de autonomía lo que le permitía fijar una posición crítica hacia la conducción del Partido Justicialista. Desde allí, a su vez, siempre partieron acusaciones sobre el carácter izquierdista del componente estudiantil⁴².

Un principio que impulsaba a la nueva agrupación era la convicción de la inutilidad de la lucha reivindicativa y política universitaria, impugnando el “reformismo” y difundiendo la imagen crítica de la “Universidad como una isla

⁴⁰ Uno de sus fundadores, debido a las suspicacias que asociaban a la FURN con la Revolución Argentina de Onganía, aclara que el nombre de la agrupación es “para la revolución nacional” y no “de la revolución nacional” (EA-Bacci). Otra versión que afirma el nombre de Federación Universitaria de la Revolución Nacional aparece en (Amato, F. y Boyanovsky Bazán, Ch., 2008)

⁴¹ Los trabajos específicos sobre esta agrupación son escasos. Entre los que se conoce, uno académico (Simonetti, 2002) y otro de tipo periodístico, aunque dentro de una temática más amplia (Amato, F. y Boyanovsky Bazán, Ch., 2008). Existen, por otro lado, diferentes estudios sobre el movimiento estudiantil que contienen importantes referencias a la FURN (Bonavena, 2006) (Toer, 1988)

⁴² En términos organizativos, la mitad de la dirección de la FURN debía incorporarse a la JP. Por su parte, toda la conducción de la JP platense, conformada por cuatro secretarías, debía ser miembro del MRP, organización que funcionaba a nivel nacional (EA-Bacchi). Los estudiantes peronistas que de esta manera se incorporaban al movimiento, fueron blanco de una crítica eficaz por parte de los sectores del peronismo partidario o burocrático. Los entrevistados lo recuerdan vivamente, fue dirigido a ellos, el famoso mote de “troskos”, una dura categoría nativa que el peronismo reservaba para aquellos grupos que impugnaban desde la izquierda el “carácter burgués” de las fuerzas lideradas por Perón. Según los testimonios, la eficacia de la acusación consistían en que reactualizaba la coincidencia entre el Partido Comunista y el embajador de EEUU en Argentina, S. Braden, en la constitución de la Unión Democrática, fuerza política opositora al peronismo del '45. Este recordatorio era muy poderoso para aquellos que estaban acercándose a las “bases” peronistas. Explica uno de los fundadores de la FURN: “Nos llamaban los zurdos, los troskos. Esto era un insulto que prendía mucho dentro de peronismo, por la historia del '45 y el PC. Para acusarte de que no eras peronista de ley te acusaban de zurdo. Eras de Braden, eras gorila. Los burócratas lo usaban eficazmente. Nosotros nos offendíamos” (EA-Bacci)

democrática”⁴³. El vínculo con la JP permitió a los miembros de la FURN volcar sus ansias voluntarias al ámbito barrial. Aunque esto suponía la confirmación de ideales militantes férreamente sostenidos, la práctica fue una fuente de tensión para los jóvenes estudiantes, que se mantuvo a lo largo del tiempo:

“Con el contacto directo con la JP, comenzaron las acciones en los barrios. Esto era muy lindo pero implicó una decantación entre los compañeros. A muchos no les interesaba esta actividad: había que hacer pintadas que estaban prohibidas en ese época; *Patria si colonia no*, contra Onganía; caminar por los barrios; charlar con la gente”. (EA-Bacci)

De todas maneras, diferentes elementos van a confluir para que esta nueva relación, impulsada de manera decidida por la “generación fundadora”, gane en dinamismo y entusiasmo a los jóvenes militantes. Un fenómeno claramente atribuible a la incorporación estudiantil fue la expansión de la JP por el territorio provincial. Muchos de estos estudiantes provenientes del interior bonaerense, intentaron replicar en sus lugares de origen la experiencia urbana, estableciendo contactos con los jóvenes trabajadores de sus respectivos pueblos.⁴⁴ Acaso el fenómeno se explique por la fuerza de los lazos de los estudiantes con sus pueblos de origen y las dificultades para consolidarlos en la ciudad universitaria.

Un ejemplo ilustre de este mecanismo de difusión, ampliamente reconocido por los compañeros de militancia, fue el de Carlos Kunkel. Nacido en un pueblo ferroviario, Mechita, desarrolló sus primeras experiencias en Bragado, una localidad vecina y más populosa. Una serie de circunstancias favorecieron estas prácticas.

Por un lado, la llegada a La Plata en el año 1964 con dieciocho años, como en la mayoría de estos jóvenes, supuso un verdadero proceso de “resocialización” y un largo período para establecerse y adaptarse; habiendo experimentado una fuerte socialización política en su pueblo, reflejada en anécdotas familiares que mezclaban su nacimiento con el del peronismo y en la trayectoria de su padre y sus tíos como miembros activos

⁴³ Para sus difusores era una analogía que buscaba representar la injusta situación que suponía el ejercicio electoral en las universidades para la elección de autoridades académicas y centros de estudiantes y la prohibición del derecho al voto para el pueblo trabajador identificado con el peronismo. Hugo Bacci, miembro fundador de la FURN e integrante de la JP platense, apela a su memoria para graficar esa noción de aislamiento que iba más allá del ejercicio electoral: “Desde la Facultad de Veterinaria veíamos columnas de trabajadores de la carne de Berisso, en ese momento muy fuertes y combativos; cuando llegaban a la Facultad los reprimían. Nosotros, los estudiantes, veíamos cómodamente, como un espectáculo, la represión a los obreros; no los dejaban entrar a la ciudad” (EA-Bacchi)

⁴⁴ Las características de esta expansión, está saliendo a la superficie gracias a una serie de trabajos que cuenta estas experiencias locales, aunque el énfasis está puesto en el período de auge y represión. El avance de las políticas de estatales de apoyo a la reconstrucción del “pasado reciente” se refleja en que

de la Junta Promotora local del nuevo movimiento. Por otro parte, en términos operativos, su padre, un empleado jerárquico del ferrocarril estatal, conseguía el pase gratis para que todos los fines de semana, Carlos, regresara al pueblo, portando nuevas experiencias políticas obtenidas en la ciudad universitaria, útiles para impulsar las esporádicas prácticas militantes de Bragado:

“En los primeros años no me integre, era muy *pajuerano*, no tenía demasiados conocimiento y no me integraba. Tenía relaciones con algunos compañeros de pueblo o de otros pueblos de la zona, juntábamos algunos manguitos y hacíamos mariposas (volantes); acá en La Plata. Yo llegaba a Bragado en el tren a las doce o una de la madrugada y recorriamos el pueblo volanteando, siempre por alguna fecha; pidiendo por la restitución del cadáver de Evita o por la vuelta de Perón. Si, yo la militancia la hacía en Bragado.” (EA-Kunkel).

B) Madurando: perspectiva local (el barrio), nacional (congresos y programas) e internacional (DeGaulle-Perón)

Hacia mediados de la década del '60, entonces, la JP platense entró en una nueva etapa apuntalada por los rasgos y elementos antes enumerados y por las condiciones políticas más favorables. Desde ese momento, quedó claro para los jóvenes en franco proceso de crecimiento, la necesidad de volcar sus inquietudes hacia un ámbito conocido, el barrial; gran parte de ellos provenía de allí. El partidario, que en la tradición peronista era considerado como una mera herramienta electoral, estaba bloqueado por una dirigencia claudicante y era objeto frecuente de prohibición por parte del “régimen”. Por otra parte, estaba el inconveniente que la provisión de cargos nunca fue una meta privilegiada por los jóvenes que se sentían llamados por fines menos personales. El ámbito sindical, capaz de proveer recursos, transmitir experiencias decisivas para la lucha actual, e incluso alentar la acción trasgresora de la juventud, era ejecutor de un programa estratégico lo suficientemente procesado y cerrado. Ese proceso daba a los grupos juveniles un lugar subordinado; hasta llegar a la exclusión en la medida que se radicalizaban e izquierdizaban. Finalmente, el ámbito universitario había sido deslegitimado por los propios jóvenes como espacio para la “lucha nacional”. Podía ser un lugar para reclutar adherentes, de ahí la fórmula “frente universitario de la JP”. La presentación de listas en contiendas electorales universitarias iba en esa dirección: testear la presencia de peronistas en las diferentes facultades.

La acumulación de fuerzas a través de la acción política en el barrio fue entonces el motivo que estructuró la estrategia de la JP desde mediados de los '60. Así, cuando se produjo la convergencia de los ex presos CONINTES, los que volvieron de Cuba y un mayor número de universitarios⁴⁵, aunque todavía en pequeña escala:

“En Diagonal 114 e/ 40 y 41, en una *villita* pusimos la primera Unidad Básica, seríamos unos veinte compañeros, en el año '64. Teníamos una, a veces dos UB...No nos habíamos podido extender en cuanto a la captación de cuadros o de compañeros. Teníamos las puertas abiertas adonde fuéramos, pero no había respuesta de integración” (EA-Babi Molina).

Bajo estas condiciones fluctuantes el grupo buscaba afianzarse, diferenciarse de los sectores “pro burocráticos”, dotarse de una estructura y un programa de alcance nacional. Gracias a los diferentes contactos establecidos con agrupamientos juveniles afines de los centros urbanos del gran Buenos Aires y en el interior provincial, los jóvenes platense se sintieron lo suficientemente consolidados para convocar : “El primer congreso de la JP, que se realizó en Mar del Plata entre setiembre y octubre del '64” (EA-Babi Molina). En este intento temprano de unificación, al cual los jóvenes platenses fueron pertrechados con los “programas obreros de La Falda y de Huerta Grande, de gran avanzada política en el país”, aparecieron una serie de escollos con los que, no obstante, habría que convivir. “Empezamos a debatir y aparece Brito Lima, con su gente; terminaron rompiendo el congreso. Algunos compañeros que iban a estos encuentros terminaron siendo secuaces de López Rega” (EA-Babi Molina)

Decididos a formular sus posiciones, en un segundo congreso en la localidad de Ayacucho a comienzo del '65, elaboraron un programa político básico. Junto con un reclamo de mayor participación de la juventud dirigida a la dirigencia “complaciente” y de legalización de la actividad partidaria, tomaron como bandera el retorno de Perón y la repatriación de los restos de Evita. Exigencias, estas últimas, que en el contexto de la

Gómez A.; Verdun, C. y Berezan J. “La Juventud Peronista de Luján”, en *Lucha Armada nro. 8*.

⁴⁵ Los testimonios ubican el ingreso a la JP platense, entre otros, de dos jóvenes universitarios: Rodolfo Francisco Achem y Carlos Alberto Miguel. Sus trayectorias condensan el dinamismo, el crecimiento numérico, la radicalización, el acceso al aparato del Estado, el enfrentamiento y la presencia de la muerte que caracterizó al grupo juvenil en la etapa que se inicia. Achem, como estudiante de abogacía activó en la FURN. Concentrado en el trabajo militante, abandonó la carrera e impulsó la relación con la JP y con los no docentes universitarios como directivo de La Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata (ATULP). Durante el camporismo y la intervención de Agloglia en la UNLP, fue uno de los gestores del proyecto del peronismo universitario presentado bajo la denominación “Nueva Universidad”, desde su cargo de Secretario Administrativo de la UNLP. Se incorporó a Montoneros y en una de las primeras acciones de la Triple A en La Plata dirigida a la “militancia de superficie” fue secuestrado y muerto en octubre de 1974, junto a Carlos Miguel (Baschetti, 2007b, pág. 20), (Godoy, 1995, pág. 157-158)

proscripción, los perfilaba como una fuerza intransigente. Reconocían, por último, “que había que estar en la lucha y que ésta se daba centralmente a partir de la organizaciones sindicales” (EA-Babi Molina)

En este contexto, los jóvenes platenses comenzaron a participar de debates políticos más sofisticados teniendo como interlocutor al propio Perón. Nos detendremos en un relato relativamente conocido que lo demuestra, pero que además puede ser entendido como un hito en la imagen que los miembros sesentistas de la JP platense se forjaron del líder en el exilio como un estratega político insuperable. En octubre de 1964, llegó a Buenos Aires el presidente de Francia Charles De Gaulle, un hecho político que daba la posibilidad de movilizarse y manifestarse, circunstancia que debían ser capitalizadas al máximo por la militancia de la JP local. Ansiosos por dar el debate, los jóvenes, accedieron a un diálogo epistolar con Perón, en el que pusieron reparos en recibir al general francés, como si fuera el propio Perón, según el pedido expreso de éste. La respuesta fue una lección sobre estrategia política en la percepción de los destinatarios:

“Perón nos dijo: En la lucha interimperialista los países dependientes como nosotros tienen que ser los suficientemente inteligentes para aprovechar la brecha de esa pelea y avanzar. Lo principal es llevar adelante el objetivo. Clarito. Fuimos a la plaza a gritar Perón-DeGaulle un solo corazón” (EA-Babi Molina).

VI Un nuevo actor

El proceso así iniciado entró en una etapa de maduración marcada por los acontecimientos de la política nacional y las líneas que llevaron por el camino de la protesta social y la radicalización política. Tal vez sea posible afirmar que el golpe de Onganía produjo una expectación favorable en todas las huestes peronistas, y más significativamente en las fracciones organizadas y activas, basada en la imagen del “golpe nacionalista” o según la expresión atribuida a Perón “desensillar hasta que aclare”. Esa concepción se fue desbaratando, según los testimonios de los jóvenes ya con la influencia estudiantil, un tanto paradójicamente con la represión desatada contra las universidades.

Los testimonios aluden al surgimiento de una “tercera generación” en la conducción de la juventud platense hacia la última parte de los '60. Si bien, el

componente de clase media y estudiantil iba en aumento, persistía el rechazo al ambiente universitario, donde la identidad peronista seguía siendo vivida como un estigma; a pesar de los cambios que empezaban a manifestarse y que terminaría por “peronizar” a grandes franjas de los estudiantes platenses.

Siguiendo el relato testimonial de uno de los miembros de esta “nueva generación”⁴⁶, Roberto Kaltenbach, hacía 1969, año de su incorporación, el desarrollo numérico, verdadero indicador de la espectacular trayectoria de la JP, era estable. Para incrementarlo, se buscó implementar de manera conciente y por primera vez, una estrategia basada en la incorporación de los pobladores barriales. Los hechos son trascendentes en la medida en que iban a permitir diferenciar, según el testimonio, a la agrupación juvenil por su perfil barrial y popular de las otras fuerzas peronistas locales que convergen en el momento de la radicalización. Por un lado del lánguido programa del MPR, por otro del proyecto de la juventud universitaria encarnado sobre todo en la FURN e incluso de la línea que posteriormente logró concentrar a todas las fuerzas juveniles sintetizada por Montoneros.

Los acontecimientos y una acertada estrategia permitieron dotar a los jóvenes de un desarrollo propio y protagonizar la etapa.

“En el año ‘69 me incorpore a la JP de La Plata, en ese entonces era un grupo reducido de unas cuarenta personas. Lo que era específicamente la JP. No lo que giraba alrededor como el MRP o como la parte universitaria de la FURN. Hablamos de la JP, que traía como tradición el trabajo político, algo así como un grupo de choque. Un grupo de militantes sin trabajo territorial, en ese momento” (EA-Kaltenbach).

Para los jóvenes peronistas platenses el llamado “trabajo territorial” era una opción natural. Sus actividades de base, pintadas, volanteadas y reuniones muchas veces transcurrían en sus casas localizadas en los barrios. Pero era claro que el desarrollo había sido casi inexistente y las unidades básicas no podían sostenerse en su funcionamiento. Dinamizar la experiencia primaria fue el objetivo básico de quienes se incorporaron en esta etapa:

“En la JP platense, y en todo el territorio nacional, no había comenzado el desarrollo territorial, no era una organización de masas. Tampoco se perfilaba como una rama más del movimiento nacional, sino que se trataba de una expresión generacional. Había un límite para

ser JP en ese momento que eran los treinta años. O sea, se trataba sólo de un grupo de jóvenes que trabajaba con entusiasmo” (EA- Kaltenbach).

Merced a un funcionamiento interno basado en la rotación en los puestos directivos, sin la constitución de un liderazgo estable, la propuesta inspirada por las condiciones de activación política de las masas peronistas buscaba superar a un grupo resistente, a una agrupación de amigos y familiares celosa de la tradición peronista, que se reunía en las casas de los compañeros o en las pensiones estudiantiles, por una “organización de masas”. A través de un simple trámite, cada compañero debía convocar a tres o cuatro para las próximas reuniones y así multiplicar los cuadros. De un número inicial de cuarenta miembros se pasó a ciento veinte. Un núcleo apto para la estrategia que permitió organizar las tareas barriales y repartir las zonas de la periferia platense: “Yo creo que el trabajo territorial era parte de una expectativa de desarrollo político que teníamos entonces. Digamos, cómo pasar de toda una etapa de resistencia y de defensa de las convicciones a una política de masas” (AE-Kaltenbach).

Existía en el peronismo una tradición, presente también en el socialismo, el radicalismo e incluso en el conservadurismo de la provincia de Buenos Aires, tendiente a extender la política al universo barrial de los sectores populares pero que en general estuvo vinculada al partido. Lo que Plotkin denominó como “construcción del consenso pasivo”, basado en el vasto programa reivindicativo y asistencial impulsado desde el estado durante el primer peronismo a través de la emblemática Fundación Eva Perón. Durante el período que se extendió entre el golpe del '55 y fines de los '60 para la JP platense la actividad territorial fue una opción “natural”, base de la resistencia y la memoria. Reducida a conversaciones entre familiares y vecinos, al reparto de unas pocas hojas como material de prensa o a la actividad de estudiantes universitarios que iban a los barrios a charlar y tomar mate con los contactos barriales. Desde comienzo de lo '70, esta “naturalidad” del peronismo para el trabajo territorial fue uno de los componentes sobre el que se consolidó el proceso de masificación y radicalización. Todos los relatos coinciden en establecer que entre mediados y fines del '72, es posible ubicar el comienzo de un “fenómeno explosivo” de participación, uno de cuyos epicentros fueron los barrios; centros de entusiasmo y ebullición popular por la vuelta de Perón. En el siguiente capítulo nos ocupamos de reconstruir ese proceso

⁴⁶ Ordenando nuestro relato basado en los testimonios, podemos establecer la siguiente sucesión: La primera camada, trabajadora y barrial, formada por B. Molina, C. Banegas y G. Chaves, la segunda

Capítulo 2 “FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros”. Masificación y radicalización política de la JP platense y articulación con Montoneros (1970-72)

Inspirada por las rebeliones populares de esos años e impulsada por el elemento estudiantil, que buscaba poner a prueba su fibra militante, la estrategia consistente en orientar los esfuerzos hacia la conformación de una base de poder y reclutamiento localizada en los barrios, prosperaría durante el período marcado por la vuelta de Perón, la apertura electoral y la “acción de masas” de Montoneros. En este capítulo, retomamos el relato desde ese punto histórico e intentamos hacer un retrato del *escenario platense de la radicalización* y una localización inicial del accionar juvenil.

Para componer este escenario incorporamos, como factores “objetivos”, una serie de indicadores económicos, sociales y demográficos de la zona y, “subjetivos”, ciertas percepciones de la militancia sobre las características políticas ideológicas del ámbito barrial. Luego, abordamos el acotado e intenso ciclo que se abrió entre mediados de 1970 y fines de 1972, o dicho en acontecimientos, entre el “Aramburazo”, la apertura electoral y la “primera vuelta” de Perón. Durante ese periodo exploramos, centralmente, la intervención de la JP platense delimitando dos niveles de análisis. En el primero, que denominamos de *participación política partidaria*, se incluyen los procesos de normalización partidaria: las “afiliación masiva”, la conformación de “listas únicas” y las movilizaciones del “Luche y vuelve”. En el segundo, de *activación política revolucionaria*, se aborda la reivindicación de las organizaciones armadas identificadas con el peronismo, la articulación con Montoneros y las primeras experiencias de creación de UB montoneras.

I El escenario. Los barrios platenses en las vísperas

“No se puede hablar de una sola organización. Montoneros llegó a La Plata en el año 1972, ya había mucho trabajo en los barrios, en las villas. La lucha armada la iniciamos antes que Montoneros. Teníamos un comando, que no tenía nombre, y hacía prácticas de tiro, apoyo de conflictos, robo de armas. Nuestra idea era incorporarnos a la FAP, tuvimos conversaciones

pero no se concretó. Cuando entramos en conversación con los Montoneros, nadie sabía quienes eran. Al principio acá no tenían nada, había un grupo de Descamisados en Ensenada, una célula de FAR, que estaban en un proceso de peronización. Se resolvió en asamblea pasar a Montoneros con armas y bagaje. ¿Cómo se concertó?: un grupo monto se instaló en La Plata, eran fundamentalmente de Descamisados, ya incorporados a los montos. Esto nos dio proyección nacional”. (G. Chaves incorporado a la JP platense a comienzo de los '60. Entrevista del autor)

A) Barrios de “laburantes” y condiciones “objetivas”

Hacia 1971 el área del Gran La Plata que incluía el partido de La Plata, Berisso, Ensenada y con menor integración, Magdalena y Brandsen, era considerada un polo provincial con identidad y dinámica propia. Como rasgo general del conjunto se destacaba una nítida diferenciación e interacción entre sus zonas urbanas y rurales. Las funciones de gobierno y la localización de instituciones de prestigio internacional, como la Universidad Nacional y el Museo de Ciencias Naturales, se hallaban centralizadas en la ciudad; junto a una infraestructura industrial muy significativa de establecimientos como el Astillero Naval Río Santiago, las plantas frigoríficas y la destilería de YPF, ubicada en el cordón productivo de Berisso y Ensenada

El partido de La Plata, formado por el casco urbano y periferia barrial, poseía una importante diversidad. Al ser capital provincial, su mayor actividad económica se concentraba en el sector terciario. En el sector secundario, además de la actividad industrial, se destacaba la construcción. Fuente tradicional de mano de obra para los sectores populares instalados en la periferia platense, su dinámica se basó tanto en la obra pública como en los emprendimientos privados. El sector primario sobresalía por la producción hortícola y frutícola organizada en las clásicas “quintas”. Estas unidades productivas, de escasa tecnificación, emplearon a los trabajadores semirurales y se irían consolidando para satisfacer el consumo urbano.

En términos demográficos el censo de 1970 había mostrado un decrecimiento en la dinámica poblacional del partido de La Plata, debido a una reducción de la tasa de natalidad. El aporte migratorio, sostenido y constituido en su mayoría por jóvenes, daba como resultado cierta preeminencia de éstos y, a la vez, una reducción de la población

económicamente activa⁴⁷. La mitad de la población, de un total cercano a las cuatrocientos mil personas, habitaba en las afueras del casco urbano. Este último sector, el de la periferia barrial, presentaba dos grandes zonas diferenciadas. Una que se extendía al noroeste de la ciudad, hacia la Capital Federal, con mayores perspectivas de crecimiento por sus rápidos accesos, pero con baja densidad poblacional. Y otra, que se expandía hacia el suroeste, más populosa, con un polo productivo de características medias y pequeñas, configurando un perfil obrero y trabajador.⁴⁸

Como dijimos, la estrategia de “ir a los barrios” por parte de la JP platense, tanto en la etapa previa como durante su articulación con Montoneros, estuvo orientada desde el primer momento hacia la periferia platense. Los testimonios lo destacan, y los datos empíricos lo corroboran, el elemento socioeconómico que caracterizaba a los barrios platenses en los ’70 era su particular homogeneidad y la escasa cantidad de “espacios de marginación”. En efecto, las denominadas “villas miserias”, objetivos políticos de la militancia, son descritas como “barrios de trabajadores” y circunscritas a pocas manzanas.⁴⁹

Los testimonios permitieron precisar las zonas donde la juventud concentró sus actividades; comenzando por Los Hornos, para muchos el lugar de mayor “trabajo territorial”. Un joven trabajador y estudiante concentrado en la militancia barrial explica: “En Los Hornos estaba la villa, actualmente mucho mas grande, en 143 y 57.

⁴⁷ El diario *El Día* subrayaba que la evolución demográfica de la región del Gran La Plata (incluyendo a Berisso, Ensenada, Magdalena y Brandsen) presentaba rasgos compatibles con “países que gozan de condiciones sociales y culturales elevadas o relativamente satisfactorias”. Entre las que mencionaba, figuraban el paulatino envejecimiento de la población como consecuencia de los adelantos en materia de salud, la estabilidad en las tasas de mortalidad y natalidad, la distribución de la población urbana y rural y la disminución de la PEA (*El Día*, 9/11/72). La región mostraba también indicadores de desarrollo social por arriba de la media nacional, en la cantidad de instituciones de salud y educación por habitantes.

⁴⁸ La zona noroeste estaba conformada con las siguientes delegaciones y habitantes: Villa Elisa, 13.999 habitantes; City Bell, 18.111; Gonnet, 13.449 y la más populosa Tolosa, 41.312. Por su parte la suroeste por: Villa Elvira, 39.391; Los Hornos, 35.607 y Melchor Romero, 42.274. (Municipalidad de La Plata, Informe Estadístico 1977)

Por último la población estudiantil hacia marzo del 1972, según cifras de la UNLP ascendía 43.800 “estudiantes activos”. Entre las facultades más concurridas estaban: Ciencias Médicas con 9500, Humanidades con 7000 y Económicas y Derecho 4800 en cada una (*El Día*, 5/11/72). Sin duda y como era conocido entre la militancia de la época, la proporción entre estudiantes universitarios y población, era, en La Plata de principios de los ’70, una de las mayores en el país.

⁴⁹ Tanto para un experimentado dirigente platense de la JP: “En realidad no había grandes villas, se trataba de barrios de laburantes”. (EA-Chaves); como para una joven peronista estudiante de abogacía del interior de la provincia, militante de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP): “En general la zona de Berisso y la periferia de La Plata, no podríamos hablar de villas, como podemos ver ahora; podíamos decir que había pleno empleo”. (EA-Celina); o para un joven trabajador peronista platense, quien con más precisión, describe el barrio en el que transcurría su militancia como miembro de la JP: “Era un barrio humilde pero no marginal, con gente trabajadora. No había nada que se pudiera definir como una villa.

Prácticamente era la única de La Plata” (EA-Asuaje). Más detalles nos brinda un “responsable político” del lugar:

“Nosotros la llamábamos la villita, tenía 150 metros por 100 metros y vivían en su mayoría paraguayos. Eran albañiles todos. Había un tucumano que, por sus rasgos, hoy podríamos caracterizar como villero, el resto era casi clase media baja. Nosotros la llamábamos la villa como un hecho folclórico. Los asados eran muy frecuentes, no había chicos desnutridos. Salvo casos extraños no había delincuencia, robarse la ropa de la cuerda, por ahí sí, pero no mucho más”. (EA-Marcelo Molina.)

Por otro lado, Tolosa, que tenía a su vez dos villas reconocibles bajo la influencia de JP/Montoneros. La primera, que alcanzaría un importante prestigio como centro de formación de la militancia barrial, la describe un joven peronista de clase media:

“Era parecida a una villa actual, pero tenía dos manzanas. Iba de 15 a 17 y de 532 a 530. No la comparemos con las grandes villas de ahora. Si bien la gente laburaba, el que era vago era vago, pero había laburo. Siempre laburo no formal. Es cierto que para el que tenía un oficio vivía medianamente bien, comparado con lo que es hoy (EA-José H.).

La segunda, la describe un miembro de la conducción de la JP :

“Yo conocía más o menos el lugar, fui uno de los que inició el trabajo en lo que fue la villa del Arroyo del Gato, la zona de Ringuelet. La villa era distinta, no estaba el cartonero de hoy. El hombre de la villa era más bien un trabajador de changas, que podía hacer changas. Por ahí no tenía un trabajo regular trabajaba en la construcción o hacía changas”.(EA-Kaltenbach).

Una forma posible de ensayar una ubicación global del área donde la JP platense desplegó su influencia, es a través del cruce entre secciones electorales y delegaciones municipales. La militancia, como parte de su actividad partidaria, utilizaba de manera fluida la división zonal que suponía el término de secciones electorales; nueve en el partido de La Plata. Aquellas localizadas en el casco urbano no fueron incorporadas a la estrategia barrial, de manera que las secciones que concitaron y concentraron la acción juvenil fueron la quinta, la sexta y la séptima.⁵⁰

Nosotros no caracterizábamos el territorio como villa, eran barrios de gente laburante. Se caracterizaba sí, como un barrio peronista”. (EA-Daniel I.).

⁵⁰ En el Casco Urbano, bastión de la UCR, funcionaban las secciones primera, segunda, tercera y novena. La cuarta sección electoral comprendía las islas Santiago y Martín García. y la octava era una reserva dentro de esta clasificación. (Guía Electoral de La provincia de Buenos. Juzgado Federal Nro. 1, La Plata. 1983)

Por otra parte, en ese momento, las delegaciones eran siete. Hacia el sudoeste y sudeste del Casco Urbano: Villa Elvira, Melchor Romero y Los Hornos y hacia el noroeste: Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa.⁵¹ Cruzando ambas informaciones concluimos: la quinta sección abarcaba la totalidad de Villa Elvira y casi todo Los Hornos; la sexta, comprendía la totalidad de Tolosa, Gonnet, City Bell y Villa Elisa y parte de Los Hornos y Melchor Romero y la séptima formada exclusivamente por Melchor Romero.

Una observación final sobre la distribución espacial de las UB Montoneras platenses. Como veremos con más detalle en capítulo siguiente, la imbricación original que tuvieron con las que respondían a caudillos zonales del PJ y la vecindad con otras que se identificaban con la ortodoxia e incluso a la derecha, dan cuenta de que su localización geográfica dependió de la presencia de los sectores populares peronistas en el Partido de La Plata. Es decir las UB identificadas con la JP/M se desarrollaron allí donde más concentración de “población peronista” había⁵². En este sentido, es difícil sostener y demostrar una localización y expansión en base a un plan estratégico de la organización Montoneros, como algunos testimonios lo sugieren.

B) La primacía de la política y las “condiciones subjetivas”

En este apartado, enumeramos ciertos rasgos de tipo subjetivo, percibidos por la militancia y constatados a través de otros recursos de investigación, que consideramos relevantes para tornar comprensible la actividad política que se desplegó, desde comienzo del '72, en el escenario barrial platense.

Como afirmamos, la situación material de los barrios donde transcurrían las actividades diarias de la militancia era evaluada como “buena”; a sus ojos, la pobreza no se presentaba como un fenómeno masivo y denigrante. Pero, para una joven militante oriunda de la ciudad, era fácil comprobar la existencia de una *demanda acumulada*,

⁵¹ Informe Estadístico de la Municipalidad de La Plata, 1977.

⁵² La sexta, quinta y séptima sección electoral eran las canteras del voto peronista en La Plata. Tanto la elección de marzo como de setiembre del '73 se definieron a favor de los candidatos peronistas por el caudal de electores que de allí salieron. En marzo, por ejemplo, la UCR cosechó cerca de sesenta mil sufragios, mientras que el frente electoral peronista, el FREJULI, ganó con casi cien mil votos. De es total, más del sesenta y siete por ciento, 67735 sumando los datos publicados por *El Día*, llegaron desde los barrios de Tolosa, Melchor Romero, Los Hornos y Villa Elvira; todos ubicado en la sexta, quinta y séptima secciones electorales. (*El Día* junio 1973)

decisiva para impulsar las movilizaciones, destinada a cubrir el equipamiento barrial básico. Dada la amplitud y, en algunos ítemes, la escasa complejidad de éste, tal demanda suponía un potencial desarrollo para el activismo orientado al barrio:

“El asfalto, el agua, las cloacas, el gas. Nosotros que trabajábamos mucho con las cuestiones reivindicativas en el barrio en esa época, notábamos que no había nada de eso. Los barrios eran todas calles de tierra, todo barro, poca gente que tenía agua corriente, tenían agua de bomba. Iba creciendo la ciudad y tampoco crecía rápido la electricidad, cloacas” (EA-Marta S.).

Intentar cubrir la infraestructura básica barrial, poco desarrollada, fue el eje de una de las iniciativas centrales de la JP platense a lo largo de todo el período en que se mantuvo activa. Más adelante, con la llegada al gobierno provincial de muchos de los dirigentes juveniles durante la gobernación de Oscar Bidegain, estas iniciativas tomaron forma institucional.⁵³ Este potencial desarrollo de la movilización barrial basado en necesidades materiales, se fue articulando con otros elementos más intangibles.

En primer lugar, la existencia de un *activismo sindical desencantado*, por una larga serie de derrotas, replegado en los barrios y ligado, aunque no exclusivamente, a la tradicional combatividad obrera y peronista. Como nos explica un dirigente de la FAP de la zona de Berisso:

“Durante los ‘60 se pierden una serie de huelgas. Una huelga importante en 1971 había sido derrota.⁵⁴ En general habían sido negociadas y traicionadas por los dirigentes. Se puede decir que la clase obrera estaba derrotada. Entonces vos te encontrabas, con activistas sindicales que habían estado en las huelgas perdidas, que eran peronistas, pero que no tenían tradición de trabajo territorial; algo en la época de la resistencia, pero en general era más sindical. Gente con conciencia política”. (EA-Cieza).

En segundo lugar, los grandes acontecimientos de masas de fines de los años ‘60 no se habían replicado en la zona en términos concretos. Sin embargo, aquellos hechos habían contribuido a crear un *clima antidictadura* propicio para las movilizaciones, que

⁵³ En el próximo capítulo describimos algunas de estas experiencias. Por lo menos en la zona, los testimonios aseguran, que los trabajos barriales auspiciados por la JP se mantuvieron en el nivel de la provisión de agua y las obras de desagüe. Estos tenían la sencillez necesaria permitiendo una rápida resolución. Obras de mayor complejidad, como las cloacas, no pudieron ser resueltas por una organización “políticamente orientada”

⁵⁴ La referencia es a la huelga de Petroquímica Sudamericana de mediados del ‘71 que contó con un importante apoyo estudiantil (Bonavena, 2006, pág. 176)

en general el activismo político y las diferentes organizaciones políticas y político-militares que operaban localmente⁵⁵ buscaron canalizar:

“Cuando se habla de Cordobazo y Rosariazo, acá no pasaba un carajo. Lo único que hubo fue esa huelga petrolera del '71, que fue derrotada. Eso sí, cuando había algo estábamos todos. Y, no necesitabas mucho para movilizar. Hasta la vagancia del barrio se prendía, se iba a la política” (EA-Cieza)⁵⁶.

En tercer lugar, estaba la cuestión de la *identidad peronista* entre los sectores populares y su relevancia como factor explicativo en el proceso de movilización en ciernes. Una interpretación sobre las características de ésta ensaya E. Salas, afirmando que tuvo, durante los años de proscripción, un importante papel como mecanismo de “resistencia cultura”. Según este criterio, en el universo familiar y barrial, el peronismo, se mantuvo “latente”, en tanto pudo, aunque débil y simbólicamente, reactualizar sus elementos festivos, aptos para la reafirmación e integración identitaria pero, por otro lado, confrontativos y tendientes a la ruptura.

Algunos testimonios pueden servir para aclarar este entramado ambivalente. Un joven militante barrial peronista, fundador de una unidad básica en la zona de Melchor Romero articulada a la JP/Montoneros a comienzos del '73, nos relata la presencia del peronismo en su cotidianidad:

“Tengo dos hechos grabados en mi memoria política. Una vez que fuimos a lo de Monopoli [un histórico “puntero” peronista de la zona] a una fiesta del día del niño. Mientras jugábamos en el barrio, cayeron desde un avión volantes reclamando la vuelta de Perón, ubico esto en el '64. Son hechos que no tienen nada que ver, sin embargo, marcaban un nivel de politización, en mi caso, pero había miles como yo. No éramos gobierno, pero festejábamos el día del niño desde la unidad básica y, por otro lado, sabíamos qué significaba el Perón vuelve” (EA-Hugo G.).

La conciencia de ser parte de un movimiento político en estado de beligerancia con el sistema, también surge del relato de un activo militante que se incorporó, casi adolescente, a la UB montonera de su barrio a comienzos del '73:

“Yo no terminé la primaria. Cuando íbamos con mis hermanos a la escuela, era todo una peregrinación, no andaba el colectivo. Llevábamos unos libros que nos habían dado Perón y

⁵⁵ Por el registro periodístico y por los testimonios, se sabe que operaban en la zona en el '71/'72, las mayoría organizaciones. El diario *El Día* reflejaba gran cantidad de acciones en la ciudad de Montoneros, Descamisados, FAP, FAR, FAL y el ERP como robos de dinero, armas y materiales médicos; repartos de mercaderías en los barrios pobres; sustracción de armas a policías, etc.

⁵⁶ En esos momentos, Córdoba, parecía ser el centro urbano que más concitaba esos rápidos reflejos de la militancia revolucionaria; los líderes de las organizaciones armadas más importantes, José Sabino

Evita y teníamos problemas. Mi viejo dijo, no van más a la escuela, esos son unos gorilas” (EA-Oscar A.).

Si bien, retrospectivamente, esta acción es evaluada por nuestro entrevistado en sus aspectos negativos: “Que ignorancia la del viejo, porque uno si se preparaba podía haber dado mejor la lucha” (EA-Oscar A.), podemos afirmar que este tipo de experiencia, formaba parte de la auto consciencia peronista de esta franja o sector de la militancia radicalizada, que se veía a si misma como constitutiva de ese peronismo latente. Poseedora de una sensibilidad intransferible en relación a Perón, que evaluaban como una figura insuperable en términos políticos, suponían que tenían con él, canales personales de comunicación. Esto les proporcionaba un status y ardor militante, distintivos:

“La mayoría de la gente como yo creía que Perón era un mago. Gardel con tres guitarras. Para nosotros, Perón era una cosa muy fuerte. Cuando estábamos cajoneados, y no nos salían las cosas, lo escuchábamos y decíamos, me está hablando a mí. Así, si veníamos cansados de laburar en la construcción, íbamos a laburar al barrio”. (EA-Oscar A.)

Otro rasgo, tal vez más conocido, de este peronismo latente y operante a nivel de las redes familiares y barriales, es el que se menciona en los diferentes testimonios como una actitud de “naturalidad” hacia las prácticas clandestinas. En efecto, para la militancia resultaba conocido no dar todos los datos de filiación o manejarse con nombre ficticios, recibir visitas que pernoctaban sin demasiadas explicaciones o resguardar objetos:

“Yo soy nacido en el '55. Me acuerdo en mi infancia de ir en las noches de invierno a la casa de un compañero en forma clandestina, con mi hermano y con mi viejo; que decía callate la boca. En el sesenta y pico íbamos a ver diapositivas, era como una operación militar. Solía venir un amigo de mi papá que decía: me tengo que quedar a dormir, tengo que guardarme acá. Mi viejo no contaba nada. Yo veía que este amigo dejaba algo en el ropero, tal vez algún fierro, un arma”. (EA-Oscar A.)

C) Del centro al barrio

Otro elemento específico de La Plata, resultó de las interacciones entre el centro, espacio propio del activismo estudiantil, donde la presencia obrera marcaba los picos más altos del enfrentamiento social y se verificaban la gran mayoría de las operaciones armadas, y la periferia. Así, para los militantes estudiantiles y barriales, el casco urbano,

se configuró en un escenario donde cobraron visibilidad el conflicto político y sus actores. La “generación” que se disponía a ingresar a las avatares de la radicalización, pudo experimentar los fenómenos reales de la política en las calles de la ciudad: el enfrentamiento directo con las fuerzas represivas, las luchas obreras y estudiantiles, la pasión popular que despertaban los actos masivos del peronismo.

Para un futuro “responsable” de una unidad básica de la JP/Montoneros, de familia obrera peronista, que se trasladaba de su barrio para asistir al secundario en la escuela técnica más prestigiosa de la ciudad, las impresiones iban a ser duraderas:

“Nosotros somos del ’50, yo nací en el ’53. Allí estaban los ámbitos universitario, yo estaba en el secundario, te estoy hablando del ’71/’72. Había una efervescencia que se contagiaba en las calles. La calle 1 con la franja de la Universidad, era un eje⁵⁷. Yo iba al industrial Alvarez Thomas, estaba el Colegio Nacional⁵⁸. Convivíamos con la presencia de la policía que ante cualquier movilización te corría con los caballos y ponía a la gente contra la pared” (EA-Daniel C.).

En el caso de un joven trabajador, quien posteriormente desarrolló una prolongada actividad en las unidades básicas montoneras de la zona de Villa Elvira, que todos los días llegaba a su lugar de trabajo en un comercio platense, el activismo estudiantil en las calles de la ciudad impulsaría sus interrogantes políticos:

“Del ’69 en adelante, yo fui cadete de un comercio de La Plata. Cada vez que había movilizaciones estudiantiles, a mi me empezaba a llamar la atención. El comercio, que estaba en diagonal 80, bajaba las persianas y se cerraba, porque todas las manifestaciones venían por el diagonal. Al cerrar nos íbamos temprano. Incluso, a veces me colaba en la manifestación. Me llamaba la atención todo eso, ¿por qué lo hacían? De a poco me fui interiorizando del porqué de las protestas” (EA-Daniel I.).

También las calles platenses ofrecieron a los jóvenes estudiantes de clase media, sobre todo local, en pleno proceso de incorporación a la política militante, el impactante

⁵⁷ El Comedor universitario, de calle 1 y 50, fue uno de los lugares de iniciación para los estudiantes del interior y locales con voluntad militante. Durante todos los días desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, más de mil estudiantes de las distintas corrientes políticas se agolpaban en las instalaciones entablando todo tipo de debates y discusiones. Centro de asambleas, movilizaciones y lucha de consignas, objeto de represión y ámbito de tensiones entre estudiantes y trabajadores no docentes que impulsaban huelgas afectando el servicio; para nuestros entrevistados, el Comedor, fue una irreplicable experiencia en sus trayectorias militantes.

⁵⁸ Dos libros testimoniales, cuyos autores fueron alumnos y militantes de la juventud peronista radicalizada, describen aspectos del proceso de politización, probablemente excepcional si comparamos con otras instituciones educativas de nivel secundario de la ciudad, que se vivió en el Colegio Nacional. En primer lugar, destacan los lazos de amistad que se prolongaban en las actividades militantes entre jóvenes habitantes del centro de familias ilustradas y con formación política y pibes de barrio con “sensibilidad natural hacia la pobreza” Por otro lado, subrayan cómo, la importante politización de parte

espectáculo de los actos multitudinario del peronismo. Primero, en espacios cerrados abarrotados de gente, y luego, en lugares abiertos ocupados por grandes multitudes. Un estudiante platense de clase media acomodada, con una trayectoria militante clásica desde pequeños grupos de estudios marxistas, pasando por la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) hasta llegar al activismo barrial, no duda en atribuir a uno de estos encuentros su conversión al peronismo:

“Y lo que pasa que con Perón acá, la gente y los actos te llevaban puesto. Hubo un acto en Plaza Italia que fue tan masivo, de enero o febrero del '73, a inicios de la campaña, o aquel de diciembre del '72 que largó la campaña peronista. Ahí me hice peronista” (EA-García Lombardi).

La experiencia acumulada por la juventud en los '60 - crítica a la dirigencia partidaria y sindical del peronismo histórico, creciente autonomía, ejercicio constante de acciones armadas, contactos estrechos y decidida influencia de la izquierda no peronista, crecimiento y transformación por la incorporación estudiantil -, se articuló con estos rasgos de la coyuntura: vuelta a la política del activismo desencantado, clima de movilización popular, reanimación/atracción de las masas peronistas. Bajo este auspicioso escenario la JP platense, estructurada con Montoneros, pudo demostrar su capacidad para crear bases amplias de poder barrial.

II La dinámica política. Participación política/partidaria y activismo político/revolucionario

Entrelazando el escenario local y el nacional a continuación se reconstruye la dinámica política, teniendo en cuenta dos dimensiones que se influyen mutuamente. La primera, que denomino de *participación política partidaria*, aborda la acción de la juventud en los procesos de normalización partidaria, las “afiliaciones masivas”, la conformación de “listas únicas” y las movilizaciones del “Luche y vuelve” con su corolario, la vuelta de Perón. En la segunda dimensión, que llamo de *activación política revolucionaria*, se describe la creciente vinculación con las organizaciones armadas identificadas con el peronismo, la articulación con Montoneros y las primeras experiencias de creación de UB montoneras.

Si bien en términos cronológicos, el núcleo del período bajo análisis, se extiende desde fines del '71 hasta fines del '72, el relato se remonta hacia el “Aramburazo”, hito

de su cuerpo docente, hacia la izquierda y la derecha, generó fuertes motivaciones y debates entre los jóvenes estudiantes dentro de las aulas del Colegio (Asuaje, 2004); (García Lombardi (h), 2005).

en la “atracción” que Montoneros ejerció en los jóvenes peronistas radicalizados; pasa por los procesos generados por la apertura electoral y termina en el “primer retorno” de Perón.

A) La participación política/partidaria

1) La normalización partidaria

Un punto de partida posible, fue el proceso de normalización partidaria por el que atravesó el peronismo, a partir de la convocatoria a elecciones lanzada por el gobierno de A. Lanusse a comienzos del '71⁵⁹. Como muchos analistas lo afirman, la restitución del sistema de partidos impulsada por el Gran Acuerdo Nacional (GAN), produjo una doble sorpresa. Primero, por la convicción de llevarla adelante que demostraron tener los sectores de las FFAA que la impulsaron, teniendo en cuenta que habían sido básicamente ellas mismas las que habían producido la ruptura más definitiva, enunciada hasta la fecha, con los partidos tradicionales. Segundo, por el protagonismo que estos últimos tendrían, en cierto sentido funcionando como contención, aunque también aportando en el caso del peronismo con grandes masas politizadas, a la radicalización social y política.(Cavarozzi, 1992)

Para muchos de los dirigentes de las agrupaciones políticas mayoritarias, PJ y UCR, que ya habían entrado en negociaciones con el gobierno militar, la sorpresa no impidió ponerse a trabajar en la normalización partidaria. Esta, según la ley sobre los partidos políticos promulgada el 1° de julio de 1971 por la Junta Militar, debía cumplimentarse en un año. En el caso del peronismo, a partir del golpe del '55, la estructura partidaria y su dirigencia habían sufrido, por un lado, represión y proscripción y, por otro, descrédito de parte de las nuevas generaciones. En ese marco, las organizaciones sindicales habían asumido y hegemonizado la estructuración del “peronismo real”. Tal vez, el inicio del avance de la “rama política”, puede hallarse en la decidida acción de Jorge D. Paladino, a fines del 1970, como secretario general del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ) y delgado de Perón. Entre sus iniciativas estuvieron los contactos entre Perón y los representantes de Lanusse y el comienzo de la

reestructuración del partido con el armado de las “Juntas Promotoras de Reorganización Partidaria” y la apertura, aunque cautelosa, de las afiliaciones.⁶⁰

Con la asunción de Cámpora como nuevo delegado al frente del MNJ en noviembre del 1971, es plausible afirmar que comenzó una segunda y definitiva etapa de la reorganización partidaria. (Ladeuix, 2008). Desde nuestros intereses destacamos dos aspectos de estas iniciativas camporistas. Por una lado, la incorporación al Consejo Superior del MNJ de Rodolfo Galimberti como Delegado de la Juventud, lo que implicó el reconocimiento de la “cuarta rama”, con el objetivo de su unificación e incorporación al movimiento; según el pedido expreso del líder. (Anzorena, 1989; Bonasso, 2006; Bartoletti, 2003).

Por otro, una de las acciones claves que se inscribió en el contexto del desplazamiento de Paladino, fue el lanzamiento de una campaña de “afiliación masiva” impulsada por Cámpora y su entorno. Inspirada en la idea de impedir, por la “fuerza de los números”, cualquier proscripción ulterior, fue de las primeras acciones vinculadas a la normalización partidaria, que inmediatamente entró en sintonía con la fuerza de movilización de la JP. En apoyo a esta línea movilizadora, Perón instrumentó la llegada al país de su esposa, Isabel Perón el 7 de diciembre del 1971. Acompañada por López Rega, su arribo suscitó un importante fervor militante entre los jóvenes que fueron a recibirla en gran número. Si tenemos en cuenta que su anterior presencia en Argentina se remontaba a 1964, una de las consignas con que fue recibida: “FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros”, expresaba los cambios sucedidos y los que, podían especular ambos visitantes, sobrevendrían.

Localmente, en el contexto de esta nueva etapa de reorganización del movimiento, tuvo lugar un significativo encuentro de la juventud a comienzos del año '72 en Ensenada, una de las localidades vecinas a La Plata con mayor componente obrero y peronista. Calificado por los testimonios, como el primer acto masivo donde la JP platense afirmó su protagonismo y capacidad de movilización. Según nuestras fuentes, con la elección del lugar se reconoció una tradición de trabajo juvenil en la zona. Pero, por otro lado, se buscó establecer una distancia del centro capitalino, y

⁵⁹ El proceso a nivel nacional y, sobre todo provincial, es poco conocido. Dos trabajos que lo abordan son: (Bonasso, 2006); (Ladeuix, 2008)

⁶⁰ El diario *El Día* informa sobre el comienzo de las afiliaciones en la zona de La Plata, Berisso y Ensenada, “por el Movimiento Nacional Justicialista”, en setiembre de 1971. Podríamos decir que a partir

proteger así a este primer esfuerzo de unificación de un posible copamiento por parte de grupos juveniles preexistente como el Frente de Estudiantes Nacionales (FEN) o Guardia de Hierro, altamente organizados, con posturas críticas a las “formaciones especiales” y con inclinaciones nacionalistas de derecha (Anzorena, 1989)⁶¹.

El 29 de enero de 1972 en la localidad de Ensenada la JP de La Plata, Berisso y Ensenada⁶² y el Consejo provisorio de la JP nacional, organizaron el acto en el campo deportivo del club Cambaceres, donde asistiría Isabel Perón. Rodolfo Galimberti⁶³ se presentaba como orador central de las fuerzas juveniles, además se destacaba la presencia de las FAP⁶⁴ y el activo Brito Lima⁶⁵. Los jóvenes presentes, R. Achem, C. Kunkel, G. Chaves, R. Kaltenbach⁶⁶, miembros de la conducción de la JP platense, entre

de esa fecha, bajo orientación paladinista, empezaron, en los barrios, las aperturas de “centros de afiliación” y de unidades básicas. (El Día 3/set/1971)

⁶¹ El FEN era una agrupación universitaria peronista creada en 1967. Tuvo expansión en varias Universidades nacionales pero en La Plata no llegó a tener mayor relevancia, aunque algunos de los miembros universitarios de la JP platense, que estudiaron en Buenos Aires, tuvieron un pasaje breve por esta organización. Uno de sus principales dirigentes Roberto Grabois, junto con Alejandro Álvarez, líder de la agrupación nacionalista Guardia de Hierro, y con apoyo de Perón, formaron la Organización Única de Trasvasamiento Generacional. Desde esa organización elaboraron una postura crítica y de distanciamiento hacia Montoneros (Recalde, 2007, pág. 215).

⁶² Por los testimonios resulta difícil establecer claras distinciones entre la JP platense y las de Berisso y Ensenada. En estas zonas, por sus características “obrero y peronista”, la juventud desde el golpe del '55 siempre mantuvo algún grado de organización. Con el reordenamiento partidario, los jóvenes platenses, ya con un importante y decisivo componente estudiantil, tendieron a desestimar los límites dados por las jurisdicciones electorales que establecían las pautas para la asignación de cargos: “Nosotros teníamos un carácter más integral, que excedía La Plata. Nosotros decíamos la JP de La Plata, Berisso y Ensenada. No respetábamos las secciones electorales, lo cual demuestra que no había un objetivo electoral” (EA-Kaltenbach).

⁶³ En un reciente trabajo biográfico sobre la figura de Rodolfo Galimberti, M. Larraquy y R. Caballero aseguran que la convocatoria al acto de Cambaceres fue lanzada por el “delegado juvenil” como parte de su campaña de unificación de las distintas fuerzas juveniles que se reivindicaban peronistas. Debido a cierto grado de debilidad, argumentan los autores, Galimberti se apoyó en el Comando de Organización (CdeO) de Brito Lima para la convocatoria, excluyendo al FEN y la Guardia de Hierro (Larraquy y Caballero, 2010, pág. 149/51)

⁶⁴ La creciente influencia que, sobre los jóvenes militantes, tenían las trayectorias de los miembros de las organizaciones armadas, tuvo un momento central en el acto de Cambaceres. Por los altoparlantes se emitió un comunicado de las FAP en el que se informaba la muerte de Daniel Fernando Balbuena, en un accidente automovilístico, aparentemente a consecuencia de un operativo militar. El itinerario de Balbuena, desde la JP y la FURN a las FAP, daba forma a un poderoso modelo de militancia; que ese día recibió una importante divulgación entre los más de tres mil jóvenes presentes. (El Día, 30/1/71); (Baschetti, 2007a, pág. 51)

⁶⁵ Fue parte de las periódicas reapariciones de Brito Lima en el horizonte político de los jóvenes platense. En este caso, la organización liderada por Brito Lima, el CdeO, había sufrido por esos días la muerte de un integrante en manos de grupos vanguardistas de la Capital. Este hecho generó una suerte de alianza circunstancial con Galimberti y la juventud. Brito Lima, también había ganado posiciones aduciendo que su intervención había evitado la suspensión de acto en Cambaceres. El personaje, que según Bonasso fue un agente histórico de la policía (Bonasso, 2006, pág. 275), para nuestros entrevistados, fue un ejemplo de “derechización”, con el que sin embargo convivieron, casi “naturalmente”, a partir del proceso abierto en 1955.

⁶⁶ Como dijimos, Achem y Chaves eran del grupo fundador de la JP platense, mientras que Kunkel y Kaltenbach, eran parte de la renovación estudiantil, que había aportado la integración de la FURN a partir de mediados y fines del los '60.

otros, hacían una de sus primeras experiencias en un acto partidario en el que, a sus ojos, la prometida asistencia de la esposa de Perón le daba trascendencia nacional.

Sin embargo, la ausencia de Isabel Perón⁶⁷, por razones de salud, según la dirigencia partidaria que intentó suspender el encuentro, podríamos suponer, no desanimó a los jóvenes platenses. Tal vez con más grados de libertad, orientaron al primer mitin político masivo en la zona y especularon sobre sus posibilidades futuras. Ante tres mil asistentes, en su mayoría jóvenes del lugar, los oradores delegados de la juventud por el interior definieron al GAN como “una maniobra electoral destinada a perpetuar al actual régimen militar”. Mientras que Galimberti expresó que “si el vandomismo quiere guerra, tendrá guerra”, para eso la juventud movilizará su “aparato militar”⁶⁸.

De esta manera, el acto y sus repercusiones permitieron una primera y clara visualización de los dos actores que pujaron por controlar la orientación de las fuerzas políticas que se fueron liberando desde universo peronista en el contexto de la apertura política: el sindicalismo y la juventud. En los días inmediatos a las declaraciones de Galimberti, festejadas por los fervorosos jóvenes locales, llegó la respuesta de Lorenzo Miguel en defensa de Vandor y su legado y una forzada explicación del representante juvenil que permitió superar esta, tal vez apresurada, declaración de guerra.

Estos aprestos beligerantes, no impidieron que la JP continuara participando activamente en el proceso de normalización partidaria local. Orientado, según las directivas de Perón, sobre la base de las afiliaciones masivas y la constitución de listas únicas. Los grupos juveniles se sumaron, de esta manera, a la creación de la agrupación Cogorno⁶⁹, encargada de las afiliaciones y organización de los centros políticos barriales

⁶⁷ Como dijimos, Isabel Perón llegó al país el 7 de diciembre de 1971, con un restringido objetivo partidario; reorganizar la conflictiva “rama femenina”. En seguida pudo percibir el fervor y contenido ideológico del activismo juvenil: en un acto de la rama de diciembre del '71 las mujeres de la JP gritaban “Si Evita viviera sería Montonera” y en una reunión del Consejo Superior del PJ donde miembros de diferentes grupos de la juventud peronista, entre ellos el propio Galimberti y delegados platenses, coreaban, nuevamente: “FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros “. La prensa recoge declaraciones favorables de Isabel, ante estas muestras de entusiasmo de los grupos juveniles, quienes habían participado activamente en su seguridad. (El Día, 5/1/72). Sin embargo, puede especularse, que volver a escuchar estas consignas ante los más de 3000 jóvenes congregados en Ensenada, se interpretó como innecesario.

⁶⁸ *El Día*, 30/01/1972.

⁶⁹ Esta agrupación representaba, a nivel local, el “espíritu” de la sublevación del General Valle de junio del '56. Presidida por Horacio Chaves, protagonista de aquellos hechos en la ciudad de La Plata y padre de uno de los dirigentes históricos de la JP platense, se encontraba en puja con los sectores partidarios que localmente representaban las líneas paladinistas y sindicalistas. Entre sus actividades, además de las afiliatorias, estaba pasar mensajes grabados de Perón en las unidades básicas y emitir comunicados

o unidades básicas. En el marco de la campaña de afiliación, que debía terminar en febrero, los jóvenes impresionaron a la “burocracia partidaria” sumando un importante número de fichas de nuevos afiliados, en su mayoría obtenidas en los barrios de la periferia. Este hecho, fuertemente subrayado por los testimonios, garantizaría al interior del PJ platense, controlado de manera provisoria por dirigentes vinculados a la ortodoxia y a la burocracia sindical como Carmelo Amerise, el reconocimiento de la capacidad ejecutiva de la juventud.

El otro momento clave de la reorganización partidaria, fue la designación de autoridades a través de listas únicas. Hecho que acarreó otro tipo de dificultades a la intervención juvenil. Siguiendo la denominación de los propios actores, la puja entre “combativos y complacientes”, tuvo en el distrito platense, como en muchos otros, una dinámica signada por la impugnación mutua, pero que finalmente logró establecer autoridades partidarias y luego candidatos.

En una de sus primeras declaraciones, la agrupación Coronel Cogorno a través de su presidente Horacio Chaves, anunció el rechazo de los cargos y de pactos a “espaldas de las bases que dejan a todas las corrientes internas afuera. Inclusive a la Juventud Peronista”⁷⁰. Pero a fines de marzo, la ansiada lista única del PJ de La Plata se publicó en *El Día*. Entre otros se destacaban: Horacio Chaves como secretario general, Carlos A. Negri como secretario de prensa y Carlos Rodolfo Ivanovich como delgado suplente del congreso partidario. Todos identificados con la JP e incorporados, los dos últimos, tiempo después a Montoneros. Enrique Ricardo Cano, un peronista platense de la ortodoxia partidaria, fue designado como presidente. Angel Castellanos y José C. Amerise como delegados al congreso provincial; hombres fuertes del PJ platense y referenciados a nivel nacional con la línea sindical de José I. Rucci.

El acuerdo parece haberse fundado en el rechazo conjunto al paladinismo local y a la necesidad de dar cumplimiento a la normalización que exigía el calendario nacional electoral. En abril de 1972, se consagró en los comicios internos del PJ platense la lista única manteniendo esa correlación de fuerzas. El diario *El Día* consigna que sobre 13500 habilitados votaron 5.486.⁷¹

críticos a la persecución de la militancia, al GAN y a la interna del PJ. Podríamos decir que estas prácticas y el contenido del peronismo resistente de la agrupación contribuyó, al acercamiento de la JP a las “despreciadas” tareas partidarias.

⁷⁰ *El Día* 16/3/72.

⁷¹ *El Día* 8/5/72, pág. 2. Según los testimonios, la campaña de afiliación que los grupos juveniles llevaron adelante, exclusivamente en los barrios, alcanzó casi un millar de fichas, lo que explica la incorporación

Sin embargo, para el grupo de jóvenes peronistas, esta tarea preliminar de asignación de cargos presentaba una serie de inconvenientes. Existía un problema de seguridad para quienes ya habían constituido un “comando armado” que hacía prácticas de tiro, apoyo a conflictos y robo de armas; un juego de las fichas de afiliación debía elevarse a las autoridades electorales. De manera que se decidió no identificar a “los compañeros del barrio”, el núcleo mayoritario de las afiliaciones, con la JP. Además, era compartido por todos un rechazo global a las formas democráticas a las cuales se las consideraba no sólo potencialmente fraudulentas, sino ya superadas:

“Es que la JP nunca pensó en la apertura democrática. Estaba en la militancia un valor distinto de la política. Digamos que los valores de la política estaban ligados a una utopía, a un ideal, a la existencia de una causa política, a un compromiso militantes, a una lealtad, a una solidaridad entre los compañeros. El fin que se perseguía en la política de alguna manera estaba sintetizado en la consigna ‘Perón-Evita, la Patria Socialista’ (EA-Kaltenbach).

Esta evocación de uno de los miembros más activos de la generación juvenil-estudiantil actuante durante el período se tradujo, en la práctica, en una desgastante deliberación en la ulterior selección de candidatos propios. La tarea puso a los jóvenes en una disyuntiva específica ausente en otros grupos que convergían en el proceso de radicalización política.

Además de aquellos ideales que los alejaban de las prácticas electorales, una serie de restricciones concretas desalentó su involucramiento en los cargos electivos. En primer lugar la edad, había que tener más de treinta años para ser candidato. Luego, recibieron una pobre asignación en las listas; sólo un cargo de diputado nacional. Por último, los jóvenes se encontraron que entre sus filas había una escasa competencia profesional; sólo uno o dos eran abogados. A pesar de este cuadro, la participación juvenil iba a ser relevante en la ocupación de puestos de la administración provincial.

Este proceso, que ha sido interpretado como una tensión entre un tipo de legitimidad democrática y un tipo de legitimidad revolucionaria⁷², lo evaluamos como parte de una etapa posterior en la cual varios de nuestros jóvenes se incorporaron al gobierno nacional, provincial y municipal. En el capítulo siguiente, no obstante,

de H. Chaves y los jóvenes. Ahora bien, la actividad que ejercieron desde el seno del PJ fue escasa. H. Chaves mantuvo formalmente el cargo de secretario general del PJ platense en el momento de su asesinato en agosto de 1974.

⁷² El trabajo de Laura Lenci plantea esta interpretación para “la tendencia revolucionaria” en su conjunto, entendemos que La Plata presenta una singularidad que debe ser abordada, ver (Lenci, 1999)

intentamos reconstruir algunos de los vínculos que se establecieron entre los funcionarios provinciales y la estructura barrial montonera.

2) “Luche y vuelve”

Ahora bien, desde el campo de la activación partidaria, el paso decisivo en el acercamiento con la jefatura camporista, fue el lanzamiento de la campaña proselitista conocida bajo el eslogan de Luche y vuelve. A partir de ese momento, los jóvenes de la JP desplegaron toda su capacidad militante y movilizadora y se constituyeron en el eje unificador de los grupos juveniles peronistas, en principio un anhelo de Perón, y en una “presa” codiciada por Montoneros.

No resulta fácil reconstruir este programa partidario de movilización de las fuerzas peronistas. Inspirado, sin duda, en la larga historia de la proscripción, y en la convicción de un vínculo entre las masas con su líder, de absoluta vigencia. Bonasso, atribuye la iniciativa a Cámpora y su reducido entorno, esbozada en una conferencia de prensa de mayo del '72, cuando reclamando por seguridad afirmó que el mejor custodio para el líder era el pueblo peronista (Bonasso, 2006, pág. 303).

El fundamento del Luche y vuelve podía entenderse así: una vez tomada la decisión de Perón de regresar, el “comando táctico” en el lugar de los acontecimientos, sugeriría al “comando estratégico” en el exterior el momento del regreso. Para ello era necesario que el “pueblo peronista” genere las condiciones, con movilización y organización, y que se encargue de la custodia de su jefe, ya en el país. En los hechos, el Luche y vuelve consistió en un recorrido por los centros urbanos del país, encabezado por las autoridades del MNJ, comenzando el 25 de agosto en Tucumán y terminando el 3 de octubre en La Plata. Así concebido, significó una verdadera promoción política para la juventud que, en sintonía con Cámpora, concluyeron que la vuelta de Perón debía ser “arrancada” a la dictadura a través de las movilizaciones.

Durante los diferentes actos, que superaban en concurrencia los cálculos de los organizadores, el elemento juvenil estuvo siempre por encima del 70 por ciento. Asimismo, las consignas a favor de las organizaciones, que se las suponía debilitadas por los hechos de Trelew, y en contra la dirigencia gremial, dieron el tono a esta “caravana política”⁷³ (Soprano, 2003).

⁷³ La perspectiva antropológica de la política ha hecho importantes aportes para el análisis de las “ceremonias y rituales políticos”. En este caso la noción de caravana política se inspira en los estudios C. Geertz en torno a los “centros políticos” que se trasladan. Desde esta visión uno de los principales

El acto platense se realizó el tres de octubre en el estadio cerrado del club Atenas, en la calle 13 entre 58 y 59, con la presencia de mas de tres mil personas de las cuales, aproximadamente, el 75 por ciento eran jóvenes. Cámpora, como lo venía haciendo en los actos anteriores, reafirmó la vuelta de Perón para antes fin de año. Por su parte, el secretario de prensa del PJ miembro de JP platense, C. Negri, centralizó su discurso en el retorno: “No hay poder que pueda impedir que Perón vuelva a la rosada”. Finalmente, celebró la presencia de la organización Descamisados⁷⁴ y fustigó, a la “burocracia sindical” en la figuras de Rucci y Coria. El acto, tal vez por primera vez en el contexto local, dio lugar a una constatación, que subrayan los testimonios: por las orientaciones que tuvo no fue posible la intervención de los representantes de las 62 organizaciones y de la CGT local⁷⁵. Estos sectores del partido con puestos en el Consejo Provincial y vinculados a grupos que impulsaban el desplazamiento del camporismo (Ladeuix, 2008), calificaron a los dichos de Atenas como venidos de “extremistas marxistas infiltrados”. La JP platense inmediatamente les respondió calificándolos de traidores y “advenedizos del movimiento”⁷⁶.

Los grupos juveniles fueron, a su vez, organizando una serie de actos propios en los últimos meses del año, en la zona de Plaza Italia, lugar estratégico donde funcionaban locales de agrupaciones afines. Estos actos, que comenzaban en lugares cerrados y terminaban en enfrentamientos callejeros duramente reprimidos, fueron una arena de formación para los jóvenes. Muchos testimonios recuerdan el impacto que les causó la experiencia de presenciar, en un lugar cerrado, la euforia y algarabía que el peronismo podía ser capaz. Centrados en consignas antidictatoriales, antiburocracia y de

objetivos de estos actos políticos consiste en la recreación simbólica de las fuentes históricas de legitimidad partidaria. En este sentido la apelación a las figura de Evita y Perón en el peronismo permitían unificar y fundamentar el consenso. Pero por otro lado, durante estos rituales, cobraron visibilidad las distintas “facciones” y el conflicto se fue materializando.(Geertz, 1991) Sin duda, el Luche y Vuelve tuvo esta doble dinámica: reactualizó la legitimidad peronista unificando las fuerzas propias, pero además hecho luz sobre las fuerzas antagónicas.

⁷⁴ Esta organización poco conocida, de tipo celular y volcada a la actividad barrial, tuvo un importante trayectoria en la zona de Ensenada y, según los testimonio, en parte gracias a esos antecedentes, fue la que operó para que la JP se incorporara a Montoneros, organización con la que se había fusionado a mediados del '72 (EA-Chaves).

⁷⁵ El Día 4/10/72. Una antecedente de esta constante puede encontrarse en un encuentro partidario realizado en junio del '72 en el local sindical de la Asociación Profesionales de Turf. Con la presencia de Cámpora, que llegaba a la ciudad de La Plata por primera vez en su carácter de Delgado, se debían elegir los representantes provinciales que irían al congreso del 25 de junio para votar las autoridades nacionales del Movimiento Justicialista. En la reunión, con ausencia de los representantes de las 62 organizaciones locales, la juventud logró un primer reconocimiento a nivel partidario con la designación de Carlos Ivanovich, como convencional suplente por el distrito platense (El Día, 19/6/72).

⁷⁶ El Día octubre/72.

apoyo e identificación con las organizaciones armadas, con mayor resonancia luego de los hechos de Trelew, la convocatoria fue cada vez más amplia.

El acto local por la conmemoración del 17 de octubre del '72, concentró estos variados elementos. Tuvo la virtud adicional, como lo recuerdan algunos testimonios, de convocar a la gran mayoría de los agrupamientos platenses que eran parte del universo juvenil peronista que se volcaba a las propuestas contestatarias: la JP, la FURN, la más reciente Federación de Agrupaciones “Eva Perón” (FAEP)⁷⁷, el MRP, la Alianza de la Juventud Peronista (AJP)⁷⁸, la agrupación Cogorno, y algunas UB ligadas al peronismo histórico vinculadas a los jóvenes.

3) “La columna de La Plata”: La JP platense y la vuelta de Perón.

Una consecuencia decisiva del “Luche y vuelve”, concluye Miguel Bonasso en su libro de investigación y testimonial, fue que ayudó a Perón a tomar la decisión de regresar a la Argentina (Bonasso, 2006). La vuelta del líder fue un tipo de acontecimiento que marcó el fin de una etapa o período político, y sobre el cual, paradójicamente, poco se ha escrito. En este trabajo, nos limitaremos a hacer una breve descripción, a través de los testimonios disponibles y la bibliografía corriente, de la intervención de la JP platense, teniendo en cuenta las consecuencias que tuvo para su consolidación como una fuerza política movilizadora, con confianza en sí misma.

Es posible afirmar, que para una gran cantidad de los jóvenes, el retorno, tuviera una prefiguración que lo colocaba como el comienzo de un proceso de insurrección

⁷⁷ El FAEP surgió hacia comienzo del '71 como una escisión de la FURN. Identificada con los grupos universitarios peronistas de La Plata no participaba, sin embargo, de la política universitaria que activaban los centros estudiantiles. En diciembre del '72 hace una especie de presentación pública en dos importantes notas que publicó el diario platense *El Argentino*. En la coyuntura atacan a Paladino, en parte motivo de su ruptura con la FURN, pero se identifican con la estrategia de Perón de enfrentamiento con la Dictadura. En la nota, también subrayan, el camino que marcan las “organizaciones revolucionarias” para la “toma del poder”, así como el escaso acompañamiento, no sólo de las burocracias partidarias y sindicales, sino del “pueblo peronistas” (*El Argentino*, 22/12/1972).

⁷⁸ La AJP es también una agrupación poco conocida, pero que sin embargo tuvo una larga trayectoria en nuestra ciudad. Sobre su creación es escaso lo que sabemos. Según nuestros testimonios, cuando en 1966 se produjo la incorporación de la FURN a la JP platense, fue invitada a participar la AJP. Se puede afirmar, siguiendo a los informantes, que el mayor apego a la institucionalidad partidaria, la presencia de un componente social de clase media ilustrada y una participación en las actividades barriales intermitente caracterizaban a este agrupamiento. Hacia principio de los '70, funcionando conjuntamente con el Instituto Juan Manuel de Rosas, en un local cercano a Plata Italia, la AJP logró convertirse en un canal de incorporación para los jóvenes peronistas oriundos de La Plata. En este sentido asistían conjuntamente a las conferencias que daban intelectuales de la historiografía revisionista como Jauretche, futuros militantes Montoneros y de la Confederación Nacional Universitaria (CNU), esta última la agrupación universitaria peronista, de fuerte arraigo en La Plata, que se vincularía con las Tres A.

popular, homologable al 17 de octubre de 1945. Sin embargo, se fue imponiendo la perspectiva sintetizada en la frase, atribuida a Perón: “regreso como prenda de paz”. De manera que la JP, sin descartar totalmente la vía insurreccional, tomó para sí dos tareas. Una, la movilización masiva, que mostrara a la dictadura la fuerza del peronismo y al propio Perón la capacidad de la juventud. Y otra derivada de ésta, que entusiasmaba mucho a la militancia, la seguridad del líder.

La JP platense forjará así un prestigio al interior de las fuerzas peronistas en las tareas de movilización. Según nuestros testimonios las fuentes del reclutamiento fueron universitarias y barriales y en mucho menor medida partidarias. Mientras que las motivaciones, para las masas peronistas, tuvieron más que ver con el sentimiento emotivo que el regreso de Perón despertaba, que con aquella prefigurada estrategia insurreccional.

El activismo universitario peronista fue el más operativo. Sus dos principales fuerzas, FURN y FAEP, si bien debieron ser coordinadas separadamente debido a sus diferencias, por dirigentes de la JP, trabajaron en todo el proceso. A nivel barrial, se logró convocar a los jóvenes que comenzaban a acercarse a las UB. En tanto que muchos “viejos”, tal vez los más conmocionados por la vuelta del líder, debieron quedarse, sobre todo por el carácter casi clandestino que tendría la movilización.

En efecto, como nos cuenta uno miembro de la conducción de la JP platense, “todo se hizo con organización, pero disimulando la organización”. Tres o cuatro personas, en silencio y sin identificaciones, comenzaron a agruparse, junto con alguna camioneta para los bombos y las banderas. En total la juventud platense pudo reunir así “seiscientos compañeros”. El recorrido hacia Ezeiza propiamente comenzó la madrugada del 17 de noviembre, bajo la lluvia. Al llegar a las cercanías del aeropuerto, los jóvenes platenses observaron, en el recodo de una curva, que la “columna platense” había crecido hasta alcanzar el número de cinco mil manifestantes, gracias a los contingentes de los barrios cercanos que se había sumado. En esas circunstancias “pudimos alzar una bandera con la inscripción JP La Plata y cantar la marcha” (EA-Kaltembach). Los hechos impactaron en los medios periodísticos y en la conciencia de la militancia. “La marcha sobre Ezeiza”, según el calificativo épico de la época, fue decisiva en la consolidación de la JP local en el universo rebelde peronista. Podemos afirmar que surgió de esta experiencia, “La columna de La Plata”, denominación que los jóvenes le dieron, adoptando un lenguaje marcial, reafirmando su prestigio y fibra

militante; a pesar de la represión y el desencuentro final con “El General”, o precisamente por eso.

B) El activismo revolucionario

1) Entre la política y la guerra

Si nos orientamos por la propuesta de A. Gramsci relacionando la activación de las masas y la “reacción conservadora”, es conocido que todo el proceso abierto desde fines de los ‘60 estuvo tensado por la mutua presión que ejercieron distintos “fenómenos de la política” que antagonizaron. De una parte, el creciente activismo popular y la acción en escalada de las organizaciones armadas, de otra, la percepción de este accionar por parte de la dictadura y las respuestas asociadas: represión y plan político. En este contexto, también clásicamente pensado como “etapa revolucionaria”, se han mencionado diferentes indicadores sobre la aceptación o “simpatía” que las acciones identificadas con el rechazo a la estructura de dominación vigente tuvieron en amplias capas de la población argentina.

Para la JP, que reivindicaba en forma creciente a las organizaciones armadas, recordemos que en diciembre del ‘71 había recibido a Isabel con la consigna “FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros”⁷⁹, el avance del proceso de apertura electoral crearía algunas dudas, sobre todo al comienzo del ‘72. En efecto, la disputa sobre el carácter legítimo del uso de la violencia parecía tener una nueva dinámica en el contexto de la mayor presencia de las fuerzas políticas tradicionales, a través de La Hora del Pueblo y El Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA)⁸⁰ y, sobre todo, por el inicio de la reorganización partidaria impulsada por Perón. Esta situación se reflejó en el impacto que provocaron las dos grandes operaciones del ERP durante los primeros meses del ‘72: el secuestro y posterior asesinato del empresario italiano Oberdan

⁷⁹ Ya en junio de 1971 la juventud platense, con motivo de cumplirse un nuevo aniversario del levantamiento del general Valle, lanzó volantes por la ciudad diciendo: “Hace 15 años, el peronismo realizaba su primer intento de recuperación del poder en forma organizada... Hoy su vocación de lucha se expresa mediante las movilizaciones masivas... y la actividad de lo que es el principio del gran Ejército Peronistas, es decir a través de FAP, FAR, Montoneros, etc., que golpe tras golpe va debilitando el poder oligárquico, y que acabará con la victoria del pueblo...” (Archivo DIPBA T III, R: 12361, Folio 61)

⁸⁰ En junio del 1970 se constituyó el ENA, donde participaron radicales, peronistas, socialistas, democristianos, todo motorizado por el Partido Comunista, con el objetivo de dar forma a un frente político. En noviembre, luego de una reunión donde asistieron las fuerzas políticas más representativas, contando con el apoyo de Perón y Balbín, se emitió un documento denominado “La Hora del pueblo”, donde se exigía elecciones inmediatas, “sin proscripciones y respeto a la minorías”.

Sallustro y la muerte a balazos del General Juan Carlos Sánchez, primer jefe militar en actividad muerto por la guerrilla urbana⁸¹.

A nivel nacional, la juventud, buscó establecer un equilibrio entre el proceso político electoral que se abría y la creciente radicalización que los últimos hechos mencionados suponían. De esta manera, el Consejo Provisional de la JP presidido por Galimberti afirmó que las organizaciones, en ese momento clandestinas, FAR, FAP, Montoneros y Descamisado, eran peronistas y que sus acciones estaban en línea con la estrategia de Perón; buscando así diferenciarlas del ERP. Declaraciones que, de todas maneras, tuvieron repercusiones negativas al interior del partido peronista.

Ahora bien, hacia mediados del '72 comenzaron a ganar más terreno las posturas de la juventud en apoyo e identificación con las organizaciones armadas. En primer lugar, la conducción nacional había logrado estrechar filas con el entorno camporista, lo que le daba protagonismo y confianza en si misma. A su vez, la escalada represiva que implantó el gobierno de Lanusse, un poco en respuesta a las acciones del ERP, y otro, por el activismo de los sectores populares⁸², reavivaba la fórmula “la violencia de arriba engendra la violencia de abajo”. Por último, el carácter radical de las organizaciones permitió consolidarlas como eje de la lucha antidictadura que se afianzaba en gran parte de la sociedad.

Una manifestación inmediata, y muy convocante, que el accionar juvenil tomó en apoyo a los grupos armados fue la difusión de los pedidos por los presos políticos. En junio del '72 el PJ platense lanzó una campaña “de solidaridad por los presos

⁸¹ El primer hecho tuvo una repercusión mediática inédita en su tipo. Los grandes diarios, *El Día* platense entre ellos, reflejaron en sus primeras páginas, durante los varios días que duró el secuestro, todas las negociaciones, que incluyeron la participación de emisarios extranjeros provenientes de la casa central de Fiat en Italia. En torno del segundo hecho, el atentado contra el General J.C. Sánchez, Lanusse pidió definiciones a las distintas fuerzas políticas. Para muchos políticos tradicionales, entre los que era posible incluir al propio Perón, el asesinato de un general de la nación era un hecho impactante que debía ser condenado. (Bonasso, 2006).

⁸² Menciono dos “puebladas” que tuvieron impacto en esos meses. Una que tuvo lugar en la ciudad Mendoza por un “tarifazo”, obligando al gobierno de Lanusse dar marcha atrás. La JP platense emitió un comunicado de solidaridad con “el pueblo cuyano” donde subrayaban que “las movilizaciones mendocinas no son obra de marginados...los reales marginados son los que de un poder usurpado han instrumentado una sociedad y un derecho de terror” (*El Día*, 10/4/72). El otro hecho fue conocido como el Merlazo y marcó, según Bonasso, el acercamiento personal de los jóvenes con Cámpora. Los jóvenes peronistas habían sido reprimidos los primeros días de mayo cuando organizaron una importante movilización con más de 6000 asistentes en la localidad de Merlo, festejando el triunfo en las internas del día anterior. El Consejo Superior del MNJ condenó el hecho y Cámpora tomó contacto con los organizadores, entre ellos Dante Gullo, futuro jefe de la JP articulada con Montoneros. La JP platense dio a conocer un extenso comunicado donde criticó la violencia del régimen y considero el éxito de las elecciones internas como manifestación de rechazo al “paladinismo” y los traidores al movimiento (*El Día* 15/5/72).

políticos, gremiales y anexos”, lo que impulsó a los abogados “defensistas” platenses a crear en junio del ’72 el Sindicato de Abogados Peronistas.⁸³

En la segunda parte del año se produjeron dos hechos que podríamos atribuir a la “reacción conservadora”. Uno fue el definitorio discurso de Lanusse de julio ’72. El general en retirada anunció una serie de restricciones económicas a la CGT y la puesta en vigencia de la cláusula que impedía la candidatura de Perón si no regresaba al país antes de 25 de agosto. En sintonía con inflamadas declaraciones de Galimberti, la JP platense emitió una declaración, reflejada por *El Día* de La Plata, acusando de provocación los dichos de Lanusse, y concluyendo que la única solución era la “concreción del Socialismo Nacional”. Por otro lado, los hechos de Trelew, donde luego de un intento de fuga fueron ultimados dieciséis miembros de las organizaciones armadas, puede especularse, terminaron de reforzar entre los jóvenes la reverencia por los combatientes.⁸⁴ Finalmente, el velatorio de una de las víctimas en la sede del PJ nacional, puede interpretarse como una clara expresión del contenido revolucionario que este sector del peronismo juvenil pretendía darle a su accionar político.

2) “...son nuestros compañeros”: La Articulación con Montoneros.

Según nuestros testimonios, “en la primavera del ‘72”, puede localizar el acercamiento “orgánico” entre la JP platense y Montoneros. No es posible en este trabajo presentar en forma exhaustiva las características de este proceso, poco conocido y accesible en toda su complejidad a través del testimonio amplio de los protagonistas. Condición que ha encontrado últimamente algunas dificultades, en parte por las consecuencias políticas, e incluso judiciales, que algunos de estos sucesos aún generan.

⁸³ *El Día* junio 1972.

⁸⁴ La llamada “mascare de Trelew” figura entre los sucesos más emblemáticos de los radicalizados años ’70. Los hechos comenzaron el 15 de agosto de 1972 con la fuga de la cárcel de “máxima seguridad” de la localidad de Rawson, por parte de varios de los jefes y cuadros intermedios de las organizaciones FAR, Montoneros y ERP. Por primera vez en forma conjunta, prefigurando una improbable unidad, los grupos radicalizados idearon un ambicioso plan de evasión que incluía a más de un centenar de militantes, priorizando a los líderes. La operación consistía en tomar el penal para luego organizar contingentes que serían trasladados, por una apoyatura externa, al aeropuerto de Trelew, a pocos kilómetros del penal. Desde allí los evadidos desviarían un avión de línea al Chile socialista de Salvador Allende. Por fallas en la coordinación del traslado sólo abordaron el avión el primer contingente compuesto por los jefes. Diecinueve de los cuadros medios quedaron varados en el aeropuerto; el resto no pudo salir del penal. Rápidamente el aeropuerto fue rodeado por efectivos de la Infantería de Marina y comenzaron una serie de negociaciones. Los guerrilleros tuvieron oportunidad de hacer declaraciones a la prensa para luego entregarse. Una vez encarcelados en una base militar, el 22 de agosto dieciséis de ellos fueron asesinados en una acción que puede ser entendida como la génesis del terrorismo de estado que golpeo posteriormente a la sociedad argentina en su conjunto.

Los testimonios de los jefes de la JP local recuerdan que, como parte de la estrategia tendiente a ampliar el accionar de la organización juvenil, comenzó a consolidarse la idea, a comienzos de los '70, de establecer vínculos formales con la organización político-militar con la que “naturalmente” se identificaba: las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). La JP platense desde mediados de los '60, con el lanzamiento del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) que incluía en su programa la organización de un “brazo armado”, había comenzado a discutir con este agrupamiento, las formas que podía adoptar la lucha armada y organizando una sección que llevaba a cabo operaciones de este tipo. Desde estas experiencias, nos informa un dirigente histórico: “nuestra idea era incorporarnos a las FAP, tuvimos conversaciones, pero no se concretó” (EA-Chaves). Resulta difícil establecer las causas de esta fallida incorporación. Lo cierto es que un tanto paradójicamente, las FAP, una organización crítica a ciertas prácticas vanguardistas, durante el '72 estuvo “cerrada sobre si misma” en un proceso de formación de cuadros de tipo “leninista” que “no contemplaba ningún tipo de práctica social colectiva, más que la interna de la organización, ningún tipo de relación con frentes o problemáticas políticas externas al grupo” (Duhalde, E., y Pérez, E., 2003, pág. 76). Paralelamente las FAP, que evaluaba el proceso electoral como una estrategia para “domesticar” al peronismo, se mostró dubitativa ante la participación creciente y entusiasta del “pueblo peronistas”, en gran parte conducido por la JP.⁸⁵

Estuvo, por otro lado, la variada influencia que Montoneros ejerció sobre nuestro espectro juvenil. Un acontecimiento central que la explica fue el “Aramburazo”. En efecto, nuestros entrevistados, sobre todo aquellos que provenientes de los sectores populares se fueron incorporando al proceso de radicalización, destacan el efecto sinérgico que tuvo el secuestro y posterior “ejecución” de Pedro E. Aramburu.⁸⁶ Fue la militancia, y en esto la barrial fue una importante difusora, la que rebautizó el hecho

⁸⁵ Un trabajo que compara las estrategias de FAP y Montoneros para interpelar a las sectores trabajadores peronistas es el de Ollier, M. M. (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política*. Buenos Aires: CEAL:

⁸⁶ La recepción del “Aramburazo” entre la militancia en formación, entiendo que no ha sido objeto de un tratamiento unitario; si ha existido un amplio debate sobre el verdadero sentido del “Caso Aramburu” (Salas, 2005), que se asocia con la recepción. La “disputa por el sentido”, se inició a partir de poner en duda la autoría montonera sobre el hecho. Rápidamente se intentó, al tratarse de un “crimen político”, dar forma a una versión conspirativa en la que habría participado el propio gobierno de Onganía. Así, se buscaba destruir la eficacia simbólica del hecho, consiste en que un grupo de jóvenes pudo llevar adelante semejante acción impulsados sólo por una inquebrantable fe militante. La versión, podemos decir que tuvo un fuerte impacto y logró establecer sospechas sobre las relaciones entre la cúpula montonera y sectores de las fuerzas armadas que fueron recogidas, incluso, al nivel del sentido común de la militancia de barrial.

como “Aramburazo” destacando el carácter disruptivo y equiparándolo con otros aumentativos de las luchas populares.⁸⁷.

Todo esto estuvo reforzado por el carácter vindicativo que los sectores populares peronista le asignaron al hecho. Este rasgo, lo encontramos tanto en el testimonio de un trabajador que se incorporo muy joven a la UB montonera de su barrio en pleno proceso de expansión, como en el de quien fue responsable de una de las primeras UB identificadas con Montoneros en La Plata :

“La gente se sacaba el sombrero que habían matado a Aramburu, el que había matado al general Valle, el que había echado a Perón” (EA-Oscar A.). “El secuestro de Aramburu fue central. Secuestrar y matar una persona, que hoy puede parece una cosa terrible, de hecho lo es, en ese tiempo mi viejo hizo un asado. Era la figura emblemática del antiperonismo junto con Isaac Rojas. Era como haber cumplido una de las metas, reventar a aquél que destruyó al gobierno popular” (EA-Marcelo M.).

Por último, podríamos agregar que la dirigencia de la JP platense se mostró muy sensible a los operativos de presentación pública de Montoneros⁸⁸. En este sentido, las características radicales del Aramburazo, impulsó al interior de la conducción, estudiantil sobre todo, posicionamientos que más adelante se concretarían en la incorporación efectiva a Montoneros. Esta urgencia aparece en las afirmaciones de quien fuera uno de los principales negociadores, como miembro de la secretaria de la JP platense, de la articulación con la organización armada:

“Cuando se produce la ejecución de Aramburu, fue una tremenda repercusión en el seno del peronismo en todos los niveles. Yo me acuerdo que cuando me levante esa mañana, ya estaban las noticias del secuestro. Preparamos un cartel grande y lo pusimos en el comedor a las once de la mañana. Generó una suerte de cuestionamiento por parte de algunos compañeros, porque no había sido discutido. No fue una cosa que invente yo en ese momento, pero fue todo muy vertiginoso. Ponemos el cartel grande y caen todos los carros de asalto. No me acuerdo,

⁸⁷ Los testimonios subrayan el impacto que las imágenes de los jóvenes montoneros, responsables de la acción, en los diarios y en la televisión les causaron, y que fue a partir de ese momento, mediados del 1970, que comenzaron a tejerse los lazos de identificación y simpatía entre la JP y Montoneros. H. Bacchi recuerda que los hechos se produjeron cuando estaba en la mesa de conducción de la JP platense: “Nosotros, en ese momento, ni los conocimos a los Montoneros pero cuando lo mataron a Aramburu salimos a tirar mariposas (panfletos) al centro de la ciudad” (EA-Bacchi). Una pareja de militantes barriales nos cuentan sus impresiones de los hechos ocurridos en sus años de pre adolescencia: “En el ‘73 había todo un auge, pero el enganche venía desde los años ‘70 con el secuestro de Aramburu; con toda la publicidad en la televisión de la búsqueda de Montoneros. Yo empezaba a escuchar qué estaba pasando, eran peronista, pero, ¿quiénes eran esos jóvenes? Teniendo 13 años”. (EA-Norma B.) . “Tal vez, el Aramburazo motivaba. Éramos muy jóvenes y estos eran mitos convocantes. Eso era de la militancia” (EA-Daniel C.)

qué decía exactamente, hablaba de lo que era Aramburu, sobre todo poníamos quién era. Pero, no era que asumíamos la identidad montonera, no para nada.” (EA-Carlos Kunkel).

Retrospectivamente, en la percepción militante el acercamiento a Montoneros operó “espontáneamente”. En aquel clima de simpatía, admiración y euforia que se vivió durante las campañas de movilización del Luche y vuelve, se establecieron los primeros contactos personales entre los líderes de ambas organizaciones.

Desde el lado de la organización armada, la caracterización del peronismo, facilitó. La denominada concepción *movimientista* no ponía en el centro del conflicto a la burocracia gremial y partidaria; reconocía a Perón como “líder estratégico”, aceptando su conducción y hacía suyo el programa basado en el retorno. Desestimaba, así, el carácter de “maniobra de las clases dirigentes” que este programa podía tener y apostaba todo a su potencialidad movilizadora.⁸⁹

En términos operativos, el proceso en la ciudad de La Plata se formalizó luego de una asamblea donde los líderes juveniles de la agrupación platense, decidieron la incorporación, “con armas y bagaje”, es decir aportando su experiencia que consideraban valiosa y específica. Montoneros creó una pequeña jefatura en la ciudad y la JP platense conseguiría, según uno de sus referentes históricos, “proyección nacional”. También “la seguridad” que no se harían acciones ni promociones de militantes sin acuerdo previo. (Amato, F. y Boyanovsky Bazán, Ch., 2008, pág. 161). Desde ese momento, últimos meses de 1972, y siguiendo nuestra línea de interés, esta nueva estructura organizativa, JP/Montoneros (JP/M), se extendería decididamente en los barrios platenses dando forma a un amplio sistema de unidades básicas.

Nuestros testimonios mencionan los primeros pasos de esta construcción. Como parte del proceso de reorganización del Partido Justicialista platense, se abrió en la localidad de Los Hornos, una de las más populosa y peronista de la periferia platense, a mediados del '72, la unidad básica Evita (15. Ver mapa). Fundada por viejos peronistas

⁸⁸ Fue uno de los pocos agrupamientos peronistas que envió un emisario, con una ofrenda floral, al multitudinario velatorio de Emilio Maza, el jefe montonero muerto como consecuencia del copamiento de la localidad cordobesa de La Calera en julio de 1970.

⁸⁹ Un documento de Montoneros publicado recientemente en la revista *Lucha Armada*, sugiere que la participación electoral estuvo dictada por el imperio de las circunstancias. El auge de agrupaciones como la JP lo habría impuesto, generando “requerimientos y compromisos para los cuales no estamos preparados” (*Lucha Armada. En La Argentina*, 2008, nro. 5). En este nivel de explicación “impresionista” de los hechos, se encuentra el testimonio de militantes locales de las FAP, que vivieron casi con asombro el crecimiento de la JP/M y sufrieron una sangría constante de sus cuadros hacia ese sector. Según éstos la decisión de participar en las actividades de apertura electoral, no puede atribuirse a una imposición de los hechos, sino que fue una “exitosa intuición política” de Montoneros, que explica su posterior capacidad de reclutamiento. (EA-Daniel C.)

de la zona vinculados por lazos familiares ascendentes, padres y tíos, con los dirigentes históricos de la JP platense, fue evaluada por éstos, como estratégica. Es decir propicia para que un reducido grupo de la organización Montoneros comenzara el “trabajo barrial”. Se trataba en su mayoría de universitarios, con sus parejas, que contaban con experiencias previas y que, si bien lograron mantener una elemental discreción, impresionaron a los activistas barriales y a los habitantes del barrio obrero de Los Hornos. La estrategia consistió en, según el término nativo, “abrir de trabajo político”. Es decir, imprimirle a las tradicionales actividades de la unidad básica, basadas en las tareas electorales, la ayuda social o la lectura de la doctrina peronistas, una dinámica propia de una organización que se había trazado como fin la construcción del socialismo y había adoptado como medio la lucha armada. En esta línea uno de los primeros pasos fue, utilizando una modalidad que permitía reconocer a las unidades básicas identificadas con la JP/M, el grupo sin mayores conflictos se separó de La Evita y fundó la UB Burgos-Escribano. El nombre aludía a dos militantes montoneros muertos recientemente.⁹⁰

Identificar a las unidades básicas con el nombre de los combatientes caídos o con hechos políticos ligados a la lucha revolucionaria permitió diferenciar y dar una clara visibilidad a las articuladas con JP/M de las ortodoxas y de las escasas que respondían a la derecha peronista. Esta identificación y expresividad parece haber venido más de las iniciativas de los jóvenes aspirantes que de directivas precisas de la organización.⁹¹

El carácter radical y expresivo de esta denominación puede ser interpretado a través de lo que Ansart denomina “socialidad rebelde” (Ansart, 1983). Esta tiene lugar dentro de una “intensidad excepcional de intercambios verbales”, fuertemente expresivos. Más que los textos escritos, los intercambios verbales/expresivos permiten comprobar la importancia que tiene la cultura oral, propia de los sectores populares, en la difusión del “pensamiento rebelde”. Un pensamiento que circula oralmente de manera

⁹⁰ Gerardo Burgos y Jorge Juan Escribano habían muerto en un enfrentamiento con la policía provincial el 29 de mayo de 1972. Ambos eran miembros de la organización Montoneros. Escribano, particularmente, tuvo participación en uno de los hechos fundacionales de esta organización; el copamiento de la Calera en julio de 1970. (*El Día*, 31/5/72), (Baschetti, 2007a, pag. 179)

⁹¹ Según nuestras indagaciones en la periferia platense, otros agrupamientos que implementaron algún tipo de estrategia en los barrios evitaron esta exteriorización. Por ejemplo, el PC mantuvo la denominación interna de “células barriales” para estos emprendimientos, sin ninguna identificación externa que pudieran vincularlas a la extensa trayectoria del comunismo. En el caso de las FAP y el Peronismo de Base, llamaron a muchas de sus iniciativas barriales con nombres del peronismo histórico, en su vertiente más rupturista. Por ejemplo, uno de las más connotada de la FAP en Berisso, tomó en el nombre de “agrupación Evita”.

amplia por los lugares de trabajo o por las calles del barrio y tiene, a la vez, un momento de mayor eficacia en reuniones y discusiones, produciendo emisarios y convirtiendo fácilmente a los partícipes más vacilantes. (Ansart, 1983, pág. 84)

Por otro lado, la “denominación rebelde”, en términos de Ansart, podemos especular que oscilaba entre el cifrado y la expresividad. De manera que los nombres de las UB funcionaban como códigos entre la militancia. Permitiendo, primero, sentirlas como una “fuerza oculta” y aún no identificadas por el control represivo, y segundo, reconocerlas rápidamente como una fuerza propia.

Según nuestras indagaciones estos centros políticos del “pensamiento rebelde” montonero, desarrollados en casi su totalidad afuera del casco urbano platense, superaron en número las treinta UB. El despliegue comenzó hacia fines del '72 y su máximo desarrolló hacia junio del '73. El abordaje de la evolución de este “frente de masa barrial”, su localización, sus vínculos con el acontecer nacional y local, así como su vida interna, son el contenido del próximo capítulo.

Capítulo 3: Los barrios Montoneros (1973-74): actores, prácticas y representaciones

Hasta aquí hemos presentado el proceso de constitución de la JP platense, destacando aspectos de su renovación e izquierdización, en un eje cronológico amplio que se extendió de 1955/57 a fines de 1972. Desde ese momento, articulando con Montoneros y con la estrategia barrial como una de las bases de su expansión, el grupo juvenil experimentó una transformación que masificó y radicalizó sus prácticas. En este capítulo, ubicaremos el relato en el período comprendido entre comienzo del '73 y los últimos meses del '74. En términos de los acontecimientos políticos que más dictaron el accionar juvenil, es la etapa que se inició con la conformación de las listas de candidatos para las elecciones de marzo del '73 hasta el pasaje a la clandestinidad de Montoneros, en setiembre del '74, y el cierre de los “frentes de masas”. Por supuesto, las actividades de JP/M prosiguieron en los diferentes ámbitos, y nosotros registraremos algunas que involucraron a la militancia barrial, pero concentraremos la exposición en el período señalado, considerando que la amplitud y masividad tendió a decaer con los hechos mencionados en segundo término.

En este marco abordaremos la localización y descripción de la vida interna de las unidades básicas diseminadas en los barrios, intentando dar a la exposición un tipo de ordenamiento basado en los *actores* barriales, sus *prácticas*⁹² y *representaciones*⁹³. Estos aspectos fueron recogidos por nosotros de los testimonios de militantes que actuaron en algunas de las más de treinta UB montoneras, y aspiran a ser descriptivos del conjunto. Se destacan, no obstante, a lo largo de nuestra reconstrucción, la relevancia que tuvo un número reducido de UB. Particularmente, por su continuidad en el tiempo, y por haberse constituido en pequeños centros de referencia zonal, tanto para

⁹² La noción de práctica tiene la virtud de orientarnos mejor sobre el tipo de actor y acción que tratamos que, la de estrategia, asociada a organizaciones o vanguardias poco numerosas y homogéneas. Por otro lado, una forma de conceptualizar las prácticas, no sólo políticas sino sociales y culturales, entre los sectores populares, es pensarlas como aquellas actividades habituales y ampliamente difundidas que transcurren en una gradación que va desde el consumo a la producción. En el primer extremo prevalece una acción receptiva/pasiva mientras que en el segundo creativa/activa. (Sirvent, 2004, pág. 113-4). En nuestro caso podemos sostener, como característica del período, una mayor preponderancia del extremo creativo/activo.

⁹³ Utilizamos la noción de representaciones, en tanto subraya la capacidad de los actores para la “construcción de significados” sobre personas, acontecimiento e ideas, en contextos determinados. (Arfuch, 2008; Altamirano, 1990)

el activismo específicamente barrial como para el que se desarrollaba en los espacios gremiales, estudiantiles y político/institucionales.

Por último, es necesario aclarar que la exposición combina el tratamiento diacrónico de los hechos, mostrando, por ejemplo, la evolución que tuvieron las prácticas de movilización a lo largo del período; con el sincrónico, destinado a describir las diferencias que presentaron, entre otras, el funcionamiento y la composición de las UB en el momento de auge.

I Los actores barriales

Si, diferencias había. Diferencias en cuanto a la forma de vestirse, el cutis, en la forma de hablar, el vocabulario era completamente distinto. Se notaba todo eso. Los militantes tenían contacto más fluido con la gente del barrio que tenía mayor predisposición, con esa gente ellos no tenían ningún problema y buscaban la forma de cómo adecuarse. Pero era difícil que tuvieran ellos el manejo más a fondo. Ahí estábamos más nosotros, que éramos de ahí, que conocíamos la historia de cada uno, cosa que ellos ni la conocían. De los militantes que llegaban, la gente del barrio no conocían nada, de dónde venían, qué apellido tenían. (Roberto A., miembro del grupo de base de la unidad básica Capuano Martínez de Tolosa. Entrevista del autor)

Venían chicas del centro de La Plata a dar ayuda escolar a nuestro barrio. Me acuerdo que entre ellas estaba Laurita. Yo decía se le hago así, si la toco con un dedo, se cae. Pero resulta que combatió, uno cojones gigantes, tenía Laurita. Era una piba que si vos la veías delicadita, chiquitita, pero tenía sus cojones. (Osvaldo M. miembro del grupo de base de la unidad básica Quispe en la zona de Mechor Romero. Entrevista de autor)

Era un barrio fantástico, en esa época, en el sentido de que a la unidad básica iba mucha gente. Vos pasaba a la tarde y había 15 o 20 personas en la UB, charlando sobre Perón o lo que teníamos que hacer para la gente humilde. Además, siempre se conseguía algo. Por ejemplo, después de que yo quedé encargado de la UB, todos los días me traían una olla de comida. Como yo tenía todo anotado y sabía quienes necesitaba mas, repartía la comida a la gente sin problemas. (Cacho A., miembro de la unidad básica Capuano Martínez y líder barrial de la zona de Tolosa. Entrevista del autor)

Entendemos por actores barriales a los individuos, grupos e instituciones que operaban a nivel o en perspectiva barrial, a través de prácticas y representaciones

significativas, es decir contribuyendo favorablemente al “universo de sentido”⁹⁴ que pretendió estructurar JP/Montoneros.

Si utilizamos un criterio decreciente de afinidad a ese universo de sentido podemos confeccionar un listado inicial de actores: los militantes y los miembros de las organizaciones, las UB, las familias y las redes de ayuda de vecinos y amigos y el diverso posicionamiento de los funcionarios del gobierno municipal o provincial. Por otro lado, encontramos una serie de instituciones, estatales y no estatales, con algún grado de vinculación con la experiencia montonera: escuelas, centros de salud, de acción social, clubes y bibliotecas. Siguiendo nuestros objetivos de investigación concentraremos la descripción en la militancia y las UB, mencionando, cuando sea necesario, los vínculos con los demás actores

A) Los militantes

El militante político puede ser definido como aquel actor que articula prácticas y representaciones políticas con una dimensión personal o , mas ampliamente, de pertenencia social (Martuccelli, D. y Svampa, M., 1997). En este sentido, vamos ensayar una desagregación que nos permita tener una noción aproximada de la variedad de “tipos” de militantes, teniendo en cuenta trayectorias personales y extracciones sociales, que intervinieron en el espacio barrial. Las caracterizaciones intentan ser relacionales, es decir, mantienen una pauta de interacción con el ámbito en el que se desarrollaron a partir de dos grandes orientaciones: *hacia el barrio* y *desde del barrio*. Ambas orientaciones, por otra parte, si bien impulsaron una serie de intercambios muy valorados por los protagonistas también reflejaron importantes tensiones y diferencias.

1) La militancia orientada hacia el barrio

Entendida como categoría nativa⁹⁵, la “militancia”, según nuestros testimonios tanto de aquellos con tradición y experiencia en las agrupaciones políticas del

⁹⁴ Como hemos afirmado durante el trabajo, este universo tenía dos objetivos básicos. El primero, era el proveniente de los procesos de radicalización, consistente en la instauración del socialismo a través de la lucha armada. El segundo, respondía a necesidades más inmediatas y pragmáticas como la acumulación y formación de recursos, tanto humanos como materiales, necesarios para la realización de aquellos objetivos programáticos.

⁹⁵ La noción etnográfica de “categorías nativas” resulta sumamente útil cuando se reconstruye la perspectiva del actor y las determinaciones del contexto. Su uso controlado y consciente evita la “naturalización” de ciertas ideas y acciones necesariamente presentes en los testimonios de los protagonistas. (Soprano, 2007)

peronismo posteriores al golpe del '55, así como para los vecinos del barrio que observaban su accionar entusiasta, designaba a los contingentes de jóvenes estudiantes. Pudiendo ser estos, allegados, simpatizantes o miembros activos de las organizaciones político-militares peronistas y no peronistas, en ebullición en la época en la ciudad de La Plata. Dicho en otros términos, “el militante”, mantuvo cierto rasgo de identificación inmediata con los grupos radicalizados y de externalidad en relación al barrio. Sin afirmar que se conformó como un “fenómeno de extrañamiento”, especulando un tanto, en la percepción del vecino, puede ser comparable con la figura del “proletarizado” en el ámbito fabril.

En nuestra zona se trataba de un estudiante universitario o secundario, que rara vez pertenecía al barrio, y en su forma más “pura”, habitaba en el centro de la ciudad y era miembro de la “clase media” platense. Si introducimos aún más la perspectiva nativa, los relatos testimoniales de aquellos que exhibían una dilatada trayectoria en la JP, atribuyen a esta categoría la totalidad de las imposturas o fingimientos en que muchas veces caían los jóvenes en sus esfuerzos por superar la “distancia” social y política y mimetizarse con la cotidianeidad barrial. Algunas denominaciones nativas aludían a este esfuerzo adaptativo, muy común en la etapa de expansión, como una “implantación” y a quienes lo practicaban como “paracaídas”.⁹⁶

Estas imposturas, que formaban parte del anecdotario risueño y pasatista de los jóvenes, podían, sin embargo, causar rechazo en los habitantes de los barrios tal como surge del relato de la pareja de “responsables políticos” de un conjunto de unidades básicas JP/M de la sección sexta:

“Yo trabajaba en la cámara de diputados, iba de saco y corbata, así volvía al barrio. Estos chicos, los estudiantes universitarios miembros de la JUP, venían en auto con zapatos, se ponían las alpargatas y bajaban al barrio y me cuestionaban porque yo andaba de saco y corbata. Ahora, la gente me veía como un igual pero con saco y corbata, pero a ellos no, nunca los vieron como iguales. Entonces para entrar al barrio me disfrazo de pobre. La gente tiene un olfato.”
(EA- Carlos y Norma)

Otro núcleo de tensión, estuvo dado en la inversión de los puestos de “autoridad natural” que la novedosa experiencia montonera intentó implementar, no siempre con el éxito esperado. Para los estudiantes, sobre todo los secundarios, ir al barrio a cumplir

⁹⁶ “Paracaídas”, era parte del arsenal crítico que la izquierda no peronista hacía circular entre los jóvenes en proceso de peronización que iban al barrio cumpliendo su experiencia de conversión. Junto con la noción de “implantación”, suponía “caer” en el barrio e “imponer” una serie de prácticas e ideas a los habitantes.

“tareas sociales” en una UB, era una experiencia muy significativa, en tanto suponía un “ascenso” en su carrera de militante. Ahora bien, la distinción estaba rodeada de una serie de obligaciones. Era necesario “ponerse a las órdenes” de un joven, que si bien cumplía con las condiciones requeridas por la organización Montoneros, ser del barrio, peronista y trabajador, muchas veces presentaba serias falencias formativas, e incluso, escasa convicción por la causa revolucionaria. Esto último surge del relato de un estudiante perteneciente a la clase media platense, formado en las aulas y las asambleas del Colegio Nacional⁹⁷. En la percepción de nuestro entrevistado, la experiencia, además de demostrar cierto apresuramiento del responsable político de la organización en las incorporaciones y designación de la conducción de las UB, revelaba, un mal direccionado “odio de clase”:

“Cuando me incorporé a la UB, la responsable nombra a un pibe que era del barrio, que ya lo habían encuadrado militarmente, tenía un nivel más que yo dentro de la ORGA [por la organización Montoneros]. Empecé a ver que el pibe era un flan. Yo y otro pibe éramos de la Facultad. Gente letrada y del centro, por lo cual le caímos medio mal. Hacíamos orden cerrado [entrenamiento militar] y nos maltrataba. Utilizaba las mismas técnicas que utilizaba el ejército; había humillación. Le dije: esto no es un entrenamiento, someternos a la humillación de pasar la lengua por el piso, a mí no me va. Bueno, me dice, pero hay que repetirlo. Le digo, voy hacer un informe. Hice el informe, el flaco me sanciona. A los 15 días lo van a buscar porque había afanado guita. Un flan era. Había mucho de eso” (EA-García Lombardi).

Finalmente, la renovación política y cultural que el gran entusiasmo de la militancia estudiantil llevaba a los barrios, muchas veces en momentos inadecuados⁹⁸, podía causar confusión entre los vecinos que se acercaban a la exigente propuesta. Muchos de los recursos simbólicos e ideológicos que la militancia implementaba no eran fácilmente traducidos por los habitantes; exigiendo de aquella inciertas rectificaciones. Como nos cuenta un miembro del grupo de base de la UB Evita Montonera (26. Ver mapa), la proyección del film *La Hora de los Hornos*, una de las acciones político-culturales más emblemáticas de los barrios montoneros, corría el riesgo de ser mal interpretada si no se tenía en cuenta un auditorio que, además de tener

⁹⁷ Como dijimos, el Colegio Nacional platense, la institución de enseñanza secundaria más prestigiosa de la ciudad, fue una verdadera cantera de militantes. El estado de debate que experimentó desde comienzo de los '70 con la apertura electoral, impulsado por gran parte de su cuerpo docente, constituyó una experiencia particular de la ciudad de La Plata

⁹⁸ P. Asuaje, cuenta en su libro testimonial y en la entrevista que le hicimos este “problema estructural” en las relaciones entre la militancia y los vecinos del barrio: “Si claro, la gente quería descansar, aunque algunos se enganchaba. Lo que pasó es que eso fue una limitación nuestra. No entender que la gente estaba en otra cosa, laburando, cansada” (EA-Asuaje).

una escasa formación cinematográfica, le resultaba poco familiar la idea del cine como “una arma política”:

“Íbamos a proyectar una película. Un compañero en una cartulina puso: ‘Todo espectador es un cobarde’⁹⁹ y lo pega. Una compañera del barrio se levantó y se fue. La llamamos y le preguntamos ¿por que te vas?: por lo que pusiste, nos contesta. No, dice el compañero, todo espectador de la historia es un cobarde. La compañera pensó que era para los espectadores de la película. El compañero no lo hizo a propósito, estas cosas se suscitaban” (EA-José).

Esta franja militante, aún manteniendo, como dijimos, cierta externalidad, producto de diferencias que aparecían como notorias para quienes los recepcionaban: su forma de vestirse, de hablar, sus rasgos físicos y sobre todo, su mensaje exigente y complejo, pudo, sin embargo, establecer vínculos duraderos y ejercer un fuerte influjo en el universo barrial. Retomaremos estos aspectos desde la perspectiva de los militantes autóctonos en el próximo punto, pero es necesario destacar que todo aquello dependió, en gran medida, de rasgos personales y “carismáticos”, como es sabido, de difícil transferencia al conjunto. Por otra parte, el favorable impacto que las figuras de la conducción, o con importantes niveles de responsabilidad dentro de la organización Montonero, generalmente causaban, solía ser muy reducido en la medida en que su presencia en la UB era conocida sólo por el grupo de base. Sin duda, la figura del combatiente o el guerrillero, agigantada por la muerte en combate, caló hondo en las vocaciones militantes de aquellos que desarrollaron su activismo en los barrios. Existía una especie de pacto que consistía en encontrar el sentido último del esfuerzo militante en el reconocimiento, luego de la muerte, plasmado en el nombre de una UB. Sin embargo, estas apreciaciones y aspiraciones, acompañadas muchas veces por dudas y cuestionamientos, se limitaban a los grupos de base y algunos allegados; el conjunto barrial no podía acompañar a tan exigente modelo¹⁰⁰. Volveremos sobre estas cuestiones en el apartado final del capítulo.

⁹⁹ Como dijimos la película era “La hora de los Hornos” de F. Solanas y O. Getino. La frase completa “Todo espectador es un cobarde o un traidor”, es de Frantz Fanon y aparece en grandes letras en el film. El militante la recogió de ahí para multiplicar su impacto.

¹⁰⁰ El clima contestatario que cubría a la politizada sociedad platense no se reducía a los barrios montoneros ni a la presencia de sus combatientes. Otras experiencias tuvieron lugar con figuras que impactaron por su decidida acción militante y dedicación desinteresada. El vívido relato de un joven miembro de las FAP de la zona de Berisso, rememora la fuerte impresión que causaba, en un barrio con gran cantidad de mujeres trabajadores del frigorífico Swift, la presencia de dos jóvenes abogados platenses, Sergio Karakacoff y Domingo Teruggi. Ambos, un radical y un socialista respectivamente, defensores de presos políticos y de trabajadores en conflicto, con una vasta militancia estudiantil, serían asesinados por estas actividades durante la dictadura. Sin ser frecuente, en ese momento: “Se mezcló lo

2) La militancia orientada desde el barrio

Dentro de los testimonios anteriores es posible diferenciar, como lo hacían los protagonistas, al militante autóctono del estudiantil. Si se mantiene la voz “militante” para este último, en ocasiones podía utilizarse la expresión “activista”¹⁰¹ para designarlos o simplemente la histórica “compañero”. Los elementos básicos que lo definía eran su identidad peronista, forjada a través de su biografía, el habitar el barrio y su carácter de trabajador, formal o informal. Es posible detectar, al interior de esta militancia de extracción barrial, cuatro subgrupos, según un criterio decreciente del tiempo invertido en las actividades desarrolladas desde las UB. Desde el punto de vista de los actores, lo anterior suponía un compromiso entendido como “total” a otro concebido como “transitorio”.

En primer lugar estaban los contingentes juveniles, en algunos casos casi adolescentes, con algún tipo de vínculo orgánico con la JP y agrupaciones afines, que desde el barrio y las UB se incorporaron a Montoneros¹⁰². En segundo término se encontraba el “referente barrial”. Generalmente de edad más madura, fue la figura clave para la apertura de la UB, aunque su relación con Montonero estuvo plagada de equívocos. En tercer lugar aparecía el allegado; abarcaba edades variadas y su vínculo con el proyecto revolucionario, discontinuo y variable, tuvo una base en las relaciones personales con los militantes. Por último los testimonios mencionan al marginal o “lumpen”; jóvenes y poco numerosos, su disciplinamiento e integración a las

territorial, con fabril, con lo legal y la influencia de compañeros funcionarios. Así, era muy llamativo ver a Nino (D. Teruggi) con su traje, muy rubio, lindo, entrando con esa actitud al barrio y a la casa de Aurelia” [Una trabajadora del Swift que había perdido a su hijo en un accidente dentro de la guardería del frigorífico; hecho que produjo la intervención del joven abogado platense] (EA-Celina).

¹⁰¹ La expresión recogía la tradición del peronismo resistente, presente sobre todo en los miembros fundacionales de la JP y las FAP. El activista era siempre un trabajador mayoritariamente peronista, con experiencia en los conflictos gremiales y con recelo a todo lo que tuviera que ver con afiliaciones partidarias. En general era parte del activismo sindical desencantado al que nos referimos anteriormente que evaluaba con cuidado su participación y, al ingresar, sumaba a otros que lo tenían como ejemplo. Tanto Montonero como FAP centraron sus esfuerzos de integración a sus experiencias barriales en estos “líder sociales”.

¹⁰² La militancia con antecedentes en la JP platense, o que podía definirse como revolucionaria tanto por la incorporación de perspectivas marxistas como por su oposición a la burocracia sindical y partidaria, presentaba a comienzos del '73 por lo menos tres camadas. La fundadora de fines de los '50 y primeros '60, la refundadora de mediados de los '60 y la identificada con el activismo partidario y revolucionario de los últimos '60 y comienzos de los '70. En el '73 podríamos hablar de un nuevo contingente. En su mayoría nacidos entre mediados y fines de los '50, se contaba entre ellos los que tuvieron como puerta de entrada los locales de la JP o la AJP, que funcionaban en el centro o directamente los de las UB en los barrios. La descripción se centra en esta última camada.

actividades de las UB, constituyó un verdadero desafío. Hay que destacar que las caracterizaciones se acompañan con una reconstrucción de aspectos relevantes de la trayectoria biográfica de los entrevistados que se toman como ejemplos representativos de cada uno de los “tipos”.

a) Jóvenes, peronistas y montoneros

El primer tipo sin duda tuvo una importancia decisiva en la etapa de expansión. Abordaremos su descripción a través de la presentación de dos entrevistados en tanto, entendemos, resumen rasgos característicos de esta militancia y forman parte de lo que podríamos denominar como trayectorias típicas.

Oscar A. nació en 1955, su infancia y adolescencia transcurrieron en la zona de quintas y hornos de ladrillos de las afueras de La Plata.

En el seno de su familia, “terriblemente humilde” y presidida por una abuela que ostentaba con orgullo los objetos donados por Eva Perón, heredó de su padre y de su tío, trabajador y dirigente gremial del frigorífico Swift, respectivamente, sus inclinaciones peronistas combativas. Este peronismo familiar, autónomo, inorgánico, construido en base a historias fragmentadas, en ausencia de reflexiones y lecturas que dieran cuenta sobre la creciente complejidad del fenómeno, encontró en Oscar su primera manifestación a los diecisiete años:

“Cuando viene Perón en el ’72, yo estaba laburando en una obra. Con un chico dijimos, vamos a verlo a Perón, mi viejo no quería. Yo no iba a ninguna UB, fuimos hasta la estación y nos encanaron. Fuimos por la nuestras, no sabíamos cómo funcionaba el peronismo”. (EA-Oscar).

Con la apertura de las primeras UB, impulsadas por el PJ platense y dirigidas por “punteros ortodoxos”, comenzó la militancia más orgánica del joven Oscar a comienzos del ’73, incorporado a la JP. El contexto conflictivo y revulsivo que se presentó con la apertura política, sin embargo, aceleró su aprendizaje. Dos experiencias se inscriben en esta dirección.

Oscar tuvo, por un lado, la posibilidad de ver con toda claridad, en el acto de campaña de febrero del ’73 realizado en la plaza Belgrano de 13 y 40, la presencia arrolladora de las organizaciones armadas peronistas y, por otro, palpar cómo, un reducido grupo de decididos militantes montoneros de origen universitario, “meten una cuña” en los barrios y “abre el trabajo territorial”, estableciendo contactos estratégicos

en UB afines y en una parroquia con un “cura que era muy piola”¹⁰³. Estos elementos se combinaron con una ruptura generacional, rasgo específico y generalizado de esta camada de militantes barriales, con “la ortodoxia del partido; nosotros éramos todos pendejos y chocábamos con los viejos”, pero que sin embargo, nunca término de extenderse a la figura de Perón.

Por otra parte, luego de los sucesos de Ezeiza – como veremos fuente de acelerado aprendizaje político para esta camada militante barriales - Oscar junto a un grupo de amigos, y después de una breve evaluación sobre dónde localizar la UB, abrieron la Emilio Maza (2. Ver mapa); en un lugar sin “trabajo político previo”.

En un área de influencia muy reducida, “una manzana que estaba rodeada de quintas”, gracias, tanto a su pertenencia social y política, como a un tipo de militancia compatible con la condición de trabajador y basada en la resolución casera de sencillas carencias materiales, los integrantes de la UB Emilio Maza fueron ganando prestigio y confianza entre los vecinos:

“Nosotros sin alabanzas, éramos los mejores del barrio, los que más trabajábamos, la gente justamente por eso, creo, que nos ayudaba. La primera tarea fue hacer, en la calle 143, una vereda con escombros. Conseguimos un caballo en una obra en la que yo trabajaba hicimos el alisado y quedó la vereda” (EA-Oscar)¹⁰⁴.

Como era de rutina, el pequeño “grupo de base”, cinco o seis jóvenes de diecisiete a dieciocho años, todos del barrio, le fue asignado un “responsable”, que la conducción zonal del Montoneros trasladó desde una UB cercana más consolidada. Entre el conjunto de fuerzas políticas peronistas que operaban a nivel barrial, Oscar y su grupo, mantuvieron relaciones amistosas con los miembros del PJ. Pero, por su filiación montonera e insolencia juvenil, “hay que reconocer que estábamos pasados de roscas”, tuvo en los sectores vinculados a la dirigencia sindical, sobre todo en la local Unión Obrera Metalúrgica (UOM), potenciales enemigos.

¹⁰³ Sin embargo, en la zona, la inserción barrial de montoneros, hasta donde nosotros hemos podido indagar, no contó con el apoyo, según muchos trabajos decisivo, por parte de los curas enrolados en la renovación católica de los '60 o, más específicamente, en el Movimiento del Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM). En la entrevista con Oscar si bien se recoge este vínculo, sin demasiadas proyecciones, se refiere a un sacerdote - “piola en ese momento”- que posteriormente elaboró una crítica visión a toda la experiencia. Otros testimonio dan cuenta de un tipo de participación del movimiento católico limitado al trabajo de asistencia social y, posteriormente, a la protección de algunos militantes perseguidos por la represión de la dictadura.

¹⁰⁴ Durante la entrevista a Oscar estaba su actual pareja, en esos años una adolescente vecina del barrio, quien nos hizo el siguiente comentario “Ellos, eran los mejores en comparación con los vagos del barrio porque militaban y trabajaban”

La penetración que logró la UB E. Maza, entre los vecinos del barrio, fue capilar. Pero, el testimonio sugiere la fuerte dificultad que tuvieron para superar ser considerados como un voluntariado social y que sus iniciativas políticas estuvieran subordinadas a ese rol:

“La gente nos tenía tanta confianza que había mamás que iban a laburar y nos dejaban los bebés y los llevamos a que les dieran las vacunas... Nosotros éramos unos perfectos asistentes sociales. Repartíamos y decíamos vos tenés tres chicos y te corresponde tanto de azúcar y tanto de leche”. (EA-Oscar)

La formación política de Oscar estuvo exclusivamente asociada a esta experiencia. Como miembro del grupo de base participó en reuniones semanales, donde se leían y debatían los documentos y la prensa de la organización Montoneros y se sacaban conclusiones en torno a la coyuntura. El aprendizaje de tipo informal, es decir, basado en charlas o discusiones más o menos espontáneas con universitarios o militantes experimentados sobre “teoría revolucionaria”, marxista o guevarista, se encontró con diferentes obstáculos:

“Yo antes no había leído nada, sólo leí con los compañeros. Había leído *La razón de mi vida*, algo de Marx. Pero nosotros lo hacíamos con la práctica. Al Che no lo leímos. Teníamos un compañero que había estado con El Che y con Massetti, yo tenía diferencias como buen peronista. Normalmente los compañeros que venían de la línea de la FAEP habían leído mucho a Marx y con Perón eran críticos” (EA-Oscar)

Roberto A. nació en Tucumán a comienzos de los '50 y llegó a La Plata con su familia en 1958. Su padre, un trabajador de la construcción, si bien cultivó una incipiente conciencia crítica al sistema de dominación y a la proscripción, impulsó a sus hijos por los ideales del modelo de la movilidad ascendente, apoyando el cumplimiento de la primaria obligatoria.

El reconocimiento a Perón, y sus planes de integración social, fue un eco constante en el ambiente familiar de Roberto, expresado en charlas y reuniones ocasionales de amigos y compañeros de su padre, sin que esto implicara un activismo definido. Hacia fines de los '60 al morir aquel, Roberto pierde ciertas ventajas como la de trabajar medio día e intentar terminar su educación secundaria. De manera que luego del servicio militar - el adiestramiento básico en el uso de armas tuvo cierta relevancia para quienes iban a comenzar su militancia en el contexto de la radicalización-, ingresó de lleno al mundo laboral y al activismo político.

En marzo de 1973, recuerda nuestro entrevistado, sin contactos con el partido o las agrupaciones peronistas que florecían, fue convocado a participar en una UB de la zona de Tolosa, lugar por donde pasaba diariamente rumbo a su trabajo y en la que ya habían sido incorporados compañeros y amigos de la infancia. Este sencillo mecanismo de incorporación, para un joven cuyas convicciones políticas aún no estaban consolidadas, fue eficiente en tanto se desarrolló en los ambientes populares y se valió de una gama amplia de recursos que incluía las actividades orientadas según una estrategia política y las propias de los jóvenes en proceso de maduración.¹⁰⁵

Sin embargo, como sucedió con la mayoría de esta fracción de la militancia barrial, los sucesos de Ezeiza fueron para Roberto el verdadero momento de “entrada” al universo de la radicalización: “En Ezeiza no entendía nada. Después volvemos y empiezo a preguntar y viene las explicaciones sobre la derecha y la izquierda”

A partir de ahí el trabajo barrial, que se extendió en su caso durante más de dos años, permitió a Roberto cimentar su ascendencia y prestigio como militante. Siendo parte del grupo de base de la UB Capuano Martínez (23. Ver mapa), participó de una amplia gama de actividades que incluyó a otras instituciones del barrio. Su formación, que como en el caso anterior era a tiempo parcial por las obligaciones laborales de estos jóvenes, se basó en la lectura y discusión de los documentos y la prensa partidaria y en una fuerte prescripción hacia una vida ordenada. Sobre todo, subraya nuestro entrevistado, que evitara el consumo de alcohol.

Roberto, particularmente destaca, la importancia que tuvo para la conformación de su vocación militante la presencia de importantes figuras zonales de la organización Montoneros que frecuentaban su conocida UB y la consolidación de un clima horizontal y democrático que él había percibido en sus primeras experiencias y que asociaba a las reuniones entre compañeros en la casa paterna:

“Como se venía trabajando en las reuniones nadie, supuestamente, era jefe. Por ahí uno manejaba más la cosa, tenía más responsabilidades, pero no quería decir que era el dueño. Era

¹⁰⁵ Roberto recuerda vivamente las circunstancias, y los motivos, de su primer acercamiento a la UB montonera Capuano Martínez (23. Ver mapa) de Tolosa, donde transcurrió la mayor parte de su militancia hasta fines del '75; momento en el que se incorporó “oficialmente” a Montoneros: “Los muchachos de la UB me invitan a un cumpleaños de 15, ahí en el barrio. Pero me dice, nos vemos en la UB y después vamos al cumpleaños. Vos a toda costa me querés enganchar, le dije. En la UB había una reunión en la que estaban hablando sobre un pedacito de terreno que tenían para hacer un centro asistencial. Obras Públicas había entregado material pero no alcanzaba y había que hacer de todo. Daban vueltas sobre eso dos o tres que hablaban y la gente del barrio escuchaba. Yo me acerco a mi amigo y le digo: cuando cobren pongan un peso, armas un libro y van comprando de a poco los materiales. Me amigo me mandan al frente, sin consultar, acá el compañero tiene una moción. Lo expliqué y convocaron a todo el barrio para debatirlo” (EA-Roberto)

como yo escuchaba y veía, detrás de la puerta, porque en esos años lo chicos no se metían, conversar a los compañeros de mi viejo mientras comían un asado” (EA-Roberto).

Podríamos concluir diciendo que a lo largo de todo el proceso, tanto Oscar como Roberto, mantuvieron en alta consideración sus acciones y su convicción por la causa “popular y revolucionaria”, aunque el rescate se centra más en las conductas de sus grupos de base. En este sentido, es posible afirmar que siempre se percibieron con una mayor “sensibilidad popular” fruto de su pertenencia barrial, en comparación, no sólo con la entusiasta militancia estudiantil sino, incluso, con los fogueados y admirados cuadros montoneros:

“Esos militantes [los cuadros montoneros], tenían contacto fluido con la gente del barrio con mayor predisposición a participar. Pero era difícil que tuvieran el manejo más de fondo. Ahí estábamos nosotros, que éramos de ahí, que conocíamos la historia de cada uno. De la militancia que venía, la gente del barrio no conocían nada, de dónde venían, que apellido tenían” (EA-Roberto)

Tal vez, en términos subjetivos, esta autoevaluación estaba impregnada de una inmadura arrogancia y escaso espíritu crítico a los límites revolucionario del peronismo clásico: “nosotros decíamos que éramos los verdaderos peronistas, nosotros teníamos el fuego interior del peronismo” (EA-Oscar). Pero tuvo algunas pruebas contundentes, percibidas retrospectivamente.

En primer lugar, su vínculo con los vecinos del barrio, se mantuvo a pesar del cambiante proceso; su activismo y presencia barrial continuó, muchas veces en soledad, luego del pasaje a la clandestinidad y el cierre de las UB. Por otro lado, fue sobre militantes como Oscar y Roberto que recayó la tarea de mantener y reconstruir los lazos con las familias y allegados, que en los hechos implicaba al barrio entero, luego de las primeras acciones de violencia parapolicial dirigidas, precisamente, a estos sectores. Por último, muchos de estos jóvenes, en plena dictadura y como miembros a tiempo completo de Montoneros, recibieron el apoyo, que en variadas ocasiones significó salvar la vida, de sus vecinos que los conocían desde la infancia.

b) El referente barrial: peronistas con seriedad y madurez

Además de la relevante presencia de los jóvenes autóctonos, la construcción de una extendida red de unidades básicas, necesitó de otro actor diferenciable. La propuesta debió dotarse de mayor seriedad y madurez, en tanto que muchos de aquellos

eran casi adolescentes. El paso inicial siempre consistió en contar con la participación del “referente barrial”. Se trataba de un líder social, que en algunos casos fue una mujer, con componentes carismáticos, pero también tradicionales, típicamente legitimantes entre los sectores populares. Nos referimos, en primer lugar, a un empleo constante y conocido por los vecinos que se traducía en un oficio ejercido con comprobada destreza. Por otra parte, era importante también demostrar responsabilidad en la gestión familiar y “poseer” una familia numerosa que podía ser útil para las actividades sociales y políticas. Por último, el perfil se completaba con antecedentes conocidos en conflictos contra la patronal, sin ser esto último excluyente.

Como se ha dicho, una de las novedades que el proceso de radicalización presentó fue la activación de estas figuras barriales. Sumidos en la desconfianza y el extrañamiento hacia la actividad política, producto del fracaso de la ideología dominante en el empeño de captar su solidaridad, tuvieron en el “programa rebelde” de JP/M un mecanismo para superar el desencanto y de esta manera, “lo que era indiferente y tolerable se vuelve intolerable”(Ansart, 1983, pag. 87-88). Por supuesto, mucha veces la adhesión a dicho programa debió estar acompañada de “incentivos selectivos materiales” (Panebianco, 1990). Entre los que se incluyeron la obtención de un puesto de trabajo o la incorporación en un listado de espera que contemplaba la construcción de un complejo de viviendas populares.

Algunos de los testimonios, en este caso de dos jóvenes estudiantes que establecieron vínculos personales con los referentes barriales de sus UB, son elocuentes en cuanto a la apoyatura que significó la participación de este actor:

“Entonces en muchos lugares había un caudillo, un referente, un puntero que se hacía JP/M, o si no la estructura de la JP/M se armaba buscando el referente y creando la UB y desarrollándola.”(EA-García Lombardi)

“[La apertura de la UB se lograba]...En general a través del puntero del barrio. Era un referente, entre las mujeres la que tenía más amigas. Era, además, un peronista reconocido. Por ejemplo en la “Capuano Martínez” (23. Ver mapa), el referente era el mismo dueño de la casa donde funcionaba la unidad básica. Un compañero que vivía en la villa, albañil. Todo lo que se quisiera modificar en el barrio pasaba por él. Era joven, pero un poco más grande que nosotros. Para entrar al barrio siempre tenías que tener una llave que te abriera la puerta.” (EA-José H.).

Esta última declaración se refiere a una figura sobre la que nos vamos a detener, debido a su relevancia en la zona, y con la intención de describir su trayectoria como prototipo de esta categoría de “referente barrial”.

Luján “Cacho” A., era un migrante interno de la provincia de Corrientes que llegó a La Plata en el 1963 con veintitrés años de edad como trabajador de la construcción, oficio altamente valorado entre los sectores populares por su funcionalidad con un objetivo primordial: la vivienda propia. Por otro parte, esta funcionalidad se extendía a la pata reivindicativa del proyecto montoneros: un importante contingente de los habitantes barriales que participaron en él, en carácter de referentes, allegados o colaboradores, fueron trabajadores de la construcción, muchos, como Cacho, autónomos¹⁰⁶.

Cacho, había desarrollado una fuerte vocación solidaria y de lucha reivindicativa por su experiencia como delegado en una empresa constructora con más de tres mil trabajadores, coronada con algunos triunfos sobre los fieros patrones de la construcción.¹⁰⁷ De esta manera, sin ninguna afiliación política previa, salvo su condición “natural” de peronista, como su padre un “peronista de la casa nada más”, fue contactado en 1973, “por los compañeros, porque yo era el que conocía más el barrio”, para incorporarse a la unidad básica Capuano Martínez, ubicada en la villa Dardo Rocha de Tolosa de donde Cacho era vecino. (23. Ver mapa).

Como líder de las tareas de mejoramiento barrial gracias a su oficio, Cacho, comenzó a recorrer la periferia platense proyectando su figura a nivel local. Gracias a su impactante presencia y personalidad, la Capuano Martínez, se convirtió en lugar de referencia para la militancia, sobre todo para la estudiantil. En palabras de Cacho: “...porque esta UB, tuve la suerte, de que fue como una escuela para los militantes. Porque si había un militante de la JUP o de la UES, lo mandaban a la Capuano a militar” (EA-Cacho).

Durante el gobierno de Bidegain, la JP/M, impulsó un proyecto consistente en entregar a sus habitantes aquellas tierras fiscales que ocupaban. Cacho fue designado para tener una entrevista con el gobernador que se frustró por la renuncia de éste en enero del '74. De manera inmediata se lanzó el Movimiento Villero Peronista de La Plata, Berisso y Ensenada presidido por el propio Cacho, que agrupó a las villas Dardo Rocha y el Churrasco en Tolosa y la del Arroyo del Gato en Ringuelet. Luego de unas

¹⁰⁶ Investigaciones sobre la población de los villero o barrios populares urbanos en los '70, afirman que las actividades ocupacionales que prevalecían eran, entre los hombre, obrero de la construcción y, entre las mujeres, empleada doméstica remunerada. (Ziccardi, 1984)

¹⁰⁷ Las batallas ganadas habían fortalecido el activismo de Cacho. Era conocido entre los que acumularon experiencia política en el período abierto en el '55 que las derrotas en las luchas obreras reivindicativas no sólo traían como consecuencia cárceles, persecuciones y retroceso en los derechos laborales, sino

pocas reuniones esta organización popular con un programa específico, consistente en evitar las erradicaciones masiva, obtener la propiedad de las tierras fiscales e impulsar la autoconstrucción a través de la metodología de la movilización permanente, en una posición crecientemente subordinada dentro de la estrategia de JP/M, y sin ningún tipo de apoyo estatal, a pesar de muchos esfuerzos no pudo sostenerse¹⁰⁸. Para Cacho el desvalimiento de sus miembros explicó en parte la falta de continuidad del proyecto:

“Lo que pasó fue [que la experiencia se llevo acabo] con toda gente de barrios humildes y toda gente que no tenía mucha escuela. Yo tuve sexto grado. Porque lo intentamos un montón de tiempo, pero la gente era quedaba, medio que tenía miedo de ir a la casa de gobierno, por ejemplo. Toda gente del interior del país, tímida. Costaba un montón” (EA-Cacho).

Para este activista tolosano, su trayectoria militante significó una época dorada para él y su comunidad barrial, por la variada actividad social y cultural y la riqueza de los contactos con los contingentes estudiantiles; cargados muchas veces de provisiones para realizar multitudinarias comidas, recuerda vivamente Cacho. La formación a través de la lectura de *El Descamisado* y *Noticias* y las charlas periódicas sobre la realidad argentina y las condiciones de explotación de la clase obrera, así como las relaciones entrañables que estableció con algunos de los dirigentes montoneros más relevantes de la zona, gracias a la comprometida ayuda que ofreció a uno de ellos¹⁰⁹, constituyeron para Cacho un verdadero legado.

también una caída de la voluntad o vocación solidaria, y militante, propia de los sectores populares. Contrariamente, un ciclo de triunfos generaba un fuerte impulso de estas vocaciones.

¹⁰⁸ Las organizaciones políticas que dieron forma e impulso a este programa se desarrollaron en la Capital Federal, que contaba, en 1975, con una población “villera” estimada en casi 180000 personas. Inicialmente vinculadas al PC, se consolidaron en la lucha contra los gobiernos militares y su política de erradicación. Con la llegada al gobierno de Cámpora se asumen como peronistas y, en mayo de 1973 con el importante apoyo de los Sacerdotes del Tercer Mundo, se incorporaron al Movimiento Villero Peronista (MVP); organizado por la JP/M. Posteriormente, la estrategia radicalizada de la JP/M hizo perder autonomía al programa MVP, basado en las reivindicaciones históricas de las organizaciones villeras de la Capital (Ziccardi, 1984)

¹⁰⁹ Como afirmamos, la trayectoria de Cacho compendia las etapas de toda esta experiencia barrial. Ya desde mediados del '75, y más claramente con el golpe, la actividad pública de las unidades básicas cesó, pero las casas de los militantes barriales, donde algunas de ellas funcionaban, iban a ser parte de la red de seguridad que Montoneros intentó articular ante el avance implacable de la represión. Fue durante este período, que nuestro entrevistado estableció fuertes vínculos personales y afectivos con los dirigentes montoneros que se replegaban en los barrios. Sobre el caso de un militante montonero muy conocido de La Plata nos hizo un sentido relato: “Lo que pasa que él venía disfrazado. Yo tenía un bolichito ahí en mi casa, entonces él pasaba y se compraba sus salchichas y su pancito y nos contaba cosas. Lo “secuestré” yo y lo escondí, lo guardé. Cuando yo estaba encanutado [detenido], en la brigada sienten que dicen. ‘al bocha no lo iban a encontrar nunca, estaba adentro de un monte’. Pero me lo mataron. Lo mataron en un bar de La Loma [zona cercana a Tolosa]” (EA-Cacho).

Con muchos “aspirantes”¹¹⁰ forjó vínculos personales fuera de la actividad militante, gracias a su condición de trabajador autónomo, contratado a algunos de ellos, estudiantes del interior, como peones de albañil, bajo condiciones laborales cuasi paternalistas¹¹¹. Por supuesto que el balance de Cacho también incluye los costos de su activismo radicalizado: detenido en 1977 permaneció en condición de desaparecido durante dos años y pudo escuchar de sus carceleros: “A estos hay que terminarlos a todos para que no enseñen a otros” (EA-Cacho). Al recuperar la libertad, el barrio organizó un espontáneo e inolvidable recibimiento que nuestro entrevistado atribuye al agradecimiento por esos años de actividad militante, que no pudo volver a recrear en los años posteriores.

Sin embargo el caso de Cacho, si bien no constituyó una excepción, tampoco era una realidad extendida. Los vínculos que se establecían con estos referentes zonales no siempre eran duraderos, en la medida en que las relaciones clientelares, cuya reciente “visibilidad” no debiera borrarlas de épocas signadas por la “lucha de ideas” y los programas políticos revolucionarios, operaban a nivel de los sectores populares. El relato de José, un joven militante muy mimetizado con el ambiente barrial recuerda:

“En la UB Evita Montonera (26. Ver mapa) teníamos del otro lado de la ruta 11, un derecho del peronismo, con el cual tuvimos siempre quilombos. No llegamos al enfrentamiento armado, pero nos sacó el referente que teníamos nosotros, lo compró y se lo llevó a laburar con él. Me acuerdo que fue el día que llegó Norma Kennedy a repartir colchones” (EA-José).

Por otro lado, un gran número de estos referentes barriales venían con una vasta experiencia dentro del peronismo partidario y con la apertura democrática son los primeros en constituir unidades básicas; algunos antecedentes son de 1971. Un caso que puede ser representativo fue el de Melchor Romero, donde, desde mediados de 1972 funcionaba la UB número uno, según los testimonio una de las primeras en la zona que respondía al PJ. Todas las menciones a su impulsor lo caracterizan como un típico caudillo peronista “ortodoxo”. Un puntero político, en términos de la teoría clientelar, que evolucionó hacia a la “derecha” cuando las posiciones se polarizaron. Lo particular fue que esta UB funcionó como un centro político abierto a todos los grupos juveniles peronistas de la zona que se congregaron. Con los hechos de Ezeiza de 1973, una

¹¹⁰ Esta categoría era ocupada por los jóvenes que militaban en los “frentes de masas” y aspiraban a entrar a la organización luego de una serie de evaluaciones. Existen una importante cantidad de trabajos testimoniales que describen este proceso; ver (Robles, 2004; Asuaje, 2004; Amorín, 2005)

fracción de estos jóvenes, ya miembros de la JP/M se desprenden y constituyen la UB Raúl Obregoso (13. Ver mapa)¹¹².

Sin pretender agotar las diferentes formas que el contacto barrial adoptó, siempre funcionando como referencia o entrada al barrio, éste también podía ser una familia numerosa. Es decir, una red de hermanos y primos generalmente jóvenes, a la que se buscaba articular a través de variadas actividades, aunque en condiciones de inestabilidad. Los testimonios mencionan casos famosos de grupos familiares cuya “cabeza”, el padre o el hermano mayor, mostrando una fuerte vocación de participación, casi siempre exagerando la exposición y de manera inorgánica, lograban dar forma a una pequeña fuerza. El recurso estratégico que aportaban, era la propia casa, que en variadas ocasiones fue el lugar donde funcionaban las UB. El dinamismo y la consistencia de estas redes familiares es de difícil evaluación. El elemento que puede servir para apreciar su significación, fue haberse constituido en uno de los primeros blancos de la represión parapolicial que se desató en la zona. El ataque a los referentes familiares, probablemente asociado con la dinámica que presentó la violencia local, tuvo un caso emblemático en el atentado a la familia Chaves, poseedora de un perfil activista más orgánico y partidario que el de nuestros ejemplos. En agosto del '74 fueron secuestrados y asesinados el padre y uno de los hermanos, un joven discapacitado. (Chaves, G. y Lewinger, J., 1999)¹¹³.

Esta estrategia represiva consistente en golpear al grupo familiar de manera un tanto indiscriminada, se mantuvo con cierta intermitencia desde mediados del '74 hasta el golpe de marzo del '76¹¹⁴. No obstante, y en gran parte gracias al activismo político

¹¹¹ Cacho tenía una pequeña empresa constructora en la que participó, como asociado, otro de nuestros entrevistados, con similares características sociopolíticas y una dilatada trayectoria en Montoneros.

¹¹² Raúl Horacio Obregoso, según nuestros testimonios, fue un joven peronista con escasa experiencia en la militancia de la zona de Melchor Romero que concurrió a Ezeiza en junio del '73 y murió asesinado en una de las refriegas. Su muerte, tuvo un importante impacto en las fuerzas políticas peronistas platense que organizaron un homenaje con presencia de funcionarios municipales, como el intendente R. Cartier, durante el entierro en el cementerio local. La militancia juvenil de la sección séptima, de la que era oriundo Obregoso, responsabilizó a la burocracia sindical y al núcleo del activismo peronista enemigo declarado de la “patria socialista”, rompió con el líder zonal y puso el nombre del joven asesinado a su unidad básica.

¹¹³ Recordemos que el padre, Horacio Chaves, fue protagonista local del levantamiento cívico-militar de 1956 contra el gobierno de la Revolución Libertadora, encabezado a nivel nacional por el General Valle. Preso y perseguido durante muchos años, Horacio, fue un símbolo del militante incorruptible para los jóvenes platenses. Su hijo, Gonzalo, fue uno de los primeros miembros de la JP platense e impulsor de la incorporación a Montoneros

¹¹⁴ A fines de 1975, un grupo armado agredió a una de las familias más reconocidas por su intensa actividad barrial. Los cuatro hermanos Ruda tenían diferentes grados de participación en la UB Astudillo (7. Ver mapa), que funcionaba en su propia casa; uno de ellos hacía las veces de responsable. Sin embargo, el que fue secuestrado y luego asesinado Jorge Rosendo Ruda, estaba alejado de la militancia hacía bastante tiempo.

de estas familias numerosas, el universo barrial montonero fue poblándose de uno de sus actores centrales: el allegado.

c) El allegado y las relaciones política personales

El rasgo específico del allegado, era el carácter discontinuo de sus intervenciones, muy determinadas por el contenido reivindicativo de las actividades que involucraban a los grupos familiares. Como ya lo hemos mencionado, la identificación “natural” con el peronismo, permitió su rápida incorporación a la estrategia de movilización de la JP/M por la vuelta de Perón y las elecciones, así como al amplio programa de acciones barriales reivindicativas impulsadas durante el gobierno de Bidegain. Pero, probablemente, la figura del allegado ganó más especificidad y significación en la etapa que se inició con el “pasaje a la clandestinidad” hacia setiembre de 1974. Podríamos afirmar que, como producto del fenómeno de la radicalización, a partir de esas fechas, las casas y los espacios barriales fueron claves para preservar materiales y personas, actividades en que los allegados cobraron un papel muchas veces decisivo. Estos tenían la prerrogativa de aceptar o no convertirse en custodios de los recursos materiales y humanos de la JP/M. Lo que indicaba que su compromiso militante no era automático y estaba precedido por cierto grado de negociación, donde la confianza y el conocimiento personal eran cruciales.

En general, las acciones de este tipo eran comunicadas a aquellos que se evaluaban como los más propensos hacerlo. Ahora bien, no estaba claro para la militancia, en general luego de reflexiones autocríticas posteriores a los hechos, que esta propensión descansara en la convicción de los allegados sobre el carácter legítimo del programa revolucionario montonero sino, centralmente, en el afecto, la confianza y el conocimiento directo. Las formas que adoptó esta comprometida intervención política, en un clima de temor y desconfianza, las podemos entrever en el relato que nos hizo una militante estudiantil con un fuerte arraigo familiar y personal con los vecinos del barrio obrero de la zona de Berisso:

“Una vez había que guardar un mimeógrafo por unos días, antes del golpe, ya cuando no se podía tenerlo en la UB. Un compañero dijo que sí, siempre y cuando lo hiciéramos a la noche, no de día, porque lo iba a ver el barrio. Como eso se guardaron armas. Generalmente, eran compañeros con los que teníamos otro nivel de discusión. A veces te pones a pensar la gente que comprometimos y que, por ahí, no sé si era por compromiso político que tenían o era

más por una cuestión afectiva. Por ejemplo, cuando les pedíamos las casas para hacer reuniones. Concretamente, les dijimos que no podíamos reunirnos más en la UB, entonces nos dicen: ¿la reunión es de ustedes? Le dijimos no, nosotros no vamos a estar. Para ustedes sí, para otro no, dijeron; ahí se corto. No obstante, hubo casos que nos dijeron que sí, sabiendo que venían compañeros que ellos no conocían. Aunque no le decíamos que era de la conducción militar de montoneros, sí que eran compañeros”. (EA-Miriam)

Siguiendo con nuestra estrategia de exposición, para lograr un mejor acercamiento a la figura de allegado, analizaremos una entrevista realizada por nosotros a uno de ellos. La particular trayectoria de Osvaldo “Tito” M., tal vez excepcional en alguno de sus tramos en la medida en que llegó a ser “periférico” de Montoneros¹¹⁵, nos revela la importancia que cobraron los allegados en el contexto de la radicalización. Los fuertes vínculos personales, en el caso de Tito hoy perdurables, que establecieron con los jóvenes radicalizados explican, en gran medida, el haberse mantenido activos a lo largo de todo el proceso.

Tito, nacido a fines de la década del treinta, conoció de manera directa el peronismo fundacional. Su infancia y parte de su adolescencia, quedaron marcadas por el programa reivindicativo de Perón y Eva Perón, evaluado por Tito a la medida de su condición social, incorporando e integrando institucionalmente sus actividades juveniles. Sin embargo, su militancia política, no comenzó sino hasta mediados de los '70. Tal vez pueda afirmarse que en la historia de Tito, operó esa condición peronista que hemos caracterizado como más integrativa, y que la dinámica de la radicalización, con sus agentes juveniles y sus hechos disruptivos, impulsó hacia un activismo decidido:

“Todos fuimos peronistas [se refiere a su contexto familiar y barrial]. Fui pobre toda la vida y ¿qué podía ser? Yo jugaba al fútbol en los campeonatos Evita. Nosotros en un juvenil acá en La Plata, salimos segundos. Fue con los primeros zapatos de fútbol que estrené. Me los regaló Aloé. Nos llevó a todos la señorita de segundo grado... Yo no me incorpore a la resistencia, nada que ver, a mi hermano siempre le gustó más. Yo entré a la militancia por mi hermano, que militaba en la Quispe (10. Ver mapa) Yo entré después de que él cayó. Porque él cayó. Tenía tanta rabia por lo que le había pasado a mi hermano” (EA-Tito).¹¹⁶

¹¹⁵ Se trata de una categoría nativa que designaba a un tipo de activismo que debía mantenerse a “distancia” de ciertas acciones que pudieran comprometer la legalidad. Una perspectiva autocrítica de esta concepción un tanto instrumental de la figura del allegado puede encontrarse en ya mencionado testimonio de J. Asuaje (Asuaje, 2004)

¹¹⁶ La mención de nuestro entrevistado es al secuestro y posterior homicidio del obrero de la construcción y joven militante barrial de la zona de Melchor Romero, Francisco Oscar Martínez, ocurrido en junio de 1974. Debido a que permaneció desaparecido durante tres días, el comando local de la JP, denunció el

Tito, dando comienzo a una dilatada trayectoria como allegado o colaborador de Montoneros, luego del asesinato de su admirado hermano, mantuvo durante todo el proceso, incluso en los años de mayor represión, un rasgo que caracterizaba a este tipo de militante: la no ruptura con sus lazos laborales y de pertenencia familiar y barrial. Para gran parte de los sectores populares, la asunción del programa montonero y las condiciones de la vida clandestina que supuso, representaron una barrera difícil de superar. Dejar el trabajo y abandonar la casa propia eran exigencias sistemáticamente rechazadas por militantes como Tito:

“Era bravo, yo me acuerdo que anduve mucho y estoy porque será el destino de Dios que no me pasó nada. Yo no tendría que estar acá, tendría que haberme ido y sin embargo me quedé. La responsable vino y me dijo que me vaya ¿y adónde iba ir?, con los bolsillos vacíos. Le digo yo no me voy, que me maten, pero no me voy de acá, me quedo en mi casa. Además, yo trabajaba en la municipalidad, firmaba la entrada y la salida, pero nadie sospechaba que yo estaba adentro” (EA- Tito).

Ese aferrarse a las condiciones primarias, sociales, laborales y políticas, es evaluada, si bien retrospectivamente aunque puede suponerse que también de forma contemporánea a los hechos, como un inesperado mecanismo de seguridad. Tito se sintió protegido por ser un viejo vecino del barrio, pero sobre todo, y en parte gracias a eso, porque fue diferenciado de quienes, partícipes como él del programa montonero, no eran reconocidos como iguales:

“A mi me salvo además la gente de acá, era toda conocida y sabía que yo en cosas raras no andaba y me quería mucho. Se luchó para traerlo [a Perón], está bien, se cometieron cosas. Yo no le saco que no hemos hecho nada. También así nos mataron, nos mataron a nuestros hijos, te mataban a los chicos” (EA-Tito).

Tito en su balance sobre aquella experiencia, signada por el sufrimiento debido a la pérdida de compañeros, el dolor de sus padres por la muerte del hermano y el deterioro de su propia esposa que lo acompañó en la comprometida tarea de protección de los jóvenes perseguidos, rescata, sin embargo aspectos de su aprendizaje político. En primer lugar reconoce, al momento de su incorporación, su total ignorancia sobre las prácticas políticas y el rápido aprendizaje que supuso el contacto con los jóvenes, presente en un vocabulario, tal vez irremediabilmente perdido:

hecho a través de un comunicado de prensa, interpretándolo como el comienzo, en La Plata, de la escalada que venían sucediéndose, contra esta franja de la militancia, en otros centros urbanos (El Día, 11/6/74).

“Yo todo lo aprendí con ellos: las citas de seguridad, los operativos, manejar un revólver, los trabajos a la tardecita en la UB y las lecturas de documentos que traían los responsables. Lo único que trabajé después, fue un poquito con Menem, pero al final nos engañó. No, nada que ver con esa experiencia. Todo lo anterior quedó grabado para mí” (EA-Tito)

Presentamos, por último, unas breves consideraciones sobre la dinámica que tuvieron estas interacciones barriales, entre estudiantes, nativos y allegados, a través de la mención de un resonante hecho de violencia ocurrido al final de nuestro período de análisis. Queremos destacar, así, que si bien las operaciones montoneras en los barrios tuvieron características “caseras”, generaron consecuencias irreparables en los lazos con los vecinos predispuestos a participar. Por supuesto, el ejemplo que presentamos es extremo y probablemente poco frecuente, pero diferentes testimonios destacan una caída en la desaprensión por parte de la militancia orgánica hacia los allegados y vecinos en general, a medida que la violencia aumentaba. Por otra parte, a través del relato veremos también, las distintas repercusiones que se suscitaron al interior de los actores mencionados, y al barrio convertido en escenario del enfrentamiento armado.

El hecho ocurrió en la zona de influencia de la Capuano Martínez (23. Ver mapa) como se dijo, UB montonera conocida por su amplia actividad en Tolosa. A mediados del '75, como parte del objetivo de Montoneros tendiente a denunciar la actuación de las “Tres A” en La Plata, se organizó en la ciudad una amplia campaña de propaganda que debía realizarse en los barrios de manera conjunta. Un miembro de la organización, Rodolfo, dirigió con ese propósito una “volanteada”, que tomaba como base de operaciones la mencionada UB Capuano Martínez. Para llevarla adelante solicitó a Norberto, un joven del barrio con una relación incipiente con el grupo de la UB, su moto recién adquirida. Norberto, dudó en un principio, lo que produjo que la acción quedara “aislada”, para aceptar luego con la condición de ser él quien manejara, mientras Rodolfo lanzaba los panfletos. Interceptados a mitad de camino por un grupo parapolicial fueron acribillados en pleno centro barrial. El asesinato de Norberto, provocó una retracción casi definitiva del activismo barrial, que concurrió, no obstante, en forma masiva a su velatorio. La familia del joven, responsabilizó de manera directa a la jefatura de la UB por esta muerte. Según nos cuenta quien era parte de esa jefatura y había desarrollado fuertes vínculos con el joven asesinado y su familia:

“Norberto trabaja en la Capuano Martínez y era del barrio. Durante mucho tiempo hubo un gran resentimiento de la familia hacia nosotros, decían que lo habíamos llevado a la muerte.

Era un muchacho de veintitrés o veinticuatro años que vivía justo en la zona de la villa. Intentamos acercarnos a la familia, pero no quisieron saber nada. Teníamos una buena relación con la madre y la hermana; Rodolfo particularmente [el activista Montonero]. Había sectores dentro del barrio donde cada militante tenía más acercamiento que con otros. Ese sector [la familia de Norberto], justamente, era en el que nosotros trabajábamos” (EA-Roberto A.)¹¹⁷

d) “Lúmpenes” y barras bravas

Podemos finalmente mencionar a la figura del lumpen, presente, como en toda actividad política en su etapa de crecimiento y conflicto, y más claramente entre los sectores populares. Si bien no contamos con testimonios directos, los que utilizamos son “indirectos” y evocan el fenómeno en su pintoresquismo, no obstante, su mención nos permite completar el cuadro barrial montonero y hacer algunas reflexiones.

En primer lugar, en términos generales, destacar la existencia de esta figura puede servir para dar cuenta del “desprejuicio político” con que se maneja la JP/M a la hora del reclutamiento barrial. Esto parece revelar la evaluación global que ciertos sectores hacían, contemporáneamente y en el escenario donde transcurrían los hechos, sobre los componentes de la población barrial que abastecieron la “explosiva” movilización que se aglutinó en torno a la JP/M a comienzos del ‘73.

En efecto, siguiendo los testimonios, en Berisso se dio un hecho único en la zona que permite establecer comparaciones y contar con una mirada crítica proveniente de los propios grupos radicalizados: el trabajo conjunto de JP/M y FAP/PB¹¹⁸ en el barrio obrero Juan B. Justo. Desde esa perspectiva, para un dirigente de las FAP/PB con extensa trayectoria en la militancia barrial, la contundencia de la propuesta, “poco seria”, pero de innegable impacto masivo de la JP/M se explica en parte porque:

¹¹⁷ Sobre este hecho puede consultarse al archivo de la DIPBA. Allí se encuentran recortes periodísticos sobre el militante montonero cuyo padre era director del periódico regional *Alberdi* de la ciudad de Vedia, provincia de Buenos Aires, con una reconocida trayectoria dentro del peronismo local (Mesa “Ds”. Carpeta Varios. Legajo 3146). Los fuertes vínculos personales y de amistad que se forjaban en el contexto barrial de la militancia por sobre las diferencias sociales tienen, en este caso, un claro ejemplo que unió a un joven “villero” con un estudiante de familia acomodada en la muerte.

¹¹⁸ Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB) tuvieron una importante inserción de la zona de Berisso y Ensenada donde realizaron trabajos barriales conjuntos con la JP y Montoneros. Dentro del peronismo de izquierda fueron los impulsores de llamado “alternativismo” una corriente crítica a las burocracias partidaria y sindical e incluso al liderazgo de Perón. Por otra parte, a través de su órgano de difusión la revista *Militancia*, para muchos miembros de los grupos de base de las UB montoneras, muy superior en sus análisis políticos al *El Descamisado*, se presentaban diferentes posturas críticas al accionar de la JP/M. Sobre el origen y desarrollo de las FAP ver (Duhalde E. y Pérez, E. M., 2003).

“Muchas veces cuando aparece algo nuevo el primero que se prende es el más oportunista. Para los más jóvenes, peronismo, movilización y fierros, todo era atractivo. Algunas construcciones de la JP eran con lo menos serio del barrio, lo menos jerarquizado. Pero juntar gente, juntaban igual. La vagancia del barrio se prendía, se iba a la política.” (EA-Cieza).

Indudablemente, el carácter masivo de la experiencia hacia probable la incorporación poco selectiva pero además, esta declaración, recoge otro el elemento para destacar. Los jóvenes peronistas de los barrios platenses movilizados en torno a la divisa montonera, se identificaron también con una tradición del peronismo, su carácter festivo e iconoclasta, que en ese momento se mostró funcional al proceso de radicalización.

En segundo lugar, en términos más cotidianos diríamos, el “lumpen”, poseía rasgos que lo hacían identificable para la militancia, portadora ya de valores que constreñían al trabajo y la disciplina, que en su conjunto daban una contrafigura del referente barrial: la notoria falta de una ocupación conocida o más o menos regular y condiciones de desorganización familiar.¹¹⁹

Ahora bien, a pesar que la convivencia con muchos de ellos en los reducidos espacios barriales tuvo momentos de tensión, el control y la integración de estos sectores daba a los jóvenes una medida de su autoridad a hacía ellos y del carácter “realista” y popular de su proyecto. La posibilidad de integrarlos aumentó durante los procesos de auge, sobre todo los electorales: la JP/M incorporó a las campañas del '73 a algunos de los miembros de la “barra brava” de uno de los clubes de fútbol más importantes de la ciudad, aportando colorido y festividad a los grandes actos locales. A su vez, este clima carnavalesco, de desafío y burla a las autoridades, particularmente a la policía, que estos sectores contribuían a crear, ayudó a convencer a muchos jóvenes en proceso de “peronización” sobre el carácter rupturista de las masas peronistas.

Hacia mediados del '74, con la muerte de Perón, la agudización del enfrentamiento con peronismo gobernante y las primeras muertes locales, para estos sectores marginados, podría especularse, era clara la pérdida de capacidad de prestación de las UB montoneras: la mayoría había detenido su crecimiento, algunas comenzaban a cerrar sus puertas y las actividades eran cada vez más esporádicos. Así, algunos de estos jóvenes marginales, fueron los primeros en el ámbito barrial que, penetrados por la

¹¹⁹ Según la descripción crítica de una militante de las FAP de Berisso, coincidente con muchos testimonios de jóvenes mujeres de la JP/M: “Era el único que no trabajaba y que tenía a la familia abandonada. Era como que estaba muy identificado, el vago el que no laboraba, comparando con hoy que la mayoría no trabaja” (AE-Celina).

ideología “antimontonera” impulsada por la derecha peronista, comenzaron a tener actitudes agresivas hacia los militantes identificados con montoneros. Estos, a su vez, orientaban sus esfuerzos en otras direcciones, como la fábricas o el “combate urbano”, consolidando criterios más selectivos de incorporación.

El siguiente testimonio de una joven militante de la JP/M de la zona de Los Hornos, cuyo origen social la acercaba y le permitía un trato fluido con esta franja de la población barrial, nos brinda una síntesis de todo lo dicho y deja entrever la corriente de hostilidad que fue tomando forma al final del proceso:

“Teníamos el típico lumpen del barrio, con el que tuvimos bastante resistencia. Era una familia, que vivían en una casita que no tenían nada, no laburaban, no hacía nada. La mujer tenía como 10 hijos y los tenía en la zanja. Eran los mal vistos del barrio. Lo que hicimos fue neutralizarlos. Iban a las movilizaciones con un pedo bárbaro, se sumaban, porque era el único lugar donde no eran discriminados. Los fuimos controlando, éramos los únicos que les decíamos ‘ché pará’ y nos escuchaban. En este sentido los conteníamos. Pero en una época nos tiraban piedras, nos decían: ‘Ché montoneros, váyanse’. Por más que vos intentaras explicarles, que tampoco nos gastábamos demasiado en la explicación.” (EA-Norma B).

B) Las Unidades Básicas

Intentaremos ahora describir al actor colectivo y más institucionalizado del universo barrial montonero: la unidad básica. Podríamos definir a la UB como la estructura mínima de organización que buscaba captar el activismo que florecía. Particularmente, en el caso de la experiencia montonera, también intentó ser una “resignificación” de las prácticas organizativas barriales del peronismo histórico. En la zona, la constitución de las UB montoneras, en los últimos meses del ’72, se confundió con la estructura organizativa del PJ local. Su momento de diferenciación y auge coincide con la instalación del gobierno camporista y se extiende durante el primer semestre del ’73. A partir de allí y hasta fines del ’74 contaron con un importante grado de autonomía y de variadas actividades, pero sufrieron las primeras bajas, la desautorización partidaria y una especie de auto negación con el “pasaje a la clandestinidad”. Finalmente, hasta por los menos los primeros meses del ’76, momento

en que cesó casi definitivamente, tuvo lugar en los barrios un tipo de actividad orientada exclusivamente, a las necesidades “operativas” de Montoneros¹²⁰.

En lo que sigue abordaremos con más detalle la resignificación montonera de la tradición peronista de las UB y una cuantificación, localización y funcionamiento aproximados.

1) De Perón a Montoneros

Sobre los orígenes y la concepción de estas formaciones políticas es bastante poco lo que se ha escrito. Uno de los trabajos que tomaremos como referencia es el de A. Ciria (Ciria, 1983) La fuente que utiliza el autor para echar luz sobre las ideas de Perón en torno a estas células tendientes a estructurar el poder de las bases peronistas es *Conducción política*.¹²¹

Como antecedente de las UB, se cuentan los llamados Centros Independientes, de donde surgieron figuras políticas como Cámpora. Entre fines del ‘45 y comienzo del ‘46 se fueron constituyendo en los clubes de barrio de diferentes localidades, con la intención de contrarrestar a las organizaciones barriales de la Unión Democrática, mejor provistas para la campaña electoral bajo la dirección de radicalismo. Una vez constituido el Partido Peronista, y aprobada su Carta Orgánica Nacional en 1947, tomaron el nombre de unidades básicas, diferenciándose de los comités de tradición conservadora y radical, así como de los centros socialistas y las células comunistas¹²². Sus principales funciones eran las tareas de afiliación y la “obra de proselitismo”, que

¹²⁰ La extendida red de “casas operativas” se explica, en parte, por el arraigo barrial que Montoneros tuvo en su etapa de auge. Estas “casas” presentaban hacia el barrio, en fuerte contraste con la exterioridad y expresividad de las UB, un tipo de actividad cuya “normalidad” tenía como objetivo no ser percibida. Bajo estrictas medidas de seguridad sus habitantes, militantes a tiempo completo, establecían contactos esporádicos, de “buena vecindad”, con el entorno barrial. En La Plata, un caso paradigmático de funcionamiento de estas casas operativas, fue el de la imprenta clandestina ubicada en una sencilla vivienda en 30 entre 55 y 56. Para los vecinos del barrio, la destrucción de la casa y la muerte de casi todos sus ocupantes por las fuerzas represivas de la dictadura en noviembre de 1976, fue un hecho de características inconcebibles. Un trabajo que describe su funcionamiento y trágico final: (Painceira, 2006). Un testimonio donde se cuentan los hechos de forma más dramática y en género de ficción en: (Alcoba, 2008)

¹²¹ Perón logró en este famoso libro, como dijimos de lectura obligatoria para los jóvenes peronistas de los años de la proscripción, “conciliar su formación castrense con su rol de líder de un movimiento de masas”. Así, el “arte” de conducir, consistía en establecer relaciones duraderas entre el conductor y sus seguidores, con simplicidad, objetivos claros y persuadiendo con hechos concretos. (Ciria, 1983, pág. 69).

¹²² Eva Perón en *La Razón de vida* afirmaba sobre las UB: “El general Perón quiso que los hombres de su partido político no constituyesen ya los antiguos y desprestigiados “comités”, que, en las organizaciones políticas oligárquicas que soportó el país, eran antros del vicio que cada elección abría en todos los barrios y en todos los pueblos” (Poderti, 2010)

incluían actividades culturales y sociales. Las autoridades debían ser elegidas por el voto directo de los afiliados, pero, el Consejo Superior, órgano supremo de la estructura partidaria, podía intervenir estas UB y decretar su cierre.

La nueva Carta Orgánica del '54 precisó otros aspectos de las UB. Las definía como una “pequeña comunidad basada en la solidaridad y hermandad entre los vecinos peronistas”, donde los afiliados estaban obligados a conocer y difundir las “20 verdades del peronismo”, defender todos los actos de gobierno y propagar como únicas figuras del movimiento a Perón y Eva Perón, exhibiendo en los locales partidarios solamente sus fotos. (Ciria, 1983).

Desde el punto de vista del funcionamiento, es en este texto donde aparece la fórmula castrense que diferenciaba entre un “comando estratégico” centralizado y los “comandos tácticos” subordinados. Como parte de estos últimos, la UB, a través de su secretario político (o “secretario de proselitismo”), tenía como tarea central una actitud vigilante para el mantenimiento del orden público, lo que incluía, en caso de recibir agresiones, organizar la justa defensa, así como, fomentar “la desmoralización, confusión e inquietud interna entre el adversario” (Ciria, 1983, pág. 173).

En la práctica, durante el período fundacional del peronismo, las UB fueron uno de los centros donde con mayor claridad se desarrolló la tarea que Eva Perón y su Fundación asignó a la “rama femenina del movimiento”. (Plotkin, 1998). Así, la UB, fue concebida como un “segundo hogar”. Lugar propicio para que la rama femenina cumpliera sus funciones de acción social, amplias y variadas, “corte y confección, música, colocación de inyecciones, leer y escribir”. Las delegadas censistas, verdaderas militantes sociales surgidas al amparo de Eva Perón y su programa de promoción del voto femenino, fueron centrales en la organización de estas unidades básicas¹²³. Según cifras oficiales, las UB, llegarían a fines del primer peronismo a cinco mil doscientas en todo el país (Ciria, 1983, pág, 185-6)

El conocimiento sobre el funcionamiento de las unidades básicas durante los años posteriores al '55 es prácticamente inexistente. Bajos las duras condiciones de la

¹²³ Una interpretación general sobre el programa social del primer peronismo, y en particular sobre el rol de la rama femenina, hace Plotkin a través de la noción de “consenso pasivo” (Plotkin, Mariano, 98). Sin embargo, para algunos de nuestros entrevistados, con vivos recuerdos propios y familiares del primer peronismo, la figura de la delegada censista estaba en línea con la vertiente revolucionaria del peronismo, en la que ellos se inscribían. Como nos relata uno de los fundadores de la JP platense, estas mujeres, fuertemente movilizadas y politizadas, representaron una vanguardia temida por la dirigencia tradicional del partido, por tratarse de una fuerza que respondía a Eva Perón y, sobre todo, por su lealtad radical a ésta: “...y por supuesto, estas delegadas y subdelegadas tenían una lealtad y fidelidad a Evita absoluta. Se hacían matar por Eva” (EA-Babi)

proscripción, las escasas acciones que emprendieron, tuvieron lugar en los períodos de apertura electoral evitando la identificación directa con Perón y peronismo. Durante los '60, según nuestros testimonios sobre los que volveremos más adelante, algunos caudillos barriales, en sus casas que hacían las veces de unidad básica, lograron congregarse a la “familia peronista” en diferentes actividades, por ejemplo en festejos por el día del niño, en los que participaban futuros miembros de la JP/M.

Podríamos afirmar que en el contexto de los '70, la reapertura de las unidades básicas las proyectó como verdaderos centros políticos barriales. En la zona de La Plata, las reaperturas se iniciaron a fines del '71 por iniciativa de diferentes agrupaciones identificadas con la estructura partidaria local, que comenzó a ponerse en movimiento con la legalización de las actividades políticas.¹²⁴ La incorporación de la JP de La Plata, Berisso y Ensenada a Montoneros como “frente de masas” en los meses finales del '72, permite establecer con algo de aproximación el inicio de la constitución de las UB identificadas con el programa montonero¹²⁵.

Establecido este punto de arranque, el grueso de la conformación de estas formas organizativas, tuvo lugar durante el período que se extendió entre los prolegómenos de la campaña electoral, de marzo del '73, y la vuelta definitiva de Perón, en junio de ese mismo año. Durante cuatro meses se consolidó, entonces, la estructura básica plenamente identificada con Montoneros que, a lo largo del '73, siguió creciendo con nuevas aperturas pero a ritmo menor. En el año 1974, con la ofensiva lanzada desde el gobierno nacional contra la “tendencia”, que implicó la renuncia de gobernador Bidegain en enero, las UB y otras organizaciones que operaban en el ámbito barrial fueron escenario de una puja abierta. Por un lado, desde la estructura partidaria nacional y local, se intensificó la desautorización de las UB identificadas con Montoneros. Por otra parte, hacia mediados de año tuvo lugar un enfrentamiento más violento que en los barrios platenses produjo los primeros atentados contra locales y militantes, incluyendo

¹²⁴ Las UB surgidas al calor de la normalización partidaria, impulsada inicialmente por D. Paladino, al igual que la estructura sindical, eran consideradas parte de la tradición política peronista y frenos a la radicalización; incluso por aquellos que combatieron activamente contra esta última: “En Buenos Aires (se refiere a su vuelta del exilio), los cálculos pragmáticos y hasta los prejuicios de Perón lo llevarían, inevitablemente, a respaldar estructuras más sólidas y más sumisas: los sindicatos, las unidades básicas, todo aquello que formaba parte del mundo que él conocía” (Lanusse, A., 1977, pág. 230)

¹²⁵ Asentados en su fuerza movilizadora y hegemónica los jóvenes militantes barriales del peronismo montonero, durante el período de auge, sin embargo, podían sentir como propia *toda* la estructura de unidades básicas, en la medida en que era una expresión de su desarrollo. Así lo pensaban un miembro del grupo de base de la UB montonera Quispe-Simona (I. Ver mapa): “Yo en un momento planteaba, así como La Plata tiene una plaza cada seis cuadras, en esa época teníamos casi lo mismo en UB... Si marcas

una serie de asesinatos entre julio y agosto¹²⁶. En este contexto, muchas unidades básicas que habían comenzado a reducir sus actividades como consecuencia de este hostigamiento, cerraron. Finalmente, en setiembre, por decisión de Montoneros, tuvo lugar un proceso que se mostró poco eficaz. Para no dar un blanco fijo al “enemigo”, se cerraron casi la totalidad de los locales conocidos, tratando de continuar las actividades en las casas vecinos más comprometidos, lo que implicó una drástica reducción de los espacios ya que muy pocos aceptaron participar.

Durante el ‘75 las acciones de extensión de las UB fueron cada vez más decrecientes. En algunas ocasiones la actividad militante se replegó en organizaciones barriales preexistentes, como clubes y “centros de promoción” o en las casas de los vecinos. Los testimonios en general coinciden en subrayar que en esas condiciones el espacio barrial, si bien en ciertos casos podía brindar ayuda y protección, siempre transitoria, a la militancia, en otros, se mostró hostil y amenazante.¹²⁷

2) Modalidades de surgimiento de las UB/M

Si tomamos el período de constitución y expansión durante el año ‘73, podemos establecer, basándonos en nuestros testimonios, diferentes formas de creación de estas UB montoneras. Como ya adelantamos, todas tuvieron un rasgo común: su clara visibilidad y expresividad. Los nombres que adoptaron (de personajes y hechos de la radicalización) y la actividad compleja y expansiva que desplegaron, las fueron diferenciando tanto de la ortodoxia partidaria, u otras corrientes del peronismo, como de

puntos estaban muy cerca...Estaban las de la JP más otras que había de los otros sectores del PJ” (EA-Daniel C.)

¹²⁶ En esos meses ocurrieron una serie de muertes que pueden entenderse como parte de la escalada local del enfrentamiento entre las corrientes peronistas de “izquierda” y “derecha” a nivel nacional. El 11 de julio fue encontrado en las afueras de la ciudad de La Plata, con un balazo en el tórax, el cuerpo de Francisco Oscar Martínez miembro del grupo de base de la UB Quispe de Melchor Romero, y el 7 de agosto fue acibillado Horacio Chaves, histórico dirigente del peronismo platense de la resistencia y padre de Gonzalo Chaves, uno los fundadores de la JP local. Por otra parte, el 1 de julio grupos armados “ejecutaron” a Félix Alberto Navazo y el 5 de agosto a Martín Salas, ambos miembro de la Concentración Nacional Universitaria, organización con importante desarrollo en La Plata enfrentada con la JP/M.

¹²⁷ Un testimonio sobre este final, si bien retrospectivamente comprensivo y autocrítico, nos pinta este panorama sombrío. Una joven con una fuerte inserción barrial, que embarazada junto con su pareja caminaban las calles de su barrio buscando una mínima ayuda ante el cerco represivo, no pudo evitar sentirse desamparada por aquellos a quienes había dirigido sus esfuerzos militantes: “Era fines del ‘76. Ya no podíamos tomar micros, andábamos por las calles. Teníamos alguna cobertura en los barrios pero no podías quedarte mucho, te tenías que mover. Yo con ocho meses de embarazo. Entonces estábamos por Melchor Romero y paro en la casa de unos compañeros del barrio a pedir agua. La gente estaba asustada y no me dieron agua. No quisieron abrir la puerta del miedo y en ese momento sentí mucha desazón y soledad” (EA-Norma B.)

la izquierda no peronista que actuaba a nivel de los barrios. La reconstrucción de las modalidades que adoptaron para su constitución, entendemos que ofrece un primer acercamiento a este fenómeno poco conocido. Podemos mencionar tres. Estuvieron las que se formaron a partir de la ruptura con los líderes locales, las surgidas con el aliento de viejos dirigentes barriales identificados con los jóvenes y las que emergieron espontáneamente, al calor de la radicalización y el entusiasmo militante.

Un ejemplo de la modalidad de ruptura lo encontramos en la formación de una de las primeras UB de la JP/M en la localidad de Melchor Romero. Su historia comenzó con la creación de una agrupación liderada por un caudillo barrial, a propósito de la vuelta de Perón en noviembre del '72. Dicha agrupación abrió la unidad básica número uno, siguiendo la nomenclatura partidaria. Con la particularidad de congregar a las diferentes líneas maestras del universo peronista: la tradicional partidaria representada por el “puntero político”, la de la burocracia sindical en la figura de un sindicalista del Sindicato Unión Petroleros del Estado (SUPE) y la “revolucionaria”, presente en simpatizantes y miembros FAR, Montoneros y del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17)¹²⁸. Entre esos férreos activistas, daban sus primeros pasos tres jóvenes del barrio allegados a la JP. Hijos de militantes del peronismo histórico del lugar, con diecisiete o dieciocho años, vivían un “alumbramiento”, según la expresión de uno de ellos. La alta concentración de hechos políticos, la diversidad y complejidad ideológica que se presentaban ante ellos, dieron forma a una experiencia que será evaluada como crucial en su formación e identidad.

Dos fenómenos en interacción impulsaron el desprendimiento de estos jóvenes filomontoneros de este magma en ebullición. Uno que podríamos denominar de renovación generacional. El otro, fue la atracción que Montoneros ejerció a través de su “estrategia de masas”:

“Nosotros como juventud, en un proceso que fue muy rápido, nos preguntábamos qué teníamos que ver con la discusión de los viejos. De hecho el acto de separación, fue tener conciencia de nosotros mismos, tomar distancia de las discusiones de los viejos y tener posiciones propias. El otro aspecto fue la simpatía con las organizaciones revolucionarias. De hecho, en la UB número uno se incorporaron compañeros de las organizaciones, era un grupo numeroso de jóvenes que no eran del barrio sino que venían del centro. Estos compañeros se van sumando y, obviamente, comenzamos a trabajar con ellos” (EA-Hugo G.).

¹²⁸ El MR17 tuvo en La Plata un desarrollo importante, que en los barrios, según testimonios, alcanzó a contar con aproximadamente media docena de unidades básicas.

Finalmente, el hecho concreto de la muerte de un joven, débilmente identificado con estas fuerzas juveniles, durante los sucesos de Ezeiza en junio del '73, llevó a la apertura de la UB montonera con el nombre Raúl Obregoso.¹²⁹ (13. Ver mapa):

“La apertura fue después de Ezeiza. Obregoso va con nosotros en el grupo de la juventud. Movilizamos separados, todos salimos de la UB de Monópoli, [el puntero peronista], pero nosotros fuimos con la JP. Cuando volvimos faltaba Obregoso” (EA-Hugo)

Otra modalidad puede encontrarse en las ocasiones en que hubo mayor continuidad, o menos consciencia de la ruptura podríamos decir, entre la vieja y la nueva generación. Dicho en otros términos, las diferencias político-ideológicas no aparecieron a los ojos de los protagonistas tan marcadas ni tampoco se agudizaron con los procesos de polarización¹³⁰. Retomamos para ello un ejemplo citado en el capítulo anterior en la localidad de Los Hornos.

El caso, además del rasgo común a todas estas experiencias, consistente en la identidad política peronista que unían a los jóvenes con los viejos al frente de las UB, tuvo una particularidad. Fueron muy determinantes los vínculos establecidos por los lazos de militancia familiar, que se extendían a los años de la proscripción y la resistencia.

Bajo esos parámetros, hacia octubre de 1972, maduros dirigentes del peronismo platense identificado con la sublevación del '56 abrieron la UB Evita (15. Ver mapa)¹³¹, en un local cedido por un vecino. Según los testimonios, la primera en la zona de Los Hornos. Este núcleo, que reivindicaba la resistencia, había sufrido persecuciones y cárceles y hablaba con naturalidad sobre la “violencia del régimen”, tenía vínculos ideológicos y familiares con la dirigencia de la JP platense, ya en ese momento, fines del '72, articulada con Montoneros. En esas circunstancias, todo indica que uno de los fundadores de la JP platense, pariente sanguíneo de los viejos peronistas de la UB Evita, acompañó la llegada a ese espacio político barrial de “los compañeros que estaban ligados a la organización y que fueron los que abrieron el trabajo político”¹³² (EA-

¹²⁹ Ver nota 132

¹³⁰ En el ejemplo anterior el caudillo político de la unidad básica del Melchor Romero habría participado activamente en la línea de oposición a la juventud identificada con Montoneros cuando el enfrentamiento en La Plata se convirtió en una lucha a muerte

¹³¹ La UB Evita de Los Hornos si bien no tenía una identificación plena con Montoneros, por afinidad ideológica y familiar es recordada por los testimonios como parte de la estructura de la JP/M. Por ese motivo está incorporada en el mapa.

¹³² “Trabajo político” es otro ejemplo de una categoría nativa que examinaremos con mas atención en el apartado de las prácticas políticas. La significación que los actores le daban aludía a la estrategia de

Marcelo). De esta manera, en el seno de la UB Evita, comenzó a consolidarse un numeroso grupo de jóvenes en su mayoría del barrio, entre 40 ó 50, en línea con la renovación montonera, quienes hacia febrero del 1973 constituyeron en el barrio obrero de Los Hornos la UB Burgos-Escribano ya plenamente identificada con el programa montonero.

La modalidad espontánea de apertura, está relatada en el libro testimonial de Jorge P. Asuaje *Por algo habrá sido* (Asuaje, 2004). Asuaje, un joven habitante de un barrio de la periferia platense fuertemente politizado gracias, sobre todo, a su experiencia como estudiante del Colegio Nacional de La Plata, con un grupo de compañeros crea una agrupación política. La misma será el antecedente inmediato de la UB Juan Pablo Maestre (14. Ver mapa) inaugurada el 19 de junio de 1973, un día antes de la definitiva vuelta de Perón al país. Todo el proceso constituye un claro ejemplo de la fuerza motivadora de este hecho para los jóvenes militantes y del “espontaneísmo” de la época. En su libro, Asuaje, da una serie de detalles sobre los avatares de la constitución de la UB y declara que se trató de un caso atípico. En la medida en que fue una incitativa totalmente autónoma de la dirigencia peronista barrial existente, debió contar con reconocidos referentes barriales peronistas que le aseguraran su inserción y del reconocimiento por parte de la estructura formal de la JP/M.

3) Cantidad y funcionamiento

Con respecto a las características básicas de las UB JP/M comenzaremos con una descripción cuantitativa que incluye la confección de un mapa tentativo de la ubicación del conjunto. En primer lugar, según los testimonios y como hemos estado sugiriendo, es necesario diferenciar entre la estructura de UB en general, que la orientación montonera, por lo menos hasta mediados del ‘73 consideraba “ganable” y la específica perteneciente a esta última. Para esta tarea, teniendo en cuenta el carácter provisorio de muchas de ellas así como su escaso o nulo registro, la captación de toda la información dependió de los testimonios, en la medida en que las fuentes periodísticas sólo permitieron rectificar algunas direcciones.

Montoneros de trascender, sin descuidarlo, el “trabajo reivindicativo” limitado a las propuestas del peronismo histórico, impulsando el programa revolucionario, cuyo núcleo básico fijaba como fin el “socialismo nacional” y utiliza como medio la lucha armada.

Según nuestra indagación el número de UB que respondía a la tendencia monotonera alcanzaba a treinta y dos, a las que habría que agregarles la llamadas “puntas”, tres localizadas por nosotros. Las puntas, que debían “armar el grupo de base” para constituirse en UB, en general eran “avanzadas políticas” impulsadas por la propia militancia barrial que conocía el territorio y las posibilidades de expansión. Su volatilidad hace poco significativa una cuantificación.

Como mencionábamos en el capítulo anterior las UB estaban repartidas en casi su totalidad fuera del casco urbano y según nuestras fuentes de información existían en la sección sexta (Tolosa, Gonet, City Bell y Villa Elisa y parte de Melchor Romero) 20 UB; en la sección quinta (Los Hornos y Villa Elvira) 10 UB y en la sección séptima (el resto de Melchor Romero) 2 UB

La UB suponía la formalización del vínculo con el partido, que registraba su constitución a través de la presencia de alguna autoridad partidaria¹³³. Por otro lado, guardaban para sí una importante y compleja autonomía, lo que daba al grupo estable, entre cinco o seis miembros la posibilidad de avanzar en su “carrera de militante”. Este círculo básico o “grupo de conducción”, llegaba a ampliarse hasta veinte si se sumaban los allegados o colaboradores. Durante la etapa de expansión, centralmente para las movilización y el trabajo reivindicativo barrial, las UB podían contar con un número de convocados que en algunos casos llegó al centenar. La cantidad de vecinos que cada UB “podía movilizar” dependía de diferentes circunstancias: si se trataba de un barrio populoso, cuál era el motivo, el tiempo de permanencia en el barrio, la capacidad y empatía de los militantes.

Si tenemos en cuenta el pleno empleo de la época, el funcionamiento horario estaba articulado, o debía estarlo, con la actividad laboral de los habitantes del barrio. La UB comenzaba sus actividades a partir de las 18 horas y podía extenderse no más de las 22. Por supuesto, muchos jóvenes estudiantes podían permanecer hasta la madrugada en actividades como guitarreadas, charlas, etc. A medida que se acercaba el fin de semana la actividad crecía y durante los sábados y domingos podía incrementarse, siempre y cuando las tareas estuvieran orientadas a la solución de problemas infraestructurales del barrio. Es decir, raramente las tareas no reivindicativas contaban,

¹³³ Los testimonios indican que fue la agrupación Cogorno la encargada de este registro. Posteriormente, durante el gobierno de Bidegain, los concejales jugaron un papel central en el sostenimiento del vínculo orgánico con las UB. En las elecciones de marzo del 1973 quedaron consagrados tres concejales que respondía a la JP/M platense: Baby Práxedes Molina, Aníbal Gustavo Visus y María Teresa Berardi.

durante los fines de semana, con la presencia de los trabajadores que preferían descansar.

Seguidamente consignamos aspectos básicos del funcionamiento de las UB montoneras, tomando tres ejemplos localizados en las zonas de mayor inserción y desarrollo. Comenzamos con la UB Gerardo Ferrari de Villa Elvira, zona con baja densidad de población pero con un amplio radio de acción. Luego describimos aspectos de la UB Burgos-Escribano localizada en Los Hornos, considerado el barrio peronista platense más populoso. Por último, presentamos un “sistema” de UB operando en la localidad Ringuelet, con una población heterogénea y una variada actividad.

En la quinta sección electoral, que comprendía la localidad de Villa Elvira, se constituyó a fines del 1972 la UB Gerardo Ferrari ¹³⁴(27. Ver mapa), en 1 bis y 82. Erigida “en un casilla que alquilábamos o una familia cedió”, contaba con un grupo inicial de cinco o seis compañeros en su mayoría estudiantes, pertenecientes a “sectores medios altos, la mayoría platenses” (EA-Daniel). Esta UB se convirtió rápidamente en un centro de atracción política para los jóvenes peronista del barrio, ávidos de participación, gracias al simple reparto de volantes que convocaban a diferentes actividades reivindicativas o por medio de los contactos familiares y personales.

En esta etapa de consolidación, la UB Ferrari, presentaba un funcionamiento interno bastante deliberativo, con algunas tensiones. Según la percepción de nuestro informante, un joven trabajador que ingresó en esos momentos y se incorporó en calidad de allegado: “Entre los compañeros que venían de la Universidad había diferencias políticas, con la gente del barrio estaba todo bien. El problema era que no había un responsable y no se definía la situación de la conducción de la UB” (EA- Daniel I.). Particularmente, el foco de tensión estaba entre el referente barrial, un joven con experiencia familiar en la resistencia peronista e identificado con un peronismo más ortodoxo¹³⁵, y el refinado grupo universitario en proceso de “peronización”. La

¹³⁴ Gerardo Ferrari fue un joven militante peronista que participaba “legalmente” en la JP, y a la vez, mantenía una actividad “clandestina” en las FAP. Muerto prematuramente en un enfrentamiento con la policía de Rosario en junio de 1969, los informes periodísticos lo calificaron de delincuente común. Sus compañeros de militancia barrial, cristiana y peronista, emprendieron un contundente esfuerzo reivindicativo que fue recepcionado rápidamente en distintos lugares del país. (Baschetti, 2007b, pag. 192)

¹³⁵ Ya nos hemos referido a la figura del referente barrial como ineludible para consolidar la “entrada en el bario”. En este caso, según nuestro entrevistado, se trató de un migrante de la provincia de Tucumán con una importante formación recibida en el seno familiar, algunos de cuyos integrantes participaron en las primeras experiencias de la guerrilla rural peronista. El Tucu, “nombre de guerra” de este líder “natural”, tuvo un enfrentamiento permanente con el grupo universitario de la UB G. Ferrari que luego se

indefinición se superó con el retiro del primero y la llegada de una responsable, también universitaria y la consolidación de la estrategia en línea con el programa de renovación montonera.

La UB G. Ferrari, además de los cinco o seis miembros mencionados, contaba con un número de allegados que oscilaba entre diez y quince. Habitantes del barrio en su totalidad, le daban a la agrupación inserción y prestigio y una considerable circulación de ideas y personas. La zona de influencia que abarcaba era de quince cuadras a la redonda, según la estimación que los militantes hacían en base a la distancia que recorrían en las tareas de reclutamiento¹³⁶. En general, prevalecía la presencia diaria de estos allegados, “a la tardecita” después del trabajo, quienes siempre estaban dispuestos a cumplir diferentes tareas. La UB también intentaba la identificación con el barrio a través de la vinculación con sus instituciones; haciendo trabajos de reparaciones a la escuela de la zona.

Así, la G. Ferrari, perseguía un equilibrio entre las tareas “reivindicativas” y las “políticas”. Más adelante intentaremos una descripción más detallada de éstas. Podemos adelantar que una constante fueron, por un lado, los debates al interior del grupo de base sobre la creciente “derechización” del peronismo en el poder y, por otro, la orientación y control del impulso por la acción directa que muchos de estos jóvenes iniciados sentían en el contexto de la ebullición revolucionaria. Como nos explica Daniel, quien en ese momento comenzaba su trayectoria militante: “Yo quería ir al local de la JP en 12 y 45 hacer seguridad o guardia y no me dejaban, mandaban a otros chicos. A mi me chocaba. En ese sentido siempre me gustó la parte militar” (EA-Daniel I.). Como centro de formación política-ideológica, centralmente del grupo de allegados, la UB G. Ferrari, producía material con un mimeógrafo con el cual se hacían volantes, informes sobre la coyuntura política y el andar de la agrupación. También desde ella se distribuía la prensa de carácter nacional que producía Montoneros como *El Descamisado* y *La Causa Peronista*.

agudizó con los representantes de la organización Montoneros, en base a una rebeldía constante de su “peronismo ortodoxo”. Así, pesó sobre él una fuerte condena que lo terminó identificando con el enemigo. Sin embargo, nuestro entrevistado, un joven trabajador habitante de Villa Elvira que llegó a ser un miembro relevante de Montoneros a nivel zonal, mantuvo una alta consideración y estima por el disidente, que se prolonga hasta la fecha.

¹³⁶ La práctica de “patear” las calles de los barrios golpeando las puertas o tocando timbre, en caso de que hubiera, era equiparada por los jóvenes, con el impulso religioso de las pocas conocidas sectas que actuaban en la ciudad: “Éramos como los mormones, sin la insistencia de estos. La insistencia, en verdad, dependía de cada militante” (EA-Asuaje)

Como en general sucedía con cada una de la UB, la G. Ferrari, era parte de una red que se extendía por la sección quinta y un sector de la séptima, de un total de diez. Cada UB tenía un responsable que se reunían en un Consejo presidido por una responsable general. Su funcionamiento público se extendió, entonces, de fines del '72 hasta comienzo de '75, etapa en que prevalecieron las actividades de “superficie”. El carácter legal del período, y potencialmente peligroso hacia el futuro, puede ejemplificarse con la existencia, en la UB, de un registro con los datos de los allegados para ser convocados, principalmente, en las tareas que se desplegaron durante los períodos electorales. No obstante, la pertenencia a Montoneros del responsable y algunos de los miembros del grupo básico, se mantuvo en secreto para los allegados. Por otro lado, era poco frecuente que en su seno se discutieran con el grupo de allegados, acciones de tipo armada que pudiera realizar la organización en la zona. Finalmente, durante la etapa legal, la UB se financió con los pocos recursos que podían aportar sus militantes, la ayuda de los pequeños comercios locales y en mucho menor grado de la organización¹³⁷.

El otro caso que puede ser ilustrativo del funcionamiento básico de estas agrupaciones, es el de la UB Burgos-Escribano (8. Ver mapa), ya mencionada. Enclavada en el corazón del barrio obrero de Los Hornos, zona cercana al casco urbano platense, y evaluada por la militancia como uno de los centros barriales de mayor activismo montonero¹³⁸, tuvo la particularidad de consolidarse a partir de una pequeña “villa miseria”. Una vez constituía, luego de que el primer local lo derribara el viento, lo que revela la precariedad pero también la urgencia por comenzar las actividades, se convirtió en un verdadero espacio de promoción para los más jóvenes, tanto por su identificación con Montoneros como por su raigambre en el barrio obrero y en la villa lindante

¹³⁷ El financiamiento de estos emprendimientos, en sus inicios, fue posible en gran medida gracias al entusiasmo que envolvía a gran parte de las huestes peronistas, por la vuelta del líder. Muchas de las UB que se construyeron eran casillas que no pudieron resistir un temporal moderado. Sin tener testimonios específicos sobre las fuentes de financiamiento, es posible afirmar que el alquiler o la compra de material para armar el local de la UB corría por cuenta de la militancia. Sobre estos aspectos de las UB en la zona se pueden consultar los testimonios de: (Asuaje, 2004) ; (Pollastri, 2004)

¹³⁸ Un rasgo de Los Hornos, que destacan los entrevistados y los testimonios, fue la importante presencia de la comunidad paraguaya. En su gran mayoría trabajadores de la construcción, tuvieron una clara identificación con el peronismo y la figura de Perón, participando activamente de toda la propuesta montonera, sobre todo, durante la etapa de legalidad. (EA-Marcelo).

Para uno de sus responsables, la actividad de esta UB, generalizable a otros casos, se extendió en un período amplio, que abarcó desde su apertura a comienzos del '73 hasta fines del '76, momento en que la represión estatal logró desactivarla definitivamente. En esta interpretación, nuestro entrevistado, busca relativizar el cese de la acción barrial que supuso el cierre de las actividades públicas de la JP platense en concordancia con el pasaje a la clandestinidad de Montoneros, entre setiembre y octubre del '74.

En todo caso, para este joven proveniente de una familia con una dilatada trayectoria en el peronismo local ligado a la resistencia y luego a Montoneros, estos hechos, a nivel de la UB Burgos-Escribano y otras UB similares, implicaron su conversión en un “ámbito extraterritorial”. Es decir, la creciente desarticulación con los delgados de la JP que actuaban en los barrios y la simétrica articulación con Montoneros, hicieron que las actividades dejaran de involucrar directamente al barrio y sus habitantes. En este sentido, fue decisivo que la UB cerrara sus puertas, no tanto por una decisión de sus miembros en línea con la estrategia de la clandestinidad. Sino, de manera más pragmática, por las acciones de inteligencia de los grupos represivos que en este caso, y en muchos otros, presionaron a los dueños, vecinos del barrio, para que dejaran de alquilar el local o prestar sus casas, a los jóvenes montoneros.

En el período de “extraterritorialidad”, los miembros de la UB comenzaron a ser identificados más como “aspirantes”, o potenciales cuadros montoneros. Toda la actividad comenzó a orientarse hacia la “propaganda armada” y al resguardo de recursos humanos y materiales de la organización. La permanencia en el barrio, en diferentes casas de allegados, daba a los jóvenes un sentimiento de protección basado en el conocimiento del terreno y de los vecinos que se sostuvo hasta la ofensiva represiva desatada desde el Estado:

“Nosotros en esa época, (fines del '74 a comienzo del '76), como Burgos-Escribano, casi te podría decir como Los Hornos, no perdimos a nadie. Empieza a andar la patota pero nosotros no sentíamos bien en el barrio, protegidos, conocíamos todo y conocíamos a la gente por eso pensábamos que podíamos aguantar cualquier cosa que pudiera pasar” (EA-Marcelo).

En términos globales toda la actividad barrial, legal y clandestina, de la Burgos-Escribano, puede evaluarse como una experiencia de extensa formación para su grupo de base ampliado, constituido por una decena de jóvenes, en su mayoría habitantes del

barrio¹³⁹. Dentro de estas actividades se destacaba las lecturas críticas de los materiales periodísticos de la época. Revistas como *Militancia*, por su capacidad analítica de la compleja coyuntura, o *Crisis* por su rica temática cultural, eran apreciadas por encima de las partidarias *El Descamisado* y *La causa peronista*. Eran centrales también, las lecturas, más individuales, de los autores del revisionismo histórico y de los procesos revolucionarios de mayor resonancia, como los acaecidos en Rusia y Cuba.

También la formación incluyó, en línea con el ideal colectivo de la militancia, el cuidado personal, expresado en dietas y gimnasia corporal. Este apartado debía ser funcional al desarrollo de ciertas capacidades militares. En este sentido, para los jóvenes de la “Burgos”, denominación que se popularizó entre ellos, iniciarse en las tareas de “seguridad” en el local central de la JP en 12 entre 45 y 46, implicaba, además del contacto directo con jefes prestigiosos de la organización, la definición de su actividad militante y el comienzo de su trayectoria como “combatiente urbano”

Un tercer ejemplo que podemos ofrecer del funcionamiento de estos agrupamientos, surge del testimonio de sus “responsables”, una pareja de militantes montoneros, sobre un “sistema” de UB, ubicado en la localidad de Ringuelet contigua a Tolosa¹⁴⁰. La zona, caracterizada como de clase media baja por los entrevistados, presentaba, sin embargo, importantes rasgos de movilidad social que la sociedad platense aún conservaba. En este sentido dos de las UB, la Emilio Maza y la Juan Pablo Maestre 2¹⁴¹ (19 y 16. Ver mapa), extendieron su influencia en un perímetro delimitado por las calles 7 a 13 y 511 a 514: “zona donde el 90 % de lo habitantes eran empleados públicos y algunos profesionales y el 90 % de los jóvenes eran estudiantes” (EA-Carlos y Norma). Ambas, con mayoría de militantes de la JUP, se constituyeron en un centro de atracción político y cultural, no sólo para las otras UB, sino para todos los jóvenes de los alrededores, que asistían a las distintas actividades que allí se desarrollaba: peñas,

¹³⁹ Este número podía ser mayor, aunque probablemente la acción formativa tendía a disminuir. Siguiendo a nuestro entrevistado, la Burgos-Escribano logró movilizar para el acto del 1/5/74 a cuarenta allegados. Análisis recientes sobre este crucial acto afirman que, por su carácter crítico a la figura del líder, sólo asistió el activismo con una clara identificación con la organización Montoneros (Flaskamp, Carlos, 2002). Podemos especular que la UB de Los Hornos mostró en ese momento su mayor capacidad de convocatoria, que fue perdiendo, a medida que aquella identificación y la crítica aumentaban.

¹⁴⁰ Cinco en total, de las cuales sólo una funcionaba en un local de material, las otras en casillas de madera y una en un “carromato con cuatro ruedas”. Ellas eran: Juan Pablo Maestre 2 (16. Ver mapa), María Angélica Sabelli (17. Ver mapa), Descamisados de Evita (18. Ver mapa), Emilio Masa (19. Ver mapa) y Mirta Missetich (21, Ver mapa).

¹⁴¹ Debe aclararse, que la utilización del número dos, no pertenece a la nomenclatura utilizada por los jóvenes. La introducimos nosotros para facilitar la lectura en el mapa.

proyección de películas, obras de teatro, títeres; muchas veces utilizando las instalaciones del club barrial de mayor tradición.

Por otro lado, asentadas en “una población más proletaria, más bien gente trabajadora por changas” estaban la UB Descamisados de Evita y María Angélica Sabelli (18 y 17 ver mapa). En ese caso “había mayor participación de gente grande y matrimonios completos y menos muchachada, proporcionalmente” (EA-Carlos y Norma).

Este testimonio permite un acercamiento empírico a las formas organizativas que Montoneros intentó implementar para los “frentes de masas”; en este caso el barrial Carlos, había ingresado a esa organización luego de salir de la cárcel de Rawson, con el indulto de mayo del '73. Poseedor de una larga experiencia militante - durante los sesenta fue miembro fundador de la JP platense, viajó a Cuba, participó en el fallido intento “foquista” liderado por A. Bengoechea y estuvo preso- su incorporación fue el en calidad de “UBC”.

Las Unidades Básicas de Combate (UBC) fueron definidas, por la organización Montoneros, como clandestinas y formadas por “cuadros combatientes”, cuyo objetivo era la dirección estratégica de la “guerra revolucionaria”. En ese contexto organizativo, un “UBC” como Carlos, tenía bajo su dirección a los “cuadros medios” o activistas más decididos, miembros de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR). Las UBR, no eran consideradas “aparatos de superficie”, pero mantenían un tipo de clandestinidad que denominaban abierta, es decir, que sus miembros, una vez ingresados a Montoneros, continuaban formando parte de las unidades básicas existentes que funcionaban en el barrio. Condición ineludible que permitía cumplir con su objetivo central de “conductores tácticos de la movilización popular”, considerada decisiva para la “superación política de los sectores populares” (Baschetti, 2004, pág. 267 ss.). En este esquema, esbozado por Montoneros a fines del '71 y vigente, en líneas generales, durante la época de expansión (Gillespie, 1987, pag 337), se atribuía al frente barrial la capacidad de extender la lucha política por fuera de las fábricas y los sindicatos.

Carlos explica que las unidades básicas, con locales y nombres localizables, “eran de la JP” y que su ingreso era irrestricto para la gente del barrio. Montoneros, como “organización de cuadros que tenía la particularidad que la puerta de entrada se abría *desde adentro*” podía elegir, de esa cantera que eran las UB, un compañero evaluado como apto en términos militantes: “Desde ese momento nos poníamos a

trabajar con él, y si aceptaba entraba a la ORGA [Montoneros], como UBR” (EA-Carlos). Existían entonces, insiste Carlos y su compañera Norma, dos funcionamientos. El de la organización –UBC y UBR- y el de las UB, si bien ambos se complementaban, “el reaseguro último era la organización”. En otras palabras, la mayoría de las iniciativas políticas venían de la organización. Tanto las decisiones en torno a qué contenido darle a las movilizaciones como la viabilidad de los requerimientos reivindicativos, eran definidos por la estructura organizativa de las UBC y UBR. Si bien los delegados de las UB de la zona - que eran electivos- se reunían periódicamente en un consejo, quien decidía era un “UBC”:

“Nosotros íbamos con planteos [los representantes de las UB], a un compañero encuadrado, un UBC. Ellos hacía la parte finita, nosotros íbamos con todo lo grueso” (EA-Norma). “Las decisiones se tomaban como en un estado mayor. Opinaban todos los delegados y el responsable tomaba en cuenta todas las opiniones, pero decidía él. Centralismo democrático” (EA-Carlos)

El testimonio de este “oficial montonero” destaca, desde los comienzos, la estrategia de convertir a las UB en espacios de formación y captación de militantes para el programa revolucionario. Probablemente sería una exageración afirmar que estas orientaciones ahogaron las iniciativas que pudieron surgir de los barrios. Más bien, habría que pensar que los “UBC” y “UBR” llevaban a las UB propuestas propias de su programa radicalizado. Este fue el caso del planteo impulsado desde el seno de estas UB dirigidas por Carlos al resto de las agrupaciones barriales, consistente en la formación de milicias.

Ahora bien, estos objetivos inicialmente se combinaron y fortalecieron con los basados en amplias acciones reivindicativas y de intervención política directa, a través de movilizaciones y de la formación de agrupaciones con los habitantes de los barrios. El siguiente apartado, se ocupa de reflejar algunos aspectos de esta segunda línea de acción que se desarrolló en la etapa formativa y de auge de las UB.

II Prácticas y representaciones

En este apartado se reconstruye, en un registro cronológico y espacial necesariamente amplio, las actividades cotidianas más significativas que la militancia

barrial llevo adelante, así como las ideas y esquemas de interpretación más relevantes que circularon al interior de ésta, dando impulso y motivación a sus acciones.

Partiendo de los testimonios, podemos afirmar que la militancia de fines de los '60 y comienzos de los '70, no sólo la JP/M, abordó de trabajo barrial o "territorial" como parte significativa de su proyecto político. Dicho "trabajo territorial" podía incluir la acción conjunta de varias agrupaciones - los testimonios destacan acciones coordinadas entre la JP/M, las Fuerzas Armadas Peronistas, el Peronismo de Base y el Partido Comunista¹⁴². Por otra parte, involucraba a instituciones estatales como las escuelas y las salas de salud de atención primaria, o de la sociedad civil, como clubes, bibliotecas populares, centros culturales y regionales. En su formulación ideal, la noción de territorialidad, buscaba describir un ámbito que imbricaba el mundo barrial con el fabril, espacio propicio para reclutar fuerzas e impulsar acciones autónomas. Este último aspecto, mientras en la periferia platense tuvo escasas manifestaciones, presentó importantes experiencias en zonas como Berisso, debido a la continuidad entre los establecimientos productivos, como el caso del frigorífico Swift, y los espacios barriales. Montoneros había instruido a las UB sobre la necesidad de brindar apoyos y trabar contactos con trabajadores en conflicto. Para este reclutamiento del activismo fabril se partía desde la cotidianeidad barrial y del conocimiento personal. En Villa Elvira, con cierta vecindad a los núcleos productivos de la zona, se dieron este tipo de experiencias:

"Intentábamos, porque era uno de los objetivos de la ORGA [Montoneros], ubicar a los compañeros trabajadores y ligarlos al trabajo territorial. Por ejemplo, teníamos un compañero que era trabajador de Propulsora. Por ahí no lo enganchaban los compañeros de la JTP, pero por ahí lo podíamos enganchar nosotros. Es decir no militaba en su lugar de trabajo pero en el barrio sí. Nosotros conocíamos al barrio, conocíamos a la familia, por el hecho de hacer el trabajo reivindicativo y pasar casa por casa. Decíamos: vamos hacer una vereda, ¿quieren participar?" (EA-Daniel)

¹⁴² Varios entrevistados mencionan que la zona tuvo la particularidad de haber sido uno de los pocos lugares donde JP/M y FAP/PB desarrollaron diferentes acciones conjuntas en los barrios. Limitadas a la coordinación de las tareas reivindicativas, generó lazos de conocimiento personal y pasajes, sobre todo de FAP a Montoneros. Un vínculo menos esperado, nos cuentan los testimonios en la zona de Villa Elvira, se dio entre las UB montoneras y las "células barriales" del Partido Comunista platense. La capacidad que Montoneros tenía, tanto por su masividad como por sus vínculos con el gobierno provincial, hacía ineludible estas formas de trabajo barrial conjunto, aún a arriesgo de perder allegados o militantes con experiencia. Esto nos lo cuenta un miembro de la Federación Juvenil Comunista de La Plata: "De este grupo conjunto, que yo recuerde como miembros del barrio, había dos chicos, uno de 14 años, un paraguayito, era el que distribuía los folletos, las invitaciones a la reunión vecinal. Este chico y otro que empezó siendo de la Federación Juvenil Comunista, se quedó más pegado a Montoneros" (EA-Rómulo)

Teniendo en cuenta esta concepción, es posible afirmar, que la acción radicalizada y masiva en los barrios, comenzó en los primeros setenta, tal como lo destacan, por otra parte, los mismos militantes cuya trayectoria barrial se remontaba a la década anterior.

En términos operativos, este accionar bajo la divisa montonera, se consolidaba con la apertura de las UB según las distintas modalidades que hemos descripto. La puesta en funcionamiento dependía del grupo de base, en su forma típica constituido, como dijimos, por uno o dos responsable, en general miembros de Montoneros o aspirantes a serlo y cuatro o cinco militantes, estudiantiles y barriales. Como parte de este grupo debía contarse con la figura clave del referente barrial. La estructura se completaba con un número variable de allegados, diez o veinte, todos habitantes del barrio.

A partir de ese momento se establecía una distinción entre “trabajo reivindicativo” y “trabajo político”. Podríamos decir que la experiencia montonera instaló a nivel barrial un debate ya tradicional en el ámbito sindical acerca de conducir la acción gremial reivindicativa por una línea política “reformista” o “revolucionaria”. Simplificando en extremo, al interior de la militancia barrial se propugnaba la concepción de que la “política” lo abarcaba todo y que las acciones reivindicativas no podían separarse de la acción política, en todo caso se las pensaba como subordinadas a objetivos políticos mayores como la vuelta de Perón, la instauración del socialismo o la “toma del poder”¹⁴³. Sin embargo, en la estrategia de la JP/M los objetivos reivindicativos ocuparon un lugar central y diferenciable. En el siguiente punto se reconstruyen dos líneas centrales de la “acción social” montonera: la ligada al gobierno provincial y la que fue centralmente impulsada por el voluntariado juvenil.

A) La “acción social”: políticas públicas y sistema de prestaciones

A través del trabajo reivindicativo, se buscaba impulsar una serie de acciones que concitaran “naturalmente” la participación y movilización del barrio en pos de objetivos concretos. El logro de éstos muchas veces determinaba el prestigio y

¹⁴³ Para una análisis sobre la concepción de vanguardia y la toma del poder en las organizaciones armadas peronistas y Montoneros en particular ver (Salas, 2007)

ascendencia, hacia delante, de las organizaciones, avivando el clima movilizador y contestatario que campeaba entre los sectores populares en esos años¹⁴⁴.

Las obras de infraestructura, sobre todo la provisión de agua de costos y complejidad técnica relativamente baja en comparación con la instalación de cloacas - fuera del alcance de estas iniciativas- , fueron el centro de estas acciones reivindicativas, muchas veces coronada con resonantes éxitos.

Los operativos a gran escala se desarrollaron durante el gobierno de Bidegain en la provincia Buenos Aires. A partir de ahí estos emprendimientos comenzaron a contar con los recursos materiales básicos para su realización, y dieron lugar a un “diseño institucional” que incluyó a la JP/M y al Ministerio de Obras y Servicio Públicos de la Provincia de Buenos Aires (MOSP).

Como es conocido, la JP a nivel nacional contribuyó a planificar y ejecutar la denominada etapa de “reconstrucción nacional”¹⁴⁵ lanzada por el gobierno de Cámpora al momento de la asunción del poder. En el caso de La Plata, apoyándonos en nuestros entrevistados¹⁴⁶, podemos afirmar que esta propuesta general tomó forma de *política pública*.

A mediados del '73, el gobierno peronista provincial creó la Comisión Ejecutiva de Respuesta Inmediata (CERI), una dependencia del MOSP, con la función de receptor de los pedidos que la JP platense y del gran Buenos Aires canalizaban recogiendo los reclamos de sus bases barriales congregadas en las UB, sobre las necesidades de infraestructura. La CERI, dirigida por el subsecretario de Urbanismo y Vivienda, un arquitecto de reconocida militancia entre los activistas juveniles, y formada por un *staff*

¹⁴⁴ En este punto, resulta ilustrativo recurrir a la perspectiva retrospectiva de una pareja de militantes barriales de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). La pareja, en contacto directo con la JP/M en algunas zonas de La Plata, criticaba el accionar casi “clientelar” de los jóvenes montoneros, pero reconocían su sintonía con los humores populares:

“En un momento era como si vos tuvieras la oficina de tierras: largabas toda una política de ocupación, porque sabías que finalmente del otro lado te daban el visto bueno. Así, cuando acumulabas triunfos acumulabas confianza y organización” (EA-Guillermo). “Porque era una época de mucho reclamo, de mucha movilización popular. Había como una gran idea de ganar, independientemente si lo hicieras o no, no importaba. Si pienso que vamos a salir a ganar, salimos. Sin problemas y sin charlarlo demasiado. Eso daba una gran clima movilización” (EA-Celina).

¹⁴⁵ El clima de debate ideológico que acompañó esta propuesta, y su asunción por parte de la JP/M, puede graficarse en la implementación de denominado “Operativo Dorrego”. Ver (Baschetti, 1996, pág. 236) o (Gillespie, 1987, pág. 200)

¹⁴⁶ Estos tenían militancia universitaria y barrial en la JP y también eran funcionarios del gobierno provincial. Un primer aspecto que destacan de la implementación de estas políticas públicas fue la existencia de una burocracia capacitada, y eficientes controles estatales, que la hicieron posible: “Ojo que los técnicos también los tenía el Estado. Porque el Estado existía, profesionales del Estado que se acoplan. Pero todo teñido de la JP. En ese momento la obra pública tenía que tener un certificado de calidad. Luego cambia con la dictadura militar, se deja de controlar” (EA-Julio)

de representantes de las distintas áreas del MOSP, recibía las peticiones y las elevaba a las dependencias respectivas. En ellas se evaluaba la factibilidad, se proveía de dirección técnica y, sobre todo, de recursos y materiales necesarios, centralmente de caños y materiales afines que el MOSP tenía en depósito, lo que facilitaba la rápida implementación de la demanda. El funcionamiento es explicado así por un ex funcionario del CERI, con una extensa trayectoria de militancia en las agrupaciones universitarias peronistas:

“Acá [en la CERI] se armaba el proyecto como corresponde, porque si no era un desastre. Los materiales los ponía el Ministerio y la mano de obra la gente. El trabajo bruto lo hacía la gente y el trabajo más delicado, en el caso del agua, la gente de Obras Sanitarias, que podían ser compañeros. Lo más fácil era que un compañero de acá, de la dependencia correspondiente, fuera al barrio hacer la conexiones” (EA-Julio).

Este diseño institucional, si bien reducido en el tiempo, tuvo en la zona un importante impacto porque logró concretar el suministro de agua en barrios muy populosos, prestigiando a las organizaciones juveniles.¹⁴⁷

A estas actividades, articuladas con el programa social y de obras públicas del gobierno provincial, se sumaron las que podríamos considerar parte de un *sistema de prestaciones*¹⁴⁸ que la JP/M intentó consolidar y hegemonizar en los barrios. Si bien fue

¹⁴⁷ Dos testimonios, de militantes de los barrios donde se concretó la provisión de agua, evalúan estas experiencias. En primer lugar del responsable de un conjunto de UB de la zona de Tolosa y su pareja, subrayando los aspectos positivos del apoyo gubernamental; que por otra parte explicaba y sustentaba el crecimiento de las UB: “Si, tuvimos el apoyo de Obras Sanitarias (MOSP). En ese momento las UB tenían un crecimiento explosivo y, por supuesto y lógico, por el apoyo del gobierno. O sea, vos sin apoyo no podes lograr grandes cosas. Si no tenes que hacer como el ERP: voy a repartir carne y asalto un camión. El funcionamiento con el gobierno era absolutamente público. Nos conectamos con el MOSP a través de un conocido militante de la JP platense. Vinieron compañeros del ministerio y nos dieron los caños y las explicaciones técnicas de cómo teníamos que hacer. Después los compañeros del barrio hicieron el trabajo. Es más, cuando había atraso en Obras Sanitarias, la gente del barrio se movilizaba para ir a hinchar las pelotas. No era que iba el compañero del la ORGA a pedir; iba el barrio”. (EA-Carlos y Norma)

En segundo lugar, desde la perspectiva crítica de un militante de las FAP/PB de Berisso, estas acciones explicaron, en gran medida, el crecimiento de la JP/M. Ahora bien, no dejaban de ser movilizadoras y capitalizables, incluso por las propias FAP/PB: “Cuando asume Bidegain, la JP era parte del gobierno, tenían un tipo clave que era Casado (el Director del CERI). Este les decía; tenemos un montón de caños, inmediatamente planteo en los barrios: vamos a poner agua en Berisso, por ejemplo. Así la JP y nosotros (FAP/PB) hicimos la extensión de agua en casi todos los barrios de Berisso hasta el fondo. Teóricamente necesitabas la autorización de Obras Sanitarias para poner los caños. Todo eso se pasó por arriba. Estabas en los dos lados de mostrador, y eso generaba en la gente que se movilizara cuando quería cosas. Te daba mucha confianza”. (EA-Guillermo)

¹⁴⁸ La perspectiva antropológica de la política busca comprender, con esta noción, la estabilidad de los agrupamientos humanos a través de la dinámica de la integración y la reciprocidad. Los sistemas de intercambio de bienes económicos – fundados en contratos e intereses individuales- no alcanzan a explicar los ciclos integración/reciprocidad que algunas sociedades construyen. Aspectos como al obligación de dar, recibir y devolver y las maneras que adopta, el involucramiento de los grupos y, sobre todo, el flujo de objetos no sólo económicamente útiles: personas; gentilezas y títulos jerárquicos; ritos y

apuntalado en sus inicios por los aportes gubernamentales, tuvo una continuidad que dependió de los esfuerzos y los fuertes lazos que se establecieron entre los jóvenes organizados y los vecinos.

Buscando diferenciarse de las formas más autoritarias, paternalistas y clientelares del peronismo histórico¹⁴⁹, así como de las más esporádicas de otras organizaciones armadas y no armadas, tal sistema incluyó el arreglo de calles y pasajes¹⁵⁰, el reparto de comestibles, servicios de salud, de guardería, de ayuda escolar, de asesoramiento jurídico y burocrático y variadas formas de organizar el entretenimiento popular. Contando siempre con la participación activa de los vecinos y los diferentes actores de la militancia, implicó una importante fuente de agregación.

Como lo resaltan estudios recientes sobre las prácticas políticas entre los sectores populares urbanos, un elemento central del funcionamiento de estos sistemas de prestaciones recíprocas era el contexto en que los recursos se “daban”. El “acto de dar” suponía una concepción de la política que buscaba ser renovadora, y casi siempre transcurría en una trama de cuestionamientos y enfrentamientos con las formas dominantes y tradicionales de “dar y recibir” propias de cultura política peronista.

fiestas; servicios militares y personales, entran dentro del análisis de los sistemas de prestaciones (Mauss, 1979).

¹⁴⁹ Los testimonios son enfáticos en negar toda práctica que puede ser considerada como clientelar. Se pueden subrayar elementos “objetivos” que operaban en contra de la consolidación de esas prácticas. Entre las más mencionadas estaban: una situación de casi pleno empleo, un vínculo poco consolidado y transitorio con los funcionarios municipales o provinciales y por último una concepción de la política que no veía como objetivo la provisión de cargos. Los votos como objetivo de la actividad política aparecieron hacia fines del 75 con el Partido Auténtico, experiencia fallida de Montoneros buscando el voto peronista por afuera del PJ. En nuestra investigación los testimonios desestiman la estrategia y su impacto en la zona casi no aparece. De todas maneras veremos que los jóvenes radicalizados, acaso convencido del carácter instrumental y transitorio de algunos métodos clientelares, no pudieron evitar en ciertas ocasiones su utilización.

¹⁵⁰ Estas actividades tenían una serie de rasgos que las hicieron muy significativa. En primer lugar, como ya hemos mencionado, las características de los barrios, en crecimiento y con calles y veredas de tierra, implicaba la existencia de una demanda acumulada. En segundo lugar, las tareas podían resolverse de manera sencilla, con escasa o rudimentaria utilización de materiales y herramientas. En tercer lugar, eran convocantes y participativas para los vecinos, muchos de ellos obreros de la construcción. Por último, las pequeñas obras de desagüe, de arreglo de veredas o pasajes, eran estratégicas para los pobladores y daban a sus ejecutores considerable prestigio y confianza en si mismos. Una serie de testimonios, todos de militantes y allegados de origen barrial, reproducen de manera vívida aquellas acciones: “El primer trabajo reivindicativo que hicimos, en la 143, fue una vereda con escombros. Conseguimos un caballo en una obra que trabajaba yo, alisamos y quedó la vereda” (EA-Oscar). “Nos conocían porque habíamos hecho, en toda la 81, veredas chiquitas. Las veredas eran un hecho importante, por la cantidad de barro que se formaba. Incluso en los cruces de las calles poníamos piedras o hacíamos lajas” (EA-Daniel I.). “P: ¿Te acordas de un trabajo importante desde la UB? E: Sí, veredas. Todas de escombros y alisado. Mira desde 68 hasta 66 hicimos el camino de lajas, era todo barro. También hicimos la garita de 66 y 140, para el micro (EA-Jorge). “Por ejemplo nosotros, en 140 y 30, hicimos un puente muy precario, pero necesario, para que los chicos no dieran la vuelta para ir a la escuela” (EA-Daniel C.)

El relato de un joven de extracción barrial, captado por ola de comienzos del '73, que se consolidó como miembro activo de Montoneros en los años de la dictadura, nos brinda una gráfica síntesis del mecanismo. Ambientado en la zona de influencia de la UB Capuano Martínez de Tolosa (23 ver mapa), se centra en un clásico de la “acción social” peronista: la entrega de pan dulce y sidra para las fiestas de fin año del '73:

“Cuando fue lo del pan dulce y la sidra, ya habían empezado los enfrentamientos. Había una dependencia oficial en 5 y 48, donde se centralizaba la entrega, que debía ser manejada por la JP. Pero no alcanzó a cubrir los barrios. El municipio, también entregaba, pero pan dulce de menor calidad; aunque eso era lo de menos. El tema era que nosotros, en la UB, teníamos censado el barrio. Teníamos seiscientas familias y trescientos pan dulces y trescientas sidras. Les dijimos al municipio, en ese momento si bien estaba Bidegain, el intendente Cartier respondía a la gente de Calabro, que nos den otros 300 y lo entregamos en conjunto, nos dijeron que no, que lo querían entrega ellos. Nosotros les dijimos que bueno, pero que la UB no se la dábamos y que vayan a entregar en la esquina. La UB estaba para otra cosa. Fueron a la esquina y la gente no iba a buscarlos. Nosotros el pan dulce que teníamos no lo entregamos. Lo que hicimos fue juntarnos el 25 y el 1 con todos los vecinos. Juntamos las mesas y cortamos la calle 16 y con el pan dulce y la sidra festejamos en una mesa popular. Esa era la forma en que se iba integrando a la gente. Después la gente que demostraba que le gustaba el trabajo social se interesaba políticamente.” (EA-Roberto A.)¹⁵¹

Además del carácter colectivo y de socialización política que tenían estas entregas, posteriormente iban a estar enmarcadas de manera creciente en el proceso de radicalización, donde se acentuarían los elementos diferenciadores del acto de dar, así como también el contenido de lo que se recibía. Un aspecto central de esta modalidad, si bien excepcional no hay que descartar que haya habido otros hechos similares, fue el involucramiento de los habitantes del barrio en acciones clandestinas e ilegales y el hecho de que quienes organizaban la entrega también estaban entre los que recibían. Siguiendo el relato del informante anterior, y en el mismo barrio, sobre el “operativo Mellizas”¹⁵²

¹⁵¹ Como en todo sistema de prestación basado en la reciprocidad, el poder de decisión puede cambiar en un momento del ciclo. P. Asuaje cuenta en su libro, que el “capital político” logrado por su UB Juan Pablo Maestre, ascendió en el momento de mayor expansión a cuarenta vecinos a los que “les prodigábamos un trato cercano a la obsecuencia” (Asuaje, 2004)

¹⁵² Denominación que se dio al secuestro y liberación, en 1974, de los hermanos Born, dueños de uno de los complejos industriales más grande de la Argentina y Latinoamérica. Larraquy y Caballero en su libro sobre Galimberti, hacen una pormenorizada reconstrucción del complejo “operativo Mellizas”. Montoneros habrá recibido casi sesenta millones de dólares por la liberación de los hermanos/empresarios, obligando a la empresa la entrega de tres millones en mercaderías para repartir entre la población, solucionar todos conflictos gremiales y publicar en el exterior una solicitada con las condiciones del acuerdo (Larraquy y Caballero, 2010, pag. 238). Ver también(Gillespie, 1987, pág. 224).

Hubo debate en el barrio cuando se repartió el producto del secuestro de los Born, del operativo Mellizas. La mercadería se entregó en el Centro de Promoción¹⁵³. Los mismos vecinos, con el censo que habíamos hecho todos, entregaban el pantalón, la camisa, la zapatilla la frazada, la sábana, de acuerdo al grupo familiar. Se entregó un camión repleto de mercaderías. Había también alimentos como aceite, azúcar, fideos. Nosotros lo que hicimos, con otros compañeros, fue montar el aparato de seguridad, del reparto se encargaron los mismos vecinos. Ellos sabían que estábamos haciendo la seguridad y se encargaron de guardarnos el aceite, el azúcar. Decían: esto es para ustedes.” (EA-Roberto A.)

El reparto de alimentos y de artículos de consumo fue, sin duda, un pilar del *sistema de prestaciones*, pero éste incluyó otro tipo de acciones, evaluadas retrospectivamente como pruebas irrefutables de la profundidad y riqueza que las relaciones sociales y personales alcanzaron en los “barrios montoneros”. Una actividad que condensaba estos aspectos, fue el servicio que los jóvenes militantes prestaban a la población infantil y a las familias en general. El cuidado de los niños, que podía tomar la forma de una guardería, y la ayuda escolar, resultaban estratégicas en un contexto de pleno empleo y daban a estos jóvenes, en su mayoría mujeres casi adolescentes, una medida exacta de la confianza a la que habían podido acceder entre los sectores populares, al ser depositarios de sus hijos. En el siguiente relato, en este caso de un joven que militaban en su propio barrio, tal vez conmovido por el crédito otorgado por aquellos que lo conocían y podían considerarlo políticamente inmaduro, encontramos estos elementos:

“Nosotros éramos más hombres cuando teníamos 20 años que ahora que tenemos 50. La gente nos tenía tanta confianza ciega. Había mamás que trabajan y nos dejaban los hijos para que los lleváramos a vacunar. Le decíamos: te lo llevamos a vacunar a la salita o al propio hospital de niños. También era otra la sociedad”. (EA-Oscar A.)

Finalmente, el apoyo escolar implicó de la misma manera un accionar que permitió penetrar profundamente en los hogares de los trabajadores. Aunque no está

¹⁵³ La JP/M como parte de su estrategia barrial contempló el trabajo conjunto con instituciones preexistentes con cierta tradición y arraigo. En la zona no parece haber prosperado demasiado esta línea de acción, sin embargo, un ejemplo fueron los Centros de Promoción. Creados por la gestión del Coronel Franco Icazatti, intendente de La Plata durante 1966/73, de inspiración cristiana, pero bajo control municipal, proclamaban la “ayuda al necesitado y la educación social”. Los primeros comenzaron a funcionar en 1968, multiplicándose como respuesta a las rebeliones populares del '69. En la periferia platense se localizaron por Melchor Romero, Los Hornos, Tolosa y Ringuelet. Desde uno de ellos ubicado en la “villa de emergencia Dardo Rocha” en 17 e/ 530 y 531, llamado Paulo VI, se encaró la obra de mayor envergadura de todo este proyecto de acción social de la dictadura: la construcción de un barrio popular de más de 244 viviendas.(El Día, 8/3/73). La UB montonera Capuano Martínez ubicada en 16 y 532 (23 ver mapa), interactuó, no sin conflictos, decididamente con el Paulo VI y muchos vecinos y militantes del barrio circulaban por uno u otro ámbito.

claro cuánto llevó del mensaje revolucionario, los testimonios son enfáticos al subrayar el carácter funcional de la actividad, sin grandes pretensiones docentes pero con amplitud en sus alcances:

“Cuando ofrecíamos ayudar un vecino nos prestaba la casa para las clases de apoyo para los pibes. Yo era una piba de 17 años y los pibes te esperaban, porque eso era realmente necesario en el barrio. Nosotros cubríamos esa necesidad. Lo que pasa que todo estaba vinculado desde el lugar del afecto. Porque no era sólo la docencia sino el afecto que iba atrás. Porque vos pagas y se terminó, en cambio nosotros estábamos para eso pero si querían habla de otra cosa también estábamos. También estábamos en la fiesta del día del niño y también estábamos pensando qué pasa con los reyes. Digamos era una cosa más amplia”. (EA-Norma)

En ese sentido la entrada a las casas permitió, sobre todo a las jóvenes, captar casos de violencia familiar o enfermedades de transmisión sexuales. Si bien estas no eran problemáticas sociales de envergadura en aquellos años – lo cual es fuertemente subrayado por los entrevistados-, la UB gestionaba la intervención de estudiantes o egresados de psicología o medicina para organizar charlas grupales o asesoramiento personalizado en dichos temas. También, por supuesto, el otro saber que concitaba la atención barrial fue el derecho; la llegada de estudiantes de abogacía o abogados a las UB constituían verdaderos acontecimientos sociales.

Por último, para el conjunto de la militancia barrial el uso del tiempo libre, el entretenimiento y lo festivo, ocupó un lugar de primer orden en este *sistema de prestaciones*. Una actividad que puede ser colocada en esta perspectiva fue el fútbol. Como algunos estudios los destacan junto con la escolarización primaria y secundaria, es una de las prácticas que más ha contribuido a la socialización de los niños y adolescentes de los sectores populares en nuestro país (Alabarces, P. y Rodríguez, M., 1996). En ese sentido, para la militancia barrial setentista era claro que practicarlo con destreza daba un prestigio que se asociaba con los “verdaderos” orígenes populares. Sin embargo, por otra parte, muchos de los universitarios que llegaban a las UB para ejercer algún tipo de dirección política, entablaron una relación doblemente incómoda con esta extendida práctica barrial. Por un lado, criticaban que ocupara todos los fines de semanas desplazando a las tareas inherentes a la militancia. Pero, por otro, debían pasar la “prueba” y jugar, lo que podía traer como consecuencia, por la falta de destreza en el juego que muchos estudiantes mostraban, la percepción por parte de los jóvenes del barrio de un indicador, muy elocuente según estos, que revelaba la ausencia de los orígenes populares.

No obstante, para todos era perfectamente claro que se trataba de una actividad que recogía una tradición barrial y congregaba a los vecinos: durante los sábados y domingos, la organización de partidos o campeonatos permitía establecer intercambios e importantes vínculos entre los allegados de diferentes UB, muchos de ellos dedicados al entrenamiento entre semana de los niños que se acercaban a las UB montoneras.¹⁵⁴

Otra actividad más orientada a la totalidad de los jóvenes - el fútbol era una exclusividad masculina- , fueron los encuentros festivos de fines de semana. Para un militante de Villa Elvira, con una extensa trayectoria posterior en Montoneros, fueron la medida de su “felicidad” como militante:

“La tensión fue después del 75. Todos los años previos, los fines de semana, eran hermosos para mí. Cada barrio hacía una peña. Como no ibas a bailar, no ibas a otros lugares, para divertirte y conocer a otros compañeros, ibas a las peñas. Guitarreábamos, cantábamos canciones nacionales, tomábamos vinos, comíamos empanadas y conocías algunas chicas. Se organizaba qué barrio hacía la peña para no cruzarse. También funcionaba económicamente y, por supuesto, estaba invitado todo el barrio. A veces se hacían en la misma UB o en la calle. Siempre se encontraba el lugar”. (EA-Daniel I.)

Estos encuentros, indicadores de los “buenos tiempos”, ampliaban las relaciones y las experiencias y eran constitutivos del activismo montoneros en todas las unidades básicas.

B) La “acción política”: De la movilización al “encuadramiento”

Las unidades básicas y sus miembros más activos, buscaron dar al conjunto de sus prácticas barriales una significación “política”. Según sus propias declaraciones este elemento, aunque podía ser impreciso para muchos, era distintivo de su accionar y explicaba los rechazos o adhesiones: “Todo lo que venía de nosotros se sabía que era político. Nuestra presencia era política. Por eso había gente que se acercaba y había gente que no” (EA-Norma). Ahora bien, si la “presentación” de los jóvenes, y de las UB montoneras, aparecía siempre como “politizada”, es decir, con algún grado de cuestionamiento a las formas de autoridad y organización conocidas, la orientación y el

¹⁵⁴ Un allegado, que logró una fuerte integración a las actividades de la UB J. P. Maestre de Los Hornos (14. Ver mapa), y entrañables lazos con la responsable política, cuenta sus tareas fundamentales: “Me dedicaba a andar con los chicos, le enseñaba a jugar al fútbol. Era como entrenador de los chicos del barrio. Todavía pasan por acá, por mi casa, y se acuerdan de esa época. Participaban en torneos, yo les decía que se cuidaran. Además, yo era albañil y con otros muchachos hacíamos todos los trabajos de arreglos de veredas” (EA-Jorge).

contenido varió con los sucesos nacionales y la dinámica de las propuestas radicalizadas.

Ensayaremos en este apartado una periodización de esta politización. Al respecto, debemos tener en cuenta que, al tratarse de procesos con importantes grados de autonomía y variedad, resulta equívoco hablar de cortes absolutos. No obstante, es plausible identificar dos períodos en los que las orientaciones, formas y contenidos de las prácticas políticas de los jóvenes montoneros en el espacio barrial se transformaron.

El primero, se extendió desde fines del '72 hasta mediados del '73, o de “Gaspar Campos a Ezeiza”, según una gráfica descripción que usaba la militancia, basada en los escenarios de mayor convocatoria. Asentado en las grandes movilizaciones, su objetivo básico consistió en *influenciar* en la orientación del poder político estatal, o en el uso de los “medios de coacción y dominación”. Los contenidos estuvieron enmarcados por la vuelta de Perón, la contienda electoral, el gobierno “popular” y “lucha superestructural” de Montoneros sobre la interpretación y marcha del peronismo.

El segundo, resulta más difícil de delimitar. Localmente, tuvo un período de transición que se prolongó hasta enero del '74, momento en el que cae el gobierno de Bidegain, identificado desde el comienzo con los grupos juveniles. La finalización tampoco es precisa, pero para nuestra indagación basada en el activismo barrial, se puede ubicar en el “pasaje a la clandestinidad” de Montoneros, en setiembre del '74, y el posterior y paulatino cierre de las UB a lo largo del año. Determinado por las diferencias cada vez más manifiestas de Montoneros con Perón, sus objetivos centrales se radicalizaron. Es decir, se centraron en la *creación* de poder político propio, a través de la acumulación y preservación de recursos humanos y materiales, así como por la capacitación de militantes aptos para la acción armada.

En lo que sigue se analizarán algunos episodios locales que resultan expresivos del escenario barrial en cada una de las etapas mencionadas.

1) Las movilizaciones, los actos y las “tomas”

Durante la primera etapa, como dijimos, la práctica política sobre la que pivoteo la estrategia de JP/M y su estructura barrial, fue la movilización. Ya nos hemos referido al papel de “agente movilizador” que cumplió la JP platense, articulada con Montoneros, en noviembre del '72 con el diseño de la gran movilización que acompañó la vuelta de Perón a Argentina. Reafirmando esta línea de acción, en febrero de 1973, la

agrupación juvenil local realizó un balance, repasando lo actuado durante el año anterior y trazando sus objetivos ante el proceso electoral que se avecinaba. Sin hacerlo explícito, descontaba el triunfo de los candidatos peronistas pero advertía sobre el carácter condicionado del proceso, las amenazas del continuismo y las conductas clientelares de los políticos, entre los que se incluían de manera privilegiada a los peronistas. Simultáneamente, se anunciaba la implementación del plan de reivindicaciones en los barrios postergados durante años por “prácticas inversas, donde solo se prestó atención al arreglo de los edificios públicos, plazas, iluminación y asfalto del centro”. Por último, se afirmaba que tanto las asechanzas como las postergaciones debían ser combatidas mediante las movilizaciones, la información constante a los compañeros y la apelación, acaso un tanto ritual, al socialismo nacional¹⁵⁵.

Con estas orientaciones y previsiones, la JP platense fue protagonista, en el primer semestre del '73, de un abigarrado conjunto de sucesos durante los cuales condujo su estructura barrial con criterios amplios de participación pero impregnados con los elementos y consignas del movimiento radicalizado.

A comienzos del año tomó en sus manos la organización del acto de campaña que se realizó en la ciudad para proclamar la fórmula presidencial Cámpora-Sola Lima. Ciertos aspectos de este acontecimiento, un tanto alejado del ambiente barrial, permiten observar cómo la JP platense se esforzó en lograr trascendencia nacional, así como por demostrar seriedad, disciplina y eficiencia al PJ y las fuerzas políticas que componía el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Pero también una clara identificación con las organizaciones armadas.

Hasta los prolegómenos de este acto, que se realizó el 27 de febrero, las relaciones entre los candidatos identificados con la JP/M y la ortodoxia partidaria y sindical tuvieron aceptables niveles de convivencia. Son numerosos los ejemplos que pueden encontrarse en los diarios locales sobre la participación conjunta en actos barriales, y en las unidades básicas que se inauguraban, donde ambas corrientes afirmaban los temas en común. Así, el candidato a intendente por el FREJULI, Rubén Cartier, resaltaba el carácter revolucionario del peronismo, la importancia de la participación popular que debía canalizarse a través de las unidades básicas y el papel que le tocaba jugar la juventud “dentro del marco del trasvasamiento generacional”. Paralelamente, en un encuentro barrial compartido, el candidato a primer concejal de la

¹⁵⁵ *El Argentino* 17/2/73

misma fuerza política, Babi Molina, uno de los fundadores de la JP platense, sostenía que “sólo mediante la movilización y organización de los barrios...”, se podrá afrontar la gran lucha por “la reconstrucción de la patria libre, justa y soberana, en el marco del socialismo nacional”¹⁵⁶.

Pese a este contexto de unidad, sin embargo, muchos de los jóvenes orientados por Montoneros, percibían que el acto de proclamación era una ocasión propicia para la ofensiva de los viejos dirigentes del PJ, a quienes consideraban “oportunistas”. En efecto, debido a estas prevenciones, el mismo 27, la JP platense emitió una declaración que contenía una advertencia a dichos dirigentes:

“En este momento entran en juego las luchas de nuestro pueblo desde hace veintisiete años y la sangre derramada por nuestros combatientes. Por eso es una responsabilidad de los políticos que representan al peronismo, recordar que si están donde están, no es sólo por méritos personales, sino como producto del sacrificio de todo un pueblo que no se resigna a vivir esclavo”¹⁵⁷.

El planteo, además de establecer diferencias que a la postre serán irreconciliables, tenía el preciso objetivo de llamar la atención sobre el escaso entusiasmo, o el rechazo directo, con que fue recibida la fórmula presidencial, tanto por el PJ como por los dirigentes de la CGT local. Esta situación que conducía, en la percepción juvenil, a la desmovilización, sin embargo, favoreció el activismo de los jóvenes, embarcados en demostrar su capacidad organizativa, disciplina y responsabilidad política.

La JP platense tomó en sus manos la organización del acto, aunque debió recurrir como fuente de financiamiento a los dirigentes locales de la “burocracia sindical”. En las negociaciones, según los testimonios, los jóvenes hicieron prevalecer la fórmula “nosotros ponemos la gente y ustedes los recursos”, para montar un acontecimiento político sin precedentes en la ciudad.

El punto de encuentro fue la Plaza Belgrano ubicada en las calles 13 y 40, elegida por su cercanía a la activa periferia y por las características de su monumento central, utilizado como palco, ahorrando a los organizadores el montaje de una costosa estructura. La metodología de movilización fue la del Luche y vuelve, consistente en escoltar a los candidatos en una caravana que, iniciada en el centro la localidad de City Bell a cuatro kilómetros del lugar del acto, permitió, además de recolectar simpatizantes

¹⁵⁶ *El Argentino*, 19/2/73

¹⁵⁷ *El Día* 27/2/73.

de los barrios en su recorrido, dar rienda suelta a los elementos festivos y “carnavalescos” del peronismo. En este ambiente, según los cálculos de la propia JP, se congregaron cuarenta mil personas.

Con carteles de FAR y Montoneros y una bandera, de esta última organización sobre el improvisado palco, se escucharon encendidos discursos impulsados por el clima desinhibido y confrontativo creado por las consignas de estos grupos armados. El acto, fue ampliamente utilizado por los jóvenes para hacer público su compromiso con las organizaciones y para esto fue fundamental contar con el control del palco y la presentación de los oradores; tarea, esta última, cubierta por un conocido dirigente incorporado a la JP platense durante los ‘60.¹⁵⁸

Por último, puede ser revelador destacar un hecho muy presente en el recuerdo de nuestros entrevistados. Como parte su relación con un líder barrial, casi adolescente en esos años, pero con un fuerte predicamento y una futura carrera como jefe de la “barra brava” del equipo de fútbol más popular de la ciudad, nuestro informante, miembro clave de la JP/M, ideó una forma de participación del joven y su grupo de seguidores. Dicha participación, que involucró a la mayoría de los allegados y vecinos de la zona La Loma¹⁵⁹, puede tomarse como un ejemplo de intervención política popular en base a una dimensión festiva pero también imbricada con fuertes compromisos personales. Con la intención de darle al acto de plaza Belgrano el acento peronista clásico, se pidió al joven que llevara los bombos que se utilizaban en esos momentos en la comparsa de la zona identificados con las siglas de la JP. La tardanza hizo temer a nuestro cronista el incumplimiento del compromiso. Sin embargo:

¹⁵⁸ Entre los oradores estuvieron las principales figuras del FREJULI a nivel nacional y local: Rubén Cartier, candidato a intendente, Oscar Bidegain candidato a Gobernador y Héctor Càmpora, candidato a presidente; también hicieron uso de la palabra representantes de las distintas “ramas”. Los dirigentes de la JP que manejaban el acto, incluyeron el radicalizado discurso de su representante al promediar el encuentro y dejaron para el final el de Bidegain, claramente identificados con ellos. Sin embargo, la pauta transgresora puede ejemplificarse en la crónica del diario *El Día*, ocupado en subrayar los aspectos “subversivos” del acto. Allí se resaltó la intervención de Vicente Sola Lima, quien generó críticas de la ortodoxia como también una fuerte defensa de los jóvenes. El candidato a la vicepresidencia habría afirmado, dirigiéndose a quienes se identificaban con Montoneros, que la tradicional consigna peronista “los únicos privilegiados son los niños” debía ser recogida por esa organización. En efecto, según el candidato, ésta debía cuidar de la infancia en la Argentina porque de allí saldrían sus futuros cuadros (*El Día*, 28/2/73)

¹⁵⁹ La zona de La Loma, próxima a la plaza Belgrano y casi contigua a la villa Dardo Rocha de Tolosa, lugar donde transcurrió nuestro relato sobre la UB Capuano Martínez, fue un pequeño centro de desarrollo del peronismo montonero en el norte del casco platense. La UB Carlos Ramus (25. Ver mapa) ubicada en 35 entre 22 y 23 e inaugurada formalmente en abril del '73 con la presencia de los principales candidatos electos de la juventud y el propio intendente, se constituyó en el lugar de referencia de la militancia montonera “lomense”.

“Le dije a Fierro [el líder barrial], a este acto tenés que venir con la batucada [bombos y redoblantes]. Si, no te hagas problemas vamos, me dice. Entonces teníamos el acto armado, estaba lleno de gente y no teníamos batucada. No vino el loco Fierro, lo mato, me falló. Que raro, decía, porque era un tipo de mucho compromiso. Y por ahí sentimos por calle 38 los bombos y los redoblantes. No sólo había traído la batucada, sino toda la comparsa, eran doscientos integrantes” (EA-R. Kaltenbach)

La consigna de la movilización tuvo otras manifestaciones, que se fueron intensificando a medida que el proceso electoral avanzaba. Diferentes comunicados desde el secretariado de prensa del PJ platense, controlado por los jóvenes de la JP/M, interpelaban a las barriadas, de las cuales provenía gran parte de los fiscales, para que la concurrencia a los comicios sea vigilante evitando cualquier “trampa de la dictadura” o la “actividad maliciosa de los agentes del gobierno”. Por otro lado, se advertía sobre la “grave responsabilidad patriótica” que el pueblo debía asumir, en defensa de los resultados electorales. De esta manera se podría iniciar “la Reconstrucción Nacional” que terminaría en la patria libre, justa y soberana ¹⁶⁰.

Se encuentran aquí las referencias sobre las nuevas iniciativas que la JP/M lanzó con la llegada de Cámpora al gobierno, y trató de sostener durante la presidencia de Perón. En abril, con nueva sede en el centro¹⁶¹, la juventud local “intérprete de la conducción estratégica” - es decir Perón- , lanzó una comprometida convocatoria en los órganos de prensa locales. Debían crearse los “Comités de Defensa” del triunfo electoral y del gobierno y los equipos de trabajo para cubrir los distintos “frentes de Reconstrucción Nacional”. La iniciativa proponía una amplia tarea de acción social y

¹⁶⁰ *El Día* 6/3/73. La realización del acto electoral en la ciudad, sin embargo, significó la presencia amenazante de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), que realizó una serie de ataques a militantes y actos, entre ellos el de la plaza Belgrano. Para la JP/M, y en general para todo el contingente juvenil que se congregó en torno suyo, la inminencia de las elecciones obligaba a poner en claro una de las acusaciones, sistemáticamente difundida por la CNU, que más peso tenía al interior del peronismo y que buscaba enajenar el apoyo de los sectores populares identificados con esa fuerza. En un comunicado que se publica en el diario *El Día*, la JP buscaba aclarar que: la “infiltración ideológica que atenta contra el mundo occidental y cristiano” es, en realidad, “el pueblo trabajador, la inmensa mayoría explotada por la antipatria y por los que desconocen, hoy, sus derechos” (*El Día* 12/3/73). Por lo menos en esa coyuntura electoral, los jóvenes filomontoneros lograron sortear con éxito la acusación de infiltrados. En efecto, en La Plata, como dijimos, el PJ ganó las elecciones de marzo del '73 con los votos provenientes de las secciones electorales ubicadas en la periferia: la quinta, la sexta y la séptima, donde se consolidaba la casi totalidad de las UB montoneras.

¹⁶¹ La JP/M platense, como es conocido, construyó fuertes vínculos con Bidegain. A mediados de marzo, con la presencia del gobernador electo, se inauguró la casa provincial ubicada en calle 12 entre 45 y 46. En abril, aún sin asumir, Bidegain fue parte del contingente que visitó la Unidad 9 donde se encontraban detenidos importantes miembros de la FAP, FAR y Montoneros. En esa oportunidad Carlos Caferatta, uno de los líderes de la JP/M, declaró que había que “mantener la movilización y organización para asegurar la libertad de quienes han sido artífices de esta realidad, que es el triunfo del pueblo” (*El Día*, 10/4/73)

política con la participación prioritaria de la juventud y los barrios¹⁶². Aunque es bastante escaso el registro sobre la extensión que tuvo este programa de acción barrial, en términos organizativos podemos afirmar que algunas unidades básicas montoneras surgieron con motivo de estas líneas de acción, así como efímeros intentos de constitución de agrupamientos mayores que contenían a asociaciones barriales y UB, en las localidades de Melchor Romero y Los Hornos. Debido a este impulso, un conjunto de unidades básicas de esta última localidad alcanzó a emitir una serie de declaraciones impregnadas del lenguaje de la radicalización, del tipo: “Jamás un ejército ha podido derrotar a un pueblo organizado”¹⁶³

Una forma de acción inscripta en este programa de activismo político, generalizada durante los primeros meses del gobierno camporista, fueron las “tomas”. Ejemplos clamorosos de politización y rebelión social, las “tomas”, también impulsadas por sectores enfrentados a la JP/M¹⁶⁴, tuvieron en la zona un importante desarrollo.

¹⁶² La proclamación de un programa de “reconstrucción nacional”, también debía interpretarse como una traducción, menos radicalizada, de la impactante propuesta de R. Galimberti sobre la creación de milicias populares. En una nota periodística de fines de abril del '73 lo explicaba con claridad Bidegain. Para el gobernador electo las milicias anunciadas por Galimberti podían vincularse a la reconstrucción nacional y constituían una exteriorización de la impaciencia de la población juvenil para colaborar en ese emprendimiento: “en un clima de conciliación entre hermanos”. Los jóvenes, concluía Bidegain, querían crear agrupamientos voluntarios de alfabetización, construcción y reparación de escuelas. Se trataba de “un espectáculo novedoso para la provincia y la para el país” (*El Día*, 26/4/73)

¹⁶³ *El Argentino*, 29/4/73.

¹⁶⁴ Para varios de nuestros entrevistados, las tomas, buscaban entorpecer el desarrollo de los planes de gobierno, y no eran una metodología propia de la JP/M. Con la asunción de Bidegain, el Ministerio de Obras Públicas, como hemos analizado más arriba, fue uno de los sectores del estado provincial que más contó con la participación de los jóvenes radicalizados. Estos debieron convivir con la amenaza constante de un copamiento de los sectores de derecha, muy activos y movilizados en la esfera institucional platense: “Acá [en el MOSP], las tomas nunca fueron impulsadas por los sectores de la JP, si no por sectores ligados a la otra parte, porque era una forma de complicarte la vida. Si vos querés gobernar, tenés un plan, yo te hago la toma y te complico la vida. Acá varias veces dijeron que lo iban a tomar, pero no (EA-Julio). Un ejemplo inverso podemos citar en la toma del Hospital de Melchor Romero, encabezada por la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), un gremio con vínculos históricos con la JP. En la toma, que tuvo como uno de sus objetivos centrales dirimir la dirección del Hospital, colaboraron los jóvenes e importantes contingentes barriales, muchos trabajadores del hospital. La trascendencia de este hecho, que tuvo una amplia cobertura periodística, aparece en el recuerdo de nuestro informante, muy joven en esos años y con una trayectoria posterior relevante tanto en la JP/M como en ATE: “Ahí estaba el Hospital de Romero, el neuropsiquiátrico, y gran parte de los trabajadores del barrio, trabajaban en el hospital. Uno de los hechos de participación de la juventud más importante en ese tiempo, fue apoyar la toma del hospital, cuando asume el gobierno de Bidegain. El tema era quien iba a conducir el hospital. El hospital lo toma ATE”. (EA-Godoy). La conducción de la JP a nivel nacional se refirió a esta situación definiendo dos tipos de tomas o ocupación: unas, alentadas y organizadas por la JP, que tenían por objeto “facilitar la acción del gobierno popular”, contando con el apoyo de todos los sectores institucionalmente involucrado. Otras, repudiadas, eran organizadas por “grupos oportunistas” que dificultaban la acción del gobierno e “imponen funcionarios”. La declaración termina afirmando que a partir del pedido del secretario general del Movimiento, Abal Medina, del 14 de junio del '73, de terminar con estas acciones, no hay más tomas efectuadas por la JP (*El Día* 17/6/73). Un estudio sobre el complejo y masivo fenómeno de las tomas durante el gobierno de Cámpora puede encontrarse en (Nievas, 1999)

Acorde a la densidad institucional de la capital provincial, el inicio lo marcó la ocupación de la Universidad a fines de mayo.

La “toma” que involucró de manera más decisiva a la estructura barrial montonera en formación fue la de la República de los Niños: institución local símbolo de la reforma social implementada por el peronismo histórico. Realizada en los primeros días de junio de 1973, fue presentada como la plataforma de lanzamiento de “las comisiones de defensa del triunfo”. Organizada en los hechos por la JP/M y los miembros de las UB filomontoneras en crecimiento, tuvo entre otros objetivos, el de concretar un verdadero “impacto mediático”. Luego de una concentración en el centro y el aviso a los medios de prensa locales, que realizaron una importante cobertura, un contingente de cinco mil personas, con una gran proporción de niños de las distintas barriadas, ocupó las instalaciones¹⁶⁵. Además de la militancia juvenil, donde se distinguía la presencia de los integrantes del Departamento de Cinematografía de la Facultad de Bellas Artes de activa tarea en los barrios proyectando películas sobre Perón y el peronismo, participaron las nuevas autoridades ejecutivas y legislativas identificadas con la JP/M.¹⁶⁶ Estos últimos destacaron en distintas declaraciones que la República de los Niños representaba, desde 1955, por su deterioro y objetivos comerciales, “un espejo de nuestra patria”. De esta manera, la toma fue presentada como un acto de “recuperación y expropiación” en “apoyo al gobierno popular”, que garantizaba el traspaso de los concesionarios privados a las nuevas autoridades de las áreas sociales¹⁶⁷.

Como en líneas generales es conocido, la inflexión en estas experiencias fue la movilización a Ezeiza de junio del '73. Según la militancia experimentada, y algunos trabajos testimoniales retrospectivos, significó el pasaje de la etapa “espontaneísta” a la “organizativa”(Flaskamp, 2002). No es la intención de esta investigación abordar estos planteamientos, que se sumergen en la viabilidad de la estrategia montonera y de las “fuerzas revolucionarias” en su conjunto. Nuestros comentarios se centrarán en los testimonios de la novel militancia barrial de La Plata, que experimentó los hechos de Ezeiza como un verdadero fin de su “inocencia política”. Siguiendo con nuestro criterio

¹⁶⁵ Según el estudio de F. Nieves la toma de la República de los Niños, aunque para el autor un tanto sorprendente por tratarse de un parque de juegos infantiles, fue tal vez la más importante por su masividad. Elemento, destaca a su vez Nieves, que diferenciaba estas acciones de las impulsadas por la derecha peronista (Nieves, 1999, pág. 185)

¹⁶⁶ Entre las que se contaban: la funcionaria provincial Amalia Ramella, el diputado nacional Carlos Kunkel y los provinciales Héctor Moreda y Carlos Negri. (*El Argentino*, 5/6/1973)

¹⁶⁷ *El Día* y *El Argentino*, 4/6/1973

podemos decir que marcó un pasaje, o el comienzo de la transición, de un tipo de acción política basada en la *influencia* sobre la orientación del poder político, a otra caracterizada por la *creación y formación* de poder político propio.

2) Ezeiza y los cambios en la *politización barrial*: las “charlas políticas”, los campamentos y la formación del “militante integral”

Para algunos experimentados dirigentes de la JP/M, el gran contingente que el conglomerado de agrupaciones platenses, afín al peronismo montonero, aportó a la vuelta de Perón, se explica por el sustento organizativo de los “frentes de masas”, sobre todo el barrial¹⁶⁸. Sin embargo, los jóvenes que comenzaban su carrera militante y con más asiduidad frecuentaban las unidades básicas, pudieron vivenciar de manera directa el impulso popular hacia la participación, evaluado como decisivo. Esta motivación popular, que la militancia vuelve a percibir en julio del '74 con las grandes congregaciones populares por la muerte de Perón, era la impactante prueba empírica del muchas veces declarado vínculo que el líder había construido con las masas durante los años del populismo clásico. Los testimonios de dos jóvenes que circulaban por las UB, dan cuenta de la importancia, en el humor popular, del reencuentro con el líder y la ceremonia del regreso:

“La movilización importante en el barrio fue cuando volvió Perón; la gente se movilizaba sola. No necesitaban que le dijéramos nada porque la gente quería ir, eso fue muy notorio” (EA-Selvaggio)... “El referente era un tipo simpático, peronista, que trabaja en changas. Me acuerdo que el tipo va a la UB para ir a Ezeiza de traje y corbata. Yo después viendo fotos del '45 me dije este era un viejo peronista. Antes, toda la gente que podía tener traje y corbata los usaba para las grandes ocasiones” (EA-José)

Si, gracias a Ezeiza, el invocado lazo entre el líder y la masa apareció con claridad, sus consecuencias significaron un cambio en la *politización barrial*. Sobre todo jugó un papel central en la formación y consolidación de la “consciencia militante” de aquellos jóvenes que, desde el barrio, se internaban en la radicalización. Los

¹⁶⁸ Según uno de los fundadores de la JP platense Babi Molina: “Ezeiza fue porque los frentes barriales, universitarios, sindicales, estaban conformados, tenían una conducción. Esto también fue producto de todo un trabajo previo de discusión, de análisis” (EA-Babi). En los hechos el frente universitario platense estaba en una etapa de formación. En efecto, la Juventud Universitaria Peronista (JUP), se constituyó oficialmente el 9 de agosto. A su vez la Juventud Trabajadora Peronista de La Plata, Berisso y Ensenada hizo lo propio al mes siguiente, el 9 de setiembre. (Baschetti, 1996, pág.18)

testimonios de quienes experimentaron esto último son ilustrativos. Daniel y Norma consolidaron su pareja en el ámbito de la militancia barrial. Para Daniel, con menos de veinte años y una limitada experiencia de militancia signada por la atracción y la fascinación que ésta suponía, las consecuencias de Ezeiza definieron su dilatada trayectoria posterior. Del mismo modo para Norma, casi una adolescente, proveniente de un medio familiar refractario y con padre policía, que ingresó al activismo a través de una organización juvenil platense identificada con posturas ideológicas moderadas y nacionalistas como la Alianza de la Juventud Peronista (AJP)¹⁶⁹, Ezeiza mostró la existencia y la “ubicación de las facciones”, precipitando sus definiciones políticas:

“Yo no estuve en Ezeiza. En ese momento, digamos que coqueteaba con la militancia, no tenía encuadre. Yo a Ezeiza no lo viví como hecho, sí sus consecuencias”. (EA-Daniel C.)

“Bueno, a Ezeiza todavía fui como AJP. A partir de allí todo quedó más expuesto, había que tomar decisiones de dónde estabas. Por un lado en el palco había un sector que estaba en la conducción de estas agrupaciones [la AJP]. Por otro lado, aunque nosotros los pibes menos ideologizados en ese momento no lo percibíamos, se veía como una cosa muy separada a FAR y Montoneros que eran compañeros nuestros. El tema era que había que decidir de qué lado estabas. Estabas allá con los del palco o acá con los que estábamos abajo”. (EA-Norma B.)

En efecto, siguiendo la interpretación de Norma, tal vez sea posible afirmar que las imágenes del palco, ocupado por los atacantes, y del campo, poblado por las banderas de las organizaciones blanco de los ataques, funcionaron para amplios sectores juveniles, como nuevas representaciones de las posturas ideológicas que a partir de ahora debían asumirse.

En este sentido, un aspecto que precipitó los posicionamientos, y contribuyó a la transformación de la *politización barrial*, fueron las discusiones y “charlas” sobre la concepción de la violencia. Si bien, como veremos en próximo apartado, los debates en los grupos de base sobre la violencia política eran casi cotidianos, es plausible pensar que la cuestión sobre el uso concreto de las armas se introdujo de lleno en el ámbito de las UB, a propósito de Ezeiza. En la perspectiva de los entrevistados, resulta claro que prevaleció la idea tradicional, menos atemorizadora y más propicia para la movilización masiva convocada, de un tipo de acción armada “defensiva”. Para el responsable de la unidad básica Burgos-Escribano – una de las más prestigiosas de Los Hornos (8. Ver

¹⁶⁹ Sobre la AJP, ver cita 93

mapa) -, el uso de “armas caseras” para la asistencia a Ezeiza, fue producto de una evaluación “ingenua” de quienes recién comenzaban a radicalizar sus opciones:

“Nosotros no esperábamos semejante cosa. Si bien teníamos medidas de seguridad, ellos tenían armas largas. Hubo compañeros de seguridad que repelieron y por eso no fue tan grande la cosa. Me acuerdo nos dieron trifásicos [un tipo de cable]. Porque se esperaba en todo caso un enfrentamiento de ese nivel”. (EA-Marcelo)

Con estos elementos puede afirmarse, que tanto el contenido como las formas de las prácticas políticas de la militancia barrial montonera comenzaron a variar en los meses subsiguientes a Ezeiza. No obstante, en el caso de La Plata, gracias a las garantías que daba la gobernación de Bidegain, fue posible sostener a lo largo del año '73 amplias actividades dirigidas hacia la comunidad barrial montonera. Pero, paralelamente, comenzaron una serie de discusiones, centradas en la creciente crítica montonera a la figura de Perón y en la necesidad de “explicar” acciones que implicaban un claro enfrentamiento con el líder, como el atentado a Rucci, que se mantuvieron en “secreto”. En efecto, en esos debates sólo participaban los miembros de los grupos de base de las UB, quedando afuera muchos de los referentes y allegados y la mayoría de los vecinos¹⁷⁰.

Podríamos decir que la pérdida de “naturalidad” que tuvo, hacia comienzos del '74, la intervención política de los que formaban parte del “círculo ampliado” de las UB, estuvo asociada a la percepción, por parte de referentes y allegados, del “trabajo político” como una actividad diferenciada.¹⁷¹ El afán diferenciador resultaba explícito y chocante y, en muchos casos, de difícil implementación, pero los testimonios destacan los esfuerzos, que no sólo la militancia JP/M realizó.¹⁷²

¹⁷⁰ En su ya mencionado libro testimonial, Asuaje cuenta que en los últimos meses del '73 comenzó a ser frecuente que la conducción de la UB realizara reuniones fuera del local en el que funcionaba. Según el autor porque : “los debates sobre Perón podían generar desconcierto en la vecinos” (Asuaje, 2004, pág 179)

¹⁷¹ Esta percepción aparece en el relato que no hace el referente barrial de la UB Capuano Martínez de Tolosa, quien recuerda con precisión el momento en que estas charlas y reuniones “políticas” entraron de lleno en las actividades de la UB: “No era como una rutina. Pero después del año y medio de estar en la UB, se empezó a dar esa rutina de charlas. Primero fue social, y después del año y medio, se empezó con las charlas” (EA- Cacho).

¹⁷² Por ejemplo las FAP/PB, como dijimos, desarrolló un importante trabajo territorial en la zona de Berisso, en forma conjunta con la JP/M. Celina, una joven estudiante de las FAP nos explica de qué manera intentaban diferenciar la acción social de la política en un contexto de época en el que todas las agrupaciones se proponía la “toma del poder”: “Te digo, nosotros teníamos algunas desviaciones. Con una acción de la FAP, que era como una organización de cuadros. Durante el día hacíamos todo lo barrial y a la noche salíamos hacer una acción política. Toda en la misma cuadra, adonde vivíamos, a lo sumo un poquito más allá, con la misma gente pintábamos con alguna proclama de las FAP. Esa era la acción política, ¡te das cuenta! O si no, poníamos los volantes en las paradas de los colectivos, en las casas. Una

Por otra parte, el carácter diferenciado de estas actividades con “contenido político” fue cada vez más manifiesta en la medida en que participar de ellas dependió del grado de predisposición y responsabilidad que cada allegado y vecino demostraba a los ojos de los grupos de base de las UB. En efecto, a través de un sistema de evaluación se definía en qué instancia de la formación se encontraba el allegado y en qué tipos de “charlas” y tareas podía participar¹⁷³.

Bajo estas condiciones, una de las prácticas que con más claridad marcó a esta etapa caracterizada por la *creación* de poder político propio fueron los “campamentos de formación política”. Montoneros, organizó en la zona dos grandes campamentos de adiestramiento político y militar dirigido a la estructura barrial bajo su órbita. Uno de ellos se realizó en el corazón de la manzana bajo la influencia de la UB Capuano Martínez ubicada en 16 y 532, probablemente a mediados del '74. Funcionando en dos turnos durante un fin de semana, a la mañana se realizaban tareas de mejoramiento en las que participaban todos los allegados que querían hacerlo, incluso muchos de otras UB de la zona. A la noche, daban comienzo cursos de formación política y militar, con documentos producidos por Montoneros y bajo la instrucción de “oficiales” de esa organización y con estrictas restricciones en la participación.¹⁷⁴

Estas nuevas formas que fueron adoptando las prácticas políticas sorprendieron a quienes en esos momentos ya eran avezados activistas, a la vez, que generaron renovadas expectativas. La apertura de un “proceso de reclutamiento”, probablemente restringió demandas asociadas a las reivindicaciones inmediatas, al activismo festivo y la acción directa, propias del universo barrial de etapa de las grandes movilizaciones y de la tradición peronista. Pero, por otro lado, en base a la introducción de nuevas

acción muy simpática, que no puedo creer ahora que la hacíamos, era poner un explosivo en una fábrica, y la mayoría de la gente se pegaba un susto bárbaro” (EA-Celina)

¹⁷³ Por lo menos dos trabajos testimoniales sobre la zona de La Plata, Berisso y Ensenada abordan la percepción militante en torno a los sistemas de evaluación; sobre todo a partir de la fusión entre Montoneros y FAR en octubre de 1973. Ambas organizaciones habían pactado un plazo para la incorporación de nuevos miembros que debía cerrarse antes de la fusión. Debido a ciertas veleidades competitivas y, con la intención de tener mayor influencia en las futuras estructuras organizativas fusionadas, se inició una verdadera “carrera” para tratar de ‘inscribir’ a la mayor cantidad de cuadros posible” (Asuaje, 2004, pág 181; Flaskamp, 2002).

¹⁷⁴ Estos campamentos formativos se realizaron, además, fuera de los espacios barriales, pero con la participación exclusiva de los grupos de base de UB. Así nos lo cuenta un miembro de una UB Evita Montonera de la quinta sección electoral: “Se organizaban charlas, alguna mínima práctica militar como guardias a la noche. Esto se hizo en la 5ta. Nos fuimos 10 ó 15 días a Aguas Verdes [un localidad de la costa bonaerense], éramos como sesenta compañeros todos del barrio de varias UB, más los responsable; fuimos en micro. A la noche se discutía política y durante el día se hacía la vida de campamento”.(José

perspectivas críticas, organizativas y disciplinarias, fue tomando forma un horizonte de promoción, que generó expectativas en la militancia, pero que se fue revelando de difícil aplicación.

A través del testimonio de dos figuras centrales de la UB Capuano Martínez podemos reconstruir parte de estas percepciones y una dispar interpretación sobre las características del mencionado campamento. Para Cacho, el referente barrial de la UB Capuano Martínez, uno de los más prestigiosos con que contó Montoneros en La Plata, el encuentro estableció de forma explícita una clara distinción entre quienes podían participar en las actividades reivindicativas y quienes en las políticas. Precisamente a él, con toda su trayectoria y vínculos personales con dirigentes que asistieron al campamento, le fue prohibida la asistencia a los cursos de formación político-militar que se dictaban por la noche. Por otro lado, Roberto – de fuerte arraigo barrial y, como Cacho, miembro del grupo de base de “la Capuano”, pero con menor ascendencia que éste entre el resto de las UB de la zona-, desestima el carácter secreto del encuentro y recuerda su participación en todas las instancias del mismo.

Podemos especular que estas prácticas selectivas, además de generar “conciencia revolucionaria”, produjeron un fuerte sentimiento de diferenciación y estratificación en la militancia nativa del barrio; aspectos ausentes en el periodo donde prevalecían las prácticas basadas en amplias movilizaciones e impregnadas de objetivos reivindicativos y, por ello, más horizontales y democráticas. Por otro lado, es posible afirmar que, con estas iniciativas, la organización Montoneros busco “proteger” a un tipo de militante, que por su ascendencia era considerado valioso – como el caso de Cacho- , y sobre todo, “encauzar” el ímpetu revolucionario popular que hasta ese momento había discurrido libremente; elementos que podemos inscribir en una estrategia que priorizaba la *creación* y preservación de poder político propio:

“- Te acordás que se hizo un campamento, [explica Roberto], con los muchachos [miembros de Montoneros] y los vecinos del barrio en el centro de la manzana. Durante el día se hizo la jornada con la gente que quería venir a ayudar. A la noche estábamos los militantes solos

- Yo era un militante, fui ahí y me echaron [responde Cacho]. No tenía que escuchar lo que decían.[Los que no me dejaron]...eran los oficiales de la organización. Era un encuentro de tipo militar. Por ejemplo, te acostabas al lado de una compañera y no tenías que tocarla. Era una dedicación total. Si vamos a estar en la joda la revolución quién la hacía. No, yo no estuve [en el

H). En los números 10 y 11 de la revista *Lucha Armada* puede encontrarse una referencia directa al funcionamiento de estos cursos y campamentos.

campamento], pero entendía qué era. Cuando fui al centro de manzana me dijeron que no podía estar. Yo muchas veces me daba cuenta que no tenía que abrir la boca¹⁷⁵

Los campamentos o “jornadas de trabajo” fueron uno de los mecanismos, tal vez el más impactante para la militancia barrial, cuyos objetivos eran la “formación e incorporación de cuadros”. Otro ejemplo que podemos ofrecer de esta estrategia, surge del testimonio del responsable de un grupo de UB, ya mencionado, ubicado en la sección sexta, en la localidad de Ringuelet. Carlos, de extensa trayectoria en la JP durante los ‘60 y miembro clave de Montoneros en la zona, explica la estrategia barrial de incorporación de allegados a la organización, decididamente impulsada por él y su grupo de colaboradores, ante la crisis del gobierno de Bidegain, aunque con escasos resultados:

“Nosotros teníamos la premisa de la integralidad del militante. Este tenía que ser capaz de elaborar políticas y de manejar un fierro, no había ejército montonero y partido montonero. Eso fue después, creo que durante la dictadura. Captábamos del movimiento de masas cuadros para la ORGA y tratabas de incorporar al compañero más consecuente. Generalmente ese compañero estaba preparado políticamente, pero, salvo con la experiencia que en el barrio la gente tiene con la violencia, no estaba preparado militarmente, a no ser que hubiera estado en la colimba, pero esto era muy poco. Entonces, la preparación militar se daba adentro, pero no era a costa de la preparación política, era paralela. Nosotros, en la sexta, empezamos a formar las milicias. Con gente del barrio, de la UB., que tenía trato personal. No salían a operar, sino se empezaban a preparar para misiones de autodefensa en la UB, en las movilizaciones. Esto a fines del ‘73. Del barrio hubo por lo menos tres compañeros que se incorporaron a las milicias.”
(EA-Carlos)

C) La “acción ideológica”: peronismo, socialismo y lucha armada

En este punto se exploran algunas de las ideas más potentes que circulaban en este universo barrial, como producto de la interacción entre la tradición política del peronismo histórico y resistente y la renovación que el “movimiento rebelde” trató de imponer (Ansart, 1983). Más concretamente, enfocando de manera preferencial en la militancia *orientada desde el barrio* - jóvenes trabajadores y estudiantes nativos,

¹⁷⁵ Otros testimonios dan cuenta de esta nueva forma que fueron adoptando las prácticas políticas. En una experiencia similar realizada en la zona de Villa Elvira fueron estrictas las normas sobre la participación en los cursos de formación política y militar. Daniel, un militante autóctono con una larga trayectoria como allegado a UB G. Ferraris y luego incorporado a Montoneros, estuvo informado sobre el

referentes, allegado y vecinos movilizados- , se busca caracterizar el tratamiento y la recepción que ésta hizo de las ideas centrales que impulsaba la radicalización montonera: la revisión crítica de Perón y el peronismo y las concepciones sobre el socialismo y la lucha armada.

1) La crítica al peronismo

Adoptando una perspectiva histórica amplia, se comprueba la existencia de una serie de representaciones sobre el peronismo que los jóvenes militantes barriales portaban en el momento de su ingreso al magma insurreccional fogoneado por la apertura política y la vuelta del líder, en los primeros años de la década del '70.

Por un lado, estaban los recuerdos del primer peronismo. Para esta franja de la militancia inmersa en un conflicto que afirmaba había comenzado con la ruptura violenta de esa experiencia en el '55, estos recuerdos fueron vivenciados directamente o transmitidos por vínculos familiares, lo que determinó su permanencia y reactualización a lo largo de los años. En ese marco, la figura de Perón estaba presente, en primer lugar, por su productividad y ejecutividad. Además de las anécdotas generalizadas sobre las entregas de útiles escolares y juguetes, estaban quienes recordaban la llegada a la ciudad de la pareja presidencial en 1951- Perón y Eva Perón- y la inauguración simultánea de varias obras, como la República de los Niños o el camino a Punta Lara, el popular balneario platense.

Por otro lado, los años posteriores a la caída del primer peronismo, presentan una temática poco analizada por las investigaciones académicas, abordada en parte en el capítulo tres. Se trata de la vigencia de la *identidad peronista* entre los sectores populares y a su papel de mecanismo de “resistencia cultural” durante los años de la proscripción (Salas, 2006). Los hogares peronistas y los agrupamientos políticos culturales que funcionaban sobre todo en los barrios, las unidades básicas en su versión tradicional que se reconstituían en los momentos de apertura electoral, actualizaban los elementos festivos y conmemorativos, generando integración identitaria, así como, conductas confrontativas contra el sistema proscriptivo.

Los testimonios permiten ejemplificar cómo operaba esta trama de prácticas político/culturales. En la memoria de quienes se incorporaban a las UB montoneras a

campamento organizado en su zona, sin embargo, no participó por expresa decisión de sus responsables políticos, lo que causó en Daniel una primera frustración en su carrera de militante.

comienzo de los '70 estaba latente la pertenencia a un movimiento beligerante, conducido por un estratega insuperable y con quien se sentían unidos a través de lazos que suponían personales. Volviendo a los testimonios de Hugo y Oscar sobre estos tópicos:

“Tengo dos hechos grabados en mi memoria política. La vez que fuimos a lo de Monopoli, un histórico puntero peronista, a una fiesta del día del niño. Al mismo tiempo que jugábamos en el barrio, cayeron volantes desde un avión reclamando la vuelta de Perón; ubico esto en el '64. Son hechos que no tenían nada que ver, pero que marcaban un nivel de politización. Por un lado, festejábamos el día del niño desde la unidad básica y por otro, sabíamos qué significaba el Perón vuelve”. (EA-Hugo G.)

“Llevábamos unos libros que nos habían dado Perón y Evita y teníamos problemas. Mi viejo dijo, no van más a la escuela, esos son unos gorilas...La mayoría, o gente como yo, creía que Perón era un mago, Gardel con tres guitarras. Cuando estábamos bajoneados y no nos salían las cosas, escuchábamos a Perón, y decíamos: me está hablando a mí. Así, cuando veníamos cansados de laburar en la construcción, después de escucharlo, íbamos a militar al barrio”. (EA-Oscar A.)

De manera que conjuntamente con la fuerte vigencia de la cultura política peronista en los barrios y hogares, festiva y confrontativa, y la periódica reactualización de la productividad de los gobiernos de Perón, a medida que la politización aumentaba, se hizo cada vez más manifiesta la creencia, en contexto de la proscripción, en el genio político del líder. Este último aspecto – además de permanecer siempre vigente entre los que formaban parte de las primeras generaciones de la JP platense-, en los jóvenes que orientaban su militancia desde los barrios, se identificó con una capacidad personal e intransferible de comprensión de las sutilezas de la palabra de Perón y la cultura peronista en general. Un corolario fue la consolidación de una especie de *status* militante en dicha fracción, muy apreciada por las conducciones montoneras para las cuales un ideal de responsables políticos de las UB era el joven nativo del barrio, trabajador y con una clara identidad peronista con arraigo familiar.

Sin embargo, en muchos sentidos todo este entramado se mostró refractario a las ideas más significativas de radicalización. En efecto, como ya se dijo es posible afirmar que para el ámbito de la militancia barrial los hechos de Ezeiza precipitaron la urgente y compleja tarea de criticar este conjunto, o al menos marcar sus limitaciones, en la medida en que muchos de los que empezaron su militancia en las unidades básicas, con esa representación de infalibilidad de la figura de Perón, tuvieron como bautismo de fuego la asistencia al fallido reencuentro con el líder. Así lo cuenta Roberto, el joven

albañil que se incorporó a la UB Capuano Martínez de Tolosa a comienzo del '73, dando inicio a una carrera militante que terminaría con su ingreso formal a Montoneros en el '76:

“En Ezeiza, prácticamente no entendía nada de lo que pasaba. No entendía nada, era una cosa de locos ver como disparaban de arriba del escenario. Desde abajo, gente que corría desesperada, gente herida, gente que quería aplacar. Pude ver como mataban a compañeros adelante mío. Después volvemos a la UB y empiezo a preguntar el por que de lo que había pasado. Ahí vienen un poco las explicaciones sobre la derecha y la izquierda, de lo que era un sector y de lo que era otro. Una línea de explicación venía de los que querían que Perón mantuviera un contacto con la gente. Dentro de esa línea estábamos nosotros, que no se perdiera el contacto.” (EA- Roberto A.)

Ahora bien, sobre las dificultades que la crítica a Perón acarrearía para estos noveles militantes, estaba convencido el joven responsable de la UB Quispe, rápidamente incorporado a Montoneros y oriundo del barrio, Daniel, quien recuerda:

“Perón era indiscutido en el barrio. ¿Nosotros lo íbamos a cuestionar? Lo que se cuestionaba era el entorno. Lo nuestro era que Perón estaba entornado por los sectores más ortodoxos y los sindicalistas.” (EA-Daniel C.)

Uno y otro testimonio aluden a la denominada “teoría del cerco”, elaborada de manera casi reactiva por la conducción montonera, a través de la cual trató de hacer inteligible, precisamente para la militancia barrial, los hechos de Ezeiza. Una interpretación sobre sus más amplios alcances puede encontrarse en el trabajo de S. Sigal y E. Verón. (Sigal, S. y Verón, E., 2003). Las conocidas y sugerentes hipótesis de los autores, tienen la virtud de insertarse en el dilema central en el que se debatieron las organizaciones armadas en general y la conducción montonera, en particular; y que los propios actores atribuían a la relación entre “la vanguardia y las masas”.

Para Sigal/Verón, hacia fines de los '60, la juventud radicalizada comenzó a legitimarse como principal intérprete, o “enunciador segundo”, de la palabra de Perón. Sin embargo, su estrategia política se vio reducida a dos opciones: seguir cumpliendo este papel o negar al “enunciador primero”, Perón, y proclamarse como “vanguardia”. Los autores explican, que en ese contexto de disputa, una de las estrategias “distractivas” de la juventud fue la teoría del cerco. Según ésta, había que romper el entorno de traidores que rodeaba a Perón, aún incontaminado y única fuente de legitimidad, y lograr el contacto directo con él.

Así formulada, recogía los elementos presentes en la declaración de nuestros entrevistados Roberto y Daniel, lo que permitió una recepción positiva en los círculos de militantes y allegados de los ámbitos barriales. Si bien la idea de un “contacto directo” daba la posibilidad de la presión de la multitud sobre Perón, mecanismo que montoneros supuso siempre operante, primó su simpleza. Sobre todo, fue convincente porque dejaba a salvo de la crítica al indiscutido líder, permitiendo cierta iniciativa política a través de movilizaciones, debates y discusiones¹⁷⁶.

De todas maneras, la militancia barrial debió hacer diferentes esfuerzos para dar forma a una versión de la teoría del cerco que concentrara la imagen negativa del entorno en la persona de López Rega y su grupo¹⁷⁷. Aunque no en forma explícita, las consignas que proclamaban la teoría del cerco sugerían que la crítica alcanzaba a Isabel Martínez, la esposa de Perón. Por ejemplo, las que afirmaban que la carrera del secretario privado no hubiera sido posible con la presencia de Eva Perón: “Si Evita viviera mataría López Rega”. Nuevamente Daniel advierte, sin embargo, que en el barrio el maltrato a la esposa del líder no podía prosperar:

“Había dos cuestiones. Perón era intocable en el barrio pero no lo eran Isabel y López Rega. Lo del brujo López Rega se había instalado en la gente. Pero la otra cuestión era que Isabel, tal vez era otro escalón, porque era la señora de Perón. Estoy diciendo un poco los sentimiento que uno podía percibir ahí en el barrio” (EA-Daniel)

Como se desprende de lo anterior, la versión “pura” de la teoría del cerco que condena a I. Martínez era una derivación del denominado “Evitismo”. Esta concepción, de mayor amplitud y complejidad que la limitada teoría del entrono, puede también encuadrarse en la ya mencionada encrucijada de Montoneros de subordinarse o enfrentarse a Perón por el dirección de un proceso que para los jóvenes debía tomar un rumbo “revolucionario”. Es posible afirmar que el Evitismo fue una de las formulaciones más ambiciosas del llamado del revisionismo histórico. Este último tuvo una importante difusión en los barrios desde las páginas del semanario *El Descamisado* en forma de historietas sobre temas de la historia argentina. Según Sigal/Verón, a través de este recurso “discursivo”, se buscó remitir la lucha y resistencia

¹⁷⁶ Una de estas iniciativas fue la movilización de cerca de 80000 jóvenes, según los propios protagonistas, y la cobertura periodística que apareció en una nota de tapa del *El Descamisado* de julio de 1973; distribuido y leído en las unidades básicas. La revista, a través de gran cantidad de fotos donde se mostraba a cuatro representantes de la juventud junto a Perón, presentaba el primer encuentro oficial luego de Ezeiza entre la conducción de la JP y el líder como una prueba de la ruptura del “cerco del brujo López Rega”. (*El Descamisado*, nro. 10, 14/07/73)

¹⁷⁷ Entre los que se incluía a su yerno, el presidente interino luego de la renuncia de Cámpora, Raúl Lastiri y al coronel Jorge Osinde, a quien se le atribuía la responsabilidad mayor en la represión de Ezeiza

del pueblo al pasado, convirtiendo a Perón en un líder popular entre otros, como San Martín, Artigas y Rosas. Paralelamente, Eva Perón fue presentada como la verdadera fuente revolucionaria del peronismo y la juventud como su heredera directa.

Muchos testimonios demuestran que en el ámbito de la UB montoneras de La Plata, la recepción del Evitismo fue dispar. En primer lugar, quienes mostraron una inmediata identificación con la imagen combativa de Eva y se constituyeron en sus entusiastas difusores, fue la militancia estudiantil. Como ya hemos dicho, gran parte de ellos provenía de la clase media platense que se “peronizaba” y experimentaban la llegada al barrio como un ascenso de su carrera militante y del proceso revolucionario en general. Es el caso de Miguel, el estudiante del Colegio Nacional que llegó al barrio como miembro de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES):

“Para los peronistas, la gente de barrio que movilizaba montoneros, el discurso de Perón era incomprensible. No podían entender cómo estaba con esa mina, cómo la reivindicaba y la podía comparar con Evita. Eran todos muy de Evita además. Por eso pegó tanto ‘Si Evita viviera sería montonera’. Esa fue una consigna que ni la derecha, ni Perón logró neutralizar, porque además era así. Las mujeres del barrio eran muy combativas, es decir, no hay ahora gente así. Porque tenían 30 ó 40 años las amas de casa e iba a las movilizaciones.” (EA-Miguel).

Por otra parte, entre quienes veían en el desprecio a Isabel una ofensa directa al líder y, sobre todo, evaluaban al Evitismo como un claro enfrentamiento entre Perón y la que consideraban su creación política, Eva, figuraba centralmente, la generación fundadora de la JP platense. Se trataba de dirigentes con una fuerte influencia en los contingentes peronistas juveniles de los barrios, con quienes incluso tenían lazos familiares. Algunos de ellos fueron accediendo a cargos legislativos y ejecutivos durante el gobierno de Bidegain y asumieron diferentes grados de compromiso con la organización Montoneros. Hugo Bacci, creador de la primera agrupación universitaria peronista de La Plata, la Federación Universitaria para la Revolución Nacional (FURN), y protagonista de la etapa refundacional de la JP local con la incorporación de los estudiantes a mediados de los '60, explica así sus disidencias con uno de los ideólogos del Evitismo:

“Nosotros reivindicábamos a Perón y a Evita, pero decíamos que Evita era por Perón. En relación a esto te cuento una anécdota. Resulta que fuimos a verlo a A. Jauretche para traerlo a La Plata. Salí el tema de Evita. Para él Eva era revolucionaria. Nosotros decíamos que no, Perón había hecho a Eva. Jauretche se enojó y nos echó, después nos amigamos y vino varias veces a La Plata a dar charlas.” (EA- Bacci)

Es necesario agregar que, globalmente, en el ámbito barrial, elaborar una versión más creíble y crítica que rompiera con la representación popular sobre la “infalibilidad” de Perón, encontraba otro tipo de obstáculos asociados a quiénes, o desde qué lugar, la proclamaban. Aquellos que en las UB montoneras habían llegado al barrio con el mensaje superador, sobre todo la masa de militantes de extracción estudiantil con diferentes grados de vinculación con la organización Montoneros, estaban inmersos en una especie de paradoja. La referencia es al llamado “síndrome de la culpabilización”¹⁷⁸, consistente en profesar un peronismo tardío que debía pasar por permanentes pruebas de sinceridad y que operaba como una inhibición, moderando las posturas críticas. De manera que a los ojos de los miembros barriales que integraban los grupos de base que manejaban la UB, como también para los allegados y los vecinos en general, eran los “peronistas probados” que daban constante muestra de combatividad - y que además contaban con un conocimiento amplio de las críticas a Perón elaboradas por la izquierda- los más aptos para la delicada tarea de enumerar las limitaciones revolucionarias del líder. El testimonio de Carlos, que reunía estas características, capta estas sutilezas. Recordemos brevemente su trayectoria, para apreciar quién era y desde qué lugar podía presentar sus objeciones a Perón.

Como miembro de la JP platense, casi adolescente, participó activamente de los primeros actos de la resistencia en la ciudad de La Plata. A comienzo de los '60 fue parte del primer contingente de jóvenes peronistas reclutados por J. Cooke que viajó a Cuba. Gracias a este viaje, estableció fuertes vínculos políticos y personales con el líder trotskista local, Ángel Bengochea, para incorporarse, con otros jóvenes peronistas platenses, en uno de los primeros ensayos de guerrillera urbana del país, de mediados de los '60. Preso al comienzo de los '70, estableció un importante intercambio de ideas y experiencias con compañeros de prisión que venían del Partido Comunista y Socialista.

Libre con la amnistía del '73 Carlos ingresó a Montoneros y acompañado por su pareja, fue designado como “UBC” responsable del sistema de cinco unidades básicas ubicadas en la localidad de Ringuelet, contigua a Tolosa.

¹⁷⁸ C. Altamirano, afirma que luego del '55, ante el fracaso de la “desperonización de las masas”, desde la izquierda tuvieron lugar diferentes reinterpretaciones del fenómeno peronista, uno de cuyos objetivos centrales fue una fuerte apelación a las clases medias. Si bien éstas eran negativamente evaluadas, y culpabilizadas por su incompreensión de dicho fenómeno, se buscaba su rescate y conversión. Para Altamirano el resultado de estas argumentaciones fue exitoso, la “estructura de culpabilidad”, que golpeaba la conciencia antiperonista de estos sectores medios, permitió ganar a gran parte de ellos para la causa del peronismo de izquierda. (Altamirano, 2001b, pág. 105)

Aunque siempre mantuvo su “perspectiva peronista”, su trayectoria y formación le permitieron sostener una visión crítica de Perón, consciente, no obstante, de lo dificultoso que era su difusión en el ámbito barrial. En las discusiones y debates posteriores a Ezeiza en el seno de las “UBC”, es decir en las reuniones ampliadas de los responsables políticos de las distintas UB barriales, debió de enfrentarse en más de una oportunidad con los cuadros montoneros recién llegados al peronismo, que dudaban, ante los vecinos del barrio, en ir más allá de la módica teoría de cerco:

“Bueno ahí tenés, la teoría del cerco era una de las discusiones que se hacía de arriba para abajo y de abajo para arriba. Yo personalmente siempre estuve en contra, pero la versión era creíble porque la gente quería creer en Perón. La gente había sido peronista toda su vida, había que salvarlo al viejo. Si vos sos de Boca quieres que Boca gane el domingo. En realidad los que teníamos la actitud crítica, no eran los de barrio, éramos los tipos que teníamos un poco más de luces, un poco más de preparación teórica, un poco más de escarbar en la política. Porque [después de Ezeiza] el gran problema era Perón. Yo tuve grandes problemas con eso. A pesar de que era el más peronista de toda la UBC, por mi historia, tuve problemas, porque era más crítico. Sabés que pasa, yo creo que el problema era ese, yo me sentía saldado para criticarlo a Perón. A mi nadie me podía decir, vos no podés criticar, porque no sos peronista. En cambio había compañeros que no se sentían con esa libertad. Por que decían yo tuve un pasado gorila, o mis viejos son gorilas y soy un pequeño burgués. No yo era un laburante. Esas cosas operaba, claro que operaban.” (EA-Carlos)

Bajo estas circunstancias, resulta pausable afirmar, que la perspectiva crítica a la figura de Perón no pudo afirmarse en el medio barrial platense bajo gestión montonera. Entre los obstáculos mencionados figuran la persistencia de una cultura política que hacia de Perón un estratega y un proveedor insuperable. Por otro lado, los difusores de la visión superadora parecían dudar de su propia legitimidad, mientras aquellos que se sentían más autorizados, además de ser pocos en las UB y acaso con elementos teóricos no del todo decisivos, debían enfrentarse con quienes temían perder el apoyo popular.

En este aspecto, probablemente, estas previsiones estaban fundadas. Los reclamos generalizados de los allegados y vecinos sobre qué tipo de peronismo profesaban los jóvenes radicalizados nunca cesaron y se acentuaron con la ruptura explícita luego del acto del primero de mayo del 1974, en el que Perón rompió públicamente con Montoneros. En algunos casos, significó la pérdida de los referentes barriales y en otros, la confirmación, por parte de los viejos y avezados peronistas, de una impostura juvenil consistente en reivindicar un pasado que no conocían en todas sus implicancias.

Se intentará explorar seguidamente el alcance de dos de las ideas que constituían el núcleo de la radicalización política, impulsadas por Montoneros y cuya difusión en las UB estaba a cargo de los grupos de base y los “responsables políticos”: el socialismo y la lucha armada

2) El socialismo: teoría y práctica

En relación al socialismo, la JP primero y, con más decisión y recursos, la JP/M, se convirtieron en los difusores de las formulaciones de Perón sobre acontecimientos, líderes y procesos de carácter revolucionario o de ruptura de formas capitalistas o semi coloniales identificables con las nociones de socialismo o liberación nacional. Fueron famosos los pronunciamientos de Perón, sobre la Revolución Cubana, la figura del Che o la tendencia mundial al socialismo. Este conjunto, trató de ser sistematizado por la juventud a través de consignas políticas, material fílmico y escrito que se difundieron primero entre la militancia. Y, luego, para un público ampliado, contribuyendo a la creación de un sentido común, junto con el aporte más elaborado y ortodoxo de la izquierda no peronista, que impregnó a la cultura política de los '70 sobre la realización de la sociedad socialista.

Así, para uno de los fundadores de la JP platense, Babi Molina, las bases sobre los debates en torno al socialismo las había colocado Perón y ellos habían sido sus difusores de lo que consideraban una renovación:

“En principio el tema de un socialismo nacional nacía de las propias directivas de Perón, con grabaciones o a través de las famosas películas. Sobre esa base se discutía, se hacían reuniones. Era una nueva concepción de la cosa.” (AE-Babi Molina)

El repaso de algunos aspectos de la trayectoria de B. Molina, muestran con claridad la conformación de este sentido común que proveyó de esquemas interpretativos y orientó a la mayoría de este activismo.

Su generación, participó activamente del “giro a la izquierda” anunciado por Perón a comienzo de los '60. Actuando como miembro de la mesa ejecutiva de la JP platense, B. Molina comenzó a tomar parte de las reuniones y debates que tuvieron lugar en la ciudad con la llegada de Pancho Gaitán, uno de los referentes del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), creado en 1964 como expresión organizativa del “giro”. Según el testimonio de B Molina, si bien el MRP, articulado orgánicamente con la JP, rápidamente perdió interés para los jóvenes, fue uno de los

primeros ámbitos donde discutieron diferentes aspectos de una crítica anticapitalista para la Argentina. Fogoneados por este contexto renovador los jóvenes peronistas de La Plata, cuenta Molina, se sintieron confiados para convocar sus dos primeros congresos a mediados de los '60. Allí adoptaron como propio el “programa obrero” consagrado en La Falda y Huerta Grande por los sectores sindicales combativos interpelados por Perón. Entre las medidas centrales de este programa, que prefiguraba formas socialistas de organización social, se destacaban la reforma agraria, el control obrero de la producción y nacionalización del comercio exterior y los bancos.

Podría afirmarse, sin embargo, que el aporte de Perón a este rasgo de la época, venía cargado con ciertas ambigüedades, con las que los jóvenes tuvieron que lidiar. Ya nos hemos referido, siguiendo a Plotkin, que el “giro” o “renovación doctrinaria” anunciada por Perón, proclamaba una fórmula socialista, nacionalista y cristiana, que buscaba legitimarse como freno del socialismo internacionalista y marxista. (Plotkin, 2004) Este esquema, un tanto retardatario para quienes pretendía estar en la cresta de la ola contestaria, pudo asociarse, ganado dinamismo, a la llamada “tercera posición” y tuvo una importante consolidación a nivel mundial con los movimientos de “liberación nacional”.

Si embargo, las paradojas y ambigüedades entorno de las representaciones sobre el socialismo producto de la “ideología justicialista”, que podían hacer dificultosa su difusión por parte de los jóvenes radicalizados, se volvieron cada vez más limitantes, claramente, a medida que las diferencias con Perón se hicieron más manifiestas.¹⁷⁹

De manera que el desarrollo de tales ideas con sus equívocos, nunca supuso, en los espacios barriales, una acción que fuera más allá de ese clima o “sentido común” instalado en los sectores populares y la sociedad en general.

Por otra parte, en términos prácticos, la urgencia por la resolución de cuestiones políticas más inmediatas podía explicar las afirmaciones de un dirigente histórico de la JP, en torno a pensar el socialismo como “una cosa muy para adelante” (EA- Roberto K), en la medida en que su abordaje sistemático en el mundo barrial podía general

¹⁷⁹ Recurriendo nuevamente a esa especie de conciencia crítica de la JP/M representada en la dirigencia barrial de las FAP/PB, encontramos una descripción de la encrucijada en la que se encontraban los jóvenes montoneros que hablaban del socialismo desde el universo ideológico del peronismo: “En esa época el tema del socialismo como horizonte de la humanidad estaba instalado. Perón por ejemplo, por las cintas o discursos, decía que el movimiento peronista era de izquierda y que el mundo iba hacia el socialismo y que el peronismo era el camino; era el mensaje antiyankee y antiimperialista. Esto antes de la vuelta. Había una cinta en que exaltaba el mayo francés donde decía algo poético sobre los nuevos tiempos que se venía. Después en el gobierno vuelve con el mayo francés pero dice que ahí nació la subversión. Usaba la misma imagen para decir exactamente lo contrario” (EA-Guillermo).

bloqueos en la relación con los vecinos. Pero también, la propia militancia barrial no parecía estar dispuesta, y en muchos casos lo suficientemente formada o convencida, en ir más allá en las explicaciones y prefirió mantener aquellas imprecisas ideas que se desprendían de las elaboraciones sobre el socialismo surgidas de la “actualización doctrinaria” formulada por Perón.

En las siguientes declaraciones de una joven, ella misma proveniente de los sectores populares y con una prolongada actuación en las UB montoneras de Los Hornos, encontramos la mención a algunos de los componentes anticomunistas de la ideología peronistas con los que estos militantes debían lidiar. En ese sentido, aunque favorecidos por su pertenencia de clase común, no siempre contaron con todos los elementos formativos necesarios y muchas veces se encontraron con planteos críticos ante los cuales se sintieron sorprendidos, aunque reaccionando desde su propio sentido común:

“En el barrio, nos decían: ustedes son dentro de los peronistas los socialistas y el socialismo es como el comunismo, te saca y no podés tener todo lo que quieres, a nosotros no nos gusta el comunismo. Entonces venía toda esa explicación de que nosotros no éramos comunistas, éramos peronistas. Pero aparte que el comunismo no era lo que se vendía. Yo escuchaba a la gente, viste, me asombraba, los pobres, me sigue asombrando. No tenés un terreno y decis que si tenés dos casas el comunismo te saca una. Yo desde mi lugar con mi forma popular llegaba, desde mi entendimiento. Por ejemplo les decías, si no tenés ninguna casa te vas a preocupar que te saquen una. Más pragmática, les decía eso. Desde otro lugar, más allegado a la realidad, desde el común de la gente, porque esa gente pensaba como pensaba yo.” (EA-Norma).

Finalmente, al consignar nuevamente el testimonio de Carlos, quién además de la pertenencia social común con los habitantes del barrio, poseía, como dijo, una dilatada trayectoria y una formación teórica bastante sólida, se comprueba que las ambigüedades no constituían un problema político serio:

“La consigna del socialismo nacional estaba dando vuelta, era lo que la gente gritaba cuando iba a una movilización. Con eso no tenían problema. Eso si, era el socialismo nuestro, no se sabía bien qué era, no era el socialismo del Partido Comunista. Te quiero decir, la gente lo veía como el socialismo nuestro y, si era el nuestro, era bueno”. (EA- Carlos).¹⁸⁰

¹⁸⁰ Un trabajo testimonial reciente, sobre la historia de una UB de Bahía Blanca, en la provincia de Buenos Aires, reproduce el siguiente dialogo en una reunión del grupo de base:

“Don Nenuco preguntó [uno de los referentes de la UB]:

- Jimmy [nombre del responsable], nosotros somos peronistas o somos socialistas, o que somos?

Dice Jimmy:

Si bien entonces, la dimensión teórica del socialismo no fue lo suficientemente abordada en los ámbitos barriales, en la memoria de nuestros entrevistados, aparecen más nítidamente una serie de representaciones que pueden considerarse provenientes de las concepciones socialistas “realmente operantes”. En efecto, la expresión “socialización” comenzó a ser de uso cada vez más frecuente a medida que la participación y los intercambios aumentaban. Esto permitió una comprensión práctica de la “promesa socialista”, aunque acotada en recursos y al grupo de base de las UB, también incluía un número variable de allegados. Se conoce por distintos testimonio que entre los miembros de Montoneros estaba generalizada la práctica, entre quienes ocuparon cargos, de “socializar” parte de sus sueldos. A continuación se presentan dos relatos de militantes barriales que explican la amplitud que tuvieron para ellos esas experiencias.

En primer lugar al miembro del grupo de base de la UB Capuano Martínez de la zona de Tolosa, que ya hemos mencionado. Recordar algunos aspectos de su trayectoria permite tener una mejor visión del conjunto de su “experiencia socializante”.

Roberto había llegado junto con su familia a La Plata procedente de Tucumán a fines de los '50. Aunque su padre no sufrió persecuciones ni tuvo una militancia definida, en el seno familiar, Roberto, pudo experimentar un importante aprendizaje político, gracias a los asados periódicos de su padre con los compañeros de trabajo, donde se discutían, en un “ambiente horizontal en el que se compartían los gastos”, las peripecias del peronismo proscripto. Debido a su oficio de albañil, en los primeros meses del '73, comenzó a frecuentar la UB Capuano Martínez. En efecto, los miembros de la UB solicitaron su moción, que fue inmediatamente aprobada, en medio de una asamblea de vecinos, para el proyecto de construcción y financiación de una sala de salud para el barrio. Con veinte años inició una carrera militante que lo llevó a convertirse, entre el '74 y '75, en una las figuras centrales de esta UB, famosa como “escuela de militantes estudiantiles”, para en el '76, incorporarse a Montonero de manera formal:

“Lo que se charlaba más que todo era sobre socializar las experiencias, las responsabilidades, los recursos que cada uno iba manejando. Los recursos que a cada uno le

- Mire, compañero, nosotros somos leales al general Perón, somos peronistas. Creemos que hay que socializar muchas cosas. Si el general Perón dice que el Socialismo Nacional es nuestro programa, sobre eso no hay discusión”. El autor interviene en el dialogo con una reflexión: “Era una pregunta muy comprometida. Sensacional Jimmy, pensé, nos salvaste a todos. Más tarde nos reíamos pensando todos lo

alcanzaban para vivir de acuerdo a la vida que llevaba. Si te sobraba aportabas a la Organización [Montoneros], al desarrollo, a impresiones, a dedicarle más tiempo”. (EA-Roberto)

En esta misma línea está el recuerdo de Tito, el “periférico” de Montoneros que desarrolló toda su experiencia militante en la UB Quispe de Melchor Romero. En efecto, si bien Tito vivenció el programa social del primer peronismo, su ingreso pleno a la militancia, se debió a la dinámica impuesta por el proceso de radicalización. Su hermano menor, con una importante trayectoria en la UB Quispe, fue asesinado en junio del '74 por grupos locales de las Tres A. Tito abandona una forma de colaboración que él mismo consideraba como de “un vago”, para asumir un fuerte compromiso consistente en prestar su casa como refugio de la militancia perseguida durante los años del vendaval represivo. Denotando sencillez y nostalgia por aquellas experiencias nos cuenta:

“Del socialismo se habló, yo me acuerdo, del socialismo se hablaba, porque se hacía una cosa muy linda. Porque, por ejemplo, si yo tenía esta lapicera y venís vos, era tuya. Había un pedazo de pan y compartíamos. Compartíamos todo. Eso era el socialismo, era grandioso. Ahora yo veo cómo actúan las UB, digo no, no es así. Lo de uno es para todos, íbamos a una reunión y teníamos un atado de cigarrillos y todos fumaban. Si vos no tenías, no importaba y cuando tenías hacías lo mismo. Era una cosa linda. Ahora se va perdiendo, no hay enseñanza.” (EA- Tito)

3) La Lucha armada: del “partisano” al combatiente

La otra idea central que formaba parte del discurso de la radicalización fue la de la lucha armada, asociada a la de combatiente y el “hombre nuevo”.

Como fue expuesto en los primeros capítulos, en la extensa trayectoria de la JP platense, fundada en 1957, las prácticas violentas y armadas fueron parte constitutiva de su actividad política; tomando diferentes denominaciones a lo largo de los años. Durante la etapa de la resistencia se hablaba de acción directa y lucha callejera, desde los sesenta surgen las ideas de guerrilla rural y urbana con la formación de los primeros “comandos” y ya en los setenta, con los programas de las organizaciones y de Montoneros en especial, circuló la noción de “formación integral”, política y militar, de los militantes.

mismo: ¡Che que pasaba, si le decías a Nenuco que éramos peronistas socialistas. El viejo sacaba el

Sin embargo, este tránsito y “naturalización” de las prácticas políticas armadas, subrayada por los históricos de la JP y los jóvenes con algún grado de tradición familiar en el peronismo resistente que actuaban en las unidades básicas, no necesariamente iba a compatibilizar con esta última noción impulsada por Montoneros, que implicaba la “profesionalización” de la violencia. En lo que sigue se intentará precisar estas afirmaciones.

Resulta claro que la legitimidad del monopolio estatal de la violencia, estaba puesto en cuestión entre los sectores populares que, provenientes de la juventud peronista, se incorporaron al proyecto Montonero. Se fundaba en una consideración bien conocida que en el caso del peronismo se sintetizó durante la proscripción en la consigna: “la violencia de arriba engendra la violencia de abajo”. Un trabajo académico reciente caracteriza este tipo de violencia como la del *Partisano*, emergente en contextos dictatoriales. No serían sus agentes y promotores militares profesionales sino civiles que se alzan en armas, lo que la vincula con uno de los “derechos naturales” fundantes de la teoría política clásica de tradición liberal: el derecho de resistencia a la opresión (Tcach, 2008, pag., 141).

Siguiendo esta interpretación, la versión peronista de la “lógica del partisano”, tuvo como punto de partida el año '55; en junio con los bombardeos de la Plaza de Mayo y setiembre con el golpe. Podría agregarse que en el caso de los jóvenes de la JP platense, la sublevación cívico/militar filoperonista del '56 y la represión que la acompañó – como dijimos La Plata, cabecera de unidades militares, fue uno de los focos del levantamiento - marcó el comienzo de su activismo. El testimonio de Roberto K., futuro miembro de la conducción de la JP e impulsor de la estrategia de masas barrial a comienzo de los '70, destaca la importancia de estos hechos. Casi un niño en el momento de los acontecimientos, recuerda vivamente los mecanismos de participación basados en los vínculos familiares entre padres e hijos, proveyendo imágenes perdurables para los futuros “partisanos” del peronismo revolucionario:

“Mi inicio en la política consciente fue el 9 de junio de 1956 cuando mi padre participó como suboficial del ejército del regimiento 7 con Coronel Cogorno [el líder local del levantamiento que fue fusilado]. Lo indico porque fue uno de los hitos importantes que a uno lo marcaron; por los silencios, por los códigos, por la manera que se hablaba. Esos relatos generaron, en muchos de los que participaron en esa generación, una integración casi natural, que en la década del 70 serán parte de la JP” (EA- Roberto K.)

Por otra parte, muchos de los jóvenes de extracción trabajadora, habitantes de los barrios, que ingresaron a la militancia vía la política de masas de Montoneros, habían pasado por estas formas de “socialización política”, donde las redes familiares y barriales, contribuyeron para consolidar una actitud de “naturalidad” hacia las prácticas clandestinas. En efecto, en los hogares peronistas resultaba conocido no dar todos los datos de filiación, manejarse con nombres ficticios, recibir visitas que pernoctaban sin demasiadas explicaciones y guardar armas.

Hay que agregar que en la percepción de estos jóvenes, la versión “peronista resistente” de la violencia, se reforzó con la que remitía al golpe del '66 la generalización de la lógica del partisano; claramente manifiesta con los rebeliones populares de fines de los '60 y la creciente participación de las organizaciones armadas. En esas condiciones son plausibles las declaraciones de Carlos en cuanto a que la presencia cotidiana en el barrio de un “combatiente montonero” no causaba extrañeza. Como dijimos, Carlos, con su doble carácter de “partisano” durante la Revolución Libertadora y la Revolución Argentina, era un “UBC” montonero que se incorporó con ese carácter en las unidades básicas de Ringuelet en el '73. Allí, gracias al clima de rebelión imperante, será reconocido rápidamente como un partisano, o un montonero que luchaba con las armas contra la opresión, sin tener que ofrecer demasiadas precisiones:

“Lo que pasaba era que la gente ya había conocido en gran parte la violencia política y la lucha armada anterior, es decir, desde el '69/'70 en adelante. Vos tene en cuenta que durante los años anteriores al 73, el Cordobazo y después todas las acciones de las organizaciones, eran conocidas. La gente había vivido todo eso. Los Montoneros eran producto de esto, la gente los identificaba claramente con esa política armada. Y no causaba extrañeza su presencia en el barrio. O sea yo nunca le fui a decir alguien en el barrio; escuchame Pedro yo soy montonero. Pero la gente sabía que éramos montoneros” (EA-Carlos)

El arraigo que tuvo esta concepción de la violencia política, y sus prácticas, entre los sectores populares peronista se encuentra también en la recepción e interpretación que tuvieron dos acontecimientos centrales de la radicalización. En tal sentido es posible afirmar que el “Aramburazo”, una acción identificada con los grupos radicalizados que implicaba el uso de la violencia contra personas, presentada como un actos de “justicia revolucionaria”, tuvo una fuerte aceptación en tanto daba contenido a la mencionada fórmula “la violencia de arriba engendra la de abajo”, propia de la lógica

del partisano. Montoneros buscó difundirlo como una respuesta, “desde abajo”, a aquel acto originario y violento, organizado “desde arriba”, por los golpistas del '55.

Este modelo interpretativo puede hallarse también en uno de los hechos que más conmocionó a la militancia, sobre todo estudiantil, y que alimentó la legitimidad de la opción armada y la figura del combatiente. Los hechos de Trelew, sin duda, dividieron las aguas y consolidaron la convicción de asumir un tipo de activismo basado en un compromiso “integral” con la lucha armada, en muchos de los jóvenes que se congregaron en las UB montoneras. Sin embargo, gran parte del universo barrial, socializado, como dijo, en la tradición del peronismo proscrito, hizo suya la interpretación de los hechos de Trelew como un episodio más de la conocida violencia del régimen contra el pueblo. El testimonio de uno de los responsables de la UB Burgos-Escribano de Los Hornos, miembro de una familia que proveyó militantes a la JP platense primero y a Montoneros después, lo plantea en estos términos:

“Con la masacre de Trelew, yo todavía iba al Colegio Nacional. Había una gran cantidad de agrupaciones de izquierda, muy pocos eran de la JP, y me acuerdo que Trelew golpeo mucho en esas agrupaciones; provocó un bajón grande y desconcierto en cuanto a los fines que perseguía en enemigo. En Los Hornos, en la UB Evita que yo trabajaba, las cosas se tomaron de una manera diferente, para los viejos peronistas era como la violencia del régimen; de cárceles, de torturas. Si bien los que estaban en la UB no habían estado presos, sabían, conocían, por otro lado, la llegada de Perón en noviembre del '72, absorbió todas las actividades. Trelew funcionó entonces diferenciando la militancia peronista, eso fue un hecho objetivo, pero que no repercutió en Los Hornos, sí en el centro. En general para la gente que militaba en los barrios, los peronistas y los viejos de los barrios, Trelew era la conocida violencia del régimen” (EA- Marcelo)

Con estos elementos, resulta pausable afirmar que la opción armada como reacción legítima a las distintas formas de “opresión del régimen”, y a la dictadura del '66 en particular, dominó en el imaginario popular comprometido con el activismo radicalizado durante el período. En otras palabras, la doble lógica del partisano, la de los combatientes contra la Revolución Libertadora y contra la Revolución Argentina, fue la que prevaleció como fuente inspiradora de las acciones armadas, aunque sufrió transformaciones.

Nuevos elementos se sumaron a la esta doble lógica del partisano a medida que el enfrentamiento creció y se registraron las primeras muertes, localmente hacia mediados del '74. En primer lugar, se consolidó, en la franja contestataria barrial que analizamos, la necesidad de emprender acciones como respuesta a los ataques del

“enemigo”. Los testimonios señalan diferentes reacciones, desde reclamos a Montoneros para que organice operativos de represalia hasta intentos aislados de este tipo de acciones, que debieron ser controladas por los responsables políticos.¹⁸¹

Esta dinámica podía combinarse con aspectos más trascendentes vinculados a las míticas figuras de los fundadores de Montoneros, y a los caídos en combate, preferentemente invocados por los jóvenes militantes que conformaban los grupos de base de las UB. Algunos autores han interpretado esta perspectiva mítica y trascendental del fenómeno de la lucha armada como la consecuencia de la secularización de las creencias religiosas, muy presente en Montoneros, o como “un desplazamiento y recomposición de lo sagrado en el ámbito de lo político” (Donatello, 2010). Este “espíritu de cruzada” (Tcach, 2008) aparece en las declaraciones de algunos de nuestros entrevistados. Las referencias si bien son circunstanciales tienen contundencia y sugieren que el sentido último del activismo estaba en la igualación con los combatientes, tanto de sus prácticas como de su reconocimiento. Daniel I., un joven trabajador que comenzó su carrera militante en el UB Gerardo Ferraris de Villa Elvira, y Jorge, un estudiante del Colegio Nacional fundador de la UB Juan Pablo Maestre en Los Hornos, explican parte de ese sentido en una famosa fórmula de reconocimiento que circulaba entre los militantes barriales más comprometidos:

“Muchos compañeros tenían la tendencia a la actividad del combatiente. Todos los compañeros, la mayoría de los pibes e inclusive algunas pibas le interesaba todo eso. Teníamos la revista que informaba lo que se iba haciendo. Todos querían hacer eso. Algunos inconscientes decían: yo cuando me maten quiero que pongan a la próxima UB mi nombre (EA-Daniel)
“Sobre la elección de los nombres de las UB, siempre estaba la esperanza, de que luego de tu muerte, una UB tuviera tu nombre.” (EA-Jorge)

Pero, más concretamente, las acciones armadas comenzaron a entenderse como una respuesta necesaria a los ataques que tuvieron lugar en el barrio por parte de grupos parapoliciales, que en varias ocasiones fueron producto de operaciones de inteligencia, que habitantes del barrio, muchos de ellos agentes de la policía provincial, llevaron a cabo contra miembros de las UB montoneras¹⁸². De esta manera lo explica el

¹⁸¹ La intervención de los responsables políticos, en algunos casos jóvenes mujeres, evitó que militantes autóctonos salieran “hacer macanas”, impulsados por sentimientos de venganza. Tito, allegado de la UB Quispe, luego del asesinato de su hermano en junio del '74 en manos de los grupos parapoliciales locales, estaba decidido a actuar por su cuenta, sin embargo, sus responsables intervinieron a tiempo.

¹⁸² El responsable de la UB Burgos-Escribano, a pesar del fuerte arraigo que el agrupamiento tuvo en el barrio obrero de Los Hornos, garantizando en ciertas ocasiones la protección a los militantes perseguidos, admite la delación que sufrieron de parte de funcionarios policiales, muy probablemente, habitantes del barrio. “Nosotros teníamos un nivel de conocimiento y sabíamos quienes eran policías. Admito que había

responsable de la UB Quispe, para quien finalmente las prácticas asociadas a la exigente concepción de la lucha armada como un proceso de formación integral de la militancia, terminaron aislando a los jóvenes.

“Ahí [en el barrio] el peligro era el CNU. Eso era agresivo. Nosotros sabíamos lo del aramburazo, pero lo local era la patota. Tal vez el aramburazo motivaba, eran mitos. Éramos muy jóvenes y estos eran mitos convocantes, esto era de la militancia. Yo personalmente creo que fuimos perdiendo cuando nos replegamos a la formación de cuadros, dejamos lo movimientista, lo barrial.” (EA-Daniel C.)

Un tanto pragmáticamente, entonces, la dinámica de los hechos y la situación de enfrentamiento, convencieron a muchos sobre la necesidad de instrucción en el uso de armas. Nuevamente el testimonio de Tito, acaso permita captar con mayor claridad la concepción pragmática, realista, cargada de elementos afectivos, propia de los sectores populares podría afirmarse, aunque no exenta de sentimientos de distinción, sobre las prácticas armadas en los barrios:

“Yo hice adiestramiento militar. Si te encontrabas en una circunstancia tenías que manejar un revólver. Generalmente no se hacía en la UB. No sabías donde lo hacías, te llevaban cerrado; te tapaban los ojos, subías a un auto y vamos. Había prácticas con dibujos, en movimiento y parados. Me daba orgullo, pero además tenía rabia por lo de mi hermano y por lo que había pasado con muchos.” (EA-Tito)

Lo que estaba en juego en este marco era la implementación de un tipo de violencia que sus impulsores denominaba como revolucionaria y que debía superar las formas naturalizadas y espontaneistas, propias de la lógica del partisano y desarrolladas durante la larga trayectoria del peronismo barrial.

Montoneros, como en general las otras organizaciones armadas, buscó implementar localmente las experiencias internacionales revolucionarias exitosas. Todas indicaban, la rusa, la china, la argelina, la vietnamita, la cubana, la necesidad de una organización centralizada cuyos miembros debían ser militantes a tiempo completo. La legitimidad del uso de la violencia derivaba de la propia naturaleza de sus actividades

gente del barrio que nos podía denunciar a la policía. Los policías tenían datos finos sobre nosotros, como nosotros teníamos de ellos. Pero ellos operaron sobre nosotros, esa fue la diferencia.” (EA-Marcelo M.) El testimonio de Daniel I., el miembro del grupo de base de la UB Gerardo Ferrari, nos ilustra de forma más directa y dramática el accionar de un vecino policía, en la etapa final de la experiencia barrial montonera: : “Por el día del montonero, en setiembre del ’75, organizamos una pintada en 7 y 72, un acto relámpago de cinco minutos. Nos replegamos al barrio, a diez o doce cuadros del lugar de la pintada. Desde la comisaría de la zona salen a buscarnos y se monta un operativo de búsqueda. Cuando uno de los

tendientes a la “toma del poder” para fines revolucionarios, no de la conculcación de una “derecho natural”. En el contexto local, y del peronismo en particular, en el que Montoneros pugnaba por insertarse, la vía armada se legitimaba a la vez en contraste con la vía pacífica y las prácticas de negociación que sólo habían buscado la integración del peronismo al sistema. Hacia los frentes de masas, estos planteos se expresaron través del modelo de *formación integral del militante*. Tal vez sea posible afirmar que éste buscaba “racionalizar” el espíritu de revuelta antiautoritario, libertario y creativo de amplios sectores de la juventud. Dicho en otros términos, tanto por el corolario ideológico de las organizaciones como por la respuesta militarizada de la “reacción conservadora”, se impuso la “racionalidad instrumental de la guerra” o, como explica Tcach, la lógica del Gólem (Tcach, 2008, pág 15) ¹⁸³.

Podemos adelantar que esta racionalización, con sus secuelas de profesionalización de las prácticas armadas, avanzó poco en nuestro ámbito de análisis.

En primer lugar, globalmente la concepción de Montoneros sobre la formación política/militar¹⁸⁴, si bien se puede atribuir al corolario de sus componentes ideológicos revolucionarios, así como a la imposición de los hechos, su implementación excedía las posibilidades barriales, rompiendo con un tipo de acción militante amplia y contenedora. Estos aspectos son subrayados por una estudiante universitaria que llegó a la UB Evita de Los Hornos a comienzos del '73. Gracias a una división informal del trabajo, Marta estableció relaciones muy intensas con los niños, las mujeres, ancianos y enfermos del barrio. Desde esta perspectiva evalúa la implementación de la figura del “miliciano”:

“Por ejemplo una cosa que nos pasaba, cuando avanzaba la militancia y había más vinculación con lo que nosotros llamábamos la ORGA, Montoneros en un momento, era que como que no quedaba otra alternativa que la lucha total. Todo el mundo se quería incorporar a pelear, como milicianos y nosotros veíamos que uno de los compañeros más comprometido del barrio era un hombre que era lisiado, tenía una pierna ortopédica. El tipo nos decía: “Y yo quiero, pero cómo voy hacer, si tengo que salir corriendo y me tengo que tirar debajo de un auto me tengo que proteger, ¿cómo voy hacer?”. Entonces, lo tenías que descartar al compañero?. Era como que encontrábamos en la propuesta que dejaba de ser contenedora. Esto de que la

compañeros estaba casi a dos cuadras de su casa, sale un policía del barrio y como ve que viene huyendo le tira dos tiros en la espalda y el compañero cae muerto.” (EA-Daniel I.)

¹⁸³ La lógica del Gólem alude a una leyenda de la tradición judía. En ella se cuenta la historia de la creación de un autómata, el Gólem, una especie de monstruo con la función de defender a la comunidad de agresiones externas, que rápidamente queda fuera de control y produce todo tipo de catástrofes.

lucha tenía que ser si o si de esa manera. Como que se nos iban agotando las posibilidades en lo que era el barrio” (EA-Marta)

En segundo lugar, tomando una de las manifestaciones más radicalizadas de la racionalización de la violencia, las muertes por razones políticas/revolucionarias, se encuentra en los entrevistados diferentes motivos de discrepancia. Sin duda, en estas declaraciones acaso esté presente un juicio retrospectivo crítico a este tipo de acciones. Pero, puede afirmarse, la presencia de un par de elementos, bien conocidos, que ayudan a explicar las incertidumbres sobre el alcance de las “muertes políticas” entre la militancia barrial de la JP/M.

Como se dijo, en el contexto de tradición peronista, que interpretaba la violencia como una actividad defensiva y resistente orientada en última instancia a la restitución del “gobierno popular”, uno de los hechos que más tensión generó fue el asesinato de José I. Rucci en setiembre del '73. Según Bonasso, la decisión de ultimar al secretario de la CGT fue producto de la acción autónoma de un comando que caracterizó la oportunidad como propicia, en línea con la racionalidad instrumental a la que hacíamos referencia.

En los hechos, la militancia barrial pareció quedar sin una explicación oficial sobre las causas y objetivos de la impactante acción. No obstante, Montoneros, sin asumir públicamente la autoría, a través de los responsables políticos, promovió una amplia discusión buscando recabar las opiniones de los grupos de base de las UB, quienes demandaban ávidamente explicaciones. En el siguiente testimonio aparecen algunas claves en relación a este malestar que pareció alcanzar a los jóvenes. Hugo era parte del grupo de base de la ya mencionada UB Obregoso de Melchor Romero. La muerte de Rucci, fue recepcionada con “simpatía” por él y su grupo, aunque implicó una caída en el nivel de convocatoria de la UB, la necesidad de asumir mayores compromisos y un cierto desconcierto entre los allegados:

“El 73 estuvo signado el acceso al gobierno y las disputas en el gobierno. Y después se da el hecho trágico de la muerte de Rucci, que nosotros la veíamos con simpatía. Lo vivíamos con mucha simpatía porque creíamos que era una forma de poner blanco sobre negro la realidad, lo tengo como un signo de definición política que polarizaba las cosas. En realidad mirando a la luz de la historia fue un error gravísimo, una brutalidad desde todo punto de vista, porque rompió el puente de identidad con Perón. Era como tirar un muerto arriba de la mesa. Pero desde la ingenuidad o la simpleza de la visión política de un joven que recién se incorporaba era

¹⁸⁴ Un análisis y descripción de esta formación en puede verse en (Gillespie, 1987). Algunos documentos

mirado con simpatía. En el barrio, las relaciones empiezan a ser más complejas. Yo no recuerdo cuestionamientos puntuales, excepto de las discusiones entre militantes de distintos grupos. Pero lo que sí se daba era una reducción de los niveles de movilización. Era mucho más difícil movilizar. Por otro lado, que vuelva Perón, que ganemos las elecciones, llegamos al gobierno y después que significa esta pelea con muertos en el medio. Había algunos vecinos con los que la cosa se charlaba más a fondo y otros directamente se negaban a hablar” (EA-Hugo)

Por otro lado, estaba el componente católico muy presente en la tradición peronista, que si bien impulsó la vocación militante, proclamaba el “no matarás”. Son bien conocidas las objeciones de conciencia de muchos militantes de extracción católica al uso de la violencia revolucionaria para la eliminación física del enemigo. Habría que agregar que el barrio daba muestras de sus creencias católicas las cuales eran acompañadas por la propia organización Montoneros. Miguel, un estudiante platense con una fuerte militancia barrial, lo explica:

Si bien renegábamos de la Iglesia, muchas veces Montoneros hacía una misa por un compañero caído. Era una manifestación popular de duelo, la gente pedía una misa. No les van hacer una misa al Cacho, decían, que clase de peronistas son ustedes. Además muchos eran católicos y cristianos (EA-Miguel)

Por último, hay que decir que el adiestramiento militar en los ámbitos barriales, otro aspecto central de la racionalización de la violencia, no superó una serie de prácticas muy básicas reducidas, en la mayoría de las veces, al grupo de base y a dos o tres allegados. Carlos, como oficial montonero encargado de un grupo de UB de la zona de Ringuelet, reconoce que nunca fue posible un tipo de formación teórica y militar rigurosa, y masiva, que permitiera consolidar entre lo jóvenes militantes barriales una “subjetividad” acorde a la noción de combatiente; según se desprendía y se esperaba de la concepción de la violencia revolucionaria:

“Se empezaba y más o menos se identificaban a los compañeros que estaban para la acción directa, como quien dice. Pero sin ninguna organicidad, sin ninguna sistematización, nada. El entrenamiento era mínimo para que tomara contacto con la violencia. Tareas de autodefensa del barrio, que implicaban por ahí, que tenía que tener un arma. Es decir hacerse responsable de un arma. Por supuesto que eran armas chicas, de calibre 22 para la milicias” (EA-Carlos)

Con estos elementos, en torno a las ideas más significativas del universo de sentido montonero, podemos concluir: de manera notoria, los testimonios dan cuenta del fuerte arraigo de la figura de Perón, su productividad y genio político, y del peronismo,

su carácter aglutinante y confrontativo, transmitido por redes familiares y barriales. Este entramado socializó a muchos de los militantes que abastecieron a Montoneros, predisponiéndolos hacia el activismo, pero, por otra parte, se reveló resistente a la crítica, de manera particular en el ambiente barrial, que necesariamente impulsaba la radicalización montonera en su afán de conducir a las masas peronistas.

En el seno de la tradición peronista, también se desarrollaron elementos que configuraron las ideas sobre socialismo y lucha armada. Sobre todo, la generación militante de la JP de los años '60 estaba impregnada de estos elementos. La noción de socialismo, sustentado por otra parte en la tradicional noción de "justicia social", se había difundido como un sentido común de la época y los aportes de Perón eran reconocidos por todos, aunque estuvieran cargados de ambigüedades. Las unidades básicas, la militancia y los allegados, también se impregnaron del espíritu de la época proclive a las propuestas socialistas, pero comenzaron aparecer bloqueos vinculados a las ambigüedades de la "ideología peronista", así como a la poca convicción y formación de los miembros de los grupo de base de las UB, lo que redundó en un escaso abordaje teórico de la concepción socialista de la sociedad. Los testimonios destacan, no obstante, el fuerte impacto entre allegados e incluso vecinos, de las experiencias de "socialización", producto de la interacción entre la militancia estudiantil y la barrial.

Por último, la lucha armada también tenía vastos antecedentes en el seno del peronismo, representada en la figura del partisano. Sin embargo, la "racionalización" de la violencia impulsada por Montoneros creó incertidumbre en los ámbitos de las unidades básicas: no todos estaban aptos, las "muertes políticas" generaron resistencia e incertidumbre y el programa de instrucción militar tuvo escaso desarrollo.

Conclusiones

El “frente barrial” que los jóvenes peronistas identificados con los procesos de radicalización organizaron en la periferia de la ciudad de La Plata a comienzos de los años '70, tuvo amplios antecedentes. Así, en los orígenes de nuestra reconstrucción, se encuentra la JP platense. Un grupo con predominancia de trabajadores y lazos familiares y de amistad, surgido como respuesta al vendaval proscriptivo y represivo - cuya condición de posibilidad los jóvenes atribuyeron a la acción cómplice de amplios sectores de la dirigencia peronista “traidora”- desatado contra el peronismo luego del '55. Protegidos y cobijados por dirigentes gremiales que les facilitaron recursos y transmitieron experiencias, crecieron a través de un activismo libre de tuteladas, en un circuito reducido y aislado que incluía los ámbitos laborales, barriales y callejeros. Tanto por su entusiasmo como por su osadía, fueron rápidamente reclutados por los miembros de la resistencia que operaban en la ciudad, comenzando así, una socialización política en reducida escala que los adiestró en una serie de tareas que los identificarán: participación en atentados contra figuras del antiperonismo militante, protección de compañeros perseguidos, métodos “celulares” de organización, uso de armas.

Desde los primeros años de la década del '60, en el ámbito de la JP platense empezaron a ser palpables las influencias y renovaciones que provenían de la izquierda que había iniciado su larga marcha de reinterpretación y acercamiento al peronismo. Los jóvenes peronistas platenses, fueron tejiendo diferentes lazos con sectores e iniciativas vinculadas a la recepción local que tuvo la Revolución Cubana; un pequeño grupo viajó a la isla. Por otra parte, algunos de ellos establecieron lazos políticos y afectivos con activistas trotskistas que operaban a nivel local y comenzaron diferentes acercamientos con militantes socialistas y comunistas; muchos de ellos contactados en las cárceles. Dentro del peronismo, esas influencias se reflejaron en diferentes líneas internas de reinterpretación del movimiento proscripto que impactaron de lleno en la experiencia juvenil: el “giro a la izquierda” de Perón y la emergencia de una línea peronista revolucionaria.

El golpe de Onganía produjo cierta expectación favorable entre las huestes peronistas más organizadas y activas, entre las que se contaban los jóvenes, basada en la recurrente imagen del “golpe nacionalista” o en la especulativa actitud que se desprendía de la expresión “desensillar hasta que aclare”, atribuida a Perón. Tal vez sea

posible afirmar, que en una ciudad universitaria como La Plata, esas expectativas se fueron desbaratando más o menos rápidamente, al ritmo de la represión desatada contra el activismo político juvenil, y estudiantil en particular. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el elemento que relanzó a la agrupación platense fue la incorporación sostenida y formal, a partir del '66, de los estudiantes universitarios. Fueron estos los que impulsaron la creación de la JP en el interior de la provincia de Buenos Aires, e intentaron convertirla en una “organización de masas” con base en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata. Con el espacio partidario proscripto y despreciado, el gremial firmemente controlado por el “vandomismo” y el universitario desestimado por su elitismo y antiperonismo, el territorio, es decir el barrio como espacio de socialización política de los sectores populares, fue el lugar “natural” donde esos estudiantes volcaron el entusiasmo militante y desarrollaron un núcleo de poder propio.

Los años '70 aportaron decisivamente a la implantación barrial y radicalización del grupo, a través de un amplio activismo que se desarrolló en base a tres procesos: la apertura electoral, la vuelta del líder y el acercamiento e identificación con las organizaciones armadas que se reivindicaban peronistas. Constituido como JP/Montoneros a fines del '72, comenzó una escalada que permitió a las huestes juveniles contar con una estructura de más de 30 unidades básicas, capaces de movilizar entre cuarenta y cien personas cada una. En ese escenario, pugnaron una serie de actores que buscaron por medio de sus prácticas y representaciones, establecer una “universo de sentido” en línea con el programa de la radicalización impulsado por los jóvenes ya plenamente identificados con Montoneros.

La experiencia tuvo su momento de mayor desarrollo entre fines del '72 y principios del '73 y hasta los últimos meses del '74. Durante ese período fue posible el despliegue de un amplio plan de actividades reivindicativas, culturales y políticas que permitieron la directa intervención de los habitantes de los barrios populares platenses en el objetivo, más claro y convocante al comienzo, de la “reconstrucción nacional”, más difuso después, del “socialismo nacional”. A la largo de 1975, ya con los locales de las UB cerrados y los grupos parapoliciales operando en los barrios, este activo protagonismo describió una curva decreciente, para terminar reduciéndose a la utilización de algunas casas y espacios barriales como resguardo de los recursos, materiales y humanos de Montoneros. Con el golpe, si bien unos pocos militantes

autóctonos, y en menor medida, algunos jefes montoneros reconocidos, contaron con el apoyo de los vecinos, el barrio se convirtió en un lugar hostil.¹⁸⁵

La descripción del funcionamiento del actor colectivo e institucional, es decir las treinta y dos UB de la JP/M platense, nos permitió hacernos una idea aproximada de la recepción popular que tuvo una de las expresiones más extendida de la radicalización política setentista. En el origen de la constitución de estos centros difusores del “pensamiento rebelde”, fue fundamental la existencia previa de un incipiente número de UB partidarias que los jóvenes conocían y de las que eran miembros activos. Desde ese punto de partida pudimos identificar, por lo menos, tres variantes “originarias”.

La primera, más orgánica y estratégica, fue la que se desarrolló a partir de la llegada de miembros de Montoneros a UB partidarias, abiertas al calor de la apertura electoral por los caudillos barriales del peronismo histórico. La mayor o menor afinidad de éstos últimos con los jóvenes contestatarios derivó en dos sub-variantes. Una más rupturista, liderada por los jóvenes que se enfrentaron rápidamente con la estructura preexistente de la ortodoxia partidaria y crearon sus propias UB. La otra, decisiva para la penetración montonera, estuvo marcada por la continuidad en los vínculos familiares e ideológicos entre las “viejas” y “nuevas” UB.

La segunda, casi excepcional según los testimonios, fue la variante “espontánea”, consistente en la formación de las UB por jóvenes, generalmente estudiantes, que se identificaban con los procesos de radicalización y que luego se integraban a la estructura montonera.

La tercera y última forma de creación de UB montoneras, ya en plena etapa de crecimiento, fue producto de las iniciativas de los militantes que buscaban expandir la actividad en zonas que evaluaban como propicias, siempre con el aval y la supervisión de la organización Montoneros.

En otro nivel de análisis de los actores, el trabajo ha reconstruido las características y los personajes de la militancia barrial. Dicha reconstrucción permitió delinear diferentes perfiles militantes. En primer lugar, los contingentes de *militantes estudiantiles*, verdadera novedad para los barrios, tanto por su presencia constante como

¹⁸⁵ Puede especularse que a partir del '76, y antes también, el carácter expresivo, extrovertido y festivo de las UB trocó en las “casas operativas”, centros de una doble actividad. Hacia fuera, una ficticia cuyo objetivo básico era no alterar la “normalidad barrial”. Hacia dentro, las orientadas a apoyar el esfuerzo bélico de la organización, como el funcionamiento de pequeños arsenales o imprentas clandestinas. Para un caso emblemático de estas casas operativas en la ciudad de La Plata ver: (Panceira, 2006)

por su mensaje políticamente más complejo. En segundo término, el *militante autóctono* oriundo del barrio, el producto más acabado de la estrategia barrial montonera. Luego encontramos al *referente barrial*, un vecino prestigioso en torno del cual, en la mayoría de los casos, se constituía la UB. Por otra parte, fue posible diferenciar al *allegado*, es decir al componente más numeroso y que daba a la UB su carácter multitudinario. Finalmente, registramos diferentes figuras del “*mundo lumpen*”, difícilmente ubicables dentro de la categoría de militantes pero con fuertes vínculos con ésta: su presencia en las inmediateces de las UB atestiguan sobre la llegada popular de la propuesta montonera.

Con la excepción de la primera variante - el militante estudiantil-, el resto puede ser considerado como parte del universo popular que impulsó y recibió el mensaje “revolucionario”. Pese al alcance de la propuesta, que logró convocar a la totalidad de los “tipos” sociales que habitaban las barriadas platenses, existieron una serie de limitaciones, subrayadas en los testimonios, que pueden ser útiles para explicar la escasa fortaleza de toda la experiencia. En el caso de los militantes estudiantes hemos señalado que no pudieron superar, salvo excepciones – en gran medida atribuibles a sus características personales-, un rasgo de “externalidad” en relación al barrio; más allá de los esfuerzos tendientes a simplificar el lenguaje y reducir las distancias sociales y culturales.

En cuanto al conjunto que se orientaba *desde* el barrio - los jóvenes autóctonos, los referentes, los allegados y los “lumpen”-, las limitaciones aparecieron cuando se vio enfrentado, al mismo tiempo, a los primeros golpes que la represión le dirigía y a las exigencias disciplinarias del activismo revolucionario montonero. En este sentido los jóvenes autóctonos, algunos adolescentes, no lograron superar el estadio de “inmadurez política” que muchos vecinos le atribuían, pese a compartir el trabajo en las UB y a tener con ellos fuertes lazos afectivos. En el caso de los allegados, referentes y “lumpen”, es decir aquellos a los que podríamos considerar las “masas” del barrio, su nivel de compromiso fue cambiante. Podríamos decir que se cimentó a partir de la identidad peronista y popular que la JP/M, expresaba en las barriadas platenses. Hacia comienzo de los '70, la dinámica política, acelerada por la vuelta de Perón y la apertura electoral, avivó el compromiso del activismo barrial, rápidamente canalizado por los jóvenes a través de grandes movilizaciones. A comienzo del '73 la constitución de las UB permitió al “movimiento rebelde” sumar una fuerte capacidad de prestación, otorgándole al compromiso barrial un carácter de masivo.

Sin embargo, desde los primeros meses del '74, la JP/M comenzó a perder varios de estas capacidades, sobre todo por el enfrentamiento con Perón y la pérdida de las influencias en el estado provincial. En el barrio y en las UB, esto se tradujo en el pasaje de algunos de los referentes a las filas del peronismo ortodoxo, la detención del crecimiento del número de los allegados y la proliferación de conductas hostiles hacia los jóvenes montoneros por parte de diferentes figuras del “*mundo lumpen*”.

En relación a las *prácticas* que se desarrollaron en las UB montoneras de nuestra sencilla diferenciación podemos concluir lo siguiente. La “acción social” tuvo una importancia fundamental en la consolidación de la masividad, en tanto estuvo en línea con un rasgo de la época: el círculo virtuoso del reclamo, la movilización y la resolución favorable de las reivindicaciones barriales. La JP/M logró dar forma a un diseño institucional, a través del cual, se podía estar, según un gráfico testimonio, “de los dos lados de la ventanilla”. Además, junto con estos mecanismos dependientes de la acción del gobierno peronista, se puso en marcha un amplio *sistema de prestaciones* a la mediada de una militancia que volcaba en él su vocación y esfuerzo, fortaleciendo compromisos personales y grupales, basados en la reciprocidad y la contraprestación. Como explican los entrevistados, ambas formas de “acción social”, sobre todo la asentada en las prestaciones diarias - en el “cuerpo a cuerpo” – fueron un eficaz mecanismo para la consolidación de la militancia; lo subrayaron en particular las militantes mujeres, quienes alcanzaron a penetrar profundamente en los hogares de los barrios bajo la órbita de las UB montoneras. Si bien, dicha “acción social” no dejaba de ser un tipo de práctica subordinada para una organización con propósitos revolucionarios, para la militancia barrial su despliegue efectivo y masivo fue fundamental. Evaluación que quedó más en evidencia cuando la caída del gobernador Bidegain eyectó del gobierno provincial a los funcionarios afines a Montoneros, dejando a las UB sin las influencias y los recursos necesarios para dinamizar las acciones reivindicativas.

En cuanto a la “acción política”, hemos identificado dos momentos en el ámbito de las UB montoneras. En un primer momento, a partir de los últimos meses del '72, la JP/M tuvo un papel protagónico, avivando el impulso contestatario de una sociedad que parecía llevar adelante un “ajuste de cuentas” con el autoritarismo de la dictadura. Fueron los jóvenes los que implementando irrestrictas y creativas formas de participación y movilización, cargadas con consignas radicalizadas, buscaron

influenciar en la rumbo del poder político y estatal que se suponía estaba bajo el control de las fuerzas populares.

Hemos caracterizamos el segundo momento de la “acción política” montonera, como orientado a la *producción* de poder político propio. Después de los episodios de Ezeiza, y con mayor nitidez en el primer semestre del '74, en el ámbito de las UB comenzaron a establecerse diferencias entre quienes podían participar, y quienes no, de ciertas actividades eminentemente políticas: las que apuntaban a la *formación integral del militante*. Comenzó a agotarse cierta “naturalidad” en la tendencia a la participación de los vecinos y, paralelamente, cobraron fuerte presencia los dispositivos de selección, las formas de evaluación de la conducta militante y las restricciones en los mecanismos de toma de decisiones. En este contexto –de acuerdo con los testimonios-, empezó a delinearse la exigente figura del combatiente urbano; la cual, la mayoría de quienes se habían acercado a las UB no estaba en condiciones de asumir.

Las afirmaciones anteriores tienen su correlato en el procesamiento que los activistas barriales hicieron de algunas de las ideas más directamente ligadas al “movimiento rebelde”; ideas que si bien circularon en las UB, a través de debates y material escrito, tuvieron débil arraigo. En efecto, para los jóvenes militantes “autóctonos” – y más aún, para el resto de los “tipos” barriales-, *la figura de Perón* permaneció incuestionada. Para ellos, tanto por la memoria de la productividad de sus gobiernos como de su capacidad estratégica, Perón era insuperable, quedando fuera de cualquier posibilidad de competencia o cuestionamiento. Muchos pudieron llegar a reconocer hasta actitudes “canallescás” en el líder, pero nunca aceptaron la caracterización deslegitimante de “líder burgués” que Montoneros llegó a aplicarle. Esa conclusión a la que necesariamente llevaba la crítica montonera, fue incipientemente debatida entre los grupos de base de las UB luego de los sucesos de Ezeiza, cuando la organización se planteó la necesidad de superar el liderazgo de Perón y legitimarse como vanguardia revolucionaria de las masas peronistas.

De manera análoga, *la noción de socialismo* avanzó poco, fundamentalmente por dos motivos, según las evaluaciones que hoy hacen algunos de los entrevistados. Los vecinos del barrio -allegados y colaboradores de las UB- portaban elementos ideológicos que Montoneros calificaba como propios de la “pequeña burguesía”, tales como un fuerte apego a la propiedad privada y una visión estereotipada de la sociedad socialista como sistema expoliador. Por otro lado, en términos de la difusión cotidiana

del ideario socialista, los militantes de base de las UB, encargados de esa tarea, mostraban fallas en su formación teórica - incluso escasa convicción-, además de percibir bloqueos en el auditorio barrial cuando debían abordar, según ellos de manera constante y machacona, la predica sobre la superación del capitalismo. En ese contexto, el socialismo, tendió a asimilarse con prácticas solidarias, experiencias que fueron muy extendidas y altamente valoradas por los allegados, sobre todo si venían de aquellos que contaban con recursos, como algunos estudiantes oriundos de la ciudad, y los compartían entre los “compañeros”.

Por último, *el tema de la lucha armada y la figura del combatiente*, también adquirieron significaciones propias y diferenciadas en el ámbito barrial. Como se ha dicho, la disputa por la legitimidad en el uso de la violencia fue un dato permanente en el proceso abierto con el golpe del '55, particularmente entre los sectores populares identificados con el peronismo y políticamente proscriptos, sobre todo durante los años de la “resistencia”. Ahora bien, la introducción por parte de Montoneros de una concepción “racionalizada” de la violencia – en tanto medio ineludible para alcanzar el socialismo-, encontraría obstáculos. De manera paradójal, como producto de aquella “naturalización” de la violencia, muchos jóvenes que frecuentaban las UB sentían fuertes impulsos hacia la acción armada: la fascinación de los “fierros”, según los testimonios. Hacia mediados de 1974, al desatarse la escalada de muertes locales, esos impulsos aumentaron y en muchos casos se tradujeron en reclamos a la organización para que respondiera “golpe por golpe”. En este contexto, los responsables políticos debieron intervenir para encauzar estos brotes de violencia “espontánea y desviacionista”, que ponían en peligro recursos, humanos y materiales – entre los que se contaban los propios militantes y espacios barriales-, afectados a objetivos de la lucha revolucionaria. Pero, por otra parte, en contraposición con lo anterior y por el peso de ciertos principios católicos o de un humanismo básico -muy extendido entre los sectores populares-, muchos activistas barriales imbuidos de estas ideas hacían una “objeción de conciencia” y presentaban un amplio rechazo a las muertes por razones políticas. Por último, si bien dichas “muertes políticas” tuvieron, a la vez, diferentes niveles de aceptación, sobre todo entre los jóvenes miembros de los grupos de base de las UB, el hecho de que no respondieran a motivos concretos – cobrarse venganza por la muerte de un compañero o recaer en la figura de un claro y conocido representante de la “barbarie gorila”- sino a una abstracta y racionalizada estrategia o táctica revolucionaria, podían causar conmoción y desconcierto. Este fue el caso de las muertes de José Rucci y Arturo

Mor Roig, tanto en los grupos de base como en los círculos de allegados. Esta situación parece haber sido percibida por Montoneros, ya que a través de los responsable políticos, implementó diferentes debates en el seno de las UB, con la intención aparente de explicar las razones de estas “muertes políticas” y de “medir” el impacto que tuvieron en los ámbitos barriales.

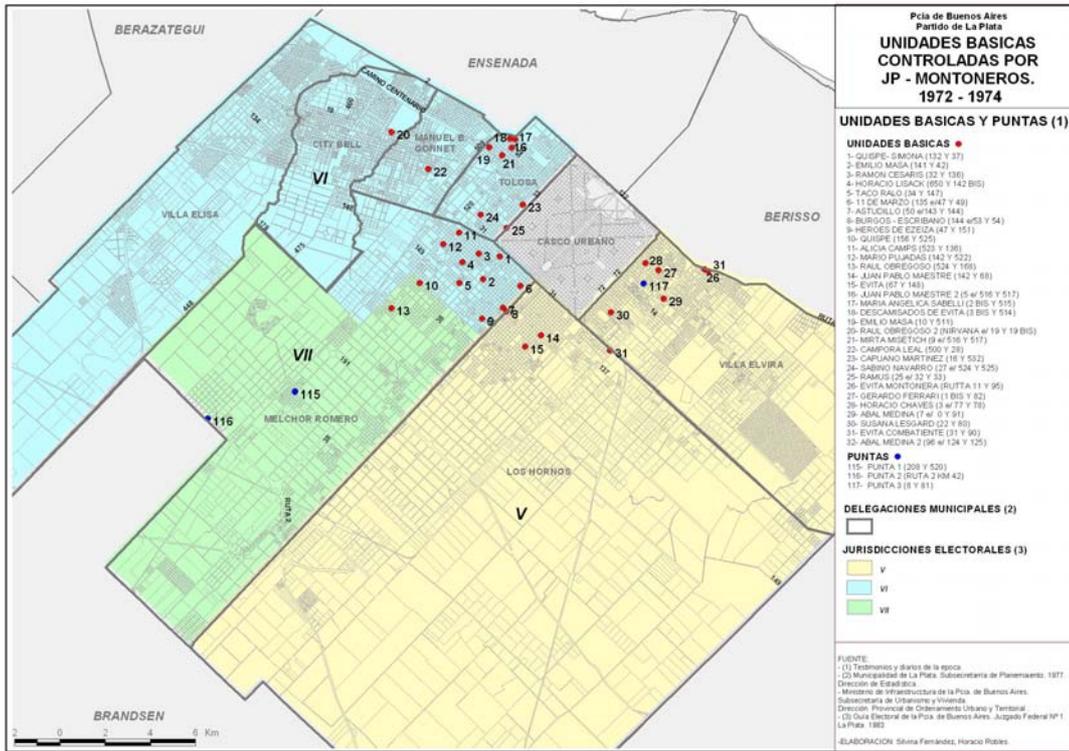
Concluyendo, nuestra indagación buscó desentrañar el tipo de vínculo establecido entre los sectores populares y la militancia revolucionaria de la JP, en el caso de los barrios de la periferia platense. La reconstrucción de esas interacciones, permitió constatar una variada y compleja cantidad de lazos mediante los cuales, dichos sectores populares, mostraron protagonismo y receptividad hacia un proyecto político que vinculaba la asentada identidad peronista con nuevos contenidos, apuntando a la construcción “nacional” del socialismo. Este audaz programa político logró, en una primera etapa, un importante nivel de receptividad, en la medida en que las propuestas aparecían crecientemente articuladas con reivindicaciones inmediatas o con objetivos políticos largamente perseguidos; tal el caso del regreso de Perón.

En cambio, con Perón en el poder, comenzaron las dudas, aún en los grupos más militantes de las UB, sobre la factibilidad de una línea revolucionaria que se presentaba como superadora de la experiencia histórica del peronismo pero que implicaba niveles de enfrentamiento con el líder. Fue entonces que muchos comenzaron a percibir como inviábiles o cargadas de “irresponsabilidad política” las propuestas de la JP/M.

En tanto experiencia de intervención política la que hemos estudiado presenta algunos rasgos habituales en los procesos de activación de los sectores populares: peso decisivo de los “espontáneos”, una dinámica marcada por la centralidad de los logros en el plano reivindicativo y un fuerte y continuado protagonismo de los “activistas naturales”. Asimismo, se advierten las dificultades de la dirección (JP/M) cuando, al perder espacio político y condiciones favorables para acción reivindicativa, no pudo evitar la rápida desmovilización de la red de UB a su cargo. Como parte del mismo proceso, dicha dirección, fue incrementado sus niveles de enfrentamiento con el poder estatal y con sectores del movimiento peronista. En esa situación, en la medida en que la organización Montoneros se repliega sobre sí misma y sobre sus prácticas militares, se fue quedando sin política barrial; el barrio mismo quedó subordinado a las necesidades operativas de la organización.

Sin embargo, hay aún otro aspecto de esta experiencia que merece ser destacado: nos referimos al tipo particular de sociabilidad generado entre personas provenientes de ámbitos sociales diferentes con el consiguiente enriquecimiento personal de los habitantes del barrio, así como de la militancia juvenil, y la complejización de su cultura política; legado de época sobre el cual deberíamos seguir indagando.

Mapa de las Unidades Básicas



Entrevistas del autor

- Gonzalo Chaves, La Plata, agosto 2005. Miembro fundador de la JP platense
- Hugo Bacci, La Plata, setiembre 2005 y julio 2008. Miembro fundador de la FURN
- Lujan “Cacho” A., La Plata, setiembre 2006. Referente de la UB Capuano Martínez de Tolosa y presidente del MVP de La Plata, Berisso y Ensenada
- Roberto A, La Plata, junio y setiembre de 2006. Miembro del grupo de base de la UB Capuano Martínez de Tolosa
- Jorge Pastor Asuaje, La Plata, abril y mayo 2006 y agosto 2007. Miembro del grupo de base y fundador de la UB Juan Pablo Maestre de Los Hornos. Autor del libro *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*, sobre la militancia peronista estudiantil y barrial
- Oscar A., La Plata, setiembre 2006 y agosto 2007. Fundador y miembro del grupo de base de la UB Horacio Lisak de Los Hornos
- Carlos Benegas, La Plata agosto 2006 y marzo 2007. Responsable político de cinco UB de la zona de Tolosa y Ringuelet
- Norma B., La Plata, octubre 2006. Miembro del grupo de base de la UB Carlos Astudillo ubicada entre Melchor Romero y Los Hornos
- Daniel C., La Plata, mayo 2006, agosto y octubre 2008. Miembro del grupo de base y posterior responsable de la UB Quispe-Simona de la zona de Melchor Romero.
- Daniel Cieza, La Plata julio 2007. Militante de la FAP en el Barrio Obrero de Berisso.
- Miguel Angel García Lombardi, julio 2006. Militante de la UES en la UB Héroes de Trelew ubicada entre Melchor Romero y Los Hornos. Autor del libro *Imberbes* sobre la militancia barrial y estudiantil platense
- Hugo G., La Plata agosto 2006. Fundador y miembro del grupo de base de la UB Raúl Obregoso de la zona de Melchor Romero
- José H., La Plata agosto 2007. Miembro del grupo de base de la UB Capuano Martínez de Tolosa y de la UB Evita Montonera de Villa Elvira
- Daniel I., La Plata abril 2006 y junio y octubre 2007. Allegado y luego miembro del grupo de base de la UB Gerardo Ferrari de Villa Elvira

- Roberto K., La Plata junio 2006. Miembro de la mesa de conducción de la JP platense y responsable del trabajo barrial en la zona de Ringuelet a comienzo de los '70
- Carlos Kunkel, Buenos Aires mayo 2007. Miembro de la mesa de conducción de la JP platense durante los '60. Diputado Nacional en 1973
- Miriam L., La Plata 2006. Militantes de la UES en Berisso
- Carlos O. y Julio R., La Plata abril 2007. Militantes de la JP y funcionarios del Ministerio de Obras públicas de la Provincia de Buenos Aires durante la gobernación de Oscar Bidegain
- Marcelo, M., La Plata mayo y setiembre 2006. Responsable de la UB Burgos-Escribano de la zona de Los Hornos
- Jorge Julio L., La Plata julio 2006. Allegado de la UB Juan Pablo Maestre de Los Hornos
- Osvaldo "Tito" M., La Plata agosto 2006. Allegado de la UB Quispe de Melchor Romero
- Celina R., La Plata agosto 2006. Militante de las FAP en el Barrio Obrero de Berisso
- Jorge R, La Plata setiembre 2006. Militante de PC platense con actividad barrial en la zona de Villa Elvira
- Marta S., La Plata setiembre 2006. Militante de la JUP en la UB Evita de Los Hornos
- Babi Práxedes Molina, La Plata julio y agosto 2006. Miembro fundador de la JP de La Plata y concejal por el PJ platense en 1973

Diarios y revistas

El Día, 1971/1975

El Argentino, 1972/1973

El Descamisado

Militancia

Cristianismo y Revolución

Crisis

Lucha Armada

Sur: Las palabras y la cosas, 1989

Publicaciones oficiales

Informe Estadístico de la Municipalidad de La Plata, 1977

Guía Electoral de La provincia de Buenos. Juzgado Federal Nro. 1, La Plata, 1983

Bibliografía

Agulla, J. C. (1969). *Diagnóstico social de una crisis. Córdoba, mayo 1969*. Buenos Aires: Editel.

Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol/deporte/sociedad/cultura*. Buenos Aires: Atuel.

Alcoba, L. (2008). *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa

Altamirano, C. (1990). "Lo imaginario como campo de análisis histórico y social". *Punto De Vista*, 38.

Altamirano, C. (2001a). *Bajos el signo de las masas*. Buenos Aires: Ariel.

Altamirano, C. (2001b). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.

Amaral, S. (2003). "El avión negro: retórica y práctica de la violencia". en S. Amaral y M. B. Plotkin (Compiladores), *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.

Amaral, S. y Plotkin, M. B. c. (2003). *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.

Amato, F. y Boyanovsky Bazán, C. (2008). *Setentistas. De La Plata a La Casa Rosada*. Buenos Aires: Sudamericana.

Amorín, J. (2005). *Montonero: la buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.

Anguita, E. y Caparrós, M. (1997). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*. Buenos Aires : Norma.

Ansaldi, W. y Funes, P. c. (2005). *Teoría de las Revoluciones y Revoluciones Latinoamérica*. Buenos Aires: UDISAHL.

- Ansart, P. (1983). *Ideología, conflictos y poder*. México: Premia.
- Anzorena, O. (1988). *Tiempo de violencia y utopía*, Buenos Aires. Contrapunto
- Anzorena, O. (1989). *JP. Historia de la Juventud Peronista (1955/1988)*. Buenos Aires: Ediciones del Cordón.
- Arfuch, L. (2008). "Representaciones". En C. Altamirano (Director), *Diccionario crítico de sociología*. Buenos Aires: Paidós.
- Arias, M. y García Heras, R. (2004). "Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas". En S. Amaral y M. Plotkin *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Asuaje, J. P. (2004). *Por algo habrá sido. El fútbol, el amor y la guerra*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Aya, R. (2005). "La revolución fracasada: Situaciones revolucionarias sin desenlaces revolucionarios". en W. Ansaldi y P. Funes (Comp.), *Teoría de las Revoluciones y Revoluciones Latinoamericanas*. Buenos Aires: UDISAHL. Edición digital.
- Balvé, B. (1973). *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Balvé, B. (1989). *El 69; huelga política de masas. Rosariazo/Cordobazo/Rosariazo*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Bardini, R. (2002). *Tacuara. La Pólvora y la sangre*. México: Océano.
- Bartoletti, J. (2003). *El origen de la JP Regionales*. Inédito.
- Baschetti, R. (1996). *Documentos 1973-1976. Volumen I. De Cámpora a la ruptura*. La Plata: De la Campana.
- Baschetti, R. (2007a). *La memoria de los de abajo. 1945-2007. Hombres y mujeres del peronismo revolucionario. Vol. I*. La Plata: De la Campana.
- Baschetti, R. (2007b). *La memoria de los de abajo. 1945-2007. Hombres y mujeres del*

peronismo revolucionario.

Vol.2. La Plata: De la Campana.

Baschetti, R. c. (1997). *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970.*

Avellaneda: Editorial De la Campana.

Baschetti, R. c. (2004). *Documentos 1970-1973. Volumen I. De la guerrilla peronista al gobierno popular.* La Plata: De La Campana.

Bonasso, M. (2006). *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo.*

Buenos Aires: Planeta. Booket.

Bonavena, P. A. (2006). "El movimiento estudiantil de la ciudad de La Plata (1966-1973). *Cuestiones De Sociología*, 3, 169-191.

Bonet, C. A. (s/f). *Los muchachos peronistas (héroes y mártires).* Buenos Aires:

Honorable Cámara de Diputados de la Pcia de Bs. As.

Bossa, J. A. (2006). "El peronismo revolucionario. Corrientes y experiencias en la radicalización sindical (1958/1968)". *Cuestiones De Sociología*, pag. 88-116.

Bourdieu, P. (2000). *Intelectuales, política y poder.* Buenos Aires: EUDEBA.

Bufano, S. y Lotersztain, I. (recopiladores) (2010) *Evita Montonera. Revisión crítica de la revista oficial de Montoneros.* Buenos Aires: Ejercitar la Memoria

Braun, O. (1973). *El capitalismo argentino en crisis.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-76.* Buenos Aires: Sudamericana.

Brennan, J. y Gordillo, M. (1994). "Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo". *Estudios*, Nro. 4.

Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70.* Buenos Aires: Norma.

Camarero, H. (2007). "Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares". *Nuevo Topo*, 4.

- Cavarozzi, M. (1992). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Chama, M. (2006). "Peronización y radicalización de grupos de abogados en los años sesenta y principios de los setenta. La labor defensorista como práctica militante". *Cuestiones De Sociología*, 3.
- Chaves, G. L. y Lewinger, J. O. (1999). *Los del 73. Memoria Montonera* . Buenos Aires : De la Campana .
- Ciria, A. (1983). *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*. Buenos Aires: De La Flor.
- De Amézola, G. (1999). "El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo el Gran Acuerdo Nacional" . en A. Pucciarelli. (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN* . Buenos Aires: EUDEBA.
- De Riz, L. (1981). *Retorno y derrumbe: la tercera presidencia de Perón*. Buenos Aires: Folio.
- Delich, F. (1970). *Crisis y protesta social: Córdoba, mayo de 1969* . Buenos Aires: Siglo XXI.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Argentina: Siglo veintiuno .
- Diana, M. (2006). *Mujeres guerrilleras. Sus testimonios en la militancia de los setenta*. Buenos Aires: Planeta/Booket.
- Donatello, L. M. (2010). *Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Manantial.
- Duhalde, E. L. y Pérez, E. M. (2003). *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las FAP*. La Plata: De la Campana .
- Díaz, A. (1970). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Evans Pritchard. (1977). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Ferrari, E. (2010). *Unidad Básica: Evita Montonera. Una experiencia política*. La Plata : Ediciones ar.t. digital.
- Flaskamp, C. (2002). *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Lanús. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
- Fortes, M. y Evans Pritchard, E. E. (1979). "Sistemas políticos africanos". En J. Llovera *Antropología política* . Barcelona: Anagrama.
- García Lombardi (h), M. A. (2005). *Imberbes* . La Plata: La Comuna.
- Gasparini, J. (1988). *Montoneros, fin de cuentas*. Buenos Aires: Punto Sur.
- Geertz, C. (1991). *Negara. El estado-teatro en el Balí del siglo XIX*. Buenos Aires : Paidós.
- Gil, G. (1989). *La izquierda peronista, 1955-1974*. Buenos Aires: CEAL.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Gillespie, R. (1989). *John W. Cooke. El peronismo alternativo*. Buenos Aires: Cántaro.
- Godoy, E. (1995). *La historia de ATULP*. La Plata: Editorial Universitaria de La Plata.
- Gordillo, M. (1996). *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Guinzburg, C. (1991). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Michnik.
- Gutierrez, L. H. y Romero, L. A. (1995). *Sectores populares cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperín Donghi, T. (2004). "El lugar del peronismo en la tradición política argentina. en S. Amaral y M. B. Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder* . Buenos Aires: EDUNTREF.
- Hilb, C. y Lutzky, D. (1984). *La nueva Izquierda argentina*. Buenos Aires: CEAL.

- Hoggart, R. (1990). *La cultura obrera en las sociedades de masas*. Barcelona: Grijalbo.
- James, D. (2003). "Sindicatos, burócratas y movilización". En D. James *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (Vol. 9,). Buenos Aires: Sudamericana.
- Jauretche, E. (1997). *No dejés que te la cuenten. Violencia y política en los 70*. Buenos Aires: Ediciones del pensamiento nacional.
- Ladeuix, J. I. (2008). *Entre la institucionalización y la práctica. La normalización del Partido Justicialistas en la Provincia de Buenos Aires. 1972-1973*. Web site: URL Historiapolítica.com
- Lanusse, A. (1977). *Mi testimonio*. Buenos Aires: Laserre Editores.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros y el mito de los doce fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- Lenci, M. L. (1998). "La radicalización de los católicos en Argentina. Peronismo, Cristianismo y Revolución (1966-71). *Sociohistórica. Cuadernos Del CISH*, 4.
- Lenci, M. L. (1999). "Cámpora al gobierno, Perón al poder". en A. Pucciarelli *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN* . Buenos Aires: EUDEBA.
- Larraquy, M. y Caballero, R. (2010). *Galimberti. De Perón a Susana de Montoneros a la a la CIA*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lewis, P. (1993). *La crisis del capitalismo argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lomnitz, C. (2008). "Identidad". En C. Altamirano (Director), *Términos críticos de sociología de la cultura* . Buenos Aires: Paidós.
- Lorenz, F. (2006). *Los zapatos de Carlito*. Buenos Aires: Norma.
- Mallon, R. y Sourrouille, J. (1973). *La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Maneiro, M. (2005). *Como el árbol talado. Memoria del Genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada*. La Plata: Al Margen.
- Marín, J. C. (1996). *Los hechos armados, Argentina 1973-76. La acumulación primitiva del genocidio*. Buenos Aires: La Rosa Blindada/PI.CA.SO.
- Martuccelli, D. y Svampa, M. (1997). *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.
- Martín, J. P. (1991). "El movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo" . *Revista De Teología Latinoamericana* , nro. 41-42.
- Mattini, L. (1990). *Hombres y mujeres del PRT-ERP (La pasión militante)*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Mauss, M. (1979). "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma de cambio en las sociedades primitivas" . En M. Mauss *Sociología y antropología*. Madrid: Tecno.
- Melón Pirro, J. C. (2009) *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Moraña, M. (1998). "El boom del subalterno". En S. Castro-Gomez y E. Mendieta *Teoría sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. México: Porrúa.
- Morello, G. (2006). "Apuntes sobre la vida de Juan García Elorrio". *Lucha Armada*, 7.
- Nicanoff, S. y Castellano, A. (2006). *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Nievas, F. (1999). "Cámpora: Primavera-Otoño. Las Tomas". en A. Pucciarelli (Editor), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN* . Buenos Aires: Eudeba.
- O'Donnell, G. (1976). "Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario". *CEDES*.
- O'Donnell, G. (1977). "Estado y alianzas en la Argentina: 1956-1976". *Desarrollo*

Económico, Vol. 16, Nro. 64.

- O'Donnell, G. (1982). *El Estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial Belgrano.
- Ollier, M. M. (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política*. Buenos Aires: CEAL.
- Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Ariel.
- Painceira, L. (2006). *Dar la vida. La resistencia de calle 30*. La Plata: De la Campana.
- Panebianco, A. (1990). *Modelos de partidos*. Madrid: Alianza.
- Peralta Ramos, M. (1978). *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*. México: Siglo XXI.
- Perdía, R. C. (1997). *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*. Río Negro. Argentina : Grupo Agora.
- Plotkin, M. (1998). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Ariel.
- Plotkin, M. B. (2004). "La ideología peronista: continuidades y rupturas después de la caída". en S. Amaral y M. B. Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*. Buenos Aires : EDUNTREF.
- Poderti, A. (2010). *Diccionario del peronismo*. Buenos Aires: Biblos.
- Pollastri, S. (2004). *Las violetas del paraíso. Una historia montonera*. Buenos Aires : Ediciones El cielo por asalto.
- Portantiero, J. C. (1989). "Economía y política en al crisis argentina (1958-1973)". En W. Ansaldi y J. L. Moreno (comps.), *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro.
- Pozzi, P. (1996). "Los perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP". *Taller: Revista De Sociedad, Cultura y Política*, 2.

- Pozzi, P. (2001). *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Buenos Aires: Eudeba.
- Recalde, A. (2007). *Universidad y liberación nacional*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos.
- Robles, A. (2004). *Perejiles. Los otros montoneros*. Buenos Aires: Colihue.
- Romero, L. A. (2007). *La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión*. Web site: URL historiapolitica.com
- Rouquié, A. (1982). "Hegemonía militar, Estado y dominación social". En A. Rouquié *Argentina, hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rouquié, A. (1984). *El Estado militar en América Latina*. México: Siglo XXI
- Rouquié, A. (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Sabato, J. (1991). *La clase dominante en la Argentina*. Buenos Aires: CISEA.
- Salas, E. (2005). "El falso enigma del 'Caso Aramburu'". *Lucha Armada*, nro.2, 62-71.
- Salas, E. (2006). *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Retórica Ediciones: Altamira.
- Salas, E. (2007). "El errático rumbo de la vanguardia montonera". *Lucha Armada*, nro. 8.
- Sarlo, B. (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- Schneider, A. (2006). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*. Buenos Aires: Imago mundi.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Sigal, S. y Verón, E. (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del*

fenómeno peronista. Buenos Aires: Eudeba.

Simonetti, M. F. (2002). *Tocar el cielo con las manos. La actividad política de la FURN en la UNLP durante 1966-1973*. La Plata: Dto. de Sociología (FaHCE/UNLP) en CD.

Sirvent, M. T. (2004). *Cultura popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos (Buenos Aires)*. Rosario: Miño y Dávila.

Skocpol, T. (2005). "La explicación de las revoluciones sociales: otras teorías". Introducción y Conclusión. En P. Funes y W. Ansaldi (Compiladores), *Teoría de las Revoluciones y Revoluciones Latinoamericanas*. Buenos Aires: UDISHAL.

Soprano, G. (2003). *Formas de organización y socialización de un partido político. Etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo político en el peronismo durante una campaña electoral*. Argentina: Universidad Nacional de Misiones .

Soprano, G. (2007). "La vocación kantiana de la antropología social. Ensayo sobre el diálogo etnográfico entre las categorías nativas y las categorías científicas del conocimiento social en el estudio de la política". En E. Rinesi y G. Soprano (Compiladores), *Facultades alteradas. Actualidad de El conflicto de las facultades de Immanuel Kant*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Tcach, C. (2008). "Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay". en H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *Argentina 1976-2006*. Buenos Aires: Homo Sapiens/UNdL.

Terán, O. (1991). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Puntosur.

Toer, M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Buenos Aires: CEAL.

Torre, J. C. (1994). "A partir del Cordobazo". *Revista Estudios*, 4.

Tortti, M. C. (1999). "Protesta social y "Nueva Izquierda" en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". En A. Pucciarelli (Editor), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.

Tortti, M. C. (2009). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*

. Buenos Aires: Prometeo.

Vernazza, J. (1996). *Padre Mugica: Una vida para el pueblo*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.

Vilas, C. c. (1995). *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.

Waldmann, P. (1981). "Anomia social y violencia". en Rouquie. Alain (comp.), *Argentina, hoy*. México: Siglo XXI Editores.

Ziccardi, A. (1984). "El tercer gobierno peronista y las villas miserias de la ciudad de Buenos Aires (1973-1976)". *Revista Mexicana De Sociología*, 4.

Zuker, C. (2003). *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires: Sudamericana.